

Simon Schama

CIUDADANOS

Crónica de la
Revolución Francesa
(Primera parte)



Lectulandia

Simón Schama ha escrito una nueva y magnífica crónica de la Revolución Francesa.

El eje del libro está en la transformación que alteró para siempre la historia de Europa: el paso de los hombres y mujeres de «sujetos» a «ciudadanos». En lugar de la versión tan trillada de un viejo régimen muriendo de enfermedad y decrepitud, Schama nos muestra un país en ebullición, cegado por el culto a lo nuevo, donde se hace evidente el derrumbe de las antiguas diferencias entre nobles y plebeyos.

La trágica oscuridad de esta visión eufórica de libertad y felicidad en un escenario de hambre, ira, terror y muerte es el tema de esta obra de Schama. Los conflictos de la historia se expresan en la experiencia personal de los hombres y mujeres, cuyas vidas él relata. Algunos de ellos no nos son familiares; otros, más famosos —tales como Talleyrand y Lafayette, Marat, Mirabeau y Robespierre— están enriquecidos con todas sus contradicciones.

Partiendo de fuentes de la historia social, cultural y política, Schama encuentra el marco de su historia en imágenes y artefactos, cerámicas, calendarios y almanaques, caricaturas y pinturas, canciones y obras. Su particular punto de vista, que oscila entre las vidas privadas y públicas, nos acerca más de lo que hemos estado alguna vez a la realidad humana de la Revolución Francesa.

Lectulandia

Simon Schama

CIUDADANOS

Crónica de la Revolución Francesa

Ciudadanos - 1

ePub r1.0

Titivillus 23.12.17

Título original: *CITIZENS. A Chronicle of the French Revolution*

Simon Schama, 1989

Traducción: Aníbal Leal Fernández

Retoque de cubierta: Titivillus

Primera Parte

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Advertencia

ZZZZCon su monumental «CIUDADANOS», el historiador Simon Schama ha escrito el más ambicioso relato de la Revolución Francesa, ese acontecimiento que cambió la historia, el mundo y la sociedad humana para siempre. Es una especie de «fresco» colorido y vívido que narra con maestría inimitable acontecimientos, lances y protagonistas de esos años terribles llenos de luces y de sombras.

Debido al enorme volumen de la edición original, casi mil páginas de pequeña tipografía con abundantes imágenes, se ha considerado conveniente fragmentar la edición digital en cuatro partes, tal como está estructurada la obra.

Esta es la Primera Parte de ese libro imprescindible para cualquier amante de la historia.

*J'avais revé une république que tout le monde
eût adorée. Je n'ai pu croire que les hommes
fussent si féroces et si injustes.*

Camille Desmoulins
a su esposa desde la prisión
4 de abril de 1794

(Había soñado con una república venerada por el mundo entero. No podía creer que los hombres fuesen tan feroces y tan injustos).

... Fue en verdad una hora
De fermento universal; los hombres más benignos
Estaban agitados, y las conmociones, el choque
De la pasión y la opinión resonaban en los muros
De los pacíficos hogares con inquietos sonidos.
El suelo de la vida común era entonces
Demasiado cálido para pisarlo; a menudo dije entonces,
Y no sólo entonces, ¡qué burla es esta
de la historia; del pasado y lo que vendrá!
Ahora siento cómo he sido engañado
Leyendo la crónica de las Naciones y sus obras, creyendo,
Confianza otorgada a la vanidad y el vacío;
¡Oh! Qué burla merece la página que refleje
En los tiempos futuros el rostro de lo que es ahora.

William Wordsworth
The Prelude (texto de 1805)
Libro IX 164-77

L'histoire accueille et renouvelle ces gloires déshéritées; elle donne nouvelle vie à ces morts, les ressuscite. Sa justice associe ainsi ceux qui n'ont pas vécu en même temps, fait réparation à plusieurs qui n'avaient paru qu'un moment pour disparaître. Ils vivent maintenant avec nous qui nous sentons leurs parents, leurs amis. Ainsi se fait une famille, une cité commune entre les vivants et les morts.

Jules Michelet
Prefacio a *Histoire*
du XIXe Siècle, Vol. II

(La historia acoge y renueva estas pasadas glorias; confiere nueva vida a estos muertos, los resucita. Su justicia asocia así a los que no fueron contemporáneos, otorga una reparación a varios que habían aparecido sólo un momento para desaparecer. Viven ahora con nosotros de modo que sintamos a sus padres y sus amigos. Así se forma una familia, una ciudad común entre los vivos y los muertos).



Prefacio

Cuando fue preguntado acerca del significado de la Revolución Francesa, se dice que el primer ministro Chu En-lai contestó: «Es demasiado pronto para decirlo». Doscientos años aún pueden significar que es demasiado pronto (o quizá demasiado tarde) para decirlo.

Los historiadores han depositado excesiva confianza en el saber aportado por la distancia, pues han creído que en cierto modo confiere objetividad, uno de esos valores inalcanzables en los cuales han depositado tanta fe. Quizás haya argumentos favorables a la proximidad. Lord Acton, que pronunció sus primeras y famosas conferencias acerca de la Revolución Francesa en Cambridge durante la década de 1870, aún podía escuchar de primera mano, de labios de uno de los miembros de la dinastía de los Orléans, el recuerdo de este hombre sobre «Dumouriez balbuceando en las calles de Londres cuando oyó la noticia de Waterloo».

La sospecha de que el partidismo ciego perjudicó fatalmente las grandes crónicas románticas de la primera mitad del siglo XIX dominó la reacción erudita durante la segunda mitad. A medida que los historiadores se institucionalizaron para convertirse en una profesión académica, llegaron a creer que la investigación concienzuda en los archivos podía aportar desapasionamiento: el prerrequisito para extraer las misteriosas verdades de causa y efecto. El efecto deseado debía ser científico más que poético, impersonal más que apasionado. Y si bien durante cierto tiempo las narraciones históricas continuaron enfrascadas en el ciclo vital de los estados-naciones europeos —las guerras, los tratados y los destronamientos— la atracción magnética de las ciencias sociales fue tal, que las «estructuras», tanto sociales como políticas, parecieron convertirse en los objetos principales de la indagación.

En el caso de la Revolución Francesa esto implicó apartar la atención de los hechos y las personalidades que habían dominado las crónicas épicas de las décadas de 1830 y 1840. La luminosa reseña de Tocqueville, *El antiguo régimen y la Revolución*, fruto de su propia investigación en los archivos, suministró un caudal de fría razón allí donde antes sólo existían las ardientes riñas del partidismo. El carácter olímpico de sus percepciones reforzó (aunque desde un punto de vista liberal) la afirmación científica marxista de que el significado de la Revolución debía buscarse en cierto gran cambio sobrevenido en el equilibrio del poder social. Desde ambos puntos de vista, las manifestaciones de los oradores eran poco más que una charla vaporosa, que disfrazaba mal la impotencia que padecían a manos de las fuerzas históricas impersonales. Asimismo, el flujo y el reflujo de los hechos podía llegar a ser inteligible sólo si se desplegaba de manera que revelase las verdades *esenciales*,

principalmente sociales, de la Revolución. En el núcleo de estas verdades había un axioma, compartido por los liberales, los socialistas y también los nostálgicos realistas cristianos. A saber, que la Revolución en efecto, había sido el crisol de la modernidad: el ánfora en que se habían vertido, para bien o para mal, todas las características del mundo social moderno.

En el mismo sentido, si la totalidad del acontecimiento poseía este significado trascendente, las causas que lo generaban debían poseer necesariamente una magnitud equivalente. Un fenómeno de intensidad tan incontrolable que al parecer había barrido un universo entero de costumbres, mentalidades e instituciones tradicionales solamente podía ser el resultado de contradicciones que estaban profundamente imbricadas en la textura del «antiguo régimen». Así, entre el centenario de 1889 y la Segunda Guerra Mundial aparecieron gruesos volúmenes que documentaron todos los aspectos de estos fallos estructurales. Las biografías de Danton y Mirabeau desaparecieron, por lo menos del catálogo de las ediciones eruditas respetables, y fueron destituidas por estudios de las fluctuaciones de los precios en el mercado del grano. En una etapa aún más tardía, los grupos sociales definidos colocados en una contraposición orgánica unos contra otros —la «bourgeoisie», los «sans-culottes»— fueron definidos y disecados, y las rutinas de su danza dialéctica se convirtieron en la coreografía exclusiva de la política revolucionaria.

Durante los cincuenta años que pasaron desde el sesquicentenario, se observó una grave pérdida de confianza en este enfoque. Los drásticos cambios sociales imputados a la Revolución parecen menos definidos, o en realidad invisibles. La «bourgeoisie», que según las versiones marxistas clásicas representaba a los autores y los beneficiarios del acontecimiento, se ha convertido en un conjunto de zombis sociales, el producto de obsesiones historiográficas más que de realidades históricas. Otras alteraciones en la modernización de la sociedad y las instituciones francesas parecen haber sido anticipadas por la reforma del Antiguo Régimen. Las continuidades parecen tan acentuadas como las fracturas.

Tampoco parece que la Revolución se ajuste a un gran diseño histórico, preestablecido por fuerzas inexorables de cambio social. En cambio, parece tratarse de un fenómeno formado por contingencias y consecuencias imprevistas (no es la menor de ellas la convocatoria de los propios Estados Generales). Una plétora de excelentes estudios de las provincias ha demostrado que en lugar de una sola revolución impuesta por París al resto de la Francia homogénea a menudo fue un fenómeno determinado por las pasiones y los intereses locales. Al mismo tiempo que se observó el renacimiento del lugar como condicionante, otro tanto sucedió con las personas. Pues en tanto se debilitaron los imperativos de la «estructura», los de la actividad individual, y sobre todo de la manifestación revolucionaria, cobraron consecuentemente más importancia.

Ciudadanos es un intento de sintetizar gran parte de este reenfoque y de impulsar

todavía más la línea argumental. He concedido a uno de los elementos esenciales de la argumentación de Tocqueville —su comprensión de los efectos desestabilizadores de la modernización *antes* de la Revolución— más importancia que la que le concede su propia versión. Si prescindimos de la frase revolucionaria acerca del «antiguo régimen», con su pesada carga semántica de obsolescencia, quizá sea posible percibir la cultura y la sociedad francesas del reinado de Luis XVI como una entidad perturbada más por la adicción que por la resistencia al cambio. Inversamente, me parece que gran parte de la cólera que fue el detonante de la violencia revolucionaria se originó en la hostilidad hacia la modernización, más que en la impaciencia provocada por la rapidez de sus avances.

Por lo tanto, la versión ofrecida en las páginas siguientes quizá subraya demasiado los aspectos dinámicos de la Francia prerrevolucionaria, sin cerrar los ojos a lo que era auténticamente obstructivo y arcaico. Importante para su argumentación es la afirmación de que la cultura patriótica de la ciudadanía fue creada en las décadas que siguieron a la Guerra de los Siete Años, y que ella fue la causa más que el producto de la Revolución Francesa.

Tres temas se desarrollan en el curso de esta argumentación. El primero se refiere a la relación problemática entre el patriotismo y la libertad, un aspecto que, en la Revolución, se convierte en una competencia brutal entre el poder del Estado y la efervescencia de la política. El segundo tema se refiere a la creencia propia del siglo XVII en el sentido de que la ciudadanía era en parte la expresión pública de una familia idealizada. El estereotipo de las relaciones morales entre los sexos, los padres y los hijos y los hermanos, resulta, quizás inesperadamente, una clave significativa del comportamiento revolucionario. Finalmente, el libro intenta afrontar de manera directa el doloroso problema de la violencia revolucionaria. Movidos por el ansia de evitar el sensacionalismo o que se les confundiera con los fiscales contrarrevolucionarios, los historiadores han tendido a la mojigatería en el tratamiento de esta cuestión. He retornado el asunto al centro del desarrollo, pues a mi juicio no fue simplemente un lamentable subproducto de la política, o el instrumento desagradable que permitió alcanzar otros fines más virtuosos o rechazar los perversos. En un sentido por desgracia inevitable, la violencia fue la Revolución misma.

He preferido presentar estos argumentos en la forma de una narración. Si en realidad la Revolución fue un acontecimiento mucho más azaroso y caótico, y mucho más el fruto de la actividad humana que el de un condicionamiento estructural, la cronología parece indispensable para lograr que sus sesgos y giros complicados sean inteligibles. Por lo tanto, *Ciudadanos* retorna a la forma de las crónicas del siglo XIX, y permite que los diferentes intereses y las cuestiones plasmen el flujo del relato a medida que aquellos se manifiestan, año tras año, mes tras mes. Asimismo, quizá perversamente, he esquivado intencionadamente el formato convencional del «panorama general», mediante el cual diferentes aspectos de la sociedad del antiguo

régimen pasan por cierta selección antes de intentar la descripción política. La inclusión de esos capítulos imponentes acerca de «la economía», «el campesinado», «la nobleza», y otros temas semejantes en el primer plano de los libros a mi juicio privilegia automáticamente su capacidad explicativa. Abrigo la esperanza de no haber olvidado ninguno de estos grupos sociales, pero he intentado incorporarlos en los puntos de la narración en que afectan el curso de los hechos. A su vez, esto ha impuesto un enfoque pasado de moda, de tipo «de arriba abajo», más que «de abajo arriba».

Las narraciones han sido descritas, por Hayden White entre otros, como una especie de recurso novelístico utilizado por el historiador para imponer un orden tranquilizador a los fragmentos casuales de información sobre los muertos. Hay cierta verdad en este concepto alarmante, pero mi propio punto de partida fue suministrado por un artículo sumamente sugestivo de David Carr en *History and Theory* (1986), donde presentó una argumentación diferente y muy ingeniosa en defensa de la validez de la narración. Por artificiales que puedan ser las narraciones escritas, a menudo corresponden a los modos en que los protagonistas históricos conciben los hechos. Es decir, muchos, si no la mayoría de los hombres públicos, consideran su conducta como situada parcialmente entre los modelos de rol de un pasado heroico y las expectativas acerca del juicio de la posteridad. Si esto fue cierto alguna vez, sin duda sucedió así en el caso de la generación revolucionaria francesa. Catón, Cicerón y Junio Bruto se alzaban sobre los hombros de Mirabeau, Vergniaud y Robespierre, pero muy a menudo sugerían a sus admiradores formas de conducta que serían juzgadas por las generaciones futuras.

Finalmente, como será obvio, la narración teje su trama entre la vida pública y la privada de los ciudadanos que aparecen en sus páginas. Esto se realiza no sólo con el fin de comprender la motivación de dichos ciudadanos más profundamente de lo que es posible mediante la mera formulación pública, sino también porque tantos de ellos, a menudo con perjuicio para su existencia personal, percibieron su propia vida como un todo inconsútil, de manera que su calendario del nacimiento, el amor, la ambición y la muerte estaba impreso en el almanaque de los grandes acontecimientos. Esta interconexión necesaria entre la historia personal y la pública fue evidente por sí misma en muchas de las narraciones del siglo XIX, y en la medida en que he seguido ese precedente, lo que puedo ofrecer también corre el riesgo de ser interpretado como un fragmento perversamente anticuado de la narrativa. Difiere de las narraciones anteriores a Tocqueville en que aparece más como testigo que como juicio. Pero, a semejanza de esas versiones más tempranas, trata de escuchar atentamente la voz de esos ciudadanos cuyas vidas describe, incluso cuando dichas voces forman la más estridente cacofonía. También en este sentido se inclina por la autenticidad caótica más que por la pulcritud imperativa de la convención histórica.

Richard Cobb fue el primero que defendió el «enfoque biográfico» de la historia de la Revolución hace veinte años, aunque tenía en mente sobre todo a las víctimas menospreciadas del torbellino revolucionario más que a los que habían sido responsables del mismo. Por eso mismo, abrigo la esperanza de que no tome a mal mi propia declaración de fidelidad a ese enfoque. En su inolvidable seminario en el Balliol College, a fines de la década de 1960, aprendí a tratar de concebir la Revolución no como un desfile de abstracciones e ideologías, sino como acontecimientos humanos de resultados complejos y a menudo trágicos. Otros miembros de ese seminario —Colin Lucas, Olwen Hufton, que ahora es mi colega en la Universidad de Harvard, y Marianne Elliott— en el curso de los años han sido una enorme fuente de esclarecimiento y amistad erudita, y por todo eso este libro es un gesto un tanto torpe de gratitud.

He contraído una de mis deudas más grandes con otra de mis colegas, Patrice Higonnet, que ha tenido la bondad de leer el manuscrito y evitarme muchos (aunque me temo que no todos) de los errores y las confusiones. Gran parte de lo que tengo que decir, sobre todo acerca del grupo al que denomino la «nobleza-ciudadana», debe su origen a una obra importante y original, titulada *Class, Ideology and the Rights of Nobles During the French Revolution* (Oxford, 1981). Otros amigos —John Brewer, John Clive y David Harris Sacks— también leyeron partes de la obra, y fueron como siempre generosos en sus comentarios y útiles en sus críticas.

Mi interés por el reexamen de la oratoria de la Revolución, y por la autoconciencia de la élite política, se origina en un trabajo presentado al Consorcio sobre Europa Revolucionaria en Charleston, Carolina del Sur, en 1979. Agradezco profundamente a Owen Connelly haberme invitado a participar en un panel memorable que también incluyó a Elisabeth Eisenstein y a George V. Taylor. En Charleston las prolongadas conversaciones con Lynn Hunt contribuyeron a avivar mi interés en la fuerza del lenguaje revolucionario, y agradezco a esta erudita y a Tom Laqueur el interés y el aliento que me proporcionaron. Robert Darnton, cuyo primer libro acerca del mesmerismo y el iluminismo tardío me indujeron a reflexionar hace muchos años sobre las fuentes de la exageración verbal revolucionaria, ha tenido que escucharme en muchas más ocasiones de las que él merecía ser molestado. Siempre me aportó consejos útiles y amables rectificaciones, y ha sido una fuente constante de inspiración.

El libro no podría haber sido escrito sin la ayuda póstuma de uno de los más extraordinarios eruditos de Harvard: Archibald Cary Coolidge, bibliotecario universitario durante los años 20. Al adquirir toda la biblioteca de Alphonse Aulard, el primer profesor de historia de la Revolución de la Sorbona, Coolidge creó una fuente de valor inapreciable para los eruditos dispuestos a trabajar en este campo: una colección con tal abundancia de periódicos y folletos como de obras de historia local sumamente raras y oscuras. Estoy muy agradecido, como siempre, al espléndido personal de la Houghton Library, sin cuya paciencia y eficacia los profesores

sobrecargados de tareas no podrían realizar trabajos de investigación en un año docente activo. Susan Reinstein Rogers y sus colegas de la Kress Library, perteneciente a la Harvard Business School fueron serviciales como siempre y suministraron soberbias fotografías de sus espectaculares ediciones de la *Description des Arts et Métiers*.

También me siento muy agradecido a Philippe Bordes, del Musée de la Révolution Française, en Vizille, por su ayuda en la búsqueda de material relacionado con el Día de las Tejas. La señora Rathbone tuvo la bondad de permitirme incluir una ilustración de su dibujo de Desmoulins por Hubert Robert. Emma Whitelaw me recordó la importancia de las memorias de Madame de La Tour du Pin.

Muchos colegas y estudiosos aportaron generosamente tiempo, paciencia y amistad para posibilitar este libro cuando parecía imposible, y eso vale sobre todo para Judith Coffin, Roy Mottahedeh y Margaret Talbot. También doy las gracias a Philip Katz, que me permitió leer su notable disertación universitaria sobre la iconología de Benjamin Franklin. Los amigos del Centro de Estudios Europeos, especialmente Abby Collins, Guido Goldman, Stanley Hoffmann y Charles Maier, me mantuvieron sobre los rieles en el momento en que yo amenazaba descarrilar, y moderaron del modo más académico su incredulidad ante la totalidad del proyecto.

En Alfred A. Knopf, contraí una gran deuda de gratitud con mi compiladora Carol Janeway, que me estimuló para terminar la obra y mantuvo su confianza en que efectivamente sería realizada. Robin Swados ha sido un pilar de fuerza en todos los aspectos posibles, y también estoy muy agradecido a Nancy Clements e Iris Weinstein, que revisaron la obra hasta su versión definitiva. Peter Matson en Nueva York y Michael Sissons en Londres como de costumbre me aportaron su enorme y constante apoyo, y ambos han demostrado que los buenos agentes literarios también son buenos amigos.

Fiona Grigg hizo prácticamente todo lo que era posible por este libro, excepto escribirlo. Su ayuda en la búsqueda de ilustraciones, la lectura de pruebas, la relación diplomática con los museos y la tarea de calmar los nervios irritados con generosas dosis de inteligencia y buena voluntad posibilitaron la obra entera. Jamás podré agradecerle lo suficiente su colaboración.

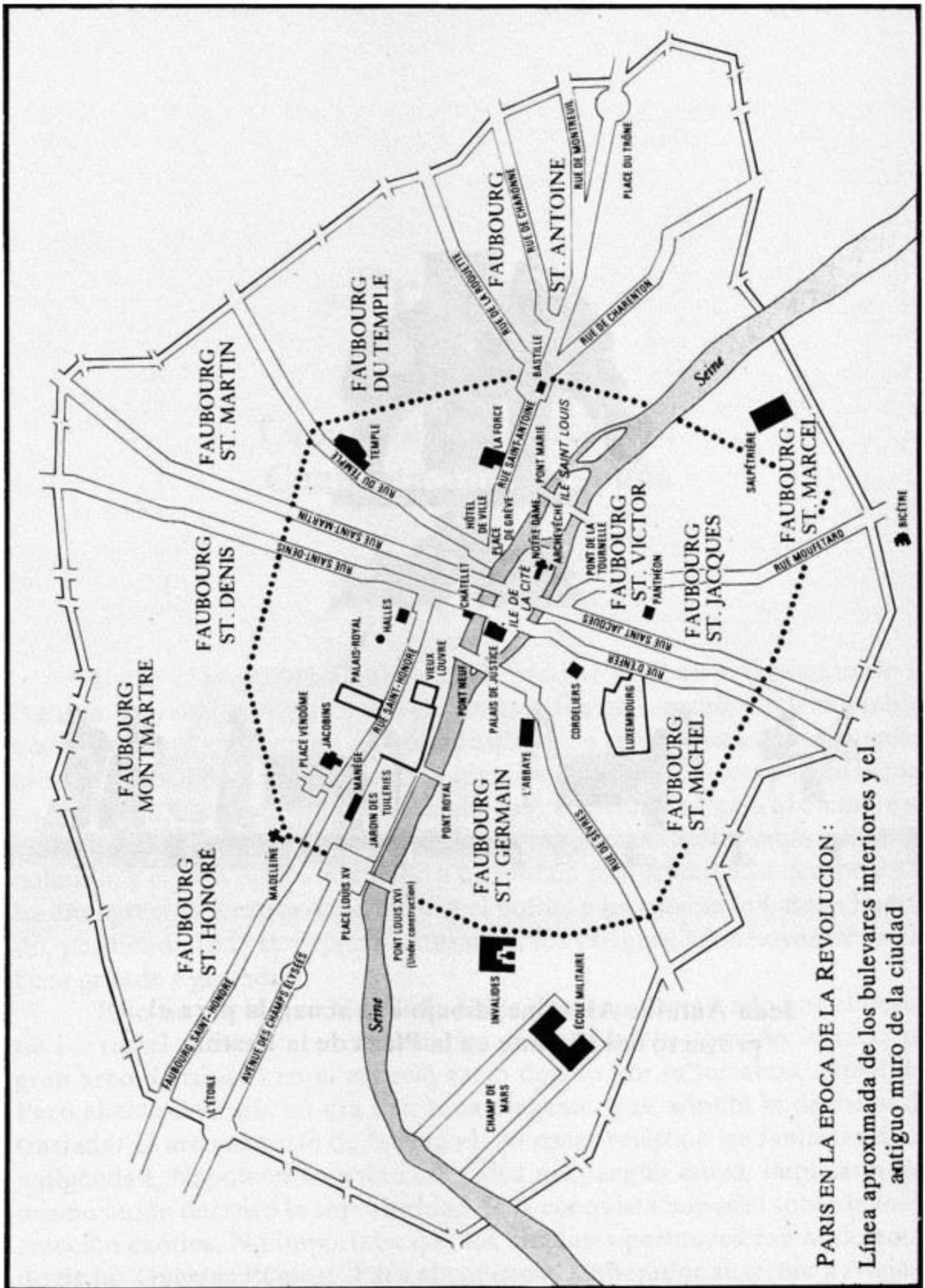
Mientras componía la obra, mis hijos Chloë y Gabriel, y mi esposa Ginny soportaron más, por lo que se refiere a mis malos humores, las horas excéntricas y la conducta en general insoportable, de lo que tenían derecho a esperar. En cambio, recibí de ellos amor y tolerancia en dosis más generosas de lo que merecía. Ginny aportó constantemente su criterio infalible en todo tipo de problemas suscitados por el libro, desde el argumento hasta el diseño. Si hay un lector a quien dedico todo mi trabajo, es precisamente ella.

Peter Carson, de Penguin Books, me sugirió primero la idea de escribir una historia de la Revolución Francesa, y cuando respondí proponiendo una narración integral de acuerdo con criterios que ya eran excéntricos, jamás retrocedió. Le

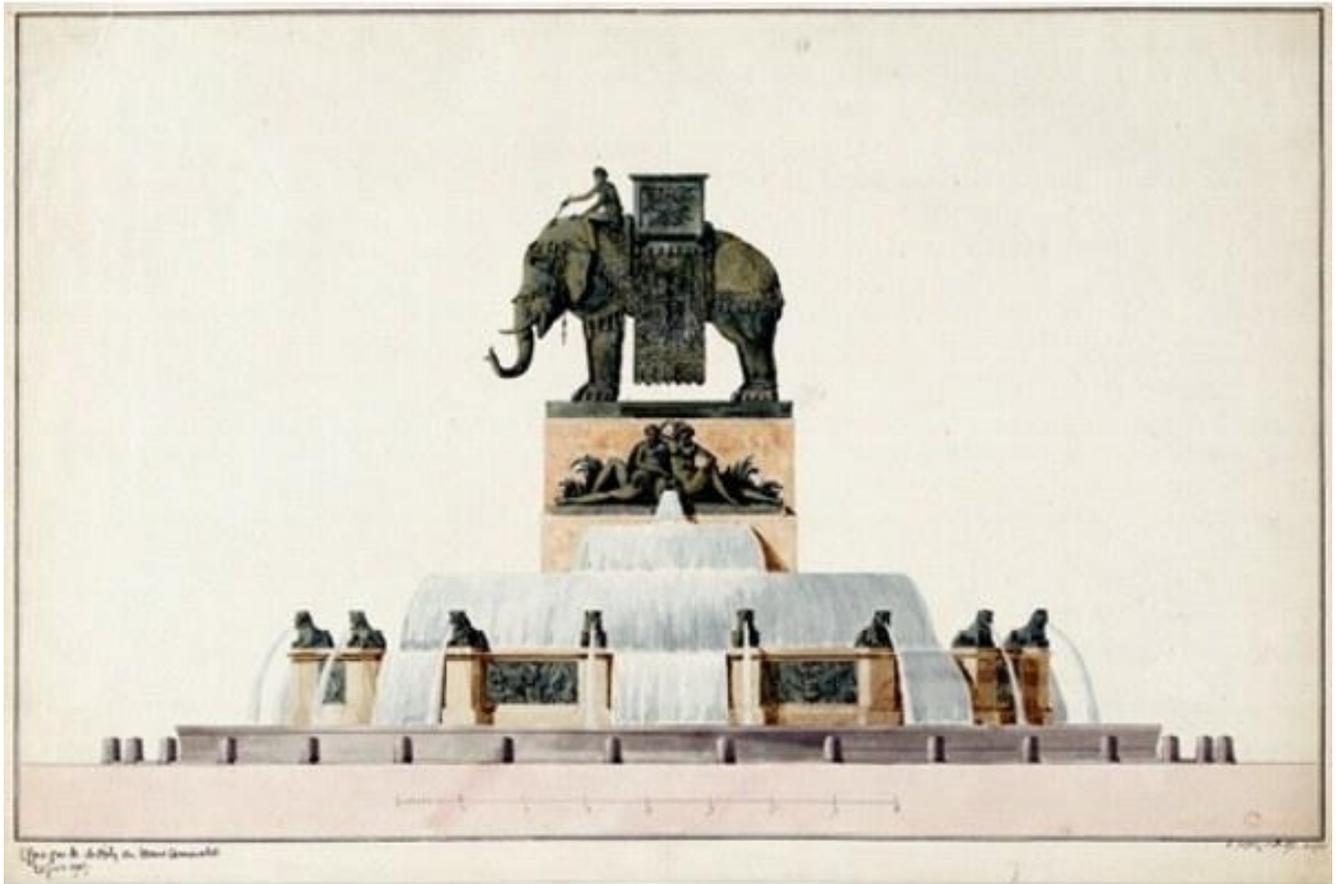
agradezco mucho todo su apoyo y aliento en el curso de los años, aunque me temo que el resultado final no es precisamente el que él tuvo en mente al principio.

Pero la idea de que yo podía abordar este tema procedió de mi viejo amigo y maestro Jack Plumb. Creo que me exhortó a trabajar en esto con la vana esperanza de que al fin pudiese ser capaz de escribir un libro corto. Lamento decepcionarle de un modo tan abrumador, pero abrigo la esperanza de que verá en la extensión de esta obra parte de su propia preocupación por lograr que la historia sea síntesis tanto como análisis, crónica tanto como texto. También me alentó a ignorar los obstáculos convencionales que se elevan como un alambre de púas intelectual en relación con las subdivisiones de nuestra disciplina, y confío en que le complacerá este intento de derribar esas vallas. Sobre todo, me enseñó que escribir historia sin el auxilio de la imaginación es cavar una tumba intelectual, de modo que en *Ciudadanos* intenté infundir vida a un mundo más que sepultarlo en un discurso erudito. Como las posibles virtudes de este libro deben mucho a su enseñanza, se lo dedico con afecto y amistad profundos.

Lexington, Massachusetts
1988



PARIS EN LA EPOCA DE LA REVOLUCION :
 Línea aproximada de los bulevares interiores y el antiguo muro de la ciudad



Jean-Antoine Alavoine, dibujo a la acuarela para el proyecto del elefante en la Plaza de la Bastilla

Prólogo

Capacidad de evocación Cuarenta años después

Entre 1814 y 1846 un elefante de yeso se alzaba en el asiento de la Bastilla. Durante gran parte de este período fue un espectáculo lamentable. Los peregrinos que venían a buscar inspiración revolucionaria se detenían estupefactos ante la visión, maciza y lúgubre, de la esquina sureste de la plaza. Hacia 1830, cuando de nuevo estalló la revolución en París, el elefante se encontraba en estado avanzado de descomposición. Se le había caído un colmillo, y el otro estaba reducido a un muñón polvoriento. Su cuerpo estaba ennegrecido a causa de la lluvia y el hollín, y los ojos se le habían hundido, perdiendo toda semejanza natural, en los pliegues y los hoyos de la cabeza grande y gastada.

Esto no era lo que Napoleón había deseado. Dominado por el deseo de borrar el recuerdo revolucionario, primero había pensado instalar un gran arco de triunfo en el espacio vacío dejado por la fortaleza demolida. Pero el este de París no era una zona elegante, y se adoptó la decisión de trasladar el arco al oeste de la ciudad. Al pasar revista a las fantasías de la antigüedad, Napoleón concibió otra idea que, según creyó, implicaría del mismo modo decisivo la superioridad de la conquista imperial sobre la insurrección caótica. No importaba que los elefantes pertenecieran al derrotado de las Guerras Púnicas. Para el codicioso emperador sugerían a Alejandro tanto como a Aníbal, los trofeos de Egipto, la tricolor que flameaba desde Acre hasta Lisboa. Se fundiría el elefante con bronce extraído de los cañones enemigos capturados en España, y tendría tales proporciones que los visitantes podrían ascender por una escalera interior hasta la torre erigida sobre su lomo. Del tronco brotaría agua. Sería heroico y delicioso, y todos los que lo contemplasen olvidarían el año 1789, olvidarían la Bastilla y en cambio se sumergirían en una especie de autofelicitación imperial.

Pero 1789, el comienzo de la Revolución Francesa, ha sido siempre más memorable que 1799, el año en que Bonaparte proclamó su terminación. La Bastilla y sus conquistadores han sido conmemorados, y en cambio se ha olvidado al elefante. En realidad, desde el principio mismo estaba condenado a padecer la arrogancia. Las opiniones de los encargados de esa tarea poco grata estaban divididas, y cuando se llegó a concertar cierto acuerdo, la suerte del imperio había cambiado. Las victorias en España fueron muy costosas, y se vieron seguidas por masacres tan onerosas que

era difícil distinguirlas de las derrotas. Hacia 1813, la fecha en que debía erigirse el elefante, no era posible prescindir de los cañones, y tampoco había dinero. De manera que en lugar de un monolito de bronce, un modelo de yeso ocupó su lugar en la plaza de la Bastilla, en espera de los planes definitivos que precederían a una grandiosa remodelación del lugar.

Inicialmente, sin duda fue difícil no hacerle caso. Tenía la altura de una casa de tres pisos, y el Elefante del Olvido de la Revolución montaba guardia sobre las memorias sediciosas de las turbas encolerizadas, las destrucciones por mano de la plebe, las humillaciones reales. De manera que cuando el imperio se derrumbó definitivamente, después de Waterloo, los gobiernos Borbones de la Restauración, con su temor a los recuerdos revolucionarios, podían aprovechar bien la distracción aportada por el elefante. Pero ahora sería esculpido en pacífico mármol más que en el bronce bélico, y estaría rodeado por otros monumentos alegóricos más convencionales: representaciones de París, de las estaciones, de las artes y las ciencias útiles como la cirugía, la historia y la danza. Los ministros que soñaban con la creación de nuevos imperios en África del Norte quizás incluso consideraron oportunas las alusiones elefantinas a Cartago. Pero si el imperio tardío se había visto en aprietos, la Restauración (y sobre todo Luis XVIII) se mostró avara. Lo único que pudo aportar fue la suma de ochocientos francos pagados a un sereno llamado Levasseur, que sobrevivió a la denuncia de que era bonapartista, y fue a vivir con las ratas en una de las resquebrajadas patas de la criatura.

El *concierne* del elefante podía evitar el ataque de los vándalos o las celebraciones subrepticias de la memoria de 1789. Pero no podía luchar contra la venganza del tiempo. La plaza de la Bastilla era un desierto urbano: un lodazal en invierno, un cuenco de polvo en verano. Las excavaciones destinadas al canal d'Ourcq y los repetidos esfuerzos por nivelar el terreno habían dejado al elefante cada vez más hundido en una depresión lodosa, como si estuviese desplomándose gradualmente a causa de la edad y el agotamiento. Además, la naturaleza había añadido sus propias indignidades. Cuando el cascarón de yeso se resquebrajó, el plinto quedó cubierto por dientes de león y cardos. Se abrieron grandes cavidades en el torso, y estas atrajeron a los roedores, los gatos vagabundos y los desheredados que no tenían dónde pasar la noche. El problema de las ratas llegó a ser tan grave que los residentes locales descubrieron que sus propias casas estaban colonizadas por grupos atacantes que habían salido del elefante. A partir de fines de la década de 1820 solicitaron regular pero infructuosamente que fuera demolido. Las autoridades de la Restauración estaban en un aprieto. Quizá podía ser repintado y trasladado a un lugar más inocuo, como los Inválidos o incluso las Tullerías. Pero la indecisión prevaleció. El elefante o lo que restaba de él permaneció allí.

Sólo en 1832, cuando el recuerdo revolucionario había llegado a las calles en el alzamiento que reemplazó a los Borbones con el «rey ciudadano» Luis-Felipe, el elefante se vio acompañado, en el extremo opuesto de la plaza, por una elevada

columna (que perdura) y que recuerda, no el año 1789, sino a los caídos en la revolución de julio de 1830. Por fin, en 1846 el golpe de gracia acabó con los sufrimientos del armatoste que estaba desintegrándose. Y como si la memoria se hubiese liberado de esta prisión, pronto hubo una nueva revolución y una nueva república.

Por lo tanto, el Elefante del Olvido Intencionado no fue rival para la persistencia de la Memoria Revolucionaria. Pero la renovación del recuerdo es por lo menos tan difícil como la amnesia histórica. Después de todo, la Revolución Francesa fue una gran demolición, y los repetidos intentos de rendirle homenaje con monumentos se han visto frustrados por la contradicción intrínseca. De todos modos, hubo intentos, que comenzaron con la Fuente de la Regeneración jacobina, construida en 1793: una versión de yeso de la diosa Isis, de cuyos pechos brotaba (en las ocasiones ceremoniales) la leche de la Libertad. En el Festival de la Unidad, que conmemoró la caída de la monarquía, Hérault de Séchelles, presidente de la Convención, bebió este néctar republicano en un vaso fabricado especialmente, que levantó frente a la multitud reunida en un gesto de salutación. Ocho años después, la fuente se derrumbó y retiraron los restos en varios carros. Otros proyectos —un nuevo municipio, un teatro del pueblo, una asamblea legislativa— fueron concebidos y desechados. En cambio, perduró un espacio vacío en la frontera exacta entre el París patricio y el París artesano: una tierra de nadie de la memoria histórica.

La conmemoración resultó más fácil cuando fue menos monumental. La pirotecnia y los bailes anuales el 14 de julio fueron más eficaces que los proyectos arquitectónicos grandiosos. Pero correspondió a la primera generación de historiadores románticos la hazaña de celebrar la Revolución encendiendo hogueras en su propia prosa. En el momento mismo en que el elefante se convertía lentamente en polvo y escombros, la triunfal narración de Jules Michelet convertía a la Revolución en una especie de actuación espectacular, simultáneamente escritura, drama e invocación. Siguieron otras crónicas —de Lamartine y Víctor Hugo— y ninguna pudo imponerse al ponderoso estruendo de la Épica de Michelet. La culminación fue la historia como mimesis: Lamartine arengando a las multitudes en una tercera revolución, la de 1848.

La apoteosis de la historia romántica fue también su deseo de muerte. En 1850, cuando los vapores retóricos de la II República desaparecían ante las realidades duras e inexorables del dinero, el poder y la violencia estatal, sobrevino un gran enfriamiento histórico. En 1848 en Europa entera, pero de un modo especialmente sangriento en París, la retórica revolucionaria había sido vencida en las barricadas por el cálculo contrarrevolucionario; la pasión había sido dominada por el desapasionamiento, los artesanos por la artillería. No es sorprendente entonces que la historia escrita pasara de la absorción lírica al análisis científico, del subjetivismo desenfadado a la fría objetividad. Si antes el éxito de la revolución había parecido depender de la adhesión espontánea, ahora parecía depender de la comprensión

lúcida. A partir de Alexis de Tocqueville y Carlos Marx (aunque de modos muy distintos), los historiadores trataron de conferir rigor científico a sus reseñas. Por primera vez se apartaron del drama seductor de los hechos —la superficie brillante de la crónica histórica— para explorar más hondo en las fuentes de los archivos o en las leyes generales de la conducta general. Se procedió a despersonalizar las causas de la Revolución Francesa, a desprenderlas del discurso y la conducta de los grandes hombres, para situarlas en cambio en lo profundo de la estructura social que la había precedido. La clase más que la formulación, el pan más que la convicción, aparecieron como el determinante de esa fidelidad. La historia científica —o por lo menos sociológica— había llegado, y con ella la degradación de la crónica al nivel de lo anecdótico secundario. De modo que ahora, y desde hace mucho tiempo, envueltos en el manto de la objetividad rigurosa, los historiadores se han atareado con la estructura, con la causa y el efecto; con las probabilidades y las contingencias; con gráficos y diagramas; con la semiótica y la antropología; con las microhistorias de los *départements*, los distritos, los cantones, las aldeas, los villorrios.

Apenas necesito señalar que lo que sigue no es ciencia. No pretende hacer gala de desapasionamiento. Aunque de ningún modo es novelística (pues no hay invención intencionada), bien puede impresionar al lector como narración más que como historia. Es un ejercicio de descripción animada, la relación con el recuerdo de doscientos años sin pretensión ninguna de cerrar definitivamente el tema. Y tanto la forma del relato como el contenido elegido representan un distanciamiento intencionado respecto de la historia analítica para aproximarnos a los hechos y las personas, ambos prohibidos durante mucho tiempo, o desechados como mera espuma sobre las grandes olas de la historia. Es una narración no por defecto sino por elección: un principio, un medio y un fin que trata de concordar con el sentido sumamente desarrollado del pasado, el presente y la posteridad en los protagonistas. Pues no es un hecho en absoluto fortuito que la creación del mundo político moderno coincida exactamente con el nacimiento de la novela moderna.

La mayoría de las historias de las revoluciones tienen un carácter lineal: paso en el tiempo de lo antiguo a lo nuevo. Pero difícilmente pueden evitar cierta circularidad. En su uso temprano, la palabra *revolución* era una metáfora extraída de la astronomía, y aludía al movimiento circular periódico de las esferas. Implicaba la previsibilidad, no la imposibilidad de prever. «El mundo puesto de cabeza», como se denominaba al popular himno de la Revolución Norteamericana, paradójicamente implicaba una adaptación a dicha inversión. En el mismo sentido, los hombres de 1776 (y aún más los creadores de la Constitución) estaban más interesados en preservar el orden que en perpetuar el cambio. Parte de la misma inquietud se manifiesta en Francia en el modo en que los hombres de 1789 usaron la palabra. Pero en su caso, la retórica transformadora se impuso a todo lo que fuera una reserva aprensiva. Por extraño que parezca, los que abrigaban la esperanza de un cambio limitado en 1789 fueron los más propensos a la hipérbole de lo irreversible. Y a partir

de ese momento la revolución sería una palabra referida a la inauguración, no a la repetición.

En 1830 la «Revolución Francesa» se convirtió en una entidad transferible. Ya no fue una serie finita de acontecimientos, unida a determinado amarre histórico (es decir, 1789-1794). En cambio, la memoria (principalmente escrita, pero también cantada, grabada y hablada) organizó la realidad política. Siempre había existido una veta de rememoración romántica que había afrontado la obliteración real de gran parte de la Revolución Francesa proclamando su inmortalidad en la memoria patriótica. En su intento de galvanizar a un país que ya estaba sometido a la ocupación en 1815, Napoleón, que había sido el más entusiasta enterrador de la Revolución, trató de arrancarla de la tumba. Envuelto en lemas y emblemas revolucionarios, trató de invocar el temor y la camaradería de 1792: *la patrie en danger*. Pero Waterloo habría de concluir lo que la batalla de Valmy había comenzado.

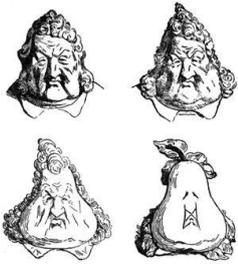
Reinstalados en el trono por la invasión extranjera, los Borbones apreciaron que todo lo que fuese una esperanza acerca de su legitimidad dependía de un acto de prudente olvido. El primer rey, Luis XVIII, con sus apetitos excelsamente burgueses de dinero y comida, era eficaz para el olvido político. Apenas resistió la designación de ministros que habían servido a la Revolución y al imperio, y evitó por completo una coronación formal. Pero su hermano Carlos X era el cautivo de una memoria mucho más inquieta. Así como hizo todo lo posible para afrontar el pasado revolucionario —haciéndose coronar con todo el rito tradicional en la catedral de Reims— también removió los espectros revolucionarios sepultados en la tumba del recuerdo. Pese a que esos recuerdos le agobiaban, su conducta garantizó que reaparecieran. Su último y más recalcitrante ministro fue un Polignac, perteneciente a lo que era quizás el clan aristocrático más universalmente odiado durante la década de 1780. En 1830, varios decretos arbitrarios recordaron los de 1788, y para enfrentarlos, el manojito de gritos de guerra emotivos, de costumbres, de banderas y canciones, que se había retransmitido como un caudal histórico de generación en generación, se reconstituyó en las barricadas.

Había muchas cosas que provocaban la cólera popular en 1830. Una crisis comercial con la elevación automática de los precios del pan y el aumento de la desocupación había determinado que grupos de irritados artesanos se reuniesen en el faubourg Saint-Antoine para escuchar la palabra de los periodistas y los oradores que denunciaban al gobierno. Pero lo que desencadenó las emociones de este público y avivó su decisión fue la exhibición de los recuerdos revolucionarios como reliquias sagradas: la tricolor desplegada nuevamente en Notre Dame; los cuerpos atravesados por las bayonetas de las tropas reales, envueltos en sábanas ensangrentadas y paseados por las calles como incitación a la revuelta. De nuevo el Hotel de Ville fue asediado por los ebanistas, los sombrereros y los fabricantes de guantes del faubourg Saint-Antoine, esta vez impedidos de avanzar hacia el oeste sólo por los restos

mutilados de un elefante de yeso. Resonó nuevamente la «Marsellesa», las cabezas desprovistas de peluca lucieron los sombreros rojos de la libertad (no más anacrónicos en 1830 que en 1789), y los oxidados cañones de diez libras de nuevo fueron arrastrados sobre los adoquines. Un duque de Orléans otra vez conspiró (esta vez con éxito) para ser el beneficiario del derrocamiento de un monarca Borbón. Incluso el mariscal Marmont, encargado de la defensa de París, pareció prisionero de esta ensoñación histórica. Cuando vio que se desintegraba la fidelidad de los militares, no encontró nada mejor para decir a su rey que repetir textualmente las palabras del duque de La Rochefoucauld-Liancourt a Luis XVI el 15 de julio de 1789: «Sire, esto no es un disturbio, es una revolución». Pero si Luis no había atinado en absoluto a advertir el significado del vocabulario político transformado, Carlos X sabía exactamente lo que esas palabras presagiaban. Había leído el guión. Había leído los relatos. Incluso su destino estaba organizado de un modo que no se repitiese al de Luis, sino su propia conducta en 1789, pues entonces se había apresurado a partir, y ahora se apresuró todavía más.

Si los textos eran los mismos, los protagonistas habían envejecido mucho. La edad avanzada de muchos de los principales actores de la Revolución de julio de 1830 eran motivo de embarazo. Ahora no servía la fórmula: «Bienaventurados los que en esa alborada estaban vivos, pero ser viejo implicaba que uno era sagaz». Los veteranos estaban representando los papeles que debían corresponder a los jóvenes prometedores. Las revoluciones son el dominio de los jóvenes. Michelet, que había nacido cuatro años después del Terror, hablaba del rejuvenecimiento en aulas atestadas de alumnos que chocheaban. En su áspera narración, los jóvenes de 1789 habían tomado ramitas verdes como insignias en el jardín del Palais-Royal el 12 de julio, para simbolizar la primavera de una nueva Francia. Los viejos de la Bastilla eran los villanos o bien las víctimas: los guardias de los Inválidos que vigilaban las torres; el conde de Solages (detenido por su propia familia), cuya barba blanca provechosamente llamativa, la forma encogida y las arrugas inmemoriales parecían señalar, nada más que por la apariencia, la longevidad del despotismo. De acuerdo con las ideas de Rousseau, el mentor de la Revolución, ser joven significaba ser inocente y no tener mácula, y así el propósito específico de la revolución era liberar al hijo de la naturaleza encerrado en el caparazón de la madurez. Los discípulos jóvenes más ardientes de Rousseau en la Revolución se habían consumido en la Virtud, y después se habían masacrado unos a otros antes de sufrir la desilusión de viejos recuerdos. El Terror incluso beatificó a los jóvenes muertos, pero inmortales. El inmortal Bara, de trece años, fue abatido porque se negó a entregar caballos a los rebeldes, a quienes denominaba «bandidos»; el joven Darruder vio caer a su padre en el campo de batalla, recogió el tambor y encabezó la carga. Camille Desmoulins ya era un revolucionario veterano de veintiocho años cuando pereció a manos de Saint-Just, a su vez guillotinado a los veintiséis años.

Era difícil tomar en serio a los revolucionarios envejecidos.



Charles Philippon,
«Les Poires», de
Charivari

[\(Ampliar\)](#)

Corrían el riesgo del ridículo, del cual ninguna revolución puede recobrase bien. Los hombres que posibilitaron el movimiento de 1830 —estudiantes de la Politécnica, jornaleros de la imprenta y guardias nacionales— ciertamente eran una generación nueva. Y si los periodistas y los políticos liberales que se comprometían con un cambio directo del régimen no estaban en la flor de la juventud, tampoco eran ancianos. Pero los actores principales de los días de julio (y en medida mayor aún los «Notables» que formaban la nueva élite de la monarquía constitucional: los banqueros, los burócratas y los abogados) habían alcanzado una edad

visiblemente madura. Las acres caricaturas de Daumier, que mostraban cráneos calvos y mejillas arrugadas, vientres rotundos y brazos delgados, se acercaban a la realidad más peligrosamente que la atlética Libertad de Delacroix en las barricadas. A lo largo de 1830 y durante las dos décadas siguientes, los jóvenes atemorizaron a los viejos, lo visceral intimidó a lo cerebral. La Revolución y la Restauración derrocada por aquella eran curiosidades históricas, sacadas del pasado, revestidas con nuevos atuendos para ir al encuentro de los viejos huesos que entrechocaban bajo el traje fantástico. Carlos X, un rey ostentosamente piadoso, era una débil reencarnación de la notoria y antigua personalidad, el conde de Artois, que había sido el más atrevido de los jóvenes de Versalles: un notorio alborotador en la cacería, en el salón de baile y en la cama. Había escupido en los ojos a la Revolución de 1789, pisoteado las escarapelas y convertido «*O Richard mon roi*» en el himno de la contrarrevolución. El futuro príncipe, Luis-Felipe, un blando facsímil de su padre regicida «Felipe Igualdad», difundía sus memorias en un esfuerzo por presentarse como el joven soldado-ciudadano de los ejércitos revolucionarios de Jemappes en 1792; pero con escasos resultados. Y él fundó la Galería de las Batallas en Versalles con un cuadro tras otro de Horacio Vernet, y con el propósito de ser identificado con la virilidad de las armas francesas. Pero para el público más general, que reía con las caricaturas de Philippon y Daumier, la espada protectora de Francia —*la Joyeuse*— se trasmutaba cómicamente en el ubicuo paraguas de Luis-Felipe. Lo que era incluso peor, la figura majestuosa se había resuelto en la forma letalmente absurda de una pera.

Si era una desgracia ser viejo en 1830, por sí sola la edad no imponía la conducta. En el caso específico de dos septuagenarios que eran historias andantes, la evocación del recuerdo revolucionario significaba cosas muy distintas. En el caso de Gilbert de Lafayette, héroe de Dos Mundos, un juvenil y airoso individuo de setenta y tres años, significaba la ilusión de la juventud, el reavivamiento de la pasión y la aceleración del pulso. Por su parte, los fisonomistas seguramente creyeron que su cutis sugería un temperamento destinado a la ignición. Y Lafayette complementaba esta irradiación perennemente rubicunda con una peluca áspera y rojiza, de modo que ambas cosas anunciaban que el fuego de la acción revolucionaria conservaba sus brasas interiores.

En contraste con el entusiasmo revolucionario de Lafayette, Maurice de

Talleyrand, príncipe de Bénévent, ofrecía al mundo una apariencia externa de imperturbable serenidad. A los setenta y cinco años tenía dos más que Lafayette, y poseía recuerdos revolucionarios por lo menos tan considerables. Esta crisis más reciente tenía un fatigoso aire de *déjà vu*, pero de todos modos permitía maniobras cuidadosas y evitaba los gestos impulsivos. Mientras uno de los ancianos oía el cacareo del gallo sobre la Francia renacida, el otro escuchaba la «Marsellesa» como una cacofonía que turbaba su sereno atardecer. A los ojos de Lafayette el momento aportaba celebridad, a los de Talleyrand sugería un perfil bajo. Y mientras Lafayette cabalgaba hacia París para comparecer ante la multitud reverente, Talleyrand retiraba la placa de bronce del frente de su casa en la ciudad, para evitar ser reconocido.

Lafayette tomaba en serio su recuerdo, y sabía utilizarlo como un arma. Adecuadamente corregido para eliminar los motivos de embarazo, que eran tantos como sus triunfos, su evocación revolucionaria fue una última convocatoria de la posteridad. «Que todos tengan la certeza», prometió a las multitudes en 1830, «de que mi conducta a la edad de setenta y tres años será la misma que tuve a la edad de treinta y dos». «La Restauración adoptó como lema “Unión y Olvido”», dijo a una legión de la Guardia Nacional; «El mío será “Unión y Recuerdo”». Y en efecto, recordó. En Grenoble, en uno de los muchos banquetes que señalaron su avance triunfal a través de Francia, respondió a un brindis recordando a la ciudadanía su «Día de las Tejas» en 1787, cuando la multitud se enfrentó a las tropas reales. Precisamente porque Lafayette había sido comandante de la Guardia Nacional en 1789 los inquietos jefes de la oposición consideraron que su reasunción del cargo sería una iniciativa prudente. Lafayette volvió a vestir debidamente su viejo uniforme, y con falsa modestia dijo públicamente que «un veterano puede prestar cierto servicio en esta grave crisis». Cuando llegó al Hotel de Ville acompañado por una turbulenta multitud, como comandante de la Guardia Nacional, un oficial bien intencionado trató de mostrarle el camino. «Lo conozco», replicó con frase intencionada, «ya he estado aquí antes».



Charles de Larivière,
Lafayette
recibiendo a Luis Felipe en el Hôtel de Ville.

[\(Ampliar\)](#)

Sobre todo, recordaba el modo de saludar a la musa revolucionaria: con un abrazo fraterno. De modo que Lafayette besó la tricolor; besó a los oficiales de su Guardia; besó al duque de Orléans mientras le concedía su bendición. Besó con tanto ardor a la nueva época que su besuqueo llegó a ser notorio, y los hombres se burlaban y decían que era el incorregible «Père Biseur». Pero, ¿cuántos tienen tres apoteosis en una sola vida? Acostumbrado a ocupar el centro de la escena, Lafayette comprendía instintivamente el reclamo del teatro político: el reclamo de los gestos, del lenguaje del cuerpo, de la retórica física tanto como verbal aplicada a los momentos decisivos. En América, durante la última marcha triunfal, apenas cinco años antes, se había convertido en la primera creación de la política populista, transformado en «Marcus D. Lafayette»,

regodeándose con el aplauso y los pétalos de rosa que llovían sobre él desde Maine hasta Virginia; oprimiendo incansable la carne, estrechando manos hasta que las suyas se despellejaron; y con transparente sinceridad repitiendo constantemente ante las multitudes extáticas: «Zo appy; zo appy». («Me siento tan feliz; me siento tan feliz»). Ante la multitud reunida frente al Hotel de Ville, ante las muchas personas que veían en el viejo mariscal la oportunidad de dar paso a una república, envolvió a Luis-Felipe en la tricolor, como si esta hubiera sido la toga de su constitucionalismo, y le empujó sin ceremonias hacia el balcón. En un gesto de vodevil, Lafayette se convirtió en el centro del espectáculo y privó de su filo al republicanismo. Sin duda recordó el desconcierto de Luis XVI cuando fijaron a su sombrero una mera escarapela en las secuelas de la caída de la Bastilla. Si un monarca quería sobrevivir, necesitaba nada menos que una gran envoltura tricolor.

Lafayette fue el Gran Recordador. En 1815, cuando incluso después del desastre de Waterloo hubo un intento de preservar el imperio napoleónico, Lafayette pronunció un discurso devastador que evocó, como testigos de la acusación, a los espectros de millones de soldados a quienes el Gran Hombre había dejado morir en Egipto, Rusia y Alemania. En América siempre trató de reforzar, mediante constantes recordatorios de las libertades fraternales, una amistad que se había deteriorado gravemente desde 1783. Por ese motivo ofreció a George Washington una llave de la Bastilla. Para Lafayette, la memoria era el acicate de la acción, y la revolución era en sí misma parte del proceso de renovación perpetua, el modo en que Francia podía recobrar su *élan vital*.

El canto de las primaveras políticas no interesaba a Talleyrand. Se había reconciliado gratamente con el invierno político. Sus propios recuerdos le agotaban más que reanimaban, y el impulso romántico siempre había sido para él una actitud inadmisibles. Su cojera le había afectado desde la primera infancia, y hacía mucho tiempo que había aprendido a cultivar una especie de estudiada languidez que irritaba a los mediocres. A lo largo de toda su vida había sido anatema para los apóstoles de Rousseau, pues confiaba en el disimulo más que en la sinceridad, en la cortesía más que en la espontaneidad, en la reflexión más que en el impulso, en la diplomacia más que en la agresión, en la negociación a puertas cerradas antes que en los discursos pronunciados en las asambleas públicas. Menospreciado siempre como un fósil político, una arcaica supervivencia del *ancien régime*, conocía mejor que la mayoría que todas esas artes eran necesarias tanto por referencia al futuro político como al pasado.

En 1830 sólo deseaba una vida tranquila para sí mismo y para Francia. En Valençay, su castillo renacentista de asombrosa belleza, representaba el papel del caballero de provincias, instalado en el papel de intendente, experimentando con nuevas variedades de escarola y zanahoria, y cuidando su vivero de pinos escoceses. En Rochecortte, la residencia de su compañera Dorothee de Dino, una mujer mucho más joven, gozaba de placeres incluso más sencillos, y obtenía melocotones de sus

propios injertos, y los comía con Brie, el «Rey de los Quesos» («el único rey al que ha sido fiel», dijo uno de sus muchos detractores). En París rara vez salía del gran *hotel* de la rué Saint-Florentin, donde se sentaba sobre gruesos almohadones (incluso cuando se acostaba, pues temía mucho caer de noche y golpearse), mordisqueaba un bizcocho, bebiendo su Madeira y leyendo, sin ayuda de gafas, un libro de su inmensa y espectacular biblioteca privada. Pues Talleyrand aún se mostraba meticuloso, y empolvaba la gruesa peluca y la rizaba para formar bucles rubios, su barba apretada por un alto cuello de estilo Directorio, su famosa nariz respingona (que aún podía erguir como un arma letal) sometida a una peculiar operación de lavado al final de la única comida que se concedía diariamente.

A los ojos de Ary Scheffer, que le pintó en 1828, tenía el aspecto de la muerte vestida de seda negra. Pero como una tortuga inmensamente anciana y formidable, Talleyrand podía extraer el máximo de la vida tratándola reflexiva y cautelosamente. De ahí que la miope estupidez de Carlos X le exasperase tanto. Pues en su temeraria decisión de enfrentarse a todos los fanáticos, excepto a los más reaccionarios, había condenado a Francia a vivir otro período de «anarquía, una guerra revolucionaria, y todos los restantes males de los cuales Francia fue rescatada con tanta dificultad en 1815». Si la revolución llegaba a Lafayette como una avalancha de sentimientos, un elixir de la juventud, en el caso de Talleyrand el toque a rebato provocaba la alarma de su inteligencia. Para Lafayette, 1830 debía ser el presagio de la Libertad y la Democracia, no sólo para Francia sino para el mundo entero (y especialmente para Polonia). A los ojos de Talleyrand el único sentido de un cambio de régimen era el control de los daños.

Si el brillante histrionismo de Lafayette con la bandera tricolor y su bendición frente a la multitud —«*Voilà la meilleure des républiques*» (Aquí vemos la mejor de las repúblicas)— habían sido de hecho la coronación popular de Luis-Felipe, Talleyrand (que había presenciado las tres coronaciones, la de Luis XVI, Napoleón y Carlos X) suministró el candidato. De modo que mientras Lafayette ocupaba el centro de la escena, Talleyrand era quien controlaba absolutamente la acción entre bambalinas. Los dos hombres siempre habían mantenido esta relación extrañamente simbiótica, de actor y productor, ejecutante y titiritero, y siempre habían discrepado acerca del punto en que estaba la realidad del poder revolucionario. A juicio de Lafayette, las expresiones, las formas, los atavíos, los símbolos y la confianza misionera de las causas justas constituían la única ética histórica que merecía ser recordada. En el caso de Talleyrand, estas mismas construcciones simbólicas eran mascaradas históricas, brebajes para los crédulos, la jerga secular que había remplazado el lenguaje de las reliquias y los milagros. Tales actuaciones eran piruetas circenses, al mismo tiempo indispensables y espurias. Había visto antes a Lafayette montando un caballo blanco: el día en que, como comandante de la Guardia Nacional, era el punto de mira de 400.000 entusiastas revolucionarios, en el momento de tomar el juramento a la Nación en el Campo de Marte, el 14 de julio de 1790. Pero

era Talleyrand, el ciudadano-obispo de Autun, quien había escrito la misa que aportó su bendición a esta ceremonia, y Talleyrand quien había continuado calculando. Pues mientras Lafayette se bañaba en la irradiación de la celebridad revolucionaria, Talleyrand hacía saltar la banca en las mesas de juego.

Aunque una vez más Lafayette representaba para la galería, Talleyrand jugaba a la bolsa («*Jouez à la baisse*», recomendó a los amigos tres días antes de que comenzara la lucha de calles en París). Asimismo, las operaciones de limpieza de los dos hombres exhibían un contraste sorprendente pero interrelacionado. Lafayette compensó su deserción de la causa republicana en 1830 proclamando el internacionalismo revolucionario mesiánico y la liberación inmediata de Polonia. Talleyrand ocupó su último cargo oficial en 1830 como embajador francés en Londres, donde se dedicó a apagar los fuegos que Lafayette había encendido tan liberalmente, y a prometer a su antiguo *doppelgänger* de Viena, el duque de Wellington, que el arma más peligrosa de Luis-Felipe era un paraguas plegado. *Tout va bien*.

En sus propias personas, Lafayette y Talleyrand expresaban la personalidad dividida de la Revolución Francesa. Pues si bien es usual reconocer que la Revolución dio a luz un nuevo tipo de mundo político, se advierte con menos frecuencia que ese mundo fue el producto de dos intereses irreconciliables —la creación de un estado poderoso y la creación de una comunidad de ciudadanos libres—. La ficción de la Revolución fue imaginar que era posible servir a cada uno sin perjudicar al otro, y la historia de esta Revolución equivale a la comprensión de esa imposibilidad.

Sin embargo, sería el peor error posible suponer desde el comienzo mismo la existencia de un tono impropriamente irónico frente a la más idealista de estas metas. Talleyrand, que se inclinaba a adoptar precisamente esa actitud, fue por una sublime ironía el abuelo indirecto de la más duradera de todas las imágenes de la exaltación revolucionaria: *La Libertad conduciendo al pueblo*, de Eugène Delacroix. De pie sobre los escombros de una barricada, la Marianne del pueblo, con los pechos desnudos, tocada con el sombrero rojo de los *sans-culottes*, exhorta a los obreros y a los estudiantes a marchar hacia el destino indeterminado de la Arcadia revolucionaria. Notre Dame de la Liberté aparece sobre el trasfondo de Notre Dame de Paris, ya conquistada por la Libertad, de modo que la tricolor ondea en sus torres^[*].

¿Y Talleyrand? ¿Qué tenía que ver él con esta tormenta de óleos, visceralmente tan conmovedora que Luis-Felipe se asustó y compró el cuadro de Delacroix, para ocultarlo durante una generación a los ojos del público? Talleyrand no había traído al mundo este imperecedero embarazo revolucionario, pero según parece había creado a Eugène Delacroix. Durante el año revolucionario VI (1798), cuando la primera revolución estaba siendo desechada discretamente por sus corruptos custodios de París, y era destruida a golpes por sus generalísimos en el campo, Talleyrand había

demostrado más perversidad que de costumbre. Al ocupar el cargo de Charles Delacroix, ministro de Relaciones Exteriores (enviado al exilio y al ingrato tedio de la embajada francesa en La Haya), Talleyrand también le remplazó en el lecho de Madame Delacroix. Podemos suponer que ella se mostró receptiva a las insinuaciones de Talleyrand, pues su esposo se había visto incapacitado un tiempo por un bocio monstruoso que se extendía desde el vientre hasta la ingle. La extirpación realizada con éxito por los cirujanos más brillantes de París fue una *cause célèbre* de la medicina, y la deformidad del señor Delacroix fue un episodio histórico ampliamente comentado. La deformidad del propio Talleyrand, el pie que le obligaba a cojear y que arrastraba calzado con un zapato de diseño especial, nunca había sido un obstáculo para sus éxitos amorosos. Talleyrand creía que el poder y la inteligencia eran el perfume del galanteo, y los esgrimía con letal encanto. La señora Delacroix sucumbió a su debido tiempo. El hijo de ambos fue Eugène, el romántico más grande de la nueva etapa procreado por el escéptico más formidable de la antigua.

Por lo tanto, la sangre de la pasión revolucionaria provino de la carne de la inteligencia revolucionaria. Esos dos temperamentos —retórico y racional, visceral y cerebral, sentimental y brutal— no deben caminar separados en esta historia. En efecto, su unión imperfecta determinó el nacimiento de una nueva política.

[Ver Fuentes y Bibliografía](#)



Eugène Delacroix, *La libertad encabezando al pueblo*, 1830



PRIMERA PARTE

Alteraciones

La Francia de Luis XVI



Retrato anónimo de Talleyrand a los 16 años

1

Hombres nuevos

I - Padres e hijos

En la brillante primavera de 1778, Talleyrand fue a presentar sus respetos a Voltaire. Incluso en una sociedad en que la mundanidad del clero era notoria, el hecho era un tanto impropio. Apenas se había secado la tinta en su diploma de teólogo de la Sorbona cuando el joven sacerdote, que ya gozaba de un beneficio en Reims y era delegado a la Asamblea del Clero, se apresuraba a rendir homenaje al más famoso azote de la Iglesia. La visita tenía cierto sabor de impiedad filial, pues Talleyrand sin duda estaba buscando una figura de padre más satisfactoria que sus progenitores naturales. Estos le habían puesto en manos de una niñera, y ella le había dejado caer desde un armario, rompiéndosele un hueso del pie que nunca se soldó. Además de la desgracia acarreada por su impedimento, el joven Talleyrand de hecho también se vio desheredado. Pues un joven que no podía practicar esgrima ni bailar no tenía la más mínima esperanza de alcanzar éxito en la corte o el ejército, las dos únicas vocaciones apropiadas para un retoño del linaje de Périgord. Sólo podía seguir un curso: una carrera en la Iglesia, donde podía conquistar riqueza y eminencia, pero hacia la cual, como se vio muy pronto, manifestaba la más profunda aversión. En el Collège d'Harcourt, donde fue enviado a la edad de siete años, se le ordenó obedecer y creer, cuando todos sus instintos y su inteligencia le inducían a desobedecer y cuestionar. En el seminario de Saint-Sulpice se le exigió además respetar la autoridad. En cambio, comenzó a conformar una biblioteca de obras de los filósofos iluministas más escépticos, además de jugosas obras de pornografía, en las que se destacaba de manera prominente la libido de los sacerdotes y las monjas. Destinado por sus infortunios y sus inclinaciones intelectuales a representar el papel de un extraño, se sintió aplaudido por otros extraños. Una noche húmeda de 1771, después de la misa, ofreció su paraguas a una joven actriz de origen judío, Dorothee Dorinville, conocida por el nombre de Luzy en la escena de la Comédie-Française. Fue la primera de una larga serie de *amours* y quizá la más tierna: el seminarista hereje avanzaba cojeando vestido con su sotana negra, y acompañado por la piadosa conversa, hacia lo que él mismo denominaba el «santuario» de la actriz en la rué Férou.

Para Talleyrand, el encuentro con Voltaire fue una suerte de bendición paternal: la imposición de las manos agarrotadas sobre los largos y perfumados cabellos rubios. Sesenta años separaban al antipadrino del acólito, al joven de veintitrés años del anciano de ochenta y cuatro. Mientras el mundano clérigo joven buscaba el coraje de sus convicciones, el viejo filósofo tendía un velo sobre las suyas. Exiliado de Francia durante veintisiete años, Voltaire había regresado en febrero de 1778 para recibir una apoteosis ruidosa y pública. Era viejo y no se sentía bien, y el largo viaje desde Ferney, cruzando la frontera suiza, no había mejorado sus dolencias. Periódicamente,

en la residencia urbana del marqués de Villette, donde se alojaba, sufría un acceso de tos con producción de esputo y sangre. Llamaban al doctor Tronchin, el famoso médico suizo que se había trasladado a Francia en parte para atender a sus propios pacientes (el otro era Rousseau). En la prensa se publicaban expresiones de ansiedad. Pero Voltaire estaba decidido a sobrevivir el tiempo necesario para gozar de la adoración de los discípulos jóvenes que acudían en tropel a verle, y el embarazo de los amigos más antiguos, los que correspondían a épocas más tranquilas, que ahora acudían en busca de confortamiento y absolución. Pero al margen de sus propios sentimientos contradictorios, Voltaire mostraba únicamente su aspecto más cordial a los admiradores que formaban fila para ser llevados a su presencia. «Es posible que me sienta sofocado», se quejaba burlonamente, «pero será bajo una lluvia de rosas».



La coronación de
Voltaire en el
Théâtre-Français,
1778

[\(Ampliar\)](#)

Cuando el tiempo y su salud mejoraban en la medida suficiente para permitirle una salida, se presentaba en el Théâtre-Français para dirigir los ensayos de su tragedia *Irène*. En el estreno del 16 de marzo toda la familia real, excepto el propio rey, acudió a saludar al autor. Y al final de la sexta representación, el 30 de marzo, se instaló sobre la escena un busto especialmente encargado de Caffieri y coronado de laureles por los actores. Todo el público se puso de pie para ovacionarle, mientras el anciano absorbía el aplauso. No disimuló en absoluto que le complacía esta inmortalización preliminar. Incluso su lecho de muerte, a fines de mayo, se convirtió en un hecho semipúblico, y *le tout Paris* observó para comprobar si sucumbía a las artimañas del confesor que, hasta el fin mismo, intentó imponer un rito ortodoxo de absolución, en lugar de la fórmula astutamente neutra concebida por Voltaire: «Muero en la religión católica, en la cual nací». Incluso sus presuntas últimas palabras para negarse a condenar al Demonio («¿Es este el momento oportuno para hacerse enemigos?») fueron rigurosamente apócrifas, y el rechazo real que sufrió el obstinado sacerdote fue casi tan bueno: «Dejadme morir en paz».

De modo que hubo algo de veneración en la visita de Talleyrand. Algunas versiones afirman incluso que se arrodilló ante Voltaire en actitud de sacrílega veneración. Y no cabe duda de que el joven y mundano sacerdote idolatraba al perverso y anciano deísta cuyo grito de batalla había sido «*Écrasez l'infâme*» («aplastad a la infame», es decir, la Iglesia). Fue llevado al Hotel de la Villette, en la rue de Beaune, por su condiscípulo el caballero de Chamfort. Introdujeron a Talleyrand en un cuartito, casi completamente a oscuras, excepto por una persiana abierta estratégicamente para permitir el paso de un solo rayo de luz de sol que acariciaba los rasgos arrugados y encogidos de Voltaire: el Iluminismo iluminado. Durante un momento la puntilliosidad del joven se sintió desconcertada, incluso repelido por el espectáculo de las piernas ahusadas y los pies huesudos que sobresalían bajo la suelta bata. Desde algún lugar en las sombras Madame Denis, sobrina de Voltaire, que ya no era *belle et bonne*, si alguna vez lo había sido, se

atareaba con el chocolate, y los hilos de vapor dulzón se difundían por la habitación mientras el filósofo indagaba cortés y admirativamente acerca de la familia en Périgord. A partir de este comienzo trivial, la conversación de Voltaire cobró impulso, de modo que su impresionable y joven admirador pensó que el famoso *esprit* desplegaba las alas. Las palabras «fluían de él, tan rápidas, tan pulcras, y al mismo tiempo tan perfiladas y tan claras... Habló rápida y nerviosamente, con un movimiento de los rasgos que nunca vi en ningún hombre, salvo él mismo... Su ojo se animaba con un vivido fulgor, y casi deslumbraba». Todo fue como había previsto: ese cráneo en quien se manifestaba tan brillante animación hablaba y hablaba a su discípulo silencioso y devoto. Fue uno de los momentos decisivos de la vida de Talleyrand. «Cada línea de esa notable faz está grabada en mi memoria», recordaba en su propia ancianidad. «La veo ahora ante mí, con los ojos pequeños y fieros mirando desde las cuencas hundidas, no muy distintos de los de un camaleón». Y aunque, en el tiempo que necesitó para llegar al Palais-Royal después del encuentro, Talleyrand olvidó qué era exactamente lo que Voltaire le había dicho, jamás olvidó el modo en que le habló ni la peculiar gentileza de su despedida. Era, según dijo, una despedida paternal.

Para Talleyrand, es posible que la Revolución comenzara con esta consagración de la incredulidad en la rué de Beaune. Para Lafayette comenzó con un acto de fe. Y es indudable que para Francia la Revolución comenzó en América.

Mientras Talleyrand se arrodillaba a los pies de su patrono intelectual, Lafayette temblaba en Valley Forge, Pennsylvania. Allí, entre las «pequeñas cabañas, apenas más alegres que las celdas de una mazmorra», que albergaban al patético residuo del Ejército Continental, el marqués de veinte años había hallado a su padre subrogado en la forma imponente de George Washington. Su primera descripción del general, escrita a su esposa Adrienne después de reunirse con Washington en Filadelfia, el mes de julio precedente, le describía como «un caballero discreto y reservado, que tiene edad suficiente para ser mi padre», aunque se le distinguía fácilmente «por la majestad de su cara y su figura». Y fue durante lo que Lafayette denominó «la gran conversación» del 14 de octubre de 1777 —quizá para compensar la imposibilidad de otorgar al marqués la división que él ansiaba— cuando Washington comentó que le complacería gozar de su confianza «como amigo y padre». Por casual que fuese el modo en que el virginiano deslizó este gentil cumplido, fue el momento de la epifanía para Lafayette. En adelante fue el hijo adoptivo, consagrado, casi hasta el extremo del servilismo, a la causa de su nuevo padre, de modo que ahora la *patrie* y el *pater* estaban imbricados estrechamente en una unión emocional.

Si Talleyrand había pensado que era de hecho huérfano, «el único hombre de cuna distinguida y perteneciente a una familia numerosa... que nunca gozó siquiera

durante una semana de su vida, la alegría de vivir bajo el techo paterno», Lafayette sintió su propia pérdida con un dolor más acerbo. Cuando Lafayette tenía dos años, su padre, coronel de los granaderos de Francia, había sido muerto en la batalla de Minden. Su tío había muerto en el sitio de Milán, en 1733, durante la Guerra de la Sucesión polaca. De modo que el joven Gilbert fue criado en la propiedad de Chavaniac en Auvernia, con su mente poblada por sueños de gloria marcial. Cerca del castillo había algunos campos llamados por los campesinos los «champs de bataille», y allí Lafayette comulgaba con las sombras de Vercingetórix armadas para la lucha. Pero si su cabeza estaba llena de romances históricos, su corazón tendía a la vindicación dinástica. Mucho más tarde descubriría la identidad del mayor Philips, que había mandado la batería responsable de la destrucción del regimiento de su padre, y saldría a buscarle. Pero en su adolescencia le pareció suficiente responder a la causa norteamericana, porque era una oportunidad perfecta para la venganza: tanto por las humillaciones sufridas por Francia en la Guerra de los Siete Años como por la participación especial de su familia en esas pérdidas. En octubre de 1777 escribió a Vergennes, ministro francés de Relaciones Exteriores, que en ese momento aplicaba todavía con la mayor circunspección una política pronorteamericana:

firmeramente persuadido de que perjudicar a Inglaterra es servir (me atrevo a decir vengar) a mi país, creo en la idea de poner en obra todos los recursos de todos los individuos que tienen el honor de ser franceses.

El *pater* y la *patrie* se unieron en una pasión que abrasó el pecho sentimental del marqués huérfano (pues su madre había fallecido en 1770, cuando él tenía sólo trece años). Y la misma inquietud marcial afectó a muchos de sus contemporáneos. «Estábamos asqueados de la *longueur* de la paz, que había durado diez años», escribió el conde de Ségur, un voluntario colega de Lafayette, «y cada uno de nosotros ardía en el deseo de reparar las afrentas de las últimas guerras, de combatir a los ingleses y volar en ayuda de la causa norteamericana». La experiencia de la corte de Luis XV en Versalles, donde la riqueza de Lafayette y sus relaciones (incluso su matrimonio a los quince años, con la consiguiente incorporación al gran clan de los Noailles), imponían cierta asistencia, nada hizo para calmar estas insatisfacciones emocionales. Aunque no impedido como Talleyrand, Lafayette era tan torpe en la danza que su caso hubiera podido ser idéntico. Muy consciente de su carencia provinciana de refinamiento, ya intuía que sus cualidades directas e inmediatas eran ventajas tanto como impedimentos, en cuanto le habían permitido conservar los rasgos propios de la virilidad natural. «La torpeza de mis modales, aunque no estaba fuera de lugar en los grandes acontecimientos», escribió más tarde en sus memorias, «no permitía que me rindiese a las elegancias de la Corte».

Esa misma incapacidad para convivir con los arreos más que con la sustancia de la vida militar le indujo a promover cierto tipo de *action d'éclat*. Hacia 1775 ya había tenido suficiente de las payasadas que pasaban por audacia en su círculo de ricos y

aristocráticos amigos que se reunían en la posada de su preferencia, la Epée de Bois. A esta «Compañía de la Espada de Madera» pertenecían varios jóvenes —La Rochefoucauld, Noailles, Ségur— que no sólo abrazarían la causa de los «insurgentes» norteamericanos, sino que se contarían entre los más conspicuos nobles-ciudadanos, de 1789. Y mientras Lafayette servía con otro militar noble de ideas avanzadas, el duque De Broglie, decidió utilizar su enorme fortuna (120.000 libras anuales, heredadas de su abuelo materno) para transformar las inquietudes informes en acción concreta. Por irónico que parezca, De Broglie había asumido, en su condición de camarada del padre de Lafayette, la misión de vigilar al inquieto joven y disuadirle de todo lo que fuese una actividad tan atrevida que pudiera amenazar lo que restaba de la línea masculina de la familia. Pero después de una elocuente defensa de la causa americana nada menos que por el duque de Gloucester, hermano de Jorge III, el compromiso de Lafayette fue tal que, tras un intento de razonar con él, De Broglie se resignó a aceptar (o por lo menos a abstenerse de impedir físicamente) algún tipo de aventura americana. Más aún, lejos de detener a Lafayette, en realidad De Broglie decidió, con Ségur y Noailles, unirse a su séquito.



La hiena del
Gévaudan,
1764-1765.

[\(Ampliar\)](#)

Las causas de la vindicación personal, familiar y patriótica, unidas a una sed prerromántica de gloria, representaron un papel supremo en cuanto motivaron a Lafayette para equipar la *Victoire* y partir en dirección a América durante el otoño de 1777. Pero en su decisión hubo otro factor, apenas menos vital, y fue la adhesión profundamente sentida a la causa de la «Libertad». De acuerdo con su propia reseña, este ingrediente apareció temprano y llegó naturalmente. Ciertamente, la mejor clave de sus siguientes enamoramientos políticos está en la veta romántica de su autobiografía, que describe al joven marqués como un hijo de la naturaleza que simpatiza con los libres y los indómitos. Las mesetas irregulares y boscosas de Auvernia, donde él creció, estaban tan lejos como podía concebirse de los refinamientos urbanos de la sociedad parisiense, y en ese marco la imaginación romántica de Lafayette pudo desbocarse feliz. En 1765, cuando tenía ocho años, una bestia llamada la «hiena del Gévaudan», descrita en las denuncias como un animal «de las proporciones de un toro joven», no sólo estaba masacrando al ganado sino, según se afirmaba, «atacando de preferencia a las mujeres y a los niños para beber su sangre». Grupos de campesinos salieron a perseguir id «monstruo», pero el niño Lafayette se identificó con el carnívoro fugitivo, y en compañía de un amigo recorrió los bosques con la esperanza de que hubiese un encuentro casual. «Incluso a la edad de ocho años», escribió, «mi corazón simpatizaba con la hiena». Años más tarde, cuando asistía al Collège du Plessis, un establecimiento de París que había pertenecido a los jesuitas, se le pidió que redactase un ensayo en el que debía describir al caballo perfecto. Como respuesta, Lafayette redactó el panegírico de un animal que brincaba, corcoveaba y desmontaba al jinete apenas sentía el látigo (una manifestación de impertinencia por la cual él mismo fue

debidamente flagelado).

La insubordinación creadora de Lafayette en el Collège tiene una importancia más que anecdótica. Desde los tiempos del gran instructor de equitación Pluvinel, durante el reinado de Enrique IV, el dominio de la equitación había sido al mismo tiempo una metáfora y una preparación literal para el ejercicio del poder público. A partir de Richelieu, una sucesión de gobernantes había aprendido, gracias a la analogía didáctica entre la destreza del jinete y la del estadista, la importancia del autocontrol, el modo de quebrantar el espíritu y mostrar autoridad. Pero durante la década de 1760, el culto cada vez más difundido a la sensibilidad, que tendía a acentuar dramáticamente lo natural más que lo artificial, y la libertad más que la disciplina, había suministrado un modelo diferente de la conducta social e incluso política. Y lo que comenzó con actos infantiles de simpatía hacia los animales recalcitrantes no mucho después florecería en una preferencia generalizada de la libertad sobre la autoridad, la espontaneidad sobre el cálculo, la sinceridad sobre el artificio, la amistad sobre la jerarquía, el corazón sobre la cabeza y la naturaleza sobre la cultura. Así se forjaba un temperamento revolucionario. «Reconocerás, corazón mío», escribió Lafayette a Adrienne cuando se disponía a embarcar en la *Victoire*,

que la actividad y la vida hacia las cuales me encamino son muy distintas de aquellas a las que estaba destinado en ese fútil viaje italiano [una Gran Gira de panoramas culturales]. Defensor de esa libertad que venero, mi propia persona es absolutamente libre y voy como amigo a ofrecer mis servicios a la más interesante de las repúblicas, y apporto al servicio sólo mi sinceridad y mi buena voluntad, sin ambición ni motivo alguno. Trabajando para mi propia gloria llegaré a trabajar para la felicidad de ese pueblo.

Para muchos de los contemporáneos de Lafayette que eran miembros de la nobleza francesa, América correspondía exactamente a su visión ideal de una sociedad felizmente apartada del cinismo y la decrepitud del Viejo Mundo. Su paisaje, afectuosamente descrito por el abate Delaporte, incluso sus salvajes, irremediabilmente idealizados en la escena parisiense en obras como *Hirza ou les Illinois*, de Billardon de Sauvigny, y sus colonos, representaban todos en mayor o menor grado las admiradas cualidades de la inocencia, de la franqueza áspera y la libertad. Al llegar a Charleston, durante el verano de 1777, Lafayette ya afirmó que percibía esta fraternidad sin mancha en los habitantes locales. (La presencia de un nutrido sector hugonote probablemente reforzó la impresión). «Son tan cordiales como mi entusiasmo lleva a representarlos», escribió a Adrienne. «La sencillez de las costumbres, la disposición a servir, el amor al país y la libertad y una grata igualdad prevalecen aquí. Los más ricos y los más pobres están en el mismo nivel, y aunque hay fortunas inmensas, desafío a cualquiera a que descubra la más mínima diferencia en el comportamiento de unos hacia otros».

En George Washington todas estas cualidades adquirirían más amplias dimensiones, y a los ojos de Lafayette se les sumaban las virtudes de los héroes de la

antigüedad: el estoicismo, la fortaleza en la adversidad, el coraje personal y el sacrificio; la incorruptibilidad; la ausencia de ambición personal; el desprecio por el faccionalismo y la intriga; la excelsitud del alma; incluso la taciturna reserva que rechazaba la locuacidad insincera de las costumbres del Viejo Mundo. Ciertamente, gran parte de la decisión de Lafayette de permanecer en América, a pesar de la decepción que sentía porque no se le había concedido su codiciada división, y cuando muchos de sus compañeros franceses se preparaban para regresar a casa, procedió de su ardiente decisión de demostrar lo que valía a los ojos de su figura de padre. Herido en el combate de Brandywine Creek, compartió los rigores de Valley Forge y aceptó encabezar una expedición manifiestamente inútil al norte, es decir, a Canadá, con la nieve invernal. Firme en su adhesión a Washington, asumió la tarea de defender al general de los ataques capciosos de los rivales y los críticos del Ejército Continental. Se indignó por la actitud de los que se atrevían a comparar al general Gates con Washington, y en todo caso la ingenua pasión de su defensa cobró más fuerza gracias al inglés defectuoso en que la manifestó.

¿Qué marchas, qué movimientos, qué hizo él de modo que se le pueda comparar con ese héroe que, a la cabeza de mil seiscientos campesinos, persiguió el invierno pasado a un ejército fuerte y disciplinado a través de una región abierta y dilatada; con ese gran general que nació para salvar a su país y merecer la admiración del universo? Sí, señor, esa misma campaña del último invierno sería uno de los capítulos más hermosos de la vida de César, Condé, Turenne, y los hombres que ningún soldado puede evocar sin entusiasta adoración.

Reflejado en la mirada embelesada del hijo adoptivo, Washington se convirtió en el paradigma de todas las virtudes: marciales, personales y políticas. En medida sorprendente se asemejó al jefe perfecto, porque también parecía el padre perfecto: al mismo tiempo fuerte y compasivo, justo y solícito; el ciudadano-general que cuidaba paternalmente de sus hombres, y por extensión, de la nueva nación. Y aunque al principio Washington se sintió desconcertado ante el ardor de la devoción infantil de Lafayette, después se acostumbró, y no sin cierto placer, al papel de padre subrogado. Cuando Lafayette cayó herido, se ocupó de que le atendiese su médico personal. Manifestó un interés directo y activo en la vida y la familia de Lafayette, y sinceramente se conmovió con él cuando su hija murió en Francia. A su vez, Adrienne Lafayette bordó un delantal masónico para el general (pues este era otro vínculo compartido por los dos hombres, ya que el marqués se había incorporado, de manera bastante apropiada, a la logia Saint-Jean de la Candeur en 1775). Y Washington revistió este delantal al presidir el acto supremamente masónico de poner la piedra fundamental del Capitolio. No es sorprendente que Lafayette bautizara a su primer varón (nacido en 1780) George Washington, «como un tributo de amor y respeto a mi querido amigo». (Una hija fue bautizada Virginia). Y más tarde, George hijo sería enviado a Mount Vernon para ponerse bajo la tutela de su homónimo, cuando las responsabilidades paternas de Lafayette se vieron constreñidas por el internamiento en la cárcel austríaca. Más aún, a veces las líneas de paternidad se complicaban. Una

anécdota, que posiblemente no es apócrifa, afirma que cuando un joven oficial norteamericano debió regresar de Francia a su patria, visitó a Madame Lafayette para ofrecerle llevar algún mensaje a su esposo, y afirmase que el hijito del matrimonio respondió: «*Faites mon amour à mon papa Fayette et à mon papa Washington*» («Envíe mi afecto a mi papá Fayette y a mi papá Washington»).

[Ver Fuentes y Bibliografía](#)

II - Héroes contemporáneos

Si la aureola de autoridad paternal de Washington hubiese influido únicamente sobre Lafayette, el hecho aún tendría una importancia más que meramente biográfica, porque suministró al joven rico e impresionable un modelo de rol heroico que gravitaría sobre su propia personalidad pública en momentos decisivos de la historia francesa, y sobre todo en 1789 y 1830. Pero la reputación del general norteamericano alcanzó una celebridad mucho más amplia y más potente, como expresión de un tipo nuevo de ciudadano-soldado: la reencarnación de los héroes republicanos romanos. Y hubo otro ingrediente importante en la extraordinaria atracción que ejerció en Francia (así como en otros lugares de Europa). La religión secular de la sensibilidad, en parte importada de Inglaterra, con la importancia que atribuía a la verdad emocional, a la sinceridad y la naturalidad, había recibido su forma definitiva en los escritos sentimentales de Rousseau de principios de la década de 1760. Una de las muchas consecuencias importantes de esta revolución del gusto moral fue la purificación del egoísmo. Gracias al predominio del romanticismo, llegaron a ser posibles los cultos de la personalidad sentimental. Paradójicamente, cuando el sujeto parecía más discreto y modesto, más poderosa era su celebridad, y en esta fórmula, el patriotismo y la paternidad estaban inextricablemente mezclados.

El episodio Asgill es un ejemplo apropiado. El capitán Asgill era un soldado británico, apresado en Yorktown y condenado a muerte en represalia por el ahorcamiento sumario del capitán norteamericano Joshua Huddy por los realistas. Washington sentía desagrado ante la sentencia, e intervino para postergar la ejecución, pero en su carácter de comandante al principio sintió que no podía revocarla. Sólo cuando la madre de Asgill fue a ver a Vergennes para implorarle que interviniese, y el ministro francés a su vez mostró la carta de la dolida madre al rey y la reina, Washington por fin actuó para conmutar la sentencia. No es necesario aclarar que el caso Asgill se convirtió en un episodio de cierta importancia en Francia transformado en una novela sentimental, en poemas y una extraña pieza teatral de Billardon de Sauvigny (más tarde autor, durante la Revolución, de la obra *Vashington*) en que la escena se traslada a una mítica Tartaria y Washington aparecía apenas disfrazado con el nombre de «Wazirkan». Por tenue que fuese este disfraz, el texto de «Wazirkan», «*Je commande aux soldáts et j'obéis aux lois*» (Mando a los soldados y obedezco la ley) anunciaba el supremo conflicto del héroe contemporáneo: cómo armonizar los valores públicos y privados; cómo reconciliar la justicia con el sentimiento.

Este fue el tema estándar de muchos de los «Relatos Morales» presentados en la escena parisiense durante las décadas de 1760 y 1770, y el sesgo de



Jacques-Louis
David, *Belisarius*,
1781

[\(Ampliar\)](#)

las renovadas producciones del repertorio trágico clásico de Racine y Corneille. También aportó su intensidad narrativa a algunos de los cuadros más ofensivamente grandilocuentes de Greuze, por ejemplo, *El castigo del hijo perverso*, *Belisarius*, de Jacques-Louis David, exhibido en 1779, la obra que indujo a Diderot a observar que el joven artista demostraba que tenía «alma», y que en su corazón se libraba la batalla entre los padres buenos y malos subrogados. El tema era que un joven soldado reconocía al general Belisario, reducido a la condición de un mendigo ciego por la

ingratitude y la crueldad del emperador Justiniano. El conflicto entre el sentimiento de familia y el deber patriótico se manifestaba asimismo en la obra maestra del mismo artista, *El juramento de los Horacios*, presentada en la exposición bienal de cuadros de París conocida por el nombre de Salón, al mismo tiempo que la pieza de Billardon de Sauvigny sobre Asgill era presentada en el Théâtre-Français. Y tanto *La muerte de Sócrates*, donde los alumnos del maestro lloran ante el suicidio patriótico de Sócrates, como más específicamente *Bruto recibiendo de los Víctores los cuerpos de sus hijos*, en que un padre implacablemente virtuoso ha sacrificado a sus propios hijos a la Res Pública, recapitulaban este tema del modo más franco. Pero mientras la línea oficial adoptada por los jacobinos revolucionarios subordinaba el sentimiento personal y de familia al deber público y patriótico, el poder de la atracción de Washington residía precisamente en que él (y más improbablemente Vergennes) había sucumbido ante las lágrimas de una madre desconsolada. La señora Asgill a Marie-Antoinette, una madre a otra madre; Luis a «Washington», un padre a otro padre, el efecto sentimental era irresistible.

Del padre a la patria mediaba sólo un breve paso. Que en Francia, Washington expresara ambas cosas debía su atracción a un deseo más profundo y más general de promover una nueva generación de héroes patrióticos. Algunos jóvenes aristócratas se politizaron precisamente porque no alcanzaron a ver en una personalidad de la corte y la monarquía (sobre todo durante los últimos años de Luis XV) las virtudes que eran propias de la severidad patriótica. Ciertamente, a veces acusaron a la corte de mancillar la reputación de los patriotas por razones de autoexculpación y mezquina necesidad práctica. Por ejemplo, el joven Lally-Tollendal inició el curso que habría de convertirle en un aristócrata revolucionario por obra de su cruzada, destinada a reivindicar la reputación de su padre, que había sido juzgado y ejecutado como víctima propiciatoria del fracaso militar francés en la India. Tan terrible fue esta vergüenza que se educó al niño de manera que ignorase absolutamente todo lo que se refería a su padre. Incluso se modificó su apellido y se le dio el de Trophine, su nombre de pila, para ahorrarle la mancha. Pero a los cinco años inadvertidamente descubrió la verdad gracias a un antiguo camarada de su padre, y como escribió más tarde, corrió a «revisar los archivos judiciales»

para ofrecer [a mi padre] mi primer homenaje y mi adiós eterno; para permitir que por lo menos oyese la voz de su hijo entre las burlas de sus verdugos, y para abrazarle sobre el patíbulo donde pereció.

Después de una obstinada campaña de diez años para revertir la injusticia, el nuevo reinado prestó atención. En 1778, después de discutir el asunto a lo largo de treinta y dos sesiones, el consejo real de Luis XVI anuló el proceso contra Lally padre, aunque el caso aún debía pasar por el Parlamento de Ruán para obtener la revocación formal. Cuando se anunció la noticia de la decisión del consejo, Lally fue a ver a Voltaire, que se había unido a la causa, y en su lecho de muerte el viejo guerrero apoyó las manos sobre la cabeza del joven noble, como un acto final de bendición paternal.

Era una historia bastante apropiada para los romanos, con quienes se comparaba constantemente a las víctimas de la injusticia imperial. (La analogía entre la suerte de Lally y el repudio de Belisario por Justiniano se realizaba con frecuencia). Los jóvenes de la generación de Lafayette y Lally se habían impregnado en la escuela con las virtudes de la república romana, delineadas en las historias de Plutarco, Tito Livio y Tácito. Pero el concepto que ellos tenían del *exemplum virtutis* no se limitaba exclusivamente a los modelos ofrecidos por la antigüedad. En su *Histoire du Patriotisme Français*, publicada en 1769, el abogado Rossel afirmaba que los sentimientos patrióticos «son más vivaces y generosos en el ciudadano francés que en el romano más patriota». Después de la derrota de la Guerra de los Siete Años, hubo signos evidentes de una búsqueda nueva, aunque selectiva, en los anales de la historia francesa, para obtener héroes que representasen sus momentos más felices. San Luis fue un favorito permanente, pero algo parecido a un culto a Enrique IV se formó en el ambiente de los jóvenes cortesanos de Versalles. Se celebraba explícitamente a Luis XII, porque los Estados Generales de 1506 le habían proclamado el «Padre del Pueblo». Igualmente reconfortante era el renovado interés despertado por Guillermo el Conquistador, idealizado en el gran cuadro histórico de Lépicié —una obra de casi nueve metros de largo—, con mucho la más grande del Salón de 1769.



[\(Ampliar\)](#)

La publicación de una antología histórica, los *Portraits des Grands Hommes Illustres de la France*, fue un hecho importante en la creación de un nuevo panteón de héroes, exclusivamente franceses, no sólo porque extrajo muchos de la historia medieval, y prefirió a las figuras que eran inequívocamente parte de la *patrie*, antes que a los ejemplos más remotos de la antigüedad romana. Con excepción de Enrique IV, faltaban los Borbones, de modo que mientras Turenne y Condé estaban incluidos, no era ese el caso de Luis XIV. Y la obra *Hommes Illustres* ampliaba sus criterios sobre los que merecían un lugar, e incluía hechos y figuras de la vida civil, por ejemplo, el canciller d'Aguesseau, recordado porque había «salvado del hambre a Francia» a principios del siglo XVIII, así como el filósofo Fontenelle, «que contemplaba la pluralidad de los mundos». Era frecuente hallar héroes modernos, como François de Chevert, héroe de la retirada de

Praga en la Guerra de Sucesión austríaca, elogiado por la modestia de sus orígenes, su loable cercanía con el soldado común y una carrera que dependía «del mérito más que de la lisonja o la intriga». El epitafio de De Chevert en la Iglesia de Saint-Eustache de París, citado en el libro, comenzaba: «Sin antepasados nobles, sin fortuna, sin apoyos poderosos, huérfano desde la infancia, se incorporó al servicio a la edad de once años...». Se incluía a mujeres de patriotismo ejemplar, sobre todo cuando este se orientaba, como en el caso de Juana de Arco, contra los británicos. Más aún, las alabanzas más extravagantes se reservaban quizá para los que habían muerto en combate contra el odiado enemigo, ninguno de modo más sublime que el marqués de Montcalm en las alturas de Abraham, en Quebec. El tono general de la obra era optimista, ya que no triunfal, y anunciaba una nueva era de patriotismo en que los héroes se destacarían en contraposición a las vanidades cortesanas a causa de su sencillez, sobriedad y estoicismo. A la cabeza de la galería aparecía, sin el más mínimo atisbo de incongruencia irónica, el propio Luis XVI, celebrado como el benefactor de la independencia norteamericana en compañía de Franklin, «Waginston» (George) y la personificación de América, que aparecía sosteniendo en alto el sombrero de la libertad y pisoteando a una bestia imperial británica, más leopardo que león.

En esta campaña destinada a crear un canon patriótico moderno, nadie trabajó más intensamente para remplazar los paradigmas históricos clásicos con los franceses que el dramaturgo Pierre de Belloy. En el prefacio de su obra *El sitio de Calais* (dedicada a Luis XV con el atuendo un tanto inverosímil de «*Père de la Patrie*»), De Belloy formulaba específicamente su proyecto de reforma del contenido de la tragedia histórica con el propósito de incluir la historia francesa. Aunque fuera sólo en el plano de la tarea educacional, De Belloy consideraba que este programa era urgente.

Sabemos exactamente todo lo que hicieron César, Tito y Escipión, pero ignoramos por completo los actos más famosos de Carlomagno, Enrique IV y el gran Condé. Pregúntese a un niño que abandona la escuela quién fue el general victorioso en Maratón... y lo dirá inmediatamente; pregúntese qué rey o que general francés ganó la batalla de Bouvines, la batalla de Ivry... y guardará silencio...

Estimulando la veneración de Francia por los grandes hombres que ha producido, es posible inspirar a la nación la dignidad y el respeto de sí misma, que es el único factor que le permitirá retornar a lo que fue antaño. La admiración induce al alma a imitar las virtudes... [no debería] continuar sucediendo que uno siempre diga, al salir del teatro, «los grandes hombres a quienes acabo de ver representados eran romanos, y como yo no he nacido en ese país no puedo parecerme a ellos». Más bien debería decirse, por lo menos a veces: «Acabo de ver a un héroe francés; yo puedo ser un héroe como él».

Y en otro pasaje De Belloy llegaba más lejos y atacaba la anglomanía:

¿Debemos suponer que imitando, buenos o malos, sus carruajes, sus juegos de naipes, sus paseos, su teatro e incluso su presunta independencia merecemos el aprecio de los ingleses? No, se trata de amar y servir a nuestra *Patrie* como ellos aman a la suya...

De Belloy hizo todo lo posible para promover este programa a través de su propio

teatro, escribiendo una serie de melodramas históricos que, al publicarse, fueron apoyados por el autor con lo que era entonces un conjunto impresionante de notas históricas. Le perjudicaba, como destacaron sus críticos más implacables, por ejemplo La Harpe, el feroz director del *Journal Littéraire et Politique*, una invencible mediocridad como dramaturgo, sobre todo cuando se trataba del desarrollo del carácter. En *Gastón et Bayard*, basada libremente en la tormentosa amistad de Gastón de Foix (duque de Nemours) y el caballero Bayard (la flor de la caballería renacentista francesa), La Harpe se quejó con razón de que De Belloy había asignado al joven Gastón todas las características de la severa edad madura, y a Bayard, de mayor edad, las de la juventud impetuosa. Pero el carácter visiblemente mediocre de las piezas no impidió que gozaran de éxito popular.

El sitio de Calais fue sin duda la obra que significó más para De Belloy como ejercicio en el área de la instrucción patriótica, entre otras cosas porque fue un drama tomado de la historia de su ciudad natal. Cuando se publicó la pieza, le enorgulleció especialmente imprimir debajo de su nombre (y sobre la indicación de su carácter de miembro de la Académie Française) que él era CIUDADANO DE CALAIS. El drama —que se toma algunas libertades con la historia, y emite la famosa intercesión de la reina Felipa ante Eduardo III por la vida de los burgueses— es hasta cierto punto un manifiesto sobre la ciudadanía patriótica, transplantado de la antigua Roma a la Francia medieval. Por supuesto, no era casualidad que el villano de la pieza fuese el Plantagenet Eduardo III, un hombre casi implacable, ni que los héroes fuesen Eustache de Saint-Pierre, el sencillo alcalde, y sus cinco ciudadanos burgueses, que ofrecen sacrificar la vida para desviar la cólera del rey inglés y evitar que recaiga sobre el resto de los habitantes de la ciudad. Y de nuevo la relación padre-hijo ocupaba el centro del drama, pues la escena de Felipa fue remplazada por un lacrimoso fragmento en que el propio hijo de Saint-Pierre (llamado inverosímilmente Aurelius/Auréle) implora al implacable rey que él pueda ascender al patíbulo primero y fuera de la vista de su atribulado padre. Y por supuesto, precisamente en este momento Eduardo se calma, impresionado y sobrecogido ante la generosidad y el coraje de los mártires patrióticos.

La pieza de De Belloy fue un éxito notable. En 1765 y en la Comédie-Française, se ofreció una representación gratuita que atrajo a un público formado por personas de todos los estratos de la sociedad parisiense, entre ellas artesanos y tenderos. Diecinueve mil personas vieron la obra durante la primera secuencia, lo cual sin duda habría sido una marca absoluta, si no se hubiese visto interrumpida por una grave riña entre los actores —uno de los problemas usuales del teatro en el siglo XVIII—. Ese mismo año, *El sitio de Calais* fue la primera pieza francesa publicada en la América francesa, donde el conde d'Estaing, gobernador de Santo Domingo (la actual Haití), ordenó que una edición especial se distribuyese gratuitamente en la población y la guarnición local. Su primera representación en las Indias Occidentales Francesas, el 7 de julio, coincidió con una asamblea de la milicia, a la cual sin duda estaba dirigida.

Y para el caso de que la idea básica pasara inadvertida, esa noche las iluminaciones destacaron de manera prominente versos muy apropiados extraídos del drama.

«Reveló a los franceses el secreto de su amor al Estado y les enseñó que el patriotismo no pertenecía sólo a las repúblicas», dijo el panegirista De Belloy, después de su muerte, en 1775. Era una gran empresa, y parecía muy improbable que el mediocre dramaturgo obtuviese gran cosa, pero en todo caso sus inquietudes, y su uso desembarazado de términos como *patrie*, *patriotique*, *la Nation* y *citoyen*, apuntaban directamente al vocabulario usual de la exhortación revolucionaria. Más aún, en la métrica trabajosa de De Belloy puede hallarse esa equiparación superficial e imprecisa de «libertad», y «patriotismo» que estimuló la devoción a la causa americana de la joven nobleza liberal.

En el curso de la guerra hubo oportunidades de pasar del dominio del melodrama histórico al heroísmo contemporáneo. El ejemplo más espectacular (aunque de ningún modo el único) de la nueva mitología patriótica fue el caso de un héroe naval, el caballero du Couëdic. El Sieur du Couëdic de Kergoaler, para asignarle la magnificencia integral de su nombre bretón, fue un oficial de carrera que se embarcó a los dieciséis años. Durante la Guerra de los Siete Años había sido prisionero de los británicos (siempre un acicate personal de la vindicación personal y patriótica). Después, se unió a su amigo bretón Kerguéulen en uno de los viajes de circunnavegación a Australia, que devolvió a los franceses el sentimiento de que en todo sentido eran los iguales de los británicos como precursores de la geografía imperial. La mañana del 5 de noviembre de 1779, du Couëdic salió de Brest con su balanda *La Surveillante* y se encontró de pronto una fragata británica, la *Quebec*, que estaba reconociendo la costa. Los dos buques, en lugar de batirse prontamente en retirada o iniciar una serie de maniobras a favor del viento para obtener una ventaja marginal, se trabaron, uno al lado del otro, en un cañoneo horrorosamente implacable que duró seis horas y media. Alrededor de las cuatro y media de la tarde, lo que restaba de la *Quebec* voló, de modo que *La Surveillante* fue la vencedora a lo Pirro. Despojada de sus mástiles, el maderamen casi destrozado, *La Surveillante* fue remolcada de regreso a Brest, llevando consigo cuarenta y tres marinos británicos que fueron salvados antes de que se ahogaran. El capitán del barco, todavía ataviado con sus zapatos de hebilla y las medias de seda, estaba tan gravemente herido que fue necesario desembarcarlo. La multitud reunida en el puerto, que había acudido para aclamar a sus héroes, en cambio se horrorizó ante el sangriento desastre al que la tripulación y la nave habían quedado reducidas por la salvaje batalla.

Du Couëdic en efecto murió de sus heridas tres meses después, pero no antes de convertirse en símbolo de la renacida fortaleza patriótica de Francia. Se habían alcanzado antes victorias navales importantes y muy famosas, sobre todo el éxito de la *Belle-Poule*, que cortó el paso a la *Arethusa* en 1778 (el combate que lanzó el peinado «Belle-Poule»: las mujeres elegantes se adornaban el cabello con miniaturas de barcos que se balanceaban sobre las ondas de rizos



Peinado «Belle-Poule».

[\(Ampliar\)](#)

empolvados). Pero la crueldad misma del caso de *La Surveillante* le confirió una autoridad trágica. En momentos en que se veía frustrada la prometida invasión de Gran Bretaña, la saga aportaba a los franceses un paradigma de resistencia heroica: un *chevalier* antiguo y moderno, valeroso y compasivo. En la alabanza fúnebre pronunciada en los estados de Bretaña se destacaban las cualidades más admiradas por los devotos de la *sensibilité*. Así, se describía a Du Couëdic como un «ciudadano benévolo» (*citoyen bienfaisant*); un amigo generoso, un «buen amo para sus servidores, que le adoraban; un padre muy tierno, que cuando estaba en Quimperlé consagraba la parte principal de cada mañana a jugar con sus hijos,

que le adoraban». Y por su parte, el gobierno francés respondió en el mismo tono de buena voluntad hacia la familia, anunciando que la viuda Couëdic recibiría una pensión de dos mil libras, y cada uno de los hijos quinientas, como reconocimiento a la contribución especial del padre a la *patrie*. Por orden del rey, que sentía un apasionado interés por las cosas navales, debía erigirse un gran mausoleo en la iglesia de Saint-Louis en Brest, con una inscripción especial destinada a la edificación de los cadetes locales: «Jóvenes alumnos de la Marina, admirad e imitad el ejemplo del valeroso Couëdic». Y cuando Sartine, ministro de Marina, propuso un programa completo de cuadros destinados a celebrar las victorias de la guerra americana, se asignó el centro al combate de Du Couëdic.

La atracción de Du Couëdic como una especie de moderno caballero andante del agua es importante. Pues las raíces culturales de la Revolución deben buscarse en la cima, más que en un imaginario sector medio de la sociedad francesa. Si la búsqueda de una burguesía conspicuamente descontenta tiende a ser inútil, la presencia de una joven aristocracia «patriótica» descontenta, o por lo menos decepcionada, se manifiesta de manera dramática desde el momento en que Francia se comprometió con la Revolución Norteamericana. Contra lo que a veces se cree, esa revolución no creó el patriotismo francés; más bien le ofreció la oportunidad de definirse por referencia a la «libertad», y de probarse con espectacular éxito militar. En el ambiente de los Noailles y los Ségur —incluso en el corazón mismo de la corte— las pasiones se inflamaron más que en otro lugar cualquiera durante la década de 1770. La extática bienvenida que se ofreció a Lafayette cuando regresó de América en 1779 es un síntoma de ese estado de cosas. El joven provinciano cómicamente impulsivo se había transformado, a los ojos de *les Grands*, en un paradigma de la caballería francesa contemporánea. El hecho de que se le impusiera una forma simbólica de «arresto domiciliario» durante una semana entera en París, obligándole a vivir en la residencia urbana de la familia de su esposa, en vista de la temeridad, con que había viajado a América pese a la desaprobación del rey, a lo sumo sirvió para separar el estilo del nuevo patriotismo de la tradición almidonada. Además, ahora que Francia había firmado formalmente un tratado con el Congreso, se ofrecía a Lafayette la

mejor vindicación posible, y así escribió al rey con un aire de modesta pero definida autoexculpación: «Mi amor por mi país, mi deseo de presenciar la humillación de sus enemigos, cierto instinto político que parecía verse justificado por el tratado reciente... son, Sire, las razones que determinaron el papel que representé en la causa americana».

Luis manifestó su favor invitando a Lafayette a acompañarle en la cacería, y María Antonieta, que no mucho antes había desechado a Lafayette por considerarle un patán vanidoso, ahora se esforzaba todo lo posible por elevar su jerarquía. Gracias a su intervención se le otorgó un dramático ascenso, de modo que se convirtió en comandante en jefe (a la edad de veintiún años) de los dragones reales. La fama de Lafayette sobrepasó los límites de la corte y llegó al público general de París, que ansiaba contar con héroes jóvenes a quienes celebrar. Madame Campan, dama de compañía de la reina, afirmó que algunos versos de *Gastón et Bayard*, de De Belloy, eran interpretados por el público del teatro como una alabanza a su caballero errante.

J'admire sa prudence et j'aime son courage
Avec ces deux vertus un guerrier n'a point d'âge.

(Admiro su prudencia y amo su coraje
Con estas dos virtudes qué importa la edad de un guerrero).

«Estos versos», escribió madame Campan, «fueron aplaudidos, y se pidió y volvió a pedir su repetición en el Théâtre-Français... no hubo un lugar en que la ayuda prestada por el gobierno francés a la causa de la independencia norteamericana no fuese aplaudida extáticamente».

La celebridad de Lafayette es un momento importante en la creación de un nuevo patriotismo, en cuanto confirió carácter nativo y modernizó un género que antes había estado confinado a los ideales clásicos. También aportó a ese patriotismo un color ideológico específico, por atenuado que fuese el matiz. Sería ingenuo imaginar que por sí sola la popularidad podía impulsar a Francia por el camino que llevaba a una intervención más agresiva en la guerra americana, si Vergennes y Maurepas, los ministros reales, no hubiesen decidido ese curso por razones completamente separadas de la «libertad» o de otros conceptos modernos abstractos. Pero como más tarde veremos, en la Francia de Luis XVI la estabilidad en el cargo ministerial, y los programas políticos asociados con los propios ministros ya estaban hasta cierto punto regidos por un favor que se extendía mucho más allá de Versalles. En todo caso, la campaña orquestada de vivas que saludó el retorno de Lafayette y el carácter sensacional de sus hazañas en América no perjudicó en absoluto a los miembros del gobierno decididos a presionar sobre la política exterior para llegar a una guerra total con el Imperio Británico.

Por supuesto, no fue el propio Lafayette quien realizó la orquestación. Pues tanto su propia fama como la del lejano «héroe semejante a un Dios», es decir, Washington, se vieron iluminadas con más brillo por la fenomenal electricidad generada por Benjamin Franklin. Por ejemplo, Franklin fue quien convirtió en una importante oportunidad de promoción la orden del Congreso de conceder a Lafayette una espada ceremonial por sus servicios. Ordenó a los mejores artesanos parisienses que trabajasen en la espada, que tenía grabado en el mango el lema de Lafayette, apropiado sin que mediara ninguna intención personal: «*Cur Non*» (¿Por qué no?). Pero Lafayette también añadió la imagen de la luna que se levanta y el lema «*Crescam ut Prosim*» (Que yo crezca para beneficio de la humanidad), un recurso que axiomáticamente asociaba la causa de América con la felicidad de la humanidad, tema destacado de la propaganda diplomática de Franklin. Sobre la vaina había medallones alegóricos que representaban a Francia aplastando al león británico, y América concediendo laureles a Lafayette, así como escenas de combates militares del marqués. La espada fue presentada a Lafayette en nombre del Congreso por el nieto de Franklin, en la concentración de Le Havre que debía ser la fuerza expedicionaria destinada a invadir Inglaterra. Y Lafayette representó su papel cuando se puso a la altura de la oportunidad, y expresó la esperanza de hundir la espada «en el corazón mismo de Inglaterra», una esperanza que le fue negada por la incompetencia de la flota francesa y la violencia imprevisible de los elementos en el Canal. Naturalmente, el episodio entero, cargado así de tan densa elocuencia simbólica, fue informado ampliamente en la prensa francesa, y tanto la espada misma como los grabados en que se basaban sus diseños fueron reproducidos para el consumo popular.

La popularidad del propio Franklin era tan amplia que no parece exagerado decir que era una manía. Rodeado por una multitud dondequiera que iba, y sobre todo siempre que salía de su casa en Passy, probablemente era más conocido de vista que el rey, y podía hallarse su imagen en el cristal tallado, la porcelana pintada, los algodones estampados, las cajas de rapé y los tinteros, así como en las producciones más previsibles de los grabados populares editados por la rué Saint-Jacques de París. En junio de 1779 escribió a su hija que todas esas reproducciones «han logrado que la cara de tu padre sea tan conocida como la de la luna... por el número de muñecos que ahora se fabrican y reproducen su figura bien puede decir que en este país se le idolatra». En una ocasión famosa, su prestigio incluso indujo al rey a realizar un acto solitario de ingenio, pues con el fin de lograr que Diane de Polignac renunciara a sus alabanzas cotidianas al gran hombre ordenó que se pintase el interior de un orinal de Sèvres con la imagen de Franklin.

Naturalmente, Franklin fue el promotor de su propia y específica celebridad, y por extensión de la causa patriótica en ambos lados del Atlántico. Consciente de que los franceses idealizaban a América como un lugar de inocencia natural, de sinceridad y libertad, explotó ese estereotipo por todo lo que valía. Aunque no era un

cuáquero muy típico, también aprovechó la reputación de probidad y sencillez comprendida a medias de ese grupo para afirmarse todavía más en la opinión culta francesa. Y Franklin sabía que esta imagen del anciano incorruptible y virtuoso caía tan bien precisamente porque destacaba de un modo poco halagador los aspectos más sibaríticamente rococós del estilo cortesano (los cuales, en realidad, ya comenzaban a desaparecer a causa del estilo en general más sobrio de los nuevos monarcas). De ahí que a veces adoptara el peculiar gorro de piel de castor —utilizado en muchos de sus retratos impresos con fines de promoción— y derivados directamente de imágenes anteriores de Jean-Jacques Rousseau. Los despeinados mechones de cabellos blancos de Franklin y su chaqueta parda ostentosamente desprovista de ostentación, usada intencionadamente en las recepciones de la corte, tenían explícitamente en vistas la sensación que provocaban en el público, y alcanzaron un éxito brillante. Madame Campan le describió ingenuamente apareciendo en la corte «con el atuendo de un agricultor norteamericano», pero destacó que esto contrastaba llamativamente con «las chaquetas adornadas con encajes y bordados, y los cabellos empolvados y perfumados de los cortesanos de Versalles». El mediocre panegirista y cronista Hilliard d’Auberteuil llegó incluso más lejos, y de hecho convirtió a Franklin en un producto de la imaginación de Rousseau, o en uno de los «buenos ancianos» de un melodrama de Greuze: «En él todo anunciaba la sencillez y la inocencia de la moral primitiva... Mostraba a la asombrada multitud una cabeza digna del pincel de Guido [Reni], sobre un cuerpo erguido y vigoroso vestido con las prendas más sencillas... Hablaba poco. Sabía ser descortés sin mostrarse grosero, y su orgullo parecía ser el de la naturaleza. Una persona así estaba destinada a excitar la curiosidad de París. La gente se reunía alrededor de su persona cuando pasaba, y decía: “¿Quién es este viejo agricultor que tiene un aire tan noble?”».

Apodado el «Embajador Eléctrico», Franklin también tenía cabal conciencia del ansia de saber científico que dominaba a la élite francesa, y del modo de aprovecharla. «En Francia todos creen», escribió John Adams, no sin cierta acritud, «que su varita eléctrica ha realizado toda esta revolución». Y la ciencia de Franklin se convirtió en un rasgo fundamental de su atracción, porque parecía ser obra del corazón tanto como de la cabeza: era el saber moralizado. De ahí que su *Poor Richard’s Almanack* fuera traducido como *La Science du Bonhomme Richard* y en tal sentido se convirtió en una de las obras de más venta en 1778. En todo caso, la sociedad parisiense contemporánea ansiaba el saber científico, y no había escasez de científicos tanto aficionados como profesionales, desde los fraudes más inverosímiles hasta los empiristas más rigurosos, todos deseosos de difundir sus descubrimientos. Prácticamente todos los números del cotidiano *Journal de París* traían muchos informes de experimentos realizados en la provincia, así como en la capital, y anuncios de series de conferencias públicas pronunciadas por las luminarias más conocidas, por ejemplo Fourcroy y Pilâtre de Rozier. Así, la imagen de Franklin, que podía obligar a los cielos a suministrar el fuego celestial de la electricidad, se

entretrejió con la celebración de sus restantes virtudes «americanas», y sobre todo la virtud de la libertad. Es posible que Turgot acuñase el famoso epigrama *Erípuít Coelo Fulmen, Sceptrumque Tyrannis* (Arrancó el fuego a los cielos y el cetro a los tiranos), en un inocuo juego de palabras, pero el mismo pronto se convirtió en una especie de santo y seña del papel de Franklin como precursor de la libertad. Popularizado primero en un medallón que mostraba su imagen, y después en una serie de grabados, el tema con su iconografía estándar de rayos y leones británicos abatidos se convirtió en tema corriente de la porcelana pintada y las telas estampadas, e incluso de las que se mostraban en Versalles. Convertido en un asunto superficialmente respetable, el nexo entre la caída de los tiranos y el fuego celestial tenía implicaciones ominosas para la Francia absolutista, pues sugería inexorablemente, en un sentido romántico, que la libertad era una fuerza natural y por lo tanto en definitiva irresistible, y contribuía todavía más a la creciente polaridad de las cosas naturales por una parte (la «Humanidad»; la «Libertad»; el «Patriotismo») y por otra las cosas artificiales (el «Privilegio»; el «Despotismo»; la corte). No es sorprendente que esta equiparación de la libertad y el rayo fuese ratificada con entusiasmo en la Revolución, y así, por ejemplo, en la reseña pictórica del Juramento de la Pista de Pelota, de Jacques-Louis David, una descarga de la libertad saturada de electricidad crepita sobre Versalles, mientras una gran ráfaga de viento irrumpe con su aire fresco a través de las ventanas ocupadas por la multitud.

Hasta cierto punto, el enamoramiento de la sociedad elegante con la causa americana era una cosa superficial: la última novedad, después de las novelas inglesas y la ópera italiana. Es difícil determinar si los bellos diseños textiles manufacturados por Jean-Baptiste Huet en Joüy, el año 1784, para celebrar la «Libertad Americana» y a la «América Independiente», con recursos alegóricos y retratos de Washington y Franklin, dan prueba de la seriedad con que se tomaba la revolución, o de un capricho de los consumidores. Cuando madame Campan describe a las más seductoras de las trescientas damas de la corte elegidas para adornar la cabeza venerable de Franklin con una corona de laurel, la locura por los «insurgentes» parece reducida al nivel de un concurso de belleza. Pero hay otros indicios de un compromiso más serio con la causa norteamericana, que se extendía bastante más allá de *le monde* de la corte y la sociedad elegante. Por ejemplo, en marzo de 1783 el *Journal de París* anunció un conjunto completo de grabados con comentarios textuales, referidos a las batallas de la guerra americana por sólo una libra: un precio elevado para un artesano, pero que estaba perfectamente al alcance del público lector más amplio de las pequeñas profesiones y los oficios. En Marsella, las ominosas connotaciones del número 13 fueron puestas del revés por un grupo de ciudadanos que expresó su solidaridad con las colonias insurgentes convirtiendo el número en fetiche. En este grupo de trece, cada uno usaba el emblema de una de las colonias, y todos salían a excursiones campestres el trece del mes, y se brindaba trece veces por los americanos. En otra actuación festiva, el trece de diciembre de 1778,

Pidanzat de Mairobert recitó un poema heroico de trece estrofas, y la decimotercera estaba reservada al elogio de Lafayette.

Las consecuencias del compromiso francés en la guerra revolucionaria de hecho fueron profundamente subversivas e irreversibles. El historiador norteamericano Forrest Macdonald intentó demostrar la existencia de un alto grado de correspondencia entre el retorno de los veteranos franceses de la guerra y el estallido de la violencia rural en 1789. Ultimamente, la investigación más cuidadosa ha demostrado que esta tesis merece reservas, aunque de todos modos se conocen casos sorprendentes de soldados que regresaron y aparecen en la crónica de la Revolución, sobre todo el teniente Elie y Louis La Reynie, ambos «conquistadores» de la Bastilla el 14 de julio. Pero la argumentación en favor de una causa «americana» de la Revolución Francesa no necesita apoyarse en este tipo de literalismo geográfico. Un enfoque más cualitativo inevitablemente tiene que registrar la importancia del coqueteo con la libertad armada de un sector de la aristocracia que era rico, poderoso e influyente. Por sí mismo, no hubiera podido formar nada parecido a una oposición «revolucionaria» independiente frente a la corona. Pero tan pronto la crisis financiera de la monarquía se transformó en un argumento político, el vocabulario de la «libertad» tendería a cobrar vida propia —y sería utilizable por los que estaban dispuestos a jugar a la política apostando muy fuerte—. Ségur, que era precisamente un participante de este género, escribió a su esposa en 1782, antes de embarcarse con el ejército francés, que «el poder arbitrario gravita pesadamente sobre mí. La libertad por la cual voy a luchar me inspira el entusiasmo más vivo, y desearía que mi propio país gozara de una libertad compatible con nuestra monarquía, nuestra posición y nuestras costumbres». El hecho de que Ségur, perteneciente a la más alta jerarquía de la nobleza, pudiese suponer alegremente que dicha transformación sería compatible con la monarquía bien puede sugerir una ingenuidad miope, pero también explica cuántos de sus iguales podían tomar en serio el carácter ejemplar de América sin soñar jamás que conduciría directamente a una «Dictadura de la Virtud».

En la euforia que saludó un gran triunfo militar y una paz brillante en 1783, pocos comentaristas estaban dispuestos a verter agua fría sobre el regocijo. Era más usual que escritores como el abate Gentil creyesen que el ejemplo americano contribuía de un modo grato y al mismo tiempo confuso a la «regeneración» de Francia, o incluso de un modo aun más general del mundo entero. «En el corazón de esta república recién nacida», escribió, «estarán los auténticos tesoros que enriquecerán al mundo». Y en 1784, una academia literaria y polémica de Toulouse fijó como tema principal de un concurso de ensayos la importancia de la Revolución Norteamericana. El vencedor fue un capitán de un regimiento militar bretón, sin duda ardoroso discípulo de Rousseau, que vio en aquella Revolución el faro de virtud y felicidad, y un modelo que Francia debía emular. Y gran parte de las reseñas de la guerra, especialmente las que fueron escritas por comentaristas que no habían sido testigos oculares, destacaban aspectos que presentaban a los americanos como presagios de una especie

de nueva edad de oro de amor y armonía casi infantiles. Por ejemplo, el abate Robín (un importante masón), que había escrito ampliamente acerca del paisaje y los habitantes americanos, advirtió que cuando acampaban, los americanos tocaban música.

Y entonces, los oficiales, los soldados, las mujeres y los hombres norteamericanos, se reúnen todos y bailan. Es el Festival de la Igualdad... Estas personas todavía se encuentran en la época feliz en que las distinciones de la cuna y el rango son ignoradas, de modo que pueden ver, con los mismos ojos, al soldado raso y al oficial.

Pero había algunos pesimistas que compensaban con su presciencia inteligente lo que les faltaba en número. Afirmábase que la reina alimentaba sentimientos visiblemente contradictorios frente al entusiasmo con que tanto la élite como los plebeyos se regocijaban por la humillación de una monarquía. Y de un modo más concreto, Turgot, el más inteligente de todos los ministros de Luis XVI, había argumentado agriamente contra la intervención activa en América, pronosticando que sus costos serían tan abrumadores que obligarían a postergar, quizá definitivamente, todos los intentos de una reforma necesaria. Incluso llegó al extremo de sugerir que el destino de la monarquía podía depender de esta tremenda decisión. Pero perdió la discusión frente a Vergennes, el ministro de Relaciones Exteriores inmensamente poderoso, y un hombre para quien el aprieto en que la corona británica se veía en América era sencillamente una oportunidad tan propicia que no cabía desaprovecharla. Vergennes no era un promotor de la guerra. Se trataba de un diplomático profesional que de hecho tenía la actitud de un fiel partidario del concepto del «equilibrio de poder», corriente durante el siglo XVIII. Pero después de la desastrosa y unilateral Guerra de los Siete Años, llegó a la conclusión no del todo irrazonable de que Gran Bretaña era el poder imperial agresivo e insaciable, y de que nada más que mantener a los británicos en la línea establecida en 1763 en el Tratado de París exigía alguna forma de saludable castigo. Aliado con la «corona de familia» de los Borbones españoles, y con la República Holandesa, Vergennes trazó una política exterior destinada a presentar como agresor a Gran Bretaña, y a la Coalición como una fuerza que intervenía sólo para preservar la independencia justamente reclamada por los americanos. Las razones que movieron a Vergennes a lograr que Francia cruzase el Atlántico/Rubicón fueron por lo tanto completamente pragmáticas, y según él creía carecían de riesgos ideológicos. Nada podía estar más lejos de su mente que la promoción de cierto mensaje imprecisamente definido de «libertad». Después de todo, en 1782, Vergennes intervino militarmente del lado de la reacción en los asuntos de la República de Ginebra, un país que poseía importancia estratégica y en que el patriciado gobernante había sido derrocado por una coalición de ciudadanos y artesanos de orientación democrática. Y según él mismo explicó, su razonamiento en el caso ginebrino tanto como en el americano era pragmáticamente el mismo:

Los insurgentes a quienes estoy expulsando de Ginebra son agentes de Inglaterra, y en cambio los insurgentes americanos son amigos por muchos años. He tratado con ambos, no a causa de sus sistemas políticos, sino de sus actitudes hacia Francia. Tales son mis razones de Estado.

Y a decir verdad, en 1778, cuando se adoptaron las decisiones fundamentales que permitieron concertar relaciones pactadas con Estados Unidos, o incluso en 1783, cuando se firmó el Tratado de Fontainebleau, la optimista visión de la guerra que tenía Vergennes parecía haber sido vindicada. A pesar de toda la tinta roja usada en los libros de cuentas del gobierno, nadie se atrevía seriamente a sugerir que la política americana había sido un terrible error, fuese por razones fiscales o de carácter político. Francia era una gran potencia y había hecho, de un modo brillante, lo que las grandes potencias hacen para sostener su preeminencia en el mundo y frustrar la competencia. Parecía probable que el tesoro británico estuviese padeciendo tan severamente como el francés, y que su política quizá soportara un desorden todavía más grave. Las Indias Occidentales Francesas estaban volcando en la madre patria el dinero originado en la economía del azúcar, y los éxitos de la flota de Suffren en la India meridional sugerían que incluso allí las perspectivas de recuperación económica eran más sólidas. Como dijo la vizcondesa de Fars-Fausselandry: «La causa americana parecía la nuestra propia; nos enorgullecíamos de sus victorias, gemíamos con sus derrotas, nos apoderábamos de los boletines y los leíamos en todas nuestras casas. Ninguno de nosotros reflexionó en el peligro que el Nuevo Mundo podía representar para el viejo». O como comentó otro de los «insurgentes» franceses, el conde de Ségur, en la lastimosa secuela de la Revolución Norteamericana: «Avanzábamos alegremente sobre una alfombra de flores, imaginando apenas el abismo que había debajo».

[Ver Fuentes y Bibliografía](#)

2

**Horizontes azules,
tinta roja**

I - Les Beaux Jours

Como toda su generación, Luis XVI fue educado de modo que se preocupase por la felicidad. Su abuelo Luis XV había diseñado de nuevo Versalles centrandolo el esfuerzo en la persecución de aquella, y tenía una aptitud natural para vivirla. Pero para su joven sucesor, la felicidad era el trabajo esforzado, y la condición de rey de Francia la ponía virtualmente fuera de su alcance. Dominado gradualmente por la ansiedad, más tarde recordaría sólo dos ocasiones en que la condición de rey le hizo realmente feliz. La primera fue su coronación, en junio de 1775; la segunda, su visita a Cherburgo, en junio de 1786. En la primera ocasión se envolvió en el manto del arcano misterio real; en la segunda demostró que era un hombre moderno: científico, marino e ingeniero. Para los espectadores de ambas ocasiones, las paradojas de la personalidad real fueron motivo de comentario, quizás incluso de preocupación. Pero era parte de la inocencia de Luis el hecho de que nunca percibiese un problema. Si su autoridad debía algo al pasado, su sentido excesivamente desarrollado del deber le impulsaba firmemente hacia el futuro. La Revolución representaría esta característica semejante a la de Jano como duplicidad más que como indecisión. Pero sólo a causa de esta equiparación del pasado-futuro con la traición-patriotismo el rey se encontró en el dilema que terminaría con su reino y su vida. Comenzó en 1774, con las más altas expectativas, repetidas a través de Francia, en el sentido de que el futuro se vería agraciado con una renovación de la edad de oro.

El símbolo de estas esperanzas era el sol. En la coronación celebrada en Reims, cuando Luis tenía veinte años, los rayos solares, que de la manera más obvia evocaban el apogeo de la monarquía bajo Luis XIV, adornaban todas las columnas y el arco triunfal erigido para la ceremonia. Y el tema de la renovación se repetía en el pedestal de una estatua que representaba a la justicia en una inscripción que proclamaba la alborada de *les beaux jours*. De todos modos, la coronación no fue un regocijo inequívoco. Pues la tensión entre el pasado y el futuro gravitaba sobre las inquietudes acerca del presente, sobre todo porque, mientras se planeaban las ceremonias, Francia estaba al borde de los más graves disturbios por el grano vistos en años. En las circunstancias dadas el control general Turgot exhortó a Luis a manifestar una modestia ejemplar: la simplificación de los ritos y su celebración en París más que en Reims. En privado, manifestó la opinión de que «de todos los gastos inútiles el más inútil y el más ridículo era la *sacre*». Pero si era necesario que hubiese una coronación, decía Turgot, más valía que fuese en presencia de los parisienses, cuyos sentimientos monárquicos podían aprovechar cierto grado de cultivo. Los extranjeros se sentirían impresionados, y se distraería a las multitudes. Y la factura sería bastante inferior a los siete millones de libras calculados para Reims.

Pero Luis se mostró inflexible. Tal vez influido por el celo del confesor de la corte, el abate de Beauvais, y por el arzobispo de París, que a su vez ansiaba que las ceremonias se celebrasen, no en Notre Dame, sino en Reims, el rey insistió en las formas tradicionales, e incluso en el juramento «de extirpar a los herejes», que parecía gratuitamente ofensivo para la sensibilidad tolerante de la década de 1770. Fue sintomático de la personalidad dividida de Luis que después de prestar debidamente ese juramento pasara a apoyar la emancipación de los protestantes y ratificase con su autoridad personal la sanción de 1787.

Sería erróneo suponer que la piedad reaccionaria o la complacencia dinástica fueron los factores que indujeron a Luis a abrazar con tanto ardor toda la panoplia medieval de su coronación. Era mucho más probable que, por lo menos intuitivamente, compartiese la opinión bastante avanzada de un joven abogado y folletinista lorenés, Martin de Morizot, que apoyaba la *sacre* como una forma de «elección nacional»: una expresión de la alianza matrimonial entre el príncipe y su pueblo. De acuerdo con este criterio, el espectáculo debía aproximarse del modo más fiel posible al matrimonio de Venecia y el mar presidido por el Dogo todos los años, y que simbolizaba el bien público, más que un rito o una reacción coronada. Y había ciertos gestos rituales —la liberación de prisioneros gracias a la clemencia real; la peculiar ceremonia en que se tocaba a los escrofulosos para conmemorar el poder curador taumatúrgico de las manos reales— que podían atestiguar estas buenas intenciones. De todos modos, como en muchas ocasiones futuras, Luis permitió la intervención de otras personas que conocían la opinión pública menos que él mismo, con resultados lamentables para su reputación. En este caso, el clero responsable de la orquestación de las órdenes referidas a la ceremonia modificó de modo significativo precisamente el aspecto que más podía interpretarse como un símbolo de la relación entre el príncipe y el pueblo. Antes de los Borbones, había existido un momento en que, después del primer juramento, se invitaba al pueblo a expresar su asentimiento mediante la aclamación *Oui*. Desde la época de Enrique IV esa palabra había sido representada por una forma más oficial, «*tacit consent*», pero en la coronación de Luis XVI la apelación formal al pueblo fue omitida totalmente. Este gesto desprovisto de tacto no pasó inadvertido, sobre todo por la prensa clandestina, que afirmó que el hecho había provocado gran «indignación» en los auténticos patriotas.



Coronación de
Luis XVI

[\(Ampliar\)](#)

De modo que la gran ocasión destinada a ser un placebo de los disturbios de la harina y el grano acabó complaciendo a muy pocas personas. Los artesanos locales se sintieron turbados porque se procedió a importar carpinteros y decoradores parisienses para trabajar en los arcos triunfales y la larga galería enarcada que conducía al porche de la catedral. Hubo muchos rezongos acerca de los aposentos que debían edificarse para su uso especial por la reina, y que incluían retretes ingleses. Las familias campesinas de la región se irritaron especialmente porque se obligó a sus hombres a reconstruir la

entrada de la ciudad en Soissons, con el fin de que pudiera pasar el carruaje de la coronación, en un momento en que la fuerza de trabajo era urgentemente necesaria en los campos. Los vendedores se sintieron desgraciados porque pocos extranjeros llegaron para gastar generosamente y dejarse impresionar. Más aún, en las posadas de los alrededores de Reims había una vergonzosa disponibilidad de lechos, pues incluso los nobles del norte y el este de Francia, que según se esperaba debían acudir en gran número, se vieron disuadidos por las tarifas extorsivas que reclamaban los posaderos locales.

Para los reformadores como Turgot el episodio fue un entretenimiento caro y mal administrado que utilizaba ridículos anacronismos, como la ampolla sagrada de óleo, supuestamente suministrada al rey Clodoveo por una paloma enviada por la divinidad. Para los tradicionalistas como el duque de Croy, todo el asunto era un tanto vulgar. Comentó que el aplauso que saludó al rey y la reina era el resultado de la nueva e indeseable costumbre de saludarlos en las representaciones teatrales públicas. El asunto entero se había convertido en ópera. Pero como ópera no carecía de cierta fuerza que conmovía a los espectadores presentes. El joven Talleyrand, al ver a su padre que se pavoneaba con el gran sombrero de plumas negras, observó que la vanidad y la pasión podían unir fuerzas para generar un ardor irracional. Cuando el populacho fue admitido y una gran multitud penetró en la catedral, y resonaron los *Te Deum*, vio lágrimas de alegría descender por las mejillas del niño-rey, mientras la joven reina, abrumada, se dirigía a la salida.

Si Luis había comenzado su reinado con una gran fanfarria de celebración arcaica, lo continuaría en el estilo contrario de la sobriedad consciente. Nada le complacía tanto como la mecánica, y hasta donde pudo decidió vivir en un mundo de números más que de palabras, de listas más que de manifestaciones. Todo lo que él apreciaba estaba enumerado compulsivamente: los 128 caballos que había montado; los 852 viajes que había realizado entre 1756 y 1769. Su existencia fue menos nómada que lo que se desprende de la lista, pues la mayoría de estos «*voyages*» consistían en desplazamientos reales dentro de un área estrechamente circunscrita de la Isla de Francia, donde se levantaban la mayoría de los castillos y los refugios de caza. Pero Luis transcribía fielmente cada aburrido viaje de Versalles a Marly [seis veces], de Versalles a Fontainebleau [seis]. Incluso el pasatiempo al que se consagró con mayor entusiasmo —la caza— se veía reducido por escrito a listas de la producción cotidiana. De manera que en julio de 1789 —el mes en que se derrumbó su monarquía— sabemos más de su cacería cotidiana que de sus pensamientos sobre los episodios políticos de París.

Pero como ha señalado François Bluche, no había nada trivial en la afición de Luis XVI a la caza. Era el único teatro en que se destacaba indiscutiblemente, y en que representaba bien el papel del monarca ecuestre: *chevalier et imperator*, el guerrero de la selva. A caballo era valeroso e incluso elegante: una cualidad que en el siglo XVIII tenía mucho valor, y que a juicio de los contemporáneos estaba

dramáticamente ausente en las restantes presentaciones públicas. Pero había otro mundo en que este hombre físicamente torpe se sentía cómodo. Era su estudio privado, atestado de instrumentos matemáticos, mapas coloreados a mano, y cartas náuticas, telescopios y sextantes, y las cerraduras que el propio rey diseñaba y fabricaba. El esfuerzo por obtener la cerradura perfecta era un símbolo de sublime eficacia para el monarca que repetidas veces fracasó en el intento de lograr que las cosas reaccionaran como él deseaba. Pero en sus *appartements privés* él se movía silencioso, con toda la libertad y el poder de un mago, ataviado con su sencilla levita, entre lentes pulidos, esferas anulares, bronces bruñidos, y planetarios.

En el mundo náutico todas estas cualidades podían confluír. Lo mismo que su padre y su abuelo, Luis había jugado con galeones y barcas en miniatura en el estanque denominado «*la petite Venise*» de Versalles. Su tutor personal, Nicolas-Marie Ozanne, había enseñado dibujo naval a los cadetes de Brest, e inculcado a su entusiasta alumno tanto el saber como la vocación por el mar. De modo que Luis se convirtió en un experto apasionado y ampliamente instruido en todo lo que fuese naval: de los diseños de barcos a la artillería náutica, las enfermedades marinas y su curación, el cordaje y los movimientos de las mareas, los cálculos del lastre y la carga, las maniobras militares y el lenguaje de las señales con banderines. Incluso insistió en la creación de nuevos uniformes y ayudó a diseñarlos, con el propósito de abolir la antigua costumbre que distinguía a los oficiales que eran caballeros de los plebeyos. El viaje a las antípodas de La Pérouse fue planeado personalmente por el rey junto al explorador, y el monarca siguió sus progresos en cartas especiales, hasta que se llegó a la dolorosa conciencia de que el navegante había sufrido un grave tropiezo en algún lugar del Pacífico australiano. No necesitó que nadie le demostrase que el modo de recobrar el poder colonial perdido por su abuelo en la Guerra de los Siete Años era iniciar un programa radical de construcciones navales. De modo que puso cuidado en confiar la dirección de la Marina sólo a los hombres más capaces y talentosos: al principio, el propio Turgot; después, el brillante Sartine, que más que nadie transformó a la armada en la igual de la flota británica; y después de su caída, a De Castries, apenas menos visionario (pero quizá menos responsable en cuanto a los gastos) que su predecesor. Para el rey, como para sus ministros, el futuro de Francia imperial en efecto, estaba en la marina: el horizonte azul de un gran Atlántico, y quizás incluso de un imperio oriental.

Por lo tanto, no debe sorprendernos el descubrimiento de que después de la coronación, el episodio de su reinado que Luis recordó con mayor satisfacción fue su visita al nuevo puerto militar de Cherburgo, en la península normanda del Côtentin. El nuevo puerto y las fortificaciones de Cherburgo, que apuntaban directamente a la costa meridional de Inglaterra, tendrían fundamental importancia para el amor propio patriótico de los franceses, y desde el punto de vista de la estrategia práctica. En 1759 el puerto había sufrido un ataque naval británico, así como la ocupación dirigida por el capitán William Bligh, un hecho que, unido a una cláusula secreta del tratado que

prohibía las construcciones navales francesas en Dunquerque (e incluso contemplaba las inspecciones británicas en el lugar) constituyó una amarga humillación. Comprometido con una política de hostilidad a los británicos en América, Vergennes había eliminado de Dunquerque la presencia británica, una ocasión que fue descrita como la causa de una «gran alegría nacional». Pero la vulnerabilidad de los puertos del Canal todavía representaba un papel en los ambiciosos planes franceses de invasión, frustrados en 1779 (como con mucha frecuencia antes y después) por el tenaz mal tiempo. Un nuevo puerto, poderosamente protegido, suministraría exactamente el abrigo necesario a las asediadas flotas francesas, sin necesidad de abandonar por completo las expediciones. Así, no por casualidad la noticia de la transformación de Cherburgo fue recibida con ansiedad e irritación considerables en Westminster. Con vientos favorables, se necesitaban sólo tres o cuatro horas de viaje desde Portsmouth.

En 1774, cuando Luis comenzó su reinado, Cherburgo no era más que una sucia aldea pesquera de unas seis mil almas, que vivían en una monotonía barrida por los vientos alrededor de los restos de la mampostería destruida por la Royal Navy. Por la época de la Revolución su población casi se había duplicado, pero lo que es más importante, se había convertido en la sede de una formidable concentración de capital, fuerza de trabajo e ingeniería aplicada. La nueva Cherburgo era, por lo menos para el rey y su ingeniero jefe, el señor De Cessart, el símbolo de una Francia renacida a la luz de la ciencia aplicada y la energía marítima. El proyecto de crear un puerto fue monumental tanto por la concepción como por la ejecución. En una época en que los cuadros y los grabados de los colosos de la antigüedad estaban de moda, seguramente pareció un proyecto que era al mismo tiempo antiguo por su grandiosidad y futurista por la imaginación. El más modesto de los dos ingenieros, es decir, De Bretonnière, propuso construir un gran muro marino o dique de contención, detrás del cual podía crearse el puerto. Pero el plan más espectacular e improbable presentado por De Cessart fue lo que atrajo al comandante recién designado de Cherburgo, un oficial de carrera llamado Charles-François Dumouriez, que había llegado poco antes, después de participar en la conquista de Córcega. También impresionó las inquietas imaginaciones del rey y de su ministro de marina, De Castries.

El plan propuesto por De Cessart contemplaba la construcción de inmensos cofres huecos de roble, cada uno con la forma de un cono truncado, y estabilizado por lastres de piedra, para formar una especie de barrera en los accesos. El espacio clausurado de este modo después formaría el puerto. Cada cono tenía ciento cuarenta y dos pies de diámetro en la base, y se elevaba sesenta pies desde la línea de flotación hasta la cima plana. Se necesitaban cinco mil metros cúbicos de madera para la construcción, y una vez llenos pesaban 48.000 toneladas. La manipulación de estos monstruos era difícil. Había que remolcarlos desde la costa hasta el lugar de anclaje, llenándolos sólo con la proporción de lastre necesario para impedir que naufragasen.

Una vez en su lugar, se llenaban con el caudal restante de piedras, utilizando treinta aberturas practicadas en los lados del cono. Cuando alcanzaban peso suficiente para sumergirse bien, se cerraban con cemento, y de ese modo el extremo superior formaba una especie de plataforma. El plan original de De Cessart exigía por lo menos noventa y uno de estos objetos extraordinarios. Era un plan absurdo en grado suficiente para atraer a una cultura seducida por las más disparatadas pretensiones de la ciencia. Después de la electricidad de Franklin —el rayo luminoso y patriótico— todo era posible. Los hombres ya se elevaban a los cielos sobre Versalles en los globos llenos de gas; otros se sumergían en bañeras de cobre para experimentar el poder terapéutico del magnetismo animal. En esta atmósfera de delirio científico, las cadenas montañosas submarinas de De Cessart seguramente parecieron casi modestas.

El primer cono fue sumergido con éxito en junio de 1784 en presencia del ministro naval De Castries. Alentado por los progresos del proyecto, el rey envió a su hermano menor Artois con la misión de observar la inmersión del octavo cono, en mayo de 1786; y el entusiasta informe de Artois indujo al rey a realizar una expedición especial a Cherburgo con el propósito de inspeccionar personalmente las obras. Fue una novedad extraordinaria. Desde principios del reinado de Luis XIV los Borbones habían abandonado todas las «incursiones» a través de Francia, y habían conferido a la monarquía un carácter sedentario al amparo de la enorme corte cuartelera de Versalles. Francia, o la parte de ella que «importaba», se acercaba al rey, y no a la inversa. De modo que, como Napoleón observó secamente más tarde, cuando Luis anunció su intención de ir a Normandía, «fue un gran acontecimiento».

De modo que el veintiuno de junio, con lo que entonces era un séquito modesto de cincuenta y seis personas, los reyes partieron de Versalles en dirección a la costa occidental de Normandía. Luis había ordenado que le confeccionaran una chaqueta escarlata bordada con flores de lis doradas, una prenda especial para la ocasión; pero es evidente que le interesaba presentarse ante el pueblo con un estilo familiar más que real: *le bon père du peuple*, como se había dicho de Luis XII. En el Château d'Harcourt, donde pasó la noche con el gobernador de Normandía, indultó a seis desertores de la marina, que habían sido condenados a muerte por el tribunal de Caen. Y en la propia Caen las calles estaban ocupadas por las multitudes entusiastas cuando el alcalde presentó las llaves de la ciudad bajo los arcos triunfales tapizados de flores. El veintitrés Luis llegó a Cherburgo. Impaciente por ver las obras del puerto, el rey asistió a misa a las tres de la madrugada, y fue llevado en una barcaza, impulsada por veinte remeros ataviados de escarlata y blanco, hasta el lugar del noveno cono. Al mismo tiempo, se remolcó el cono hasta el lugar asignado, y dos horas después quedó eficazmente estabilizado. Una vez que ocupó su lugar se abrieron las compuertas, y se introdujeron piedras hasta que el rey pudo ordenar la inmersión. Este proceso llevó exactamente veintiocho minutos (por supuesto, registrados en el diario de Luis). En el momento de hundirse, un cable demasiado tenso que partía de uno de los barriles

destinados a estabilizar el cono arrojó al agua a tres hombres, y uno de ellos se ahogó instantáneamente. Entre los vivas y los saludos navales que acompañaron la inmersión, los gritos de los hombres pasaron inadvertidos. Pero Luis, que observaba el asunto con un telescopio desde la plataforma del cono siguiente, vio todo con suma claridad. Afligido por el accidente, más tarde ofreció una pensión a la viuda.



El cono de Cherburgo fuera del puerto, 1786.

[\(Ver a mayor tamaño\)](#)

Se necesitaba más que una muerte accidental para amortiguar el entusiasmo de la ocasión. Entre los constantes aplausos, el grupo procedente de la corte se sentó para ingerir una colación fría preparada con ese fin bajo una tienda montada en la cima de uno de los conos. Jamás la magnificencia y el absurdo se habían unido tan estrechamente.

El resto de la visita estuvo dedicado a la revista de la flota, la observación de las maniobras, que durante el reinado de Luis XVI se habían convertido en práctica naval corriente, y la cena a bordo de una nave de nombre significativo: *I Patriote*. Cuando hablaba con los oficiales y los hombres, Luis los trataba con desenvuelta familiaridad, más o menos en el estilo de la realeza británica del actual siglo XX, y mostraba que poseía un conocimiento del detalle tecnológico. Pero sin duda, para el rey esto era placer tanto como deber, y un órgano como *Mémoires Secrets*, que solía adoptar una actitud perversamente crítica, informó que en este viaje

el rey conoce perfectamente todo lo que se refiere a la Marina y parece familiarizado tanto con la construcción y el equipo como con las maniobras de las naves. Es evidente que incluso la terminología de este idioma bárbaro no representa nada nuevo para él, y lo habla como un marino.

En efecto, el sentido del humor del rey, un rasgo notoriamente tosco, que horrorizaba a la corte y al *monde* parisiense (sobre todo le agradaba poner en funcionamiento las fuentes de Versalles para empapar a los paseantes desprevenidos) se ajustaba muy bien a Cherburgo. Cuando su séquito comenzó a vomitar sobre la cubierta del *Patriote* a causa de las olas del puerto que zarandeaban la nave, el monarca emitió risotadas que manifestaban escasa simpatía. Durante otro cruce difícil del estuario del Sena, de Honfleur a Le Havre, durante el viaje de regreso, el capitán del ferry maldijo en voz alta al equivocar una maniobra, se dominó y se disculpó profusamente con el rey. «No hay motivo para disculparse», replicó Luis. «Es el

lenguaje de su oficio, y yo habría dicho por lo menos otro tanto».

Para todos los interesados, excepto quizá los cortesanos que padecieron mareos, la visita fue un éxito brillante. Las ediciones y los grabados populares y el acostumbrado torrente de versos extáticos proclamaron el triunfo. Pero las multitudes que tuvieron la rara oportunidad de ver al rey parecieron adoptar una actitud de verdadero afecto, y Luis respondió con afabilidad natural, una cualidad que le abandonaría del todo en los días críticos de 1789. A los gritos de «*Vive le roi*» en las calles de Cherburgo, el monarca replicó, sin que nadie se lo pidiese: «*Vive mon peuple*». En 1786 la respuesta sonó, como en efecto era, benigna y espontánea. En 1789 parecería, como realmente era, forzada y defensiva.

Más aún, la historia de los *beaux jours* en Côtentin tiene una importante nota al pie. Pues si mostraron a la monarquía bajo la mejor luz posible —familiar, afectuosa, enérgica, patriótica: un monarca para ciudadanos más que para súbditos— esta espléndida impresión tuvo su precio. Pues el gran proyecto del puerto de Cherburgo fue en realidad una costosa fantasía, e incluso quizás un fiasco ruinoso. El costo de los conos se elevó de manera alarmante y fue evidente que no era posible gastar indefinidamente tiempo y dinero en la construcción y la inmersión. De noventa, el número total proyectado descendió a sesenta y cuatro. Por consiguiente, se amplió la distancia entre ellos, y como resultado de este cambio las cadenas a menudo se desprendían; los conos caían unos sobre otros, y el mar destrozaba los recipientes de roble. Los cofres restantes fueron atacados por gusanos marinos, teredinidas de voraz apetito que perforaron tan gravemente los conos que algunos parecían enormes coladores de madera, de cuyos orificios caían las piedras. Es más, cuando fue evidente que los conos podían ser instalados eficazmente sólo durante dos o tres meses al año, se llegó muy pronto al cálculo de que se necesitarían dieciocho años antes de terminar la obra.

Por consiguiente, en 1788 se abandonó no sin pesar el esfuerzo para instalar más conos, y un año más tarde el proyecto fue suspendido y remplazado por los planes originales, que contemplaban la construcción de un dique marino más modesto. Entre 1784, en que se sumergió el primer cono, y diciembre de 1789, en que se suspendió el proyecto, había costado por lo menos veintiocho millones de libras, una suma fenomenal. Era desde todo punto de vista la «iniciativa de defensa estratégica de perfil destacado» en su tiempo, y fue un fracaso costoso y ridículo. Cuando en 1800, con la vista puesta en el Canal todavía inhóspito, los ingenieros del primer cónsul acudieron a inspeccionar el puerto de Cherburgo, encontraron un solo cono todavía golpeado por las olas. Era el noveno, el cono real. Había sobrevivido siete años al rey náutico que alzara una copa de vino tinto al lado del artefacto, para brindar por su larga vida.



Grabado en madera de la barca real en el puerto de Cherburgo. Las figuras que están en primer plano son «jóvenes», que según se afirmó nadaban al costado de la embarcación para expresar su leal entusiasmo.

[\(Ver a mayor tamaño\)](#)

Ver Fuentes y Bibliografía

II - Océanos de deuda

Una tibia mañana de 1783, en el puerto atlántico de Brest, René de Chateaubriand tuvo una visión. De acuerdo con su propia confesión, ya era un joven romántico, pero de todos modos no estaba preparado para el tipo de exaltación que habría de sentir al contemplar el regreso a puerto de la armada de Luis XVI.

Un día, dirigí mis pasos hacia el extremo más lejano del puerto, del lado del mar. Hacía calor, y me tumbé en la playa y dormí. De pronto, me despertó un sonido grandioso; abrí los ojos como Augusto, cuando vio los trirremes que aparecían en los pasos sicilianos, después de la victoria de Sexto Pompeyo. El cañoneo resonaba constantemente; el puerto estaba atestado de naves: la gran flota francesa había regresado después de la firma de la paz [de Versalles]. Los navíos maniobraban con las velas desplegadas; estaban envueltos en fuego y luz; adornados con banderas; mostrando las proas, las popas y los costados; deteniéndose y echando el ancla en medio de su curso o continuando la navegación sobre las olas. Nada me ha ofrecido jamás una idea más excelsa del espíritu humano...

Para muchos de los contemporáneos de Chateaubriand el éxito de las armas francesas tanto en el océano Atlántico como en el Indico (pues Suffren fue el héroe más grande) era en verdad emocionante. Por ejemplo, en 1785 los estados de Bretaña (que no habían mantenido las mejores relaciones con los Borbones) votaron la erección de una estatua de Luis XVI para glorificar el papel que le había cabido en la restauración de la fuerza de la Marina. Y se decidió instalar la imagen junto a la colina del Château de Brest, de modo que la viesan, como al Coloso de Rodas, todas las naves que ingresaran en el gran puerto.

Pero los placeres de presenciar el deterioro imperial británico y la tardía satisfacción por las derrotas de la Guerra de los Siete Años implicaban pagar un precio muy alto. En un solo año —1781, el año de Yorktown— se gastaron 227 millones de libras en la campaña americana, y de ese total 147 millones correspondieron exclusivamente a la Marina. Eso significaba el *quíntuplo* del monto asignado generalmente a la Marina en tiempo de paz, incluso en el nivel de la renovada fuerza de Luis XVI. Se pedía a esta fuerza que cumpliera cuatro tareas igualmente arduas. La primera era llevar soldados a América y mantenerlos abastecidos. En segundo lugar, debía frustrar los intentos británicos de enviar refuerzos, si era necesario buscando agresivamente el combate. Tercero, tenía que defender las principales instalaciones navales metropolitanas (una lección aprendida en la guerra global precedente); y, finalmente, Vergennes y sus ministros navales abrigaban la esperanza de abreviar la duración de la guerra, amenazando o ejecutando realmente una invasión por mar a Gran Bretaña en 1779. El éxito visiblemente escaso de las flotas francesas en la ejecución de todas estas misiones alargó la duración y por lo tanto aumentó el costo de la guerra. Después de la desastrosa Batalla de los Santos,

hubo una apremiante apelación en favor de una «suscripción patriótica» con el fin de reequipar la flota, y en 1762 varios organismos públicos y privados dieron un paso al frente. Entre otros, la Cámara de Comercio de Marsella contribuyó con más de un millón de libras para la construcción de una formidable nave de línea de setenta y cuatro cañones, que por gratitud fue bautizada *Le Commerce de Marseille*. Tal fue el ardor patriótico de los concejales y los burgueses del puerto del Midi, que añadieron otras 312.414 libras para sostener a las familias de los marinos que habían perecido. Otras instituciones imitaron el ejemplo, entre ellas los estados de Borgoña y Bretaña, y también la muy vilipendiada compañía privada de recaudación de impuestos de los Recaudadores-Generales, cuya nave fue denominada sin sonrojo *La Ferme*. Pero en la década de 1780 no era posible hacer la guerra mediante donaciones patrióticas, como no lo había sido antes y no lo fue después. Y los controles generales de Luis XVI tuvieron que acudir al mercado de préstamos, mucho menos altruista, para solventar sus obligaciones militares. Pues mientras la guerra naval precedente se había financiado en parte con préstamos y en parte con nuevos impuestos directos, aplicados provisionalmente, y cobrados a todas las clases de la población, el 91 por ciento de los caudales necesarios para financiar la guerra americana procedió de préstamos.

Los mejores cálculos de los costos de la alianza americana, tanto en su forma subrepticia como en la forma francamente militar —de 1776 a 1783—, elevan la cifra a 1.300 millones de libras, excluyendo los pagos de intereses por las nuevas deudas en que como consecuencia incurrió el gobierno. De modo que, sin mucha exageración, puede afirmarse que los costos de la política estratégica global de Vergennes provocaron la crisis terminal de la monarquía francesa. Pues la ejecución de una política «dinámica» en los océanos Atlántico e Indico no debía deteriorar el papel tradicional de Francia en el mantenimiento del equilibrio del poder en la Europa dinástica. El mantenimiento de esa «vieja» diplomacia todavía exigía la presencia de un ejército de por lo menos 150.000 hombres. Ninguna de las restantes potencias europeas intentaba mantener simultáneamente un gran ejército continental y una marina transcontinental. (Y puede afirmarse que ninguna llegó a debilitar su estabilidad financiera sin incurrir en costos de largo alcance). Más que por la desigualdad de una sociedad basada en el privilegio, o por los signos violentos del hambre que afectaron a Francia durante la década de 1780, la Revolución fue el resultado de estas decisiones oficiales.

Si las causas de la Revolución Francesa son complejas, no puede decirse lo mismo de las causas de la caída de la monarquía. Los dos fenómenos no son idénticos, pues el fin del absolutismo en Francia no implicó en sí mismo una revolución de fuerza transformadora tal como la que en realidad sobrevino en Francia. Pero el fin del antiguo régimen fue la condición necesaria del comienzo de uno nuevo, y fue promovido ante todo por una crisis del flujo de fondos. Precisamente la politización de la crisis monetaria impuso la convocatoria de los

Estados Generales.

Para hacerles justicia, debemos señalar que los ministros de Luis XVI estaban dolorosamente atrapados entre los extremos de un dilema. Era muy razonable que ellos desearan restablecer la posición de Francia en el Atlántico, pues percibían acertadamente que las principales fortunas estaban amasándose en las islas azucareras del Caribe y en los mercados potenciales de las colonias anglófonas. En este sentido, una prudente estrategia económica exigía una política de intervención del lado de los americanos. Tanto durante la guerra como después de la paz de 1783 las declaraciones oficiales defendieron esa intervención afirmando que estaban destinadas no a anexionar posiciones imperiales, sino más bien a garantizar la libertad de comercio. Y en esa postura —la de protector de la libre navegación— Luis XVI aparece en los grabados más elogiosos. No puede haber duda de que en lo inmediato se alcanzaron esas metas, pues el comercio a través del Atlántico, entre Nantes y Burdeos por una parte, y las Indias Occidentales Francesas por otra, alcanzó un nivel sin precedentes de prosperidad en la década que precedió a la Revolución. En este sentido, la inversión militar en los despojos del imperio había aportado notables frutos.

Pero las consecuencias financieras de esa misma política la convirtieron en una victoria pírrica. Pues la inflación del déficit debilitó de tal modo a los *nerfs* —los tendones— del Estado, que hacia 1787 su política exterior carecía de auténtica libertad de acción. Pues ese año la mera presión financiera impidió que Francia interviniese decisivamente en la guerra civil de la República Holandesa para apoyar a sus propios partidarios, que se autoasignaban el nombre de «patriotas». Por lo tanto, paradójicamente, la guerra que había sido concebida para restablecer el poder imperial de Francia acabó comprometiéndola tan gravemente que el rey y la *patrie* parecieron dos entidades diferentes, y en poco tiempo irreconciliables. No pasó mucho antes de que este proceso se profundizara todavía más, de modo que la propia corte pareció un parásito extraño que se alimentaba del cuerpo de la «auténtica» nación.

Debe subrayarse que determinadas medidas —fiscales y políticas tanto como militares— provocaron el derrocamiento de la monarquía. Excesivamente influidos por la obsolescencia implícita en la nomenclatura del *ancien régime* (un término que no fue utilizado hasta 1790, y entonces, en una carta de Mirabeau al rey, con el significado de «precedente» y no de «arcaico»), los historiadores se han acostumbrado a buscar las fuentes del aprieto financiero de Francia en la estructura de sus instituciones más que en determinadas decisiones adoptadas por su gobierno. La gran importancia atribuida a la historia institucional y social a costa de la política ha reforzado la impresión de que se trataba de gobiernos irremediabilmente aferrados por un sistema que, más tarde o más temprano, debía derrumbarse bajo la presión de sus propias contradicciones.

Como veremos, nada de eso era cierto. Lo que visto desde el ángulo de la

Revolución podía parecer incorregiblemente inflexible, de hecho estaba abierto a una serie de enfoques a la hora de afrontar los problemas financieros franceses. El problema residía más en las dificultades políticas que era necesario vencer para sostener estas decisiones concretas hasta el momento en que podrían haber aportado resultados, y en las repetidas retiradas del rey, hasta lo que él creía era la alternativa política provisionalmente menos dolorosa. En todo caso, como señaló De Tocqueville, no fue la aversión a la reforma, sino la obsesión con ella, lo que determinó que una administración financiera consecuente fuese difícil, si no imposible. Pero donde De Tocqueville se equivocó fue en suponer que las instituciones francesas eran en sí mismas intrínsecamente incapaces de resolver los problemas fiscales del régimen. De acuerdo con esta visión, no había problemas a corto plazo, y sí únicamente problemas estructurales profundamente arraigados que no podían ser modificados —ni siquiera por la Revolución—, pues él creía ver los mismos males de la centralización y la pesada mano del despotismo burocrático repitiéndose interminablemente y sin esperanza a través de la historia francesa.

¿Cuál era la gravedad de las dificultades financieras de Francia después de la guerra americana? Es cierto que había contraído una deuda imponente, pero esta no era peor que las deudas semejantes en que había incurrido al librar otras guerras consideradas igualmente esenciales para mantener la posición nacional de gran potencia. Los que se apresuran a condenar a los ministros de Luis XVI por su irremediable prodigalidad deberían detenerse a reflexionar en que ningún gran Estado que alienta pretensiones imperiales jamás ha subordinado los intereses militares que él juzga irreductibles a las necesidades de un presupuesto equilibrado. Y a semejanza de los apologistas de una gran fuerza militar en los Estados Unidos y la Unión Soviética del siglo xx, los defensores de análogos recursos «indispensables» en la Francia del siglo xviii destacaban los grandes recursos demográficos y económicos del país y de una economía floreciente, con todo lo cual podía soportarse la carga. Ciertamente, afirmaban que la prosperidad de esa economía dependía de tales erogaciones militares, tanto directamente en las bases navales como Brest y Tolón, como indirectamente en la protección que la fuerza armada dispensaba al sector más dinámico de la economía.

Más aún, en cada ocasión, después de las guerras del siglo xviii, se había presenciado un período de adaptación dolorosa pero necesaria, para permitir que las finanzas del reino se ajustasen de nuevo a un orden razonable. Por ejemplo, el desastroso fin de las guerras de Luis XIV presenció simultáneamente el espectro de la quiebra, la desintegración virtual del ejército francés en operaciones, las rebeliones contra los impuestos y el hambre en gran escala. Y hacia 1714 se calculaba que la deuda rondaba los 2.600 millones de libras *tournois* o, en una población de veintitrés millones, la cifra de 113 libras —alrededor de dos terceras partes del ingreso anual de un maestro carpintero o sastre— por cada súbdito del Rey Sol. Durante el período siguiente, más sereno, hubo un intento de aprender del bando angloholandés

«victorioso» aplicando sus principios bancarios a las finanzas públicas francesas. Se ofreció a John Law, un emprendedor escocés, la oportunidad de administrar y con el tiempo saldar la deuda francesa a cambio de la licencia exclusiva para administrar un Banco de Francia de reciente creación. Por desgracia, Law utilizó el capital suscrito del Banco para especular con ficticias compañías norteamericanas de tierras, y cuando la burbuja inflada explotó, la misma suerte corrió el principio de un déficit nacional administrado por el Banco. De hecho, las especulaciones de Law no eran más ofensivas o siquiera más censurables que el maniobreo idéntico de la Compañía de los Mares del Sur en Gran Bretaña. Pero el principio de un Banco público allí sobrevivió mejor al desastre, porque dichas instituciones financieras se vieron sometidas a un control parlamentario más riguroso. En Francia no existía una institución parecida que pudiera desempeñar el papel de perro guardián digno de confianza, y que por lo tanto tranquilizase a los depositantes y a los acreedores futuros del gobierno. Michel Morineau señaló con acierto que la diferencia entre las dos deudas era que el déficit francés tenía el inconveniente de que el público en general lo consideraba un déficit «real», y en cambio entendía que la deuda británica era «nacional».

A falta de un sistema de préstamos administrado por el Banco, los gobiernos franceses disponían de estrategias financieras que les permitían mantener la deuda en un nivel controlable. Los controladores generales del período de la Regencia que siguió a la muerte de Luis XIV promovieron una drástica reducción de la escala de la deuda, e intervinieron radicalmente en los programas de rescate. En realidad, esta era una especie de quiebra en cuotas, pero aunque parezca sorprendente esta actitud no deterioró gravemente el crédito futuro de la corona francesa. Mientras hubo capital, en el país y el extranjero, que buscaba rendimientos aunque fuese marginalmente superiores a otros tipos de inversión doméstica, Francia no careció de prestamistas. Hacia 1726 el presupuesto francés estaba más o menos equilibrado, y con la ayuda de la inflación, que redujo el valor real de la deuda, las finanzas nacionales incluso sobrevivieron a la Guerra de la Partición de Polonia, durante la década de 1730, sin que se impusiera un exceso de nuevas cargas.

Pero la situación fue muy diferente con las dos grandes guerras que siguieron después: la Guerra de la Sucesión de Austria, de 1740 a 1748, y de un modo aún más espectacular la Guerra de los Siete Años, de 1756 a 1763. El primer conflicto, librado esencialmente en tierra, costó alrededor de 1.000 millones de libras, y el segundo, que fue simultáneamente una guerra naval y terrestre, 1.800 millones. Hacia 1753 el capital del déficit se había elevado a 1.200 millones y los intereses anuales eran 85 millones de libras, es decir, ya un 20 por ciento de la renta corriente. Sin embargo, Machault d'Arnouville, control general en la posguerra, proyectaba la liquidación del déficit en un plazo de cincuenta a sesenta años, en el supuesto de que no hubiese otras guerras. Lo cual, naturalmente, equivalía a suponer que Francia no existiría, o lo que era aún más grave, que no existiría Gran Bretaña. En 1764, después de la guerra

siguiente, el déficit se elevó a 2.324 millones de libras, y el capital más el servicio de la deuda por sí solos se llevaban alrededor del 60 por ciento del presupuesto, es decir, el doble de la proporción de la década de 1750. En trece años la deuda había aumentado en 1.000 millones de libras.

Si bien estas cifras eran datos sombríos (aunque conocidos) para los contadores, en sí mismas no impulsaban a Francia por el camino de la Revolución. A mediados del siglo XVIII se presenció una enorme expansión, tanto cuantitativa como cualitativa, en la escala y el perfeccionamiento de la guerra, y este cambio había representado una pesada carga para las grandes potencias beligerantes. La Prusia de los Hohenzollern, a la cual solemos atribuir una actuación de gran éxito en el área del militarismo burocrático, se encontraba en un desesperado aprieto al fin de la Guerra de los Siete Años, pese a que los subsidios británicos la habían mantenido a flote. El remedio que aplicó a sus males fue en realidad importar el sistema francés de administración impositiva: la *régie*, que en realidad le restituyó cierto grado de solidez fiscal. Ni siquiera los neutrales se salvaron, pues la República Holandesa, que había estado muy activa financiando a todos y a cada uno de los clientes, sufrió una grave crisis en 1763-1764. Y Gran Bretaña, considerada el otro ejemplo importante de competencia fiscal, se endeudó (como haría durante la guerra americana) exactamente en la misma escala y con la misma magnitud que su archienemiga. No sólo sabemos ahora que la carga impositiva británica per cápita era tres veces más pesada que en Francia, sino que hacia 1782 el porcentaje de la renta pública consumida por el servicio de la deuda —del orden del 70 por ciento— era también considerablemente más elevado que el equivalente francés.

De modo que, en términos absolutos, incluso después del inmenso desastre fiscal provocado por la guerra americana, hay pocas razones para pensar que la escala del déficit francés llevaba *necesariamente* a la catástrofe. Pero no la realidad, sino la percepción doméstica de los problemas financieros fue el factor que llevó a sucesivos gobiernos franceses de la ansiedad a la alarma y al pánico liso y llano. Por lo tanto, los elementos determinantes de la crisis monetaria del Estado francés fueron todos políticos y psicológicos, no institucionales o fiscales. En cada caso —por ejemplo, después de las costosas guerras de mediados de siglo— hubo importantes debates acerca de la administración de la deuda y la conveniencia relativa de aplicar nuevos impuestos comparados con las diferentes posibilidades de préstamo. Estas polémicas llevaron a modificaciones técnicas aparentemente secundarias de la estrategia financiera, que, como demostró James Riley en una brillante historia del problema, provocaron daños desproporcionados. Lino de estos cambios fue la inquietud cada vez más acentuada con el calendario de amortización. La ansiedad por capturar el más esquivo de todos los fuegos fatuos —el rescate del capital— convenció a los gobiernos franceses de la conveniencia de desplazar las ofertas de préstamos de las llamadas «anualidades perpetuas» (que podían prolongarse más allá del término de una sola vida) a las «anualidades vitalicias», que finalizaban con el tenedor. Si bien

esto pudo parecer una idea excelente a los administradores preocupados por el rescate, en la práctica significaba que la corona ahora pagaba el 10 por ciento a sus acreedores en lugar del cinco por ciento por los préstamos perpetuos. Esta variación agravó inmensamente la carga real del servicio por el futuro.

Segundo, en la secuela de la guerra de Austria y de los Siete Años los controladores generales que intentaron perpetuar los impuestos directos provisionales del período de la guerra chocaron de frente con una resistencia política poderosa y orgánica. El motivo de toda esa indignación en nombre de las «libertades» francesas fue que esos impuestos se aplicaban a todos los sectores de la población, al margen de la jerarquía social. Puede parecer extraño que el «público» francés (pues ya existía lo que se denomina «opinión pública») no advirtiese que esta oposición estaba motivada por la protección egoísta de las exenciones impositivas privilegiadas. Pero durante las décadas de 1750 y 1760, cuando se lanzaron estos ataques contra el despotismo ministerial, ese «público» político estaba formado sobre todo, por individuos ya incluidos en el sistema del privilegio o por los que tenían buenas posibilidades de incorporarse al mismo. Y en estas circunstancias el «privilegio» se convirtió en sinónimo de las «libertades». Aún no era concebible la idea de una posición «moderna», gracias a la cual la corona hubiese apelado, pasando por encima de los grupos privilegiados, al apoyo público a sus impuestos sin exenciones. Incluso en 1789 lo hizo con suma renuencia. Veinte años antes esa posibilidad era inverosímil. Por ejemplo, en 1759 el controlador general Silhouette había propuesto un impuesto sobre los artículos de lujo como la vajilla de oro y plata, las joyas, los carruajes —así como el celibato— y fue exonerado por su temeridad, y execrado por todos. En sus últimos años, que mostraron una decisión poco usual, Luis XV estuvo dispuesto a promover medidas financieras impopulares apelando al *fiat* real del *lit de justice*. Pero como su nieto era más sensible al tema de la popularidad, los ministros de Luis XVI trataron de evitar todo lo que sugiriese un gobierno arbitrario. «Ni quiebras, ni impuestos, ni préstamos», fue la fórmula optimista con la cual Turgot anunció sus medidas en 1775. Y Jacques Necker, el ginebrino que fue director general de Finanzas, decidió pagar la guerra norteamericana en una proporción abrumadora mediante préstamos más que apelando a los impuestos. La verdadera diferencia entre las dificultades británicas y las francesas después de esa guerra fue que William Pitt pudo obtener ingresos aplicando nuevos impuestos sin correr el riesgo de una crisis política, es decir, una alternativa que no estaba al alcance de sus colegas franceses.

Desde hace mucho tiempo los historiadores han sostenido que lo que los ministros de la corona francesa hicieron o se abstuvieron de hacer con la deuda tiene importancia secundaria. Pues el verdadero problema estaba en la naturaleza misma de la monarquía del viejo régimen. Basado en el privilegio, ¿cómo podía pretender un mínimo de eficacia burocrática un gobierno formado por hombres que compraban o heredaban sus cargos? Incluso con la mejor voluntad del mundo, y con servidores

públicos capaces (no podía contarse con ninguna de las dos cosas), el gobierno francés era un vacío presidiendo el caos. Añádase a esto el monstruoso déficit, y lo que extraña no es que terminara mal, sino que sobreviviese tanto tiempo.

Pero, ¿este argumento es válido? En primer lugar, supone que para funcionar adecuadamente el Estado del siglo XVIII habría debido parecerse a una versión temprana de gobierno del tipo del «servicio civil». Podría definirse este como un cuerpo político en que las funciones públicas son el monopolio de funcionarios a sueldo, educados para formar la burocracia, empleados según el mérito, apartados de todo lo que fuese el interés personal en la jurisdicción en que sirven y responsables ante cierta forma de cuerpo soberano desinteresado. Es cierto que los perfiles de este género de mecanismo burocrático se formaron en la «ciencia» del siglo XVIII acerca del «gobierno de las cámaras», y que por primera vez los profesores de dicha *Kameral-und-polizeiwissenschaft* —lo que denominaríamos gobierno y finanzas— ocupaban cátedras creadas especialmente en las universidades, y sobre todo en el mundo de habla alemana. Pero es suficiente una ojeada a la realidad del gobierno del siglo XVIII en Europa para comprobar que estos principios brillaban por su ausencia. Por ejemplo, la celebrada burocracia prusiana estaba saturada de corrupción, y era el juguete de las dinastías de nobles que formaban verdaderos enjambres en sus oficinas. Y en ese Estado se designaba a los funcionarios del gobierno local no por lo que los separaba de la sociedad local de terratenientes, sino por lo que los unía a la misma. En comparación, los *intendants* franceses eran modelos de integridad y objetividad. Incluso en Gran Bretaña, el gobierno hannoveriano era notorio por las sinecuras creadas con el fin de generar cadenas de fidelidad política. No sugiero con esto que la competencia burocrática no fuese posible en dicho sistema, pero el mismo concepto puede aplicarse al gobierno francés tanto como a otro cualquiera.

Afirmase que las metas del gobierno se extraviaron sobre todo en las selvas del privilegio que crecieron lujuriosas en Francia. Después de todo, el privilegio se definía de acuerdo con la exención impositiva. Y la inmunidad de la nobleza y el clero frente a los impuestos directos negaba del modo más evidente los fondos que el Tesoro real necesitaba desesperadamente. Pero es engañoso percibir *en block* a las clases privilegiadas, separándolas por completo de la base rentística del Estado. Los nobles estaban sujetos al impuesto de *capitation*, y a diferentes impuestos directos sobre la propiedad, por ejemplo el «*vingtième*», que representaba el cinco por ciento de la propiedad. En ciertos casos incluso estaban sometidos a la *taille*: el principal impuesto directo del antiguo régimen. Pues mientras en ciertas áreas la *taille* recaía sobre las personas, en otras se aplicaba a la propiedad. De modo que si, por ejemplo, un joven noble recibía una propiedad como parte de una dote de una familia que originariamente había sido burguesa, él y sus herederos debían pagar la *taille* sobre el dominio. Y como un esquema muy fluido de herencia e intercambio de la propiedad entre diferentes grupos sociales se generalizaba cada vez más en Francia, es muy probable que el número de nobles que debían pagar la *taille* también se elevase.

Por lo tanto, la inmunidad fiscal como aspecto del privilegio estaba desintegrándose constantemente, al extremo de que mucho antes de la Revolución los principales escritores aristocráticos podían proponer animosamente su abolición total. Pero por eso mismo, si se hubiese incorporado totalmente a los privilegiados al grupo de las clases imposables mucho antes, es muy improbable que la renta suplementaria hubiera modificado mucho los problemas del déficit. A lo sumo, puede afirmarse que el principio de la exención en la cima de la sociedad se debilitó, lo mismo que la necesidad de la evasión en la base. De modo que muchos en Francia —como atestiguan de modo tan elocuente las peticiones de quejas antes de la Revolución— entendían su relación con el Estado como una especie de juego fiscal cero-suma. En el caso del campesino empobrecido, esto implicaba trasladar unas pocas cosas propias —una cama, algunas ollas y una cabra medio muerta de hambre— a una aldea diferente de la que correspondía a su propia parroquia, para evitar la evaluación. Pues la parroquia era la unidad de la *taille*. Este tipo de táctica desesperada mal podía llevar a la formación del «capital rural del cultivador», como fantaseaban los teóricos de la economía contemporánea. En el ámbito del burgués urbano, significaba acumular dinero suficiente para comprar uno de los muchos miles de pequeños cargos municipales que permitían alcanzar la exención impositiva. De modo que en todas las ciudades importantes y especialmente en París había delegados de la corporación de vendedores de ostras y medidores del queso y los sueros e inspectores de tripas que se enorgullecían de sus pequeñas dignidades y de sus exenciones.

Vinculada con el privilegio, pero no sinónimo de este, la venalidad era quizá una plaga más grave, y ciertamente un impedimento más considerable si se quería contener la hemorragia de la corona. Pues la venta y la compra de cargos estaba más profunda y más generalmente arraigada en Francia que en los restantes países importantes de Europa. Había comenzado como una práctica medieval, pero en 1604 Enrique IV había institucionalizado la venta de cargos como un modo de obtener rentas para la corona. En la práctica, el comprador prestaba al gobierno cierto capital (el precio de compra), y a cambio recibía ciertas sumas y beneficios (los *gages*) del cargo. También alcanzaba jerarquía incluso la exención impositiva. Y fueron precisamente los aspectos no pecuniarios del cargo venal los que determinaron que los franceses se mostrasen tan decididos a resistir su abolición.

Durante el reinado de Luis XVI varios ministros realizaron animosos esfuerzos para reducir la dependencia de la corona respecto de este tipo de ingresos, pero después de la caída de Necker aún parecía un recurso irresistible en períodos de crisis fiscal. La tasa real pagada por la monarquía en el caso de los antiguos cargos o de la creación de otros nuevos después de todo oscilaba entre el 1 y el 3 por ciento, mucho menos que en otros tipos de préstamos. De acuerdo con David D. Bien, entre la Revolución Norteamericana y la Francesa se recaudaron alrededor de 45 millones de libras mediante la venta de cargos, una suma que no era elevada si se distribuía entre

todos esos años, pero que por lo menos aportaba un indicio de los obstáculos que se oponían a la reforma radical. De modo que al mismo tiempo que la meta a largo plazo del gobierno era tratar de *extender* el control sobre sus propias finanzas y funciones, las necesidades a corto plazo determinaban que realizar ese objetivo fuese más difícil y no más fácil.

El problema era también una cuestión de actitud. Precisamente porque los privilegios eran tan ampliamente asequibles y ya de ningún modo sinónimos de la cuna o la clase, los que podían perder jerarquía y dinero formaban una coalición cada vez más amplia. E incluso en el caso de los escritores favorables a la reforma, que podían indignarse ante todos los restantes tipos de abusos y anacronismos, había escaso entusiasmo cuando se trataba de la formación de cierto tipo de Estado burocrático e inmune a la venalidad. Por ejemplo, Voltaire y d'Alembert estaban tan ansiosos como otro cualquiera de conquistar un cargo que, como el de *secrétaire du roi*, era el primer paso hacia cosas más grandiosas. Los ministros reformadores de Luis XVI conocían muy bien el problema, pero les inquietaba la posibilidad de una ofensiva general. Sólo Necker, que era notoriamente inmune a la mayoría de los pecadillos, estaba dispuesto a enfrentarse a los recalcitrantes beneficiarios de los cargos. E incluso así fue precisamente en la corte —que siempre era un blanco popular— donde encontró la posibilidad de eliminar los cargos cuya inutilidad era más flagrante. Pero mientras se considerase que esos puestos eran sencillamente otra forma de propiedad privada, nadie podía concebir su expropiación sin adecuada indemnización. Se ha calculado que en vísperas de la Revolución había en Francia alrededor de cincuenta y un mil cargos venales de este tipo, que representaban un capital de 600 a 700 millones de libras. Rescatarlos todos de una vez habría costado al Estado aproximadamente el equivalente de la renta de un año. Y eso habría equivalido a clausurar durante un año a Francia, hasta que, por así decirlo, la carga pudiera desplazarse hacia el sector público.

El concepto de un cargo oficial como forma de propiedad privada parece a la sensibilidad moderna un estado de cosas por definición irreconciliable con el interés público. En efecto, el rasgo más crónicamente «antiguo» del *ancien régime* parece consistir en que no supo distinguir adecuadamente entre los dominios público y privado en cuestiones tan fundamentales como sus propias finanzas. Pero incluso aquí se necesita cierta perspectiva para juzgar los fallos de la monarquía francesa de acuerdo con sus propias normas, más que apelando a las que usa la moderna teoría administrativa. Durante este período —y después durante mucho tiempo— todos los estados guerreros de Europa obtuvieron sus rentas de tres fuentes: los impuestos directos, generalmente (como en Francia) recaudados por funcionarios oficiales; los préstamos procedentes de grupos, instituciones e individuos, todos los cuales ciertamente alineaban su interés privado con el interés del Estado; y finalmente, los impuestos indirectos, un rubro que en ciertos lugares era administrado por los burócratas y en otros arrendado a individuos privados, que adelantaban al Estado

cierta suma de dinero a cambio del derecho a recaudar ellos mismos los impuestos. La diferencia entre lo que habían prestado y lo que recaudaban era la ganancia, y solventaba los costos operativos. El Estado napoleónico, considerado a veces el Estado burocrático por excelencia, en realidad utilizó los tres métodos, como había hecho el antiguo régimen, e incluso así mantuvo ordenadas sus finanzas sólo apelando a las formas más groseras de extorsión militar, arrancando por la fuerza gigantescas sumas de dinero a los países «liberados» por el ejército francés.

Por consiguiente, ¿hasta dónde fueron serios los resultados de la combinación de actividad empresaria y burocrática aplicada por la monarquía del siglo XVIII a la administración de sus propias finanzas? Durante mucho tiempo se ha dicho que, por ejemplo, el desorden de estos arreglos retrasó la aparición de un presupuesto sistemático, hasta que Necker intentó aportar el suyo propio, publicado en 1781. Pero como ha demostrado Michel Morineau, en un estudio insuperable de estas cuestiones, aunque no había un registro público, ciertamente había *arrangements* que permitían que los controladores generales distribuyesen los gastos entre los departamentos oficiales y comprobasen con exactitud bastante fidedigna cuánto dinero se desembolsaba realmente con destino a dichos departamentos. Y los historiadores han llegado igualmente a la certeza de que si la monarquía hubiese tenido el coraje de afrontar directamente la tarea de administrar y recaudar los impuestos indirectos, habría evitado las utilidades reconocidamente enormes que iban a manos de los «intermediarios» comerciales que realizaban la recaudación en nombre de aquella. Pero por otra parte, habría tenido que soportar los costos suplementarios de la administración, que bien podrían haber compensado las ganancias, sin hablar de la hostilidad que inexorablemente provocaba la recaudación de impuestos aplicados a los artículos básicos. Se ha calculado que los «gastos generales» de la recaudación de impuestos en Francia equivalía al 13 por ciento del total, comparado con el 10 por ciento en el caso de Gran Bretaña, donde una burocracia centralizada en efecto administraba las aduanas y los impuestos al consumo. Esto era lo que realmente estaba en juego, y no puede extrañar que los controladores generales se resistieran a trastornar su régimen habitual en beneficio de cierta forma de soberanía teórica sobre los negocios públicos.

Las medidas aplicadas por el antiguo régimen más que su estructura operativa fueron el factor que llevó al borde de la quiebra y el desastre político. Comparados con las consecuencias que emanaban de las grandes decisiones de la política exterior, el privilegio, la venalidad y la administración indirecta de las rentas tenían importancia mucho menor. En la raíz de sus problemas estaba el costo de los armamentos cuando se sumaba a la resistencia política provocada por los nuevos impuestos y la tendencia cada vez más acentuada de los gobiernos a aceptar obligaciones que devengaban intereses cada vez más elevados por los préstamos de los acreedores nacionales, y en medida cada vez mayor extranjeros. Sin duda, era temerario que los gobiernos franceses de la década de 1780 se crearan ellos mismos

tantas dificultades. Pero se necesita una forma muy superior de percepción retrospectiva por parte de un norteamericano de la década de 1980 para desecharlas con la afirmación de que los gobernantes eran irremediabilmente obtusos.

[Ver Fuentes y Bibliografía](#)

III - La recaudación monetaria y las guerras de la sal

Es posible que el antiguo régimen fuera más eficaz en la consecución de sus propios ingresos, e incluso en su administración, de lo que suele reconocerse. Pero para el campesino que huía del recaudador de impuestos de la parroquia este aspecto apenas importaba. De hecho, si hay un aspecto del panorama tradicional de la monarquía que se muestre tenazmente impermeable a la investigación reciente es el odio elocuente de casi todos los sectores de la sociedad (pero que adquiere ribetes de más salvaje desesperación en la base) a la estructura recaudadora de impuestos del Estado y el *seigneur*. Como atestiguan los memoriales de agravios (*cahier de doléances*) que acompañaron a las elecciones para los Estados Generales, los que imponían gravámenes en nombre del rey eran enemigos del pueblo. En el nivel social más simple, esta execración recaía sobre la cabeza del desafortunado individuo a quien se encomendaba la función de recaudador parroquial de la *taille*. Si no atinaba a producir la porción asignada a su sector por la oficina del intendente, bien podía suceder que se le arrebatase brutalmente su propiedad e incluso su libertad. Pero si se mostraba demasiado eficaz en su labor, podía recaer sobre su persona una suerte aún peor, por la acción de los habitantes de su aldea en noche cerrada.

En la cima de la sociedad, una forma análoga de hostilidad apuntaba a los mercaderes financieros plutocráticos, las *gens de finance*. En la obra polémica de Darigrand titulada *L'Anti-Financier*, y publicada en 1763, el frontispicio grabado mostraba a Francia de rodillas frente a Luis XV, a quien se agradecía (un tanto prematuramente) la creación de un solo impuesto sobre la propiedad, lo que implicaba despojar de su razón de ser a los contratistas financieros. La justicia con la espada en alto obliga al *financier* a vomitar sus ganancias mal habidas a los pies del campesino pobre. En la misma publicación, se caracterizaba a los *financiers* como «sanguijuelas [*sangsues*] que engordan con la sustancia del pueblo». Una pieza teatral del satírico Lesage creaba el grotesco personaje de Turcaret: de baja cuna; grosero, codicioso y vengativo; un minúsculo barón del mundo del dinero cuya infamia era soportable sólo gracias a su cómica vulgaridad. Muchos temas de lo que podría denominarse el patriotismo romántico cristalizaron en forma de hostilidad hacia los *financiers*: la ciudad devorando la sustancia de la campiña inocente; el lujo alimentándose mediante la perpetuación de la pobreza; la corrupción y la brutalidad coaligadas contra la sencillez rústica. Y los polemistas como Darigrand adoptaron sobre todo la apariencia de los ciudadanos patriotas para atacar el egoísmo de las *gens de finance*, ensayando precisamente lo que los revolucionarios jacobinos dirían

cuando estigmatizaran como *riches égoistes* a los capitalistas.

Aunque cualquiera de los conspicuos acreedores de la corona podía sufrir este tipo de tratamiento, muchas de las invectivas más ásperas estaban reservadas para los recaudadores generales. Después de todo, su poder se hallaba en el centro del sistema, y eran responsables tal vez de un tercio de todas las rentas de Francia. Cada seis años la corona contrataba con un sindicato de estos hombres un *bail* o arriendo, que les imponía adelantar determinada suma al Tesoro a cambio del derecho a «recaudar» ciertos impuestos indirectos. Eran principal y más notoriamente los impuestos sobre la sal y el tabaco (*gabelle, tabac*), así como una serie de otras obligaciones menores sobre mercancías como el cuero, el hierro y el jabón, denominadas colectivamente *aides*. (Otros impuestos indirectos adoptaban la forma de derechos —los *octrois*— aplicados sobre todo al vino cuando pasaba de una zona aduanera a otra, o entraba y salía de las ciudades).

Los recaudadores concitaban una parte desproporcionada de odio no porque fuesen el ingrediente más reaccionario de la estructura fiscal del Estado, sino porque eran los que exhibían la eficacia más brutal. Afirmábase que en los centros recaudadores la distancia entre lo que el pueblo pagaba y lo que el Tesoro real recibía era más llamativa que en otros lugares. El hecho de que su ganancia —o la diferencia entre lo que recaudaban y lo que pagaban a la corona— continuase siendo un secreto comercial no contribuía a desdibujar este estereotipo de una pandilla de bandidos rapaces, que operaban con autorización real. Si había un símbolo de la cruel indiferencia del antiguo régimen frente a las necesidades elementales del pueblo, los recaudadores generales la expresaban en sus personas colectivas e individuales.

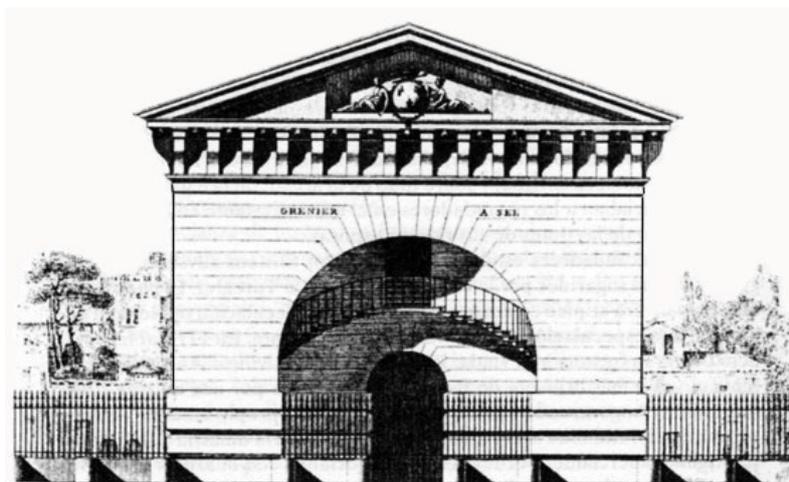
No puede sorprender que atrajesen la atención especial de la Revolución. En 1782, el escritor popular y periodista Louis-Sébastien Mercier escribió que nunca podía pasar frente al Hotel des Fermes, en la rué Grenelle-Saint-Honoré, sin sentirse consumido por el deseo «de destruir esta máquina inmensa e infernal que aferra por el cuello a cada ciudadano y le extrae la sangre». Uno de los primeros y más espectaculares actos del gran alzamiento de París en julio de 1789 fue demoler los puestos aduaneros de los recaudadores, levantados para impedir el movimiento de los contrabandistas. Personalmente correrían peor suerte aún que su propiedad. Perseguidos por su reputación de vampiros económicos, también corría el rumor general de que habían retirado subrepticamente de tres a cuatrocientos millones de libras de su botín. «Temblad, vosotros, los que habéis chupado la sangre de los pobres y desdichados infelices», advirtió Marat, y en noviembre de 1793 Léonard Bourdon exigió que «estas sanguijuelas públicas» (a esas alturas de las cosas el sinónimo instantáneamente identificable de los recaudadores) aportasen una cuenta de sus latrocinios y devolviesen a la nación lo que le habían robado o bien «fuesen entregados al filo de la ley». En mayo de 1794, en una de las más espectaculares ejecuciones colectivas, fue guillotinado un grupo de ellos, incluso el gran químico Lavoisier.

Pero los recaudadores generales no eran sólo especuladores con la deuda de la corona y explotadores del pueblo. Eran un Estado dentro del Estado. Medio empresa comercial y financiera, medio gobierno, con un personal cuyo número alcanzaba por lo menos la cifra de treinta mil individuos, eran el principal empresario de Francia después del ejército y la Marina del rey. De ese número, veintiún mil formaban una fuerza paramilitar, uniformada y armada no sólo con armas, sino con el derecho a entrar y registrar, y a incautar la propiedad o la vivienda que les pareciese sospechosa. Para los fines fiscales tenían su propio mapa de Francia, dividido en jurisdicciones múltiples y separadas (*la grande gabelle, pays de quart bouillon*, etc.) en relación con cada uno de los artículos que gravaban. Tampoco eran sólo recaudadores de impuestos y cobradores de los gravámenes al consumo. En los principales artículos que les interesaban —sobre todo la sal y el tabaco— eran productores, manufactureros, refinadores, dueños de depósitos, mayoristas, reguladores de los precios y minoristas que usufructuaban monopolios.

Para apreciar de qué modo la actividad de los recaudadores generales se infiltraba en la vida cotidiana de cada hogar francés es suficiente seguir el avance tortuoso de un saco de sal desde los pantanos de Bretaña hasta la cocina. En cada etapa era vigilado, examinado, registrado, guardado, examinado de nuevo, registrado otra vez y, sobre todo, gravado antes de pasar a poder del consumidor. Desde el principio hasta el fin del proceso el artículo estaba sometido al derecho de los recaudadores a imponer una férrea reglamentación. Todo dependía del control que ellos ejercían sobre la fijación de los precios. Por ejemplo, en 1760 los productores de sal de los pantanos que se extendían al oeste de Nantes debían vender su producto a los recaudadores a los precios fijados después de una negociación unilateral. De allí, la sal se despachaba a los depósitos costeros, en la desembocadura de los ríos, y se empaquetaba en sacos registrados y sellados. A cada uno de estos depósitos se le había asignado la tarea de abastecer a un grupo de depósitos del interior, a los que enviaban la sal en barcas. Este segundo grupo de depósitos estaba instalado en los límites navegables de los ríos, y de allí el producto pasaba a otro conjunto de depósitos, transportado en carretas, que soportaban inspecciones en cada etapa del viaje. Finalmente, acababan en los principales *greniers à sel*, los depósitos centrales arrendados por los recaudadores. Eran grandes edificios atendidos por un número considerable de empleados y guardias, subordinados a un jefe que era el responsable de la venta de la sal, por supuesto debidamente gravada, al consumidor. Cada venta debía ir acompañada por una factura y un recibo por duplicado. En el caso de los que residían demasiado lejos del *grenier* para comprar, había pequeñas concesiones aldeanas, que estaban autorizadas a vender a la población local, pero a un precio levemente superior a la tarifa oficial de los recaudadores.

Incluso si los recaudadores no hubiesen tenido derecho a fijar el precio de la sal, el mero peso burocrático de su distribución oficial habría aumentado enormemente el precio. Pocos hogares podían arreglarse sin este artículo esencial, pero no se les

ofrecía siquiera la posibilidad de desecharlo, pues legalmente estaban obligados a comprar una cantidad anual mínima, determinada de acuerdo con una evaluación individual. Prisionero de este asombroso sistema de control e imposición, el apremiado consumidor tenía una solución, aunque ilegal: el contrabando. Y en este aspecto el mapa fiscal de los recaudadores actuaba en desmedro de su propia seguridad. Como podía obtenerse sal pasando la frontera de los *pays de grande gabelle* a un precio casi menor que el de los recaudadores, fue natural que el contrabando prosperase a lo largo de las irregulares fronteras de las aduanas. Esta afirmación era aún más válida en el caso de los regímenes relacionados con el tabaco, próximos a la frontera española en el oeste y a Saboya en el este. Pero el contrabando de sal alcanzó la jerarquía casi épica de una guerra total entre el ejército de los recaudadores generales y las bandas de contrabandistas que se concentraban especialmente en el oeste. En un esfuerzo por disuadir a los contrabandistas el Estado había decretado condenas draconianas: el látigo, la marca a fuego, las galeras o (en el caso de los ataques a los guardias) la muerte en la rueda. Sin embargo, centenares y quizás incluso millares de personas —hombres, mujeres, niños e incluso perros adiestrados— colaboraban en este tráfico peligroso pero lucrativo a través de la Francia occidental. Necker —que tenía la costumbre de medir todo con cifras sospechosamente redondas— calculaba que el número de personas comprometidas en el contrabando de sal se elevaba a 60.000. Ciertamente, era una exageración, pero entre 1780 y 1783, 2.342 hombres, 896 mujeres y 201 niños fueron capturados en la región de Angers, a lo largo de la frontera con Bretaña. Y era posible que por cada condena hubiese cinco arrestos en los que se disponía de escasas pruebas para sustanciar el juicio.



Boceto arquitectónico, por C. N. Ledoux, para una puerta en el muro aduanero de París.

Con su propio personal, los recaudadores se mostraban mucho más benignos. Aunque se pagaba mal a los guardias y empleados, sus empleos eran bastante seguros y estaban complementados por inverosímiles beneficios marginales. Parece que en 1768 los recaudadores inventaron el primer plan de jubilaciones con aportes

formados mediante descuentos en los salarios, a los que la compañía sumaba su propia contribución (Hacia 1774 este fondo de pensiones ya valía alrededor de 260.000 libras). Después de pagar veinte años un guardia podía retirarse con una jubilación vitalicia cuyo monto se basaba en su rango y su antigüedad.

La recaudación era una versión condensada del gobierno del antiguo régimen, y manifestaba en abundancia tanto sus virtudes como sus vicios. En el plano local mostraba una extraordinaria mezcla de paternalismo corporativo y mercantilismo sin ataduras, de reglamentación e iniciativa, de administración eficaz y ponderosa burocracia, de procedimientos complejos y azarosa brutalidad militar. En el centro de sus asuntos, en París, mostraba una faz completamente distinta: era una entidad refinada, urbana, tecnocrática, y sobre todo abrumadoramente rica. Por muchas ofensas públicas que se le infligieran en la escena y en los folletos, los recaudadores sabían que eran el blanco de todas las miradas. Sus casas eran las más espléndidas, sus salones contenían impresionantes obras de arte, gran parte de todo eso consecuencia de un gusto audaz por los cuadros holandeses de interiores así como por el género francés y las naturalezas muertas. Sus hijas, codiciadas como presas de inestimable valor, a menudo se casaban con miembros de la crema de la nobleza antigua, y sobre todo de la aristocracia legal, cuyos oradores denunciaban a los recaudadores en el mismo instante en que calculaban el monto de las dotes de sus futuras esposas.

Los recaudadores estaban lejos de ser los filisteos advenedizos, vulgares y toscos sugeridos por la caricatura teatral de Turcaret. El *philosophe* Helvecio no era atípico en cuanto combinaba la especulación intelectual audaz con una especulación financiera de estilo prudente. En 1771, al fallecer, dejó una gran fortuna a su viuda, la condesa de Ligniville d'Autricourt, que tenía el salón más brillante de París, y vivía rodeada por una nutrida tropa de gatos de Angora, cada uno de los cuales tenía su propio nombre y estaba adornado con cintas de seda. Igualmente notable era la dinastía Laborde, en su origen comerciantes bordeleses que negociaban con el azúcar de las Indias Occidentales. Jean-Benjamin, el tercer recaudador de la estirpe, además de ratificar la inteligencia financiera y comercial de la familia, fue un compositor prolífico, hombre de ciencia y autor de varias obras de medicina, geología y arqueología, con una enorme diversidad de temas. Pero Anton Lavoisier fue con mucho el más extraordinario de todos estos hombres, y conquistó amplia celebridad porque fue el químico más grande de Francia.

Lavoisier era un fenómeno, pero el hecho de que pudiese aplicar su inventiva científica a una actividad visiblemente tan arcaica y depresiva como la gran barrera aduanera que los recaudadores estaban levantando alrededor de París dice mucho de las contradicciones de la Francia de Luis XVI. Como tantas figuras de la cultura de la Francia contemporánea, Lavoisier era simultáneamente un precursor y un antiguo, intelectualmente un hombre libre y un prisionero desde el punto de vista institucional, un individuo dotado de espíritu cívico pero empleado en la corporación privada más

notoriamente centrada en su interés egoísta. Sin embargo, no cabe duda de que Lavoisier creía que su ciencia era compatible con su profesión e incluso fundamental para ella, y que al dirigir a los recaudadores aplicando al asunto sus mejores luces estaba sirviendo a Francia en el auténtico espíritu de la ciudadanía patriótica.

Ciertamente, su rutina de trabajo no era la del aristócrata estereotipado del antiguo régimen, un lánguido individuo que vivía para el placer y utilizaba los servicios de enjambres de obsequiosos servidores. Se levantaba al alba y trabajaba de seis a nueve en los papeles de los recaudadores o en su laboratorio privado. Hasta bien entrada la tarde, en su oficina del Hotel des Fermes, asistía a las reuniones de una o más de las cinco comisiones a las que estaba asignado (incluso la administración de las fábricas reales de salitre y pólvora). Después de cenar más o menos frugalmente regresaba a su laboratorio, donde volvía a trabajar de siete a diez de la noche. Dos veces por semana reunía a amigos y colegas de las ciencias y la filosofía para escuchar la lectura de trabajos y comentar informalmente los proyectos en curso. Y su vida de familia era no menos dinámica y productiva. Su esposa era una excelente artista por derecho propio, y el brillante y animado retrato doble de Jacques-Louis David muestra al marido y la mujer como asociados profesionales y amigos conyugales.

A semejanza de otros altos funcionarios de los recaudadores, Lavoisier no se contentaba con supervisar desde lejos el trabajo de la estructura. Periódicamente realizaba una *tourné* de inspección a las oficinas y los depósitos provinciales. Aunque viajaba con cierto estilo, con un séquito de dieciocho personas (incluso guardias armados uniformados) y un grupo de empleados y contadores, estos viajes eran largos y fatigosos, y a veces duraban varios meses. Sabemos que en una *tourné* análoga, realizada en 1745-1746, un recaudador llamado M. Caze visitó por lo menos treinta y dos depósitos de sal, treinta y cinco puestos aduaneros, veintidós depósitos de tabaco; solucionó disputas entre funcionarios locales de los recaudadores; e inspeccionó el mayor número posible de puestos de guardias militares. Es improbable que Lavoisier se mostrase menos meticuloso.

Aunque la calidad y la amplitud del virtuosismo de Lavoisier le destacaban como algo parecido a un prodigio, en la Francia de Luis XVI no era en absoluto desusado que los hombres públicos fuesen simultáneamente intelectuales, administradores y empresarios. En los tres roles estos hombres corrían ciertos riesgos. Como hombre de ciencia Lavoisier podía elevarse y caer con el caprichoso flujo y reflujo de la moda científica, la cual en la década de 1780 era de lejos el aspecto más importante de la vida cultural francesa. Su seguridad financiera no estaba a salvo de los cambios impredecibles de la política oficial. Pues aunque los *financiers* eran presentados polémicamente como especuladores impermeables al riesgo, en su carácter de tenedores de bonos eran vulnerables al súbito e imprevisto refugio parcial del tipo que se había utilizado en la década de 1720 y en 1770 para imponer cierto control a la magnitud del déficit. Había por lo menos tantos *financiers* quebrados como

millonarios.

Lavoisier fue una expresión típica de la mayoría de los recaudadores en cuanto no había financiado con sus propios fondos el considerable depósito que necesitó para instalarse, y en cambio lo había tomado en préstamo, al mismo tiempo que había aceptado socios comanditarios (los llamados *croupiers*, de la palabra *croupe*, es decir, la grupa desnuda del caballo, que puede utilizarse para recibir a otro jinete). Estos socios le suministraron una parte de su capital en giro, y él los recompensaba con una parte de su sueldo y sus ganancias. De hecho, eso significaba que estaba operando sobre el margen, y que si sobrevenían imprevisibles condiciones adversas no sería por completo el amo de su propio destino. Si el gobierno decidía modificar o anular las condiciones de un contrato, inmediatamente se desencadenaba una corrida para desprenderse de los *billets de ferme*, los documentos negociables que los recaudadores podían emitir respaldándolos con su propia garantía personal. Es lo que en efecto sucedió en 1783, cuando el controlador general d'Ormesson intentó abrogar el «Arriendo Salzard» (cada arriendo llevaba el nombre de su principal contratista). Pero los recaudadores rehusaron reconocer sus documentos, arguyendo que el gobierno había incurrido en la correspondiente responsabilidad al intervenir en la aplicación del arriendo. Enfrentado con la furia popular, el gobierno se retiró y restableció el anterior arriendo.

Esta crisis fue sintomática del deterioro del interés mutuo que había unido a la monarquía con los recaudadores generales. Por otra parte, la corona necesitaba, y más desesperadamente que nunca, el tipo de ingreso líquido que los recaudadores suministraban de un modo tan servicial, y tenía pocos deseos de asumir la enorme empresa de recaudar él mismo los impuestos indirectos. Por otra parte, las almas más valerosas del gobierno comenzaban a comprender que el precio de las repetidas transfusiones de fondos inmediatos era la creciente dependencia respecto del precio que pidiesen los recaudadores (y otros acreedores, entre ellos algunos holandeses o ginebrinos). Para los recaudadores, ese precio era la existencia de niveles ciertos de utilidad, y sin preguntas; para los acreedores, la fijación de tasas ciertas de interés, que alcanzaban niveles tan elevados que hacia 1788 el servicio de la deuda estaba consumiendo casi el 50 por ciento de todas las rentas corrientes. Y como veremos, precisamente en esa etapa el gobierno no tuvo más alternativa que abandonar los perfeccionamientos fiscales, para volverse en cambio hacia las soluciones políticas drásticas de sus problemas. En definitiva, estas soluciones tuvieron un carácter revolucionario.

[Ver Fuentes y Bibliografía](#)

IV - Las últimas esperanzas: el promotor

La bancarrota pública es un estado mental. El punto exacto en que un gobierno decide que ha agotado los recursos de un modo tan absoluto que ya no puede cumplir su función más fundamental, es decir, la protección de su soberanía, es absolutamente arbitrario. Pues nunca se embarga a las grandes potencias. Por terrible que sea la situación financiera en que se encuentren, en general siempre habrá prestamistas acechando entre bambalinas, y dispuestos a ayudarlas, por un precio. Sólo en los últimos tiempos ese precio ha sido cierto tipo de abdicación parcial de la soberanía, por ejemplo, ante los decretos del Fondo Monetario Internacional, o en la época del imperialismo Victoriano las condiciones internacionales de la deuda que los británicos y sus asociados imponían a los cadáveres fiscalmente postrados de los egipcios y los chinos. En el caso de la monarquía francesa de fines de la década de 1780, el momento de la verdad pareció llegar cuando aquella no pudo formular «previsiones» de ingresos futuros para garantizar nuevos préstamos. Y esos préstamos eran necesarios para pagar los intereses de otros anteriores. En ese punto, pareció que la estructura técnica del reembolso se había deteriorado. Si bien no existía un organismo financiero internacional que esperase entre bambalinas para afrontar la deuda e imponer los términos del reembolso, el regreso de Jacques Necker, relacionado con el mercado monetario internacional, fue lo que más se pareció a una entidad de ese género. Pero solamente una forma más popular de autoridad política doméstica conquistaría la confianza pública necesaria para asegurar el crédito oficial. Por lo tanto, el rescate financiero dependía del cambio político.

Esto había sido evidente para una sucesión de ministerios de Luis XVI, cada uno de los cuales sin duda se sentía presionado por la necesidad de reformar el modo en que la corona obtenía sus ingresos. En efecto, incluso bajo Luis XV esa había sido la prioridad más apremiante de los controles generales, pero durante la década de 1750 y todavía más en la de 1760, el brazo político que ellos habían movilizado para imponer la reforma impositiva había sido el brazo del absolutismo. Durante la década de 1760 en repetidas ocasiones Luis XV había convocado a un *lit de justice* para formular el mandato más enfático del vocabulario real: «*Le roi le veult*» (El rey lo quiere). Frente a ese mandato, no había apelación.

Pero como cumplía a su carácter de incoherente cordialidad, Luis XVI ascendió al trono alentando el deseo de ser amado. Esta patética pasión sobrevivió incluso a las sombrías guerras de las harinas, que turbaron los primeros años de su reinado, cuando los grupos turbulentos fueron rechazados de las puertas del palacio real en Versalles (la corte había sido evacuada prudentemente). De manera que Luis XVI se desembarazó de los ministros identificados con el absolutismo muscular de su abuelo,

y los remplazó por reformadores de quienes se esperaba que originasen cambios que pudieran ser al mismo tiempo políticamente liberales y fiscalmente copiosos. El inconveniente era que no había dos ministros que tuviesen las mismas ideas acerca de las necesarias estrategias de cambio. Sucedió no sólo que los programas de estos ministros no eran consecuentes, sino que cada uno prácticamente definía su gobierno como el contrario absoluto del precedente, tanto por los hombres como por las medidas. No es necesario decir que esto no permitió obtener resultados positivos.

Los controles generales habían lidiado con la carga cada vez más pesada de las finanzas oficiales francesas apelando a tres métodos clásicos: las quiebras disimuladas, los préstamos suministrados por sindicatos nacionales y extranjeros, y los nuevos impuestos. El último control de Luis XV, el abate de Terray, había usado los tres métodos. Turgot, el primer control de Luis XVI, había repudiado los tres. En cambio, propuso aprovechar las lecciones de la teoría económica liberal, sobre todo la de la fisiocracia, a la que según afirmó podía proclamarse como «Ley Natural», y por lo tanto irrefutable.

La «secta» de los fisiócratas argumentaba que el corporativismo, la reglamentación y la protección —la pesada mano oficial— eran el factor que sofocaba la productividad y la iniciativa francesas. Las barreras aduaneras internas; las restricciones impuestas al movimiento de los granos y otros productos básicos; las complicadas tarifas de los peajes y los impuestos al consumo: todo eso tenía que desaparecer de modo que la economía pudiera respirar el aire puro y vivificante del mercado. El abigarrado dibujo de los impuestos indirectos y las cargas sobre la propiedad en algunas pero no en todas partes de Francia debía ser anulado y sustituido por un solo impuesto sobre la propiedad —el *impôt unique*—. Esto permitiría que los agricultores —los únicos productores auténticos de riqueza— calculasen exactamente sus costos y apuntasen a abastecer el mercado, donde en el curso natural de las cosas los precios más elevados reforzarían los ingresos rurales y crearían acumulación de capital en la tierra. Estos ahorros y ganancias después revertirían en la forma de mejoras técnicas, lo cual a su vez mejoraría la productividad y crearía una renta disponible que podría gastarse en los artículos manufacturados producidos en las ciudades. De ese modo, los sectores urbanos y rurales coexistirían en feliz reciprocidad, y Francia estaría poblada por rústicos satisfechos y racionales, todos arando, produciendo, ahorrando y gastando de acuerdo con el ritmo profundo del mercado.

En todo caso, esta era la teoría. Sus autores más famosos eran el médico de corte Quesnay y su temperamental antagónico, el fulminante marqués de Mirabeau (padre del orador revolucionario). Por extraño que parezca, Mirabeau había conquistado renombre denunciando la penetración del capitalismo y el individualismo en lo que él afectuosamente imaginaba eran las virtudes paternalistas del feudalismo señorial. En el curso de una prolongada entrevista personal, descrita más tarde por Mirabeau como «la rotura del cráneo de Goliath» él se convirtió en *laissez-faire*. Para mejor o para

peor, fue el caso de una serie de controladores generales de Luis XV, que en la década de 1760 procedieron a eliminar todas las restricciones impuestas a los movimientos internos y externos de granos, así como los reglamentos locales respecto de la venta y los precios. El resultado fue la carestía inmediata y los disturbios. Se procedió a saquear los graneros, se interrumpió el movimiento de las barcazas antes de que pudiesen partir, y los comerciantes se vieron obligados a vender a la tarifa considerada «justa» por la multitud. En 1770 Terray reinstauró la mayoría de las restricciones, obligando de nuevo a los comerciantes a contar con una licencia oficial y a vender su producto únicamente en los mercados establecidos. Volvió la calma.

Pero todas las medidas de Terray, algunas muy razonables, se vieron gravemente amenazadas por el modo en que él y su colega Maupeou habían decidido ejecutarlas: mediante el mandato absoluto del decreto real. Cuando Turgot ocupó el cargo de controlador general, en 1774, después de haber servido brevemente un período como ministro de Marina, no lo hizo en el mero papel de economista, sino como político liberal. Sólo si podía depender del apoyo de los parlamentos nobles, lograría formular medidas que evitasen los excesos más arbitrarios del reinado precedente en relación con las quiebras, los préstamos y los impuestos. Así, con el cálido respaldo del rey, rescató a los parlamentos del limbo en que los había hundido el canciller Maupeou. Su supuesto erróneo fue que los parlamentos apoyarían las reformas que él proponía, por una combinación de gratitud y racionalidad. Pero nada era tan sencillo en la Francia de Luis XVI.

Se desprendía de la simpatía de Turgot hacia las ideas fisiocráticas que la liberalización de la economía francesa determinaría en sí misma el tipo de prosperidad que podía resolver los problemas financieros del gobierno. Esto sucedería de dos modos. La confianza pública, la entidad económica más estrechamente relacionada con la alquimia, llegaría a revivir, eliminando la necesidad de nuevos préstamos, puesto que los antiguos, debidamente satisfechos, serían suficientes. El comercio y las manufacturas florecerían hasta el extremo de que también ellos, gracias al aumento de la producción, aportarían rentas suficientes para reparar el daño. Por supuesto, todo esto era el antecesor directo de la finanza pública orientada hacia la oferta, y tenía tantas posibilidades de éxito como las tuvo su versión doscientos años más tarde, en un imperio diferente pero abrumado por tensiones fiscales análogas.



Turgot

Para evitar que esta reseña parezca excesivamente sardónica, debe señalarse inmediatamente que Turgot no era un Pangloss ministerial. Se trataba de un hombre más bien taciturno, caviloso, cuya principal recreación era el trabajo, y que tenía una visión excesivamente sombría de la naturaleza humana, pero excesivamente optimista de sus posibilidades de mejorar. En resumen, era una expresión típica de los años posteriores del Iluminismo. Nacido en el seno de una familia que se había

(Ampliar)

distinguido durante mucho tiempo en el servicio público, Turgot *père* había sido *prévôt des marchands* en París, y había coronado su carrera como experto en el planeamiento urbano, y diseñado y construido una gran cloaca en la orilla derecha del Sena. Su hijo Anne-Robert llegó a controlador después de pasar muchos años como un *intendant* brillante y excepcionalmente laborioso en la empobrecida provincia del Limousin, en el suroeste de Francia. Allí había trabajado intensamente para hacer el bien, construyendo caminos y convenciendo a los campesinos de la conveniencia de plantar y consumir patatas, un cultivo al que antes se creía no apto incluso para los animales, y ciertamente menos nutritivo que las castañas hervidas y el potaje de trigo que había sido el alimento estándar del Limousin.

Por desgracia, la región del Limousin era peculiarmente inapropiada para la aplicación de sus ideas más preciadas, sobre todo las que había promocionado sobre la acumulación del capital, pues era difícil acumular capital mientras uno vivía de castañas hervidas, o de patatas. Sólo cuando Turgot se convirtió en controlador general se le ofreció la oportunidad de aplicar esas ideas a escala nacional. A gran distancia de los sucesivos y pragmáticos controladores generales que asumían el cargo sin tener en sus mentes mucho más que la supervivencia personal y nacional, como dijo Carlyle, Turgot «llegó al Consejo del rey con una revolución pacífica completa en su cabeza». El memorándum enviado al rey en 1775 reveló cuán amplia era su visión de una Francia transformada por la libertad económica y política. «En diez años», afirmó, «será imposible reconocer a la nación... por su lucidez, su moral, el entusiasmo con que os prestará servicio y servirá a la *patrie*, Francia aventajará a todos los pueblos que existen y que hayan existido jamás».

El método operativo básico de Turgot fue destruir todos los obstáculos que se oponían al movimiento del comercio libre, la fuerza de trabajo libre y la fijación libre de precios en el mercado, al mismo tiempo que fomentaba activamente las empresas que a su juicio presagiaban el futuro. Ese aliento adoptó la forma de la educación y el subsidio directo. Hombres graves tocados con tricornos fueron enviados a estudiar la industria británica del carbón, mientras se concedían subsidios, en el estilo de una Cámara de Comercio superior, a los telares mecánicos de la seda en Lyon, las máquinas laminadoras del plomo en Ruán y —lo que era previsible— las manufacturas de porcelana en Limoges. Sus eruditos amigos Condorcet y d'Alembert fueron reclutados con el fin de que actuaran en una comisión que debía estudiar la navegación fluvial y la contaminación; y en el mismo espíritu de los grandes planes de su padre, el controlador general comenzó la construcción de la «*machine Turgot*», que presuntamente debía romper los bloques de hielo en la boca del Marne y el Sena. En cambio, la máquina provocó sus propios desperfectos, después de originar considerables gastos. Con un resultado más feliz, la fundación de un nuevo sistema de transporte de correos y pasajeros, las *messageries royales*, basadas en carruajes ligeros llamados «Turgotines», redujo a la mitad el tiempo de los viajes entre las

ciudades francesas, y logró que el sueño de un mercado nacional fuese un poco menos absurdo.

Sin embargo, la principal ofensiva de Turgot estuvo dirigida contra los obstáculos que se oponían a la libre economía. Los primeros en desaparecer fueron los peajes locales aplicados al grano (excepto en París y Marsella), y con ellos desaparecieron todos los monopolios de los carreteros, los mercaderes y los porteadores. Si bien esto implicaba el desmantelamiento del sistema de oferta regulada por Terray, Turgot sensatamente mantuvo la prohibición de exportar. De todos modos, eligió el peor momento posible para ejecutar la reforma. El año 1774 presenció el retorno de las malas cosechas, y por lo tanto la reaparición de la escasez, los precios elevados y la cólera que apuntaba a los acaparadores, acusados de retener el producto para beneficiarse con los aumentos de los precios. La consecuencia natural de esta situación, hacia la primavera de 1775, fue la reanudación de los disturbios que habían estallado a mediados de la década de 1760: las barcazas detenidas en las escalas fluviales, los ataques a los graneros y los molinos y las ventas compulsivas a los precios exigidos por la multitud. En París, la milicia de los *gardes français* no atinó a impedir que una multitud saqueara la abadía Saint-Victor, porque estaba atareada asistiendo a la bendición de las banderas de los regimientos de Notre Dame.

La respuesta de Turgot a esta impertinente interrupción del comercio libre consistió en convocar a veinticinco mil soldados, crear tribunales sumarios y realizar ejecuciones ejemplares. El príncipe de Poix, comandante de los guardias reales de Versalles, que se había apresurado a prometer harina a dos *sous* la libra a la multitud de cinco mil personas que se disponían a asaltar el palacio de Versalles, fue reprendido por su temeridad.

Como habían hecho en el último episodio de comercio libre con el grano, la policía y los magistrados locales en general no hicieron caso de los edictos de Turgot en favor de la paz pública inmediata, y esta actitud, así como una cosecha más abundante, más que la ley marcial, fue el factor que restableció relativamente la calma hacia el verano de 1775. Lastimado por los argumentos violentos de los folletos publicados contra su política, Turgot creyó (lo mismo que hoy mismo muchos historiadores que simpatizan con él) que la «guerra de las harinas» era una complicada conspiración, y que el pueblo fingía tener hambre para avergonzar a su ministerio.

Turgot estaba igualmente decidido a eliminar las regulaciones que afectaban el comercio de la carne. Y en este caso no se detuvo a las puertas de París y en cambio abolió directamente el gran número de empleados y funcionarios de la llamada *Bourse de Sceaux et Poissy*, que ejercía el derecho a fijar el precio en que los ganaderos podían vender su ganado a los carniceros. De acuerdo con los antiguos reglamentos, el sebo y la grasa (esenciales para la iluminación con velas) no podían ser recogidos por los carniceros después de la matanza, sino que pertenecían a ciertas corporaciones que ejercían el monopolio de su venta. También estos cayeron bajo el

hacha de Turgot. Esto sucedió en el momento menos auspicioso para el éxito, pues 1775 presenció una epidemia de fiebre aftosa que devastó los rebaños nacionales; y cuando intentaron tender un *cordon sanitaire* donde se exigía a los campesinos que destruyesen a los animales infectados y sepultaran en cal viva los cadáveres, los *intendants* bien intencionados de Turgot tropezaron con la resistencia local. Sobre todo en el suroeste, los prados y los bosques estaban poblados por misteriosas procesiones nocturnas de campesinos que intentaban hacer contrabando de vacunos a través de la frontera sanitaria.

Con los *Six Edicts* las medidas de Turgot se vieron más gravemente trabadas. Los elementos principales de este grupo de reformas tenían que ver con la abolición de las corporaciones de oficios, que habían confinado la fuerza de trabajo, la producción y la venta de las mercancías a corporaciones autorizadas que tenían su propio monopolio interno de la instrucción, los bienes y los servicios. El sistema de corporaciones contrariaba directamente la visión de Turgot respecto del mercado que determinaba los salarios, la demanda y la oferta de todos estos elementos económicos. Su reforma habría eliminado la mayoría de las corporaciones, excepto los barberos, los fabricantes de pelucas y los atendedores de las casas de baño, en cuyos casos se habría exigido un reembolso especial. También estaban exentos los orfebres, los farmacéuticos y los impresores, pero sobre la base de argumentos muy distintos: correspondía al interés público que los respectivos oficios (la riqueza, la salud y el saber) se sujetasen a cierto tipo de licencia. De un modo más ominoso, los edictos prohibían rigurosamente cualquier tipo de asamblea de los maestros o los jornaleros con el fin de realizar negociaciones salariales u otras cosas semejantes, un principio que la Revolución mantendría en 1791.

La otra propuesta importante era la abolición del servicio de trabajo obligatorio, la *corvée*, que los plebeyos debían al Estado, y que permitía la realización de gran parte del programa de construcción de caminos. Turgot acertaba al suponer que la *corvée* merecía el rechazo general de la campaña francesa, porque se apoderaba de una preciosa fuente (a menudo la única) de mano de obra de la minúscula Finca familiar, precisamente cuando se necesitaba más para realizar labores esenciales, por ejemplo la arada o la cosecha. Podía canjearse la *corvée* por el pago de una suma de dinero, pero eso suponía que el campesino pertenecía al tipo de economía dineraria en que esto era viable, y en el caso de la gran mayoría del campesinado francés nada por el estilo era aplicable. Pero el ingrediente más valeroso y polémico de la reforma fue la propuesta de remplazar la *corvée* por un impuesto sobre la propiedad, pagadero por *todos los sectores de la población*. Con el ingreso formado de este modo el Estado ordenaría la construcción de los caminos por contratistas, con publicidad de las condiciones del contrato, para demostrar la relación entre el costo de las obras locales y las rentas dedicadas a su financiación. Por consiguiente, esta medida habría redistribuido la carga de la financiación de los caminos y los canales entre todos los miembros de la población, y de hecho habría implicado la anulación

de otro privilegio de las clases que gozaban de exenciones.

Como podía preverse, la abolición del servicio de trabajo obligatorio fue recibida con intensa y expresiva hostilidad por los nobles a través de su voz colectiva en los parlamentos. Además de la reducción del privilegio, la abolición también amenazaba, por ejemplo, el derecho de los nobles a exigir servicios análogos de sus propios campesinos en las propiedades, un efecto que Turgot probablemente tenía presente. En la defensa de su reforma se vio arrastrado a un extraordinario pero interesante intercambio de opiniones con Miromesnil, Guardián de los Sellos (de hecho, ministro de Justicia), acerca de la legitimidad del privilegio. Miromesnil afirmó que los privilegios se fundaban en las exenciones concedidas a la casta guerrera en compensación por la ofrenda de su sangre a la corona. «Si se revocan las distinciones de la nobleza, se destruye el carácter nacional, y una nación que cese de alimentar su espíritu guerrero pronto será presa de las naciones vecinas». La tontería de esta afirmación indujo a Turgot a recordar a su oponente el lugar común de que «las naciones en que la nobleza paga impuestos como hace el resto del pueblo no son menos marciales que la nuestra... y en las provincias de la *taille réelle*, donde se trata del mismo modo a los nobles y los plebeyos... los nobles no son menos valerosos ni se muestran menos fieles a la corona». Para el caso, arguyó, él no podía recordar ninguna sociedad en que la idea de eximir a los nobles del pago de los impuestos «fuera vista como otra cosa que una anticuada pretensión abandonada por todos los hombres inteligentes, incluso en la clase de los nobles».

Otros intereses creados igualmente egoístas fueron responsables de una actitud análoga de oposición a la abolición de las corporaciones. Turgot defendió la medida con la retórica infladamente filosófica de los derechos naturales económicos. «Al otorgar al hombre ciertas necesidades y subordinar estas al recurso del trabajo, Dios ha convertido el derecho al trabajo en propiedad de todos los hombres, y esa propiedad es esencial, la más sagrada e imprescriptible de todas las propiedades». Pero a juicio de sus oponentes, la medida destruía más que protegía la propiedad, pues una serie de maestros de dichas corporaciones estaban lejos de ser hombres de manos callosas, hijos del trabajo esforzado protegidos por delantales de cuero. En realidad, eran los compradores aristocráticos de sinecuras y dignidades municipales, y no deseaban ver que estas desaparecieran en nombre de una versión teórica del bien general. Para el caso, tampoco lo deseaban otros artesanos más auténticos, que habían invertido un capital precioso, sin hablar de años de aprendizaje, en un sistema que les garantizaba tanto fuerza de trabajo especializada como precios remuneradores. Comparado con estas situaciones seguras, el magnífico y nuevo mundo de la libertad económica de Turgot era una perspectiva muy incierta.

Sin embargo, el factor que hizo el juego de esta oposición no fue tanto la sustancia de las reformas de Turgot como el modo en que intentó aplicarlas. Pues tan pronto llegó a ser evidente que sus parlamentos restaurados no estaban dispuestos a actuar como dóciles criaturas de la reforma real, Turgot retrocedió precisamente hacia

la misma aplicación legal de carácter absolutista que le había parecido tan repulsiva en Maupeou y Terray. No llegó al extremo de abolir las cortes opositoras, pero en efecto exhortó a Luis XVI, que se oponía firmemente a representar el papel del absolutismo, a adoptar sin remilgos el recurso de un *lit de justice*, si eso llegaba a ser necesario. Este modo clásicamente autoritario de proceder parecía sobremanera negativo, desde que el mismo Turgot había alentado la restitución del poder a las asambleas provinciales, y había fundado dos de estos organismos en las provincias de Berry y Haute-Guienne, en 1774. Considerado el más liberal de los controladores generales, de hecho fue quien utilizó más ampliamente el arresto arbitrario autorizado por las *lettres de cachet*, y así una serie de enemigos de sus medidas acabaron en la Bastilla.

Esto significó el fracaso del ministro, pues determinó que además de sus muchos enemigos personales en la corte, Turgot ya no pudiera apoyarse en figuras del ministerio que antes habían sido sus aliadas. Hacia la primavera de 1776 estaba quejándose al rey acerca de las camarillas que se manifestaban francamente en el concilio, y exigía que Luis volcase todo el peso de su autoridad para apoyar las reformas. Su modo de expresarlo no demostró tacto.

Sois demasiado joven para juzgar a los hombres y vos mismo habéis dicho, Sire, que carecéis de experiencia y necesitáis un guía. ¿Quién será ese guía?... Sire, algunas personas creen que sois débil, y ciertamente a veces he temido que vuestro carácter padeciese ese defecto. Por otra parte, en ocasiones más difíciles, he visto que demostráis auténtico coraje.

Este enfoque de maestro de escuela no fue eficaz. Trece días más tarde Turgot fue despedido, acompañado por los acostumbrados vivas del despotismo al acecho. Con él se retiraron algunos de sus hombres y dejaron de aplicarse muchas de sus medidas. Se restablecieron las corporaciones, aunque en forma atenuada; y se otorgó a las parroquias locales el derecho a determinar si aportarían la *corvée* o la remplazarían por un impuesto.

Esto estaba muy lejos de la revolución pacífica que Turgot había creído realizar. Casi por definición, su enfoque macroeconómico enderezado a resolver los problemas económicos y financieros de Francia necesitaba tiempo, si se quería que tuviese alguna posibilidad de éxito. Su colega más flexible y mundano, Maurepas, que en sus setenta años había visto que los ministros iban y venían con las estaciones, le aconsejó distribuir sus reformas a lo largo de una serie de años, en lugar de aplicarlas en una acometida briosa. Pero Turgot tenía una prisa frenética. La mortalidad le presionaba: «En nuestra familia morimos a los cincuenta años», replicó a Maurepas. Y sentía que había una mortalidad más urgente, la del régimen. Sin una acción drástica, dijo al rey, «el primer disparo [de una nueva guerra] empujará a la bancarrota al Estado».

Ver Fuentes y Bibliografía

V - Las últimas esperanzas: el banquero

Los fisiócratas, Turgot incluido, siempre habían sido fuertes en los fines, y débiles en los medios. A pesar de sus grandes esfuerzos intelectuales, no alcanzaban a ver una contradicción en que su liberalismo fundamental se realizara a través de los instrumentos del absolutismo. Incluso hasta cierto punto se enorgullecieron al afirmar que una política absolutista era el «despotismo legal» necesario para obtener el prometido reino del trabajo libre, el comercio libre y los mercados libres. Tampoco tuvieron en cuenta el tipo de perturbaciones a corto plazo —por ejemplo los disturbios y las guerras— que formaban la realidad cotidiana del Estado del siglo XVIII. Era comprensible —sobre todo después de las sombrías advertencias de Turgot acerca de las calamidades que sobrevendrían si llegaba a declararse otra guerra— que tan pronto esa guerra en efecto se librara allende el Atlántico, la monarquía apelase a un tipo muy distinto de respuesta.

Bien podía suponerse que la designación de Jacques Necker, después de un breve período de actividad rutinaria bajo la dirección del controlador general Clugny, representó un paso de la teoría al pragmatismo. Y en el sentido de que él se mostró tan deseoso de orientarse hacia la financiación mediante préstamos unida con la reforma administrativa como Turgot había estado dispuesto a evitar esos recursos, lo que sucedió correspondió a ese supuesto. Pero de hecho, la autoridad real que Necker aportó a su cargo de director general (pues en su condición de protestante no podía acceder al cargo de controlador) fue mágica. Un tipo de mística —la del intelectual— fue remplazada por otra: la del Banco Protestante. En su condición de extraño poseía un doble encanto. No podían achacársele los males que afligían a la Francia católica, y por otra parte se creía que expresaba el conjunto contrario de virtudes, las que se atribuían toscamente al capitalismo protestante: la probidad, la frugalidad y el crédito sólido. Pero también a causa de su condición de extraño tenía vínculos muy valiosos con el mercado internacional de préstamos, al que cada vez se veía más como una alternativa que permitía evitar la extorsión de las *gens de finance*.

La opinión pública creía que Necker era un mago de la banca: alguien que podía sacar conejos de los sombreros y dinero de la nada. Se le atribuía el tipo de poderes milagrosos asociados con el electricista Franklin, las mangueras magnéticas del doctor Mesmer o los globos de Montgolfier. Su abrumadora vulgaridad personal a lo sumo provocaba el halago de los que deseaban oponerle todavía más a los sibaríticos *financiers* o a los pretenciosos fisiócratas. En realidad, parecía un ciudadano perfecto y sólido, cómodamente instalado en un matrimonio en el que abundaban tanto las alegrías



Necker

[\(Ampliar\)](#)

conyugales que podía haber sido inventado por Jean-Jacques Rousseau. Su esposa Suzanne presidía el salón más influyente de París y transmitía un poco de seriedad protestante al *monde* realizando obras de caridad en beneficio de los pobres y los enfermos. Cuando rompió a llorar durante una de las discusiones más sinceras de los *philosophes* acerca del ateísmo, Grimm consideró que el espectáculo trasuntaba una inocencia aún más deliciosa. Diderot, cuyos «dramas burgueses» solían humedecer el teatro parisiense, imitó el ejemplo y dijo a madame Necker: «Realmente es una lástima que yo no la conociera antes. Ciertamente me habría inspirado una inclinación a la pureza y a la delicadeza que se habrían transmitido a mis obras».

La vivacidad y el entusiasmo de madame Necker tuvieron cierto eco en su hija, Germaine (la futura madame de Staël). Y el brillo de la parte femenina de la familia en todo caso destacó todavía más las virtudes reales del firme y sólido Jacques. Habría tenido que ser un santo para evitar que le aturdiese la lisonja que siguió a su *Elogio de Colbert*, en 1773. Y no era tal cosa. Incluso estaba un tanto envanecido por su propio sentimiento de certidumbre, como sugiere una frase extraordinaria del *Elogio*: «Si los hombres están hechos a imagen de Dios, el ministro de Finanzas, que sigue al rey, seguramente es el hombre que más se aproxima a esa imagen».

En la atmósfera aprensiva de una guerra inminente, la indomable confianza de Necker en sí mismo era reconfortante, sobre todo porque lo mejor que atinó a concebir Clugny, el controlador general precedente, fue una lotería. Si Turgot había venido de la ética del servicio oficial y la especulación filosófica, Necker se originó en el mundo de los negocios. Había llegado a París desde Ginebra a la edad de dieciocho años, para incorporarse al banco de familia de Thélusson et Cie, y a la muerte de su socio más veterano se había hecho cargo de la dirección de la firma. Se le entregó el cáliz envenenado representado por la administración de la Compañía de Indias Francesa, pero en todo caso sobrevivió al desastre del imperialismo francés en el subcontinente, y ayudó al aprovisionamiento de granos del gobierno durante el difícil período de la década de 1760. Esta experiencia llevó a Necker a publicar su propio tratado acerca del comercio de granos durante el renovado proceso de desregulación iniciado por Turgot, una coincidencia que sin duda afectó al ministro, que se lo dijo a Necker en una carta. Sinceramente sorprendido por el tono colérico de Turgot, Necker reiteró que apoyaba sin reservas los principios generales del comercio libre de los granos. Pero sus reservas —a saber, que en períodos de crisis provocada por la escasez el gobierno debía asumir la responsabilidad de la fijación de los precios y el aprovisionamiento— fueron precisamente el aspecto que impresionó a su público lector en momentos en que la campaña alrededor de París estaba agitada por los disturbios.

Más importante para un Ministerio dominado ahora por el ministro de Relaciones Exteriores Vergennes fue el hecho de que Necker prometió financiar la política norteamericana sin provocar todas las consecuencias negativas pronosticadas por Turgot. El interrogante debatido desde entonces respecto de la reputación de Necker

es si cumplió esas promesas. Hasta hace poco, el consenso había sido abrumadoramente negativo. La publicación por Necker de su famoso *Compte Rendu* —el primer presupuesto difundido ampliamente— ha sido tratado como un artículo de propaganda insincero e interesado. Y se ha dicho de ese trabajo que fue exactamente el tipo de comentario animoso pero espurio que llevó a la monarquía francesa a la perdición, aunque caminando sobre un sendero de rosas.

La pérdida del favor en el caso de Necker fue el producto inevitable de las expectativas poco realistas suscitadas por sus cualidades. Pero últimamente una investigación más cuidadosa ha permitido alcanzar una imagen de su administración que es mucho más equilibrada, comprensiva y en definitiva por completo convincente; el material más importante utilizado en estos trabajos está formado por los papeles de Necker recogidos en el Château de Coppet, en Suiza. Estas fuentes demuestran que Necker fue un reformador prudente pero decidido, más que un prestidigitador fraudulento. Aunque vio tanto como Turgot que la prosperidad fundamental de la corona dependía de una economía que se desarrollase libremente, no estaba dispuesto a sacrificar al planeamiento económico de largo alcance la prioridad inmediata de restaurar el crédito real. Lo que importaba a juicio de Necker era promover ahorros inmediatos y mensurables mediante la racionalización administrativa y la maximización de los ingresos.

Sabiendo que era imposible abolir de golpe todos los cargos venales, concentró los esfuerzos en los sectores en que el despilfarro era más conspicuo y los cargos venales privaban más evidentemente de ingresos a la corona. Así, abolió los 48 cargos de recaudadores generales, cada uno con su propio secretario de hacienda para recibir impuestos directos, y los reemplazó por doce funcionarios responsables directamente ante su propio Ministerio. Asimismo, los seis *intendants* de finanzas que duplicaban inútilmente la burocracia del Ministerio; los 304 receptores de rentas de las «Aguas y Bosques»; y, lo que no es menos importante, los 27 tesoreros generales y controladores generales de los departamentos militares. De ese modo nació la primera falange de poderosos enemigos de Necker.

A esta hecatombe de cargos difuntos, Necker añadió después una serie de puestos de la casa real, donde vio oportunidades especiales para realizar economías. Desaparecieron por lo menos 406 cargos del inflado régimen de la *bouche du roi*, la cocina real. En Versalles nadie pasó hambre como consecuencia de esta medida, o ni siquiera tuvo que esperar la cena, pues la totalidad de los 406 cargos estaba formada por designaciones ceremoniales que permitían a los cortesanos vestirse de gala en ocasiones especiales y exhibir el lugar que ocupaban en el orden de jerarquía, a estas alturas de las cosas más bien tímido, que pasaba por rito de la corte. Desaparecieron los 13 chefs y los 5 ayudantes de la Gran Despensa; también los 20 coperos reales (no debe confundírseles con los 4 portadores del vino real), los 16 «activadores» del asado real, y pelotones enteros de catadores, batallones de despabiladores de las velas, brigadas de pasadores de la sal y (lo que era más lamentable) los 10 *aides*

spéciaux de los *fruits de Provence*. En total, fueron abolidos unos 506 cargos venales, con un ahorro de 2,5 millones de libras anuales. Los críticos de Necker se quejaban de que esta medida no valía la pena, sobre todo porque el director estaba obligado a reembolsar a todos los cesantes hasta el nivel de un capital de 8 millones de libras en el plazo de cinco años. Pero eso significaba que después de cuatro años la reforma solventaría su propio costo, y después se obtendría un ahorro neto. Lo que era quizá más importante, representaba el retorno al riguroso control oficial de un enorme imperio de patronazgo que se había convertido sencillamente en el juguete personal de los cortesanos. Luis XVI parecía complacido. «Deseo poner orden y economía en todos los rincones de mi casa», dijo a uno de esos cortesanos, el duque de Comigny, «y a quienes tengan algo que decir para oponerse los aplastaré como a este cristal». Aquí, el rey arrojó una copa al piso para subrayar dramáticamente lo que había dicho, lo cual originó en el duque la satisfactoria respuesta de que «quizá sea mejor verse criticado que aplastado».

Necker incluso estaba dispuesto a vérselas con los controladores generales, a quienes comparaba descortésmente con una especie de maleza que florecía en un pantano. Parece probable que, en términos ideales, habría deseado abolir del todo el sistema de contratos y devolver al Estado la responsabilidad de la recaudación de los impuestos indirectos. Pero es comprensible que, sobre todo en tiempo de guerra, retrocediera ante los costos administrativos que podían crecer súbitamente, sin hablar de la desaparición inmediata de los adelantos por las rentas. Pero estaba decidido a derivar hacia el Estado una proporción más elevada de las utilidades que recibían los recaudadores, y después de la expiración del «Arriendo David», en 1780, transfirió una serie de impuestos, sobre todo los que se aplicaban al vino y los alcoholes, al método más directo de la *régie*. De esa forma, un tercero continuaba cobrando el impuesto, pero en lugar de embolsar toda la recaudación, cualquiera que fuese su monto, los recaudadores tenían derecho únicamente a un porcentaje del ingreso más allá y por encima de una suma estipulada previamente. Incluso en el caso de la participación de los recaudadores en el impuesto sobre la sal, Necker aclaró que, si los ingresos sobrepasaban en determinada suma el dinero adelantado por el arriendo, la corona tenía derecho a una parte de esa utilidad. Fue un golpe brillante, pues llegó al corazón del tema de las finanzas francesas; no era que el sistema de recaudación estuviese privando por sí mismo de ingresos a la corona, sino que los recaudadores, más que el Estado, estaban recogiendo los beneficios de un producto bruto nacional en rápido aumento. Pues entonces era evidente que los impuestos indirectos y no los directos eran el área realmente dinámica de las rentas.

El principio de la participación en las utilidades fiscales con un costo administrativo bajo se extendió a otras áreas sin duda lucrativas. El sistema de correos y transportes de las *messageries royales*, que Turgot había cedido bajo contrato, fue convertido en cambio en una *régie*, y en la década de 1780 comenzó a prosperar de manera espectacular. También se aplicó una *régie* a la administración de

los dominios y los bosques reales, de donde se extrajo la madera destinada a la enorme expansión de la construcción urbana durante el reinado de Luis XVI, y así ese bien llegó a ser inmensamente lucrativo.

Todos estos ahorros fueron ideados por Necker con un propósito: equilibrar las rentas y las erogaciones ordinarias de la corona. Y ese equilibrio fue lo que se reflejó en su *Compte Rendu*. Su publicación en 1781 fue en sí misma un acontecimiento. Los impresores reales y el más importante editor de París, Panckoucke, decidieron imprimir lo que de acuerdo con las normas contemporáneas era una tirada enorme, prácticamente sin precedentes, de veinte mil ejemplares (utilizando varias imprentas), y el grueso volumen fue vendido en el lapso de unas pocas semanas. También se tradujo prontamente al holandés, el alemán, el danés, el italiano y el inglés, y solamente el duque de Richmond compró seis mil ejemplares. Originó, dijo el pastor protestante Rabaut Saint-Etienne, «el efecto de la luz súbita en medio de la oscuridad». Marmont, que llegó a ser uno de los mariscales de Napoleón, incluso afirmó que le habían enseñado a leer en la *Compte*. Pero aunque fue una obra de indudable éxito, su popularidad no sobrevivió a la caída de Necker. Después de 1781 no hubo nuevas ediciones, y este trabajo se convirtió en una especie de chivo expiatorio de los posteriores controladores generales, y sobre todo de Calonne, que afirmó que era un fraude absurdo, la ficción de que todo estaba bien cuando en realidad todo estaba muy mal.

El centro de la acusación de estos detractores fue que Necker intencionadamente había presentado un tenue y artificial equilibrio que no guardaba relación con la nueva carga del servicio de la deuda. Pero Necker jamás afirmó que solventaría el costo de las deudas de guerra. La intención de la *Compte Rendu* era muy distinta. Estaba destinada a demostrar que mientras en tiempos de paz las obligaciones fijas de la corona podían atenderse mediante el ingreso corriente, los préstamos tomados con propósitos «extraordinarios», por ejemplo la guerra, podían financiarse en condiciones más ventajosas que durante la segunda mitad del siglo. Para su sólida mente suiza, todo dependía de la confianza y el crédito públicos. Teniendo en cuenta esa esquivada magnitud, no había razón que impidiese buscar la financiación de los objetivos extranjeros y militares considerados esenciales tanto por el gobierno como por la opinión pública. Y dada la atmósfera de extático apoyo a la guerra americana, mal podía discutirse la idea.

El agotamiento fiscal informado con carácter urgente por Calonne a Luis XVI en 1786, y que en efecto desencadenó la Revolución Francesa, fue directamente atribuible, no a la financiación de Necker en tiempos de guerra, por un monto de 530 millones de libras, sino a los préstamos de tiempos de paz de sus sucesores, y al abandono total de las economías que él había impuesto. Sus economías habían creado una serie de enemigos en el grupo de los funcionarios exonerados. Y en el gobierno mismo había ministros, entre ellos Vergennes, que se habían distanciado cada vez más a causa del estilo y la sustancia de las medidas de Necker. En mayo de 1781

Necker afrontó agresivamente el reto, y pidió al rey que le incorporase al consejo real pese a su protestantismo y al título de director general. Tanto Maurepas como Vergennes replicaron que renunciarían si se procedía de ese modo. El 19 de mayo renunció Necker.

Joly de Fleury, que le sucedió en el cargo, inmediatamente restableció a la mayoría de los receptores y tesoreros abolidos por Necker; y Calonne en efecto inició una intencionada y flagrante orgía de gastos en beneficio de la monarquía, adquirió Rambouillet y Saint-Cloud e inició ambiciosas obras militares, entre ellas los astilleros navales de Tolón y el gran proyecto del puerto de Cherburgo. Calonne fue también pródigo en lo administrativo, y abandonó los puntillosos requerimientos contables que habían provocado tanta inquietud en el Ejército y la Marina (sobre todo en el sector de intendencia) y en la casa real. Como señala con acierto R. D. Harris, sólo en 1786, cuando debía expirar el último impuesto del *vingtième*, aplicado como medida de tiempo de guerra, Calonne descubrió súbitamente que la relación entre el ingreso y las erogaciones comunes no era un excedente, como se indicaba en el documento de Necker, sino un déficit de 112 millones de libras. Sin duda, se trataba de una emergencia, pero había sido provocada no por Necker, sino por los que le siguieron, y sobre todo por Calonne.

Más tarde, Necker habría de suspirar ante las oportunidades desaprovechadas:

¡Ah! Todo lo que podría haberse realizado en otras circunstancias. El corazón se siente oprimido al pensar en eso. Trabajé para mantener a flote la nave en la tempestad... los tiempos de paz pertenecían a otros.

Pero como en el caso de Turgot, su propia decisión de obtener el control cada vez más exclusivo sobre las finanzas fue el factor que le costó amigos en la corte. Sobre todo, y quizá no sin razón, Necker había insistido en su incorporación de pleno derecho al consejo real, en lugar de representar el papel externo implícito en su anacrónico cargo de director general... No se trataba sólo de una cuestión de amor propio. Había ido perdiendo terreno en el seno del gobierno frente a los programas militares expansionistas de De Castries y Ségur, y había intentado atrevidamente una mediación que pusiera fin a la guerra americana antes de que esta acabase con la monarquía. Así perdió el apoyo de Vergennes. Su ataque a la entidad y a los recaudadores generales le había ganado muchos enemigos poderosos, pero cuando Necker insistió en ser aceptado en el consejo lo hizo por un tema específico.

Siempre había sostenido que el apoyo político amplio era indispensable si se deseaba que un programa serio de reformas alcanzara el éxito. Y en medida mayor que Turgot y otros predecesores, en su condición de extraño Necker estaba dispuesto a sobrepasar el circunscrito dominio político de la corte y los parlamentos para lograrlo. Había creado asambleas provinciales selectas en el Berri y la Haute-Guienne, y les habían transferido tareas que antes estaban confiadas a los *intendants*. Esto era algo distinto a la reorganización integral de las instituciones preconizada por

Turgot (que proponía una cadena de organismos electos, desde las asambleas aldeanas hasta una representación nacional), y si bien los miembros de las asambleas de Necker se reunían distribuidos en los tres órdenes tradicionales de los tres Estados, los representantes del Tercer Estado —los plebeyos— por primera vez aparecían en «doble número», para equiparar el número de diputados del clero y la nobleza. Cuando tropezó no sólo con resistencia, sino con menosprecio total en el Intendant del Bourbonnais, ante su propuesta de crear una tercera asamblea en Moulins, Necker formuló su reclamación al rey. De hecho, su posición era tal que tuvo que pedir a uno de sus enemigos, Miromesnil, que presentase la propuesta al rey en el consejo; el ministro rehusó.

Mientras Necker a menudo había afrentado a los baluartes de las tradiciones del antiguo régimen, ninguna ofensa era más grave que el principio fundamental de su *Compte Rendu*: el escrutinio público. Uno de sus críticos afirmó que la esencia del gobierno real había sido su secreto, y que «pasará mucho tiempo antes de que Su Majestad cure esta herida infligida a la dignidad del trono». Pero para Necker imponer alguna forma de rendición de cuentas en el gobierno francés era la esencia de la cuestión. Practicada por hombres íntegros y competentes como su propio y fiel ayudante Bertrand Dufresne, esa publicidad no era un impedimento, sino de hecho la condición misma del éxito financiero. Era la esencia del crédito. Tanto como otra cosa cualquiera, la *Compte Rendu* era un ejercicio en el área de la educación pública. Su lenguaje intencionadamente sencillo, y su esfuerzo enderezado a lograr que una rendición de cuentas financieras fuese legible para el hombre común, atestiguan su intención de crear una ciudadanía comprometida.

De manera que el asunto era mucho más que una cuestión de estilo de la administración fiscal. Se originaba en un tema profundo y apasionado de la cultura francesa de fines del siglo XVIII, una cuestión que refluía sobre la moral pública de los individuos y que habría de convertir los dos aspectos en cuestiones inseparables en el discurso y la conducta de la Revolución. Era la contraposición de la transparencia y la opacidad, de la sinceridad y el disimulo, del interés cívico y el interés egoísta, de la franqueza y el disfraz. La Revolución determinaría que las costumbres del *ancien régime*, que atribuían especial importancia a las hipocresías cortesanas, fuesen una forma de traición. Pero ya en la forma de la intriga cortesana tuvieron fuerza suficiente para disuadir al rey de la idea de apoyar a su reformador más eficaz.

A los ojos de Necker, la preservación del secreto de hecho implicaba el rescate del despotismo. Eso no sólo era inmoral, sino imprudente. Creía que la verdadera diferencia entre el crédito británico y el francés era la capacidad del primero para utilizar instituciones representativas como el Parlamento (por imperfectas que fuesen) que venía a simbolizar la relación de confianza y consentimiento entre gobernadores y gobernados. «El firme vínculo entre los ciudadanos y el Estado, la influencia de la nación sobre el gobierno», escribió, «las garantías de la libertad civil del individuo, el apoyo patriótico que el pueblo siempre concede al gobierno en situaciones críticas

son todos factores que contribuyen a lograr que los ciudadanos ingleses sean únicos en el mundo».

Pero si era absurdo tratar de ofrecer en Francia un simulacro de la historia constitucional inglesa, por lo menos debía realizarse un intento coordinado de marchar en esa dirección. Necker creía que la peor consecuencia de su exoneración era que destruía esta unión entre la consolidación fiscal y la liberalización política antes de que hubiese tenido tiempo de comenzar. Si llegaba a existir otra oportunidad en que Necker y la reforma de nuevo pareciesen una solución, e incluso la única solución, probablemente serían circunstancias de conmoción traumática. Otros sin duda temían lo peor. Grimm informó que cuando se difundió la noticia de la exoneración de Necker,

uno habría creído que había sobrevenido una calamidad pública... las personas se miraban unas a otras con silencioso desaliento y tristemente se estrechaban las manos al pasar.

[Ver Fuentes y Bibliografía](#)

3

Ataque al absolutismo

I - Las aventuras de M. Guillaume

Una mañana de agosto de 1776 un caballero robusto, vestido con prendas bastante raídas, estaba de pie en el muelle de Rotterdam. Mientras chupaba su pipa, con el tricornio encasquetado al descuido sobre una peluca que había visto mejores tiempos, observaba atentamente el lento movimiento de las barcazas de madera que descendían por el canal en dirección a Dordrecht. Esta escena perfectamente usual le parecía sorprendente. En su diario la describió diciendo que era «uno de los espectáculos más singulares que he visto en el curso de mi vida: una ciudad flotante completa a la que estaba fijada una excelente casa de planchas de madera». Impulsado por la curiosidad preguntó, cuando se detuvo la barcaza, si podía visitar la cabina flotante, y le dio la bienvenida a bordo una mujer *d'une certaine âge* que, para mayor asombro aún del caballero, resultó ser la propietaria de toda la flota. Le recibió, según él escribió, «muy sinceramente, nada más que en mi condición de viajero».

Este viajero, conocido en sus muchos viajes sólo como «M. Guillaume», era probablemente el hombre más amado de Francia. Era Chrétien Guillaume de Lamoignon de Malesherbes, que tres meses antes había sido colega de Turgot y maestro de la Casa Real. Para Malesherbes, esta visión de la abundancia flotante, dirigida por una formidable capitana, era más o menos la máxima distancia que él podía tomar de la Francia del antiguo régimen. Como la totalidad de la República Holandesa, proclamaba la riqueza, la libertad de los bienes y las personas y las dignidades humanas, que formaban un terrible contraste con la corte de Versalles, de donde él venía. Los Países Bajos sentaban muy bien a «M. Guillaume». Pensaba, lo mismo que una caravana entera de distinguidos visitantes franceses, entre ellos Diderot, Montesquieu y d'Argenson, que había conservado milagrosamente la sencillez de las costumbres, incluso en la cumbre de su fuerza. Más aún, era una sociedad de fumadores en pipa, y en la sociedad francesa sólo se permitía el rapé, en sus cajas esmaltadas, los pañuelos de encaje y los rebuscados movimientos del pulgar y el índice. Además, parecía que tampoco atribuía nadie demasiada importancia a la apariencia, lo cual le sentaba bien, pues Malesherbes había sido un hombre notorio por sus andanzas, incluso en la corte, ataviado con una sucia chaqueta parda y calzando medias negras, a juzgar por las apariencias un farmacéutico de pueblo pequeño más que un ministro del rey.

Era un viajero apasionado, y las exoneraciones usuales (la pena que pagaba por su mente independiente) le habían facilitado tiempo para dedicarse a su auténtica vocación: la botánica. Tan pronto presentó su carta de renuncia a Luis XVI, después de la «caída en desgracia» de Turgot, realizó una excursión a pie



Malesherbes

[\(Ampliar\)](#)

por el suroeste de Francia, con el fin de explorar la viticultura y los bosques de pinos de la arena en las Landas, al suroeste de Burdeos. Decía que su verdadera ambición en la vida era refutar las teorías de la naturaleza de Buffon, de quien decía que era un canalla además de un estúpido, así como rehabilitar la obra de su propio maestro intelectual, que era Linneo. Cuarenta volúmenes de su *Herbier*, así como el más amplío jardín botánico de Francia, debían ser los elementos de esta gran iniciativa. Para Malesherbes, su castillo era sencillamente un área de cultivo de cierta jerarquía, con

el añadido de una biblioteca de referencias botánicas que incluía un millar de obras. En su gran colección había conejos de Virginia, enebros de Pennsylvania, abetos canadienses, árboles de la goma tropicales y nogales brasileños. Incluso tenía una colección completa de olmos ingleses traídos de Dover en un fardo encargado especialmente y trasplantados. A sus ojos, el espectáculo más doloroso del mundo — después del estado de las prisiones parisienses — era un bosque quemado, como el que halló en su larga excursión a través de Provenza en 1767. En Holanda su mente enciclopédica funcionó con más intensidad que nunca. Seducido por una cultura en la que se compensaba el desastre natural con el ingenio natural, tenía ojos para todo. Las colonias de conejos amenazaban las dunas, pero los holandeses contestaron descubriendo un tipo de árbol de raíces superficiales que fijaba la arena. Incluso las algas marinas podían ser útiles para fortalecer los diques. Acostado en una cama limpia, una tibia mañana de agosto, en el extremo de la península norte de Holanda, y contemplando el océano desde su ventana, Malesherbes se sentía al fin limpio de la suciedad de la política cortesana.

A decir verdad, nunca se había sentido feliz en el cargo. En Suiza, dos años más tarde, un pastor protestante había tratado de ofrecer a su anónimo y erudito antagonista un curato vacante. Cuando Malesherbes intentó desembarazarse del aprieto, el pastor supuso que aquel estaba cuestionando su derecho a realizar la designación, y le dijo para tranquilizarle: «*Mais moi, ministre*». A lo que su interlocutor contestó, desechando un momento el incógnito: «*Et moi, ex-ministre*». En realidad, gozaba en el repudio a la autoridad oficial. Había rechazado a su amigo Turgot la primera vez que el control general había intentado convencerle de que ocupase un cargo, en 1774, y poco después de salir del ministerio se encontró en una posada donde dos hombres lamentaban el alejamiento del excelente M. de Malesherbes. «M. Guillaume» dudó enérgicamente de la aptitud del ex ministro para el cargo, e insistió en que Malesherbes sencillamente no era la persona apropiada para esa tarea.

Por supuesto, había un ingrediente de autofelicitación a la inversa en todo esto. Admirador e incluso corresponsal de Rousseau, Malesherbes conscientemente adoptaba la actitud del *honnête homme*. Si continuaba usando ropas viejas y gastadas cuando era maestro de la Casa Real, no lo hacía por distraído desaliño, sino como

desafío intencionado a la etiqueta versallesca que imponía a los ministros el atuendo de la corte. Si la economía estaba en el orden del día, él mismo podía comenzar a practicarla. De acuerdo con una versión (probablemente cierta), el famoso maestro de baile Marcel, contratado para enseñar a Malesherbes cuando este era joven, había desesperado de la tarea y advertido a Malesherbes *père* que con tan lamentable desempeño su hijo jamás podría alentar la esperanza de alcanzar éxito en una carrera que implicase distinción pública o política. A diferencia de ese quintaesencial *honnête homme* que fue Benjamin Franklin, Malesherbes era prácticamente incapaz de hipocresía o de cálculo social. Y había afrontado desastres y desgracias personales suficientes para hacerle acreedor al aprecio de una generación que creía que el dolor era un rasgo de nobleza. En 1771 Malesherbes había encontrado el cuerpo de su esposa Marie-Françoise, hija del recaudador general Grimod de La Reynière, en los bosques próximos a su casa. Con notable habilidad, ella había atado un mosquete a un árbol, unido una cinta de seda azul al disparador, apoyado la boca del arma contra su pecho y accionado el pañuelo. Rousseau había escrito en su nota de condolencia el mejor elogio que él podía ofrecer: que «ella no sabía fingir ni engañar». Y que eso debía representar por lo menos cierto consuelo para la aflicción que todos los corazones sensibles soportaban.

En Malesherbes subyacían todas las contradicciones políticas de la nobleza del antiguo régimen. Como por temperamento no se adaptaba a la corte, Turgot le puso a cargo de la casa real. Allí, él fingía que no prestaba atención a las criaturas residentes de los *grands appartements*, que se burlaban recatadamente de ese búho metido entre los pavos reales. Y utilizó su reputación impecable para preparar el camino a la ofensiva general de Necker contra los cargos cortesanos. A pesar de su apariencia y sus modales, Malesherbes no necesitaba justificar su linaje. Su familia era una de las dinastías nobles más distinguidas de Francia. Pese a que en él no había codicia, se había casado con una mujer perteneciente a uno de los linajes más acaudalados. Aunque la familia se había destacado bajo el cardenal Mazarino como un gran clan de la *robe* —es decir, la nobleza judicial— como muchas otras había servido tanto en los cargos reales como en las cortes soberanas convertidas en una oposición oficiosa al absolutismo. Malesherbes padre había sido magistrado, y su primo Lamoignon sería el más decidido guardián de los Sellos de Luis XVI.

Cuando Malesherbes ocupó un cargo bajo Luis XV, lo hizo con vistas a limitar más que a aplicar la autoridad del absolutismo. Había comenzado su carrera a la edad de veinte años en el Parlamento. Entre 1750 y 1775 ocupó dos cargos fundamentales para la defensa de lo que Malesherbes, así como muchos miembros de la *elite*, consideraba libertades fundamentales. La primera de ellas era la libertad de lectura. De 1750 a 1763 ocupó el cargo de *directeur de la librairie*: es decir, era el funcionario que decidía si un libro podía publicarse. No es necesario decir que su actitud fue de complacencia creadora. Bajo su régimen se publicó prácticamente todo, salvo el ateísmo liso y llano, los escritos que preconizaban el regicidio y la

pornografía. Lo que es más importante, tanto Rousseau como los editores de la *Encyclopédie*, es decir, Diderot y d'Alembert, recibieron la protección que necesitaban para producir su gran obra. En 1752 el consejo real, irritado por los artículos del segundo volumen que atacaban a los jesuitas, exigió su eliminación e impuso pesadas multas a los que fuesen sorprendidos imprimiéndolo o distribuyéndolo. Lo que es peor, se ordenó a Malesherbes que incautase todos los manuscritos pertinentes, las planchas y los ejemplares encuadernados y sin encuadernar. En cambio, Malesherbes no sólo avisó a Diderot antes de que llegase la policía, sino que en realidad le convenció de que ocultase en su propia casa el ejemplar incriminado, pues supuso acertadamente que sería el último lugar donde irían a buscarlo.

En el otro cargo, como presidente de la Cour des Aides, Malesherbes demostró que en ese contexto no estaba menos dispuesto a utilizar el alto cargo para defender al ciudadano (pues esta palabra ya se usaba generalmente) contra los agentes del absolutismo. La mayor parte de la actividad de la Cour des Aides era escuchar apelaciones contra los fallos de los tribunales administrativos de las autoridades administrativas y financieras: funcionarios aduaneros, recaudadores de los impuestos indirectos y los comisionados de los recaudadores generales. Esta función la convirtió en una de las instituciones más populares del antiguo régimen, y su favorable reputación probablemente se vio acentuada por el hecho de que la mayoría de sus abogados y magistrados provenía de una capa social de la nobleza inferior a la que suministraba los *grands* de los parlamentos.

El presidente podía mostrar la tenacidad de un terrier cuando se convencía de que se había cometido una injusticia. Por ejemplo, un vendedor ambulante del Limousin llamado Monnerat había sido arrestado bajo sospecha de contrabando, y arrojado a las mazmorras subterráneas de la cárcel de Bicêtre durante veinte meses sin ser oído una sola vez. Cuando salió en libertad intentó, por intermedio de la Cour des Aides, arrancar daños y perjuicios a los recaudadores generales. El resultado fue que le arrestaron de nuevo, y aquí Malesherbes replicó apresando al funcionario de los recaudadores. Siguió un choque frontal entre la Cour des Aides y el controlador general Terray, que concluyó sólo cuando este último disolvió la Corte. Pero si la corona se impuso provisionalmente, el episodio garantizó que al restablecerse la Corte bajo Luis XVI, su prestigio como protectora del súbdito contra la justicia administrativa arbitraria fuese inatacable.

La Corte tenía otra función, no menos importante. Lo mismo que los trece tribunales superiores del Parlamento, conservaba el derecho de «registrar» los edictos reales. Sólo con esa ratificación el edicto podía convertirse en ley, si bien la corona podía imponerse a una negativa prolongada de practicar el registro celebrando un *lit de justice* y ordenando su ejecución. Asimismo, en común con los parlamentos, la Corte tenía el derecho de «reprobación». En la cumbre del predominio real, durante el siglo XVII, esta atribución había caído, pero después de la muerte de Luis XIV en

1715, el regente la había restablecido, y de un solo golpe rejuveneció la autoridad política de los tribunales. De hecho, las reprobaciones eran admoniciones críticas o protestas —a menudo en la forma de extensos sermones— contra las medidas consideradas violaciones de las «leyes fundamentales» del dominio. Como veremos, cuál era exactamente el contenido de ese cuerpo de la ley fundamental era tema de graves disputas. Pero a medida que las medidas fiscales de Luis XV adquirieron un sesgo más agresivo, después de cada una de sus guerras principales, las reprobaciones correspondientes llegaron a ser asimismo más frecuentes y combativas.

La mayoría de las reprobaciones originadas en el Parlamento se relacionaban con el avasallamiento del privilegio implícito en impuestos como el *vingtième*, pese a que el Parlamento afirmaba que lo que hacía era oponerse a los ataques contra las «libertades». Pero las reprobaciones originadas en la Cour des Aides a partir de 1759 tenían un carácter mucho más radical. Pues Malesherbes utilizó su presidencia para atacar el sistema impositivo entero, y sobre todo las desigualdades de evaluación y recaudación. En primer lugar, arguyó, siguiendo en esto a Montesquieu, que bajo la monarquía francesa medieval jamás se habían cobrado impuestos sin el consentimiento del pueblo reunido en los Estados Generales. Segundo, era axiomático que el monto total de los impuestos nunca debía superar las necesidades oficiales comprobadas. Y con el propósito de restablecer la relación apropiada entre el ingreso y las erogaciones necesarias, debía aplicarse alguna forma de responsabilidad frente al público. Tercero, era necesario corregir las desigualdades de la imposición (entre diferentes clases de ciudadanos y entre diferentes regiones del país).

En 1771 llegaría incluso más lejos. Exasperado por la obstrucción parlamentaria, el canciller Maupeou había convencido a Luis XV de la necesidad de adoptar medidas drásticas. Las cortes soberanas fueron eliminadas totalmente en favor de cuerpos designados de magistrados que complacerían a la corona. En febrero de 1771 Malesherbes emitió un acta de reprobación en nombre de la Corte, y ese gesto garantizó que poco después se disolviera dicho cuerpo. Pero no antes de que él hubiese atacado a la corona porque violaba derechos fundamentales de la propiedad al privar de su cargo a miembros del Parlamento. Esto significaba sencillamente seguir la línea parlamentaria aceptable. Pero la reprobación tenía el veneno en la cola. Pues hacia el final Malesherbes arguyó que como la nación se había visto privada de los organismos intermedios que podían defender sus leyes fundamentales, ahora no había alternativa para el despotismo, salvo convocar a una asamblea nacional, presumiblemente los Estados Generales. «El testimonio incorruptible de sus representantes por lo menos os mostrará si es verdad que, como vuestros ministros afirman incansablemente, los magistrados violan la ley, o si la causa que defendemos hoy no es la del pueblo *por quien reináis y para quien reináis*».

La base condicional, incluso contractual, de esta soberanía estaba muy lejos del absolutismo proclamado en la manifestación formal de Luis XV en el *lit de justice* en

el sentido de que «recibimos nuestra Corona sólo de Dios». Y en marzo, el rey convocó debidamente a Versalles al recalcitrante presidente con el fin de que presenciara la mortificante ceremonia en que él anularía personalmente la reprobación de la Corte. Pero cuando se dirigía al teatro de esta humillación ritualizada, sucedió un hecho extraordinario. Cuando Malesherbes llegó a las puertas de los aposentos reales, la pared de petimetres ornamentales, que siempre se esforzaban por demostrar su superioridad frente a los magistrados de sombrío atuendo, se dividió por la mitad para permitir que el hombrecito regordete y mal vestido llegara sin dificultad hasta el rey. Un colega de Malesherbes diría más tarde que este acto de inesperada deferencia era «sorprendente» y describiría el «respeto y la consideración... tanto más sorprendente cuanto que los hombres de túnica... a veces tropiezan con dificultades para entrar [en los aposentos] incluso cuando el monarca ha requerido su presencia».

La esperanza de Malesherbes en relación con el nuevo reinado era que Luis XVI pudiese ser apartado de su corte. De modo que con mucha renuencia se unió al ministerio de Turgot, en la inteligencia de que no sería incorporado al mundo de *les petits maîtres*, como despectivamente denominaba a los cortesanos. Ante la posibilidad de que aún así pudiese interpretársele mal, antes de asumir el cargo publicó una última reprobación, que era un ataque global tanto al espíritu como a la letra del gobierno francés. La parte principal del extenso y sólido tratado correspondió a un ataque a los abusos de los recaudadores generales y sus funcionarios, las desigualdades de la *taille* y la necesidad de remplazar el venerado «secreto» del gobierno por la responsabilidad y el examen público. Pero Malesherbes también asumió la tarea de reiterar que este paso implicaba necesariamente quebrar el poder burocrático de los *intendants* para remplazarlo por la autoridad electa de las asambleas locales y provinciales. Sólo cuando la corona pudiese depender de una representación nacional fiel se dispensaría al gobierno el tratamiento de un fideicomiso, más que el de una imposición despótica de los supuestos gobernantes.

No necesitamos decir que la idea pasó inadvertida para Luis XVI. En lugar de ver la reprobación como una llamada a modificar los aspectos esenciales de la naturaleza del gobierno, la consideró una verborreica defensa de medidas fragmentarias específicas, a las cuales él no se oponía especialmente. Igualmente, el mismo año la *Memoria acerca de los municipios*, de Turgot, que proponía una descentralización incluso más drástica del gobierno, a partir de las asambleas locales de las aldeas, y que recorría todo el camino hasta llegar a una representación nacional, no logró impresionar mucho al rey. Muchas de las exhortaciones de Malesherbes en el sentido de que el rey ofreciera demostraciones públicas de una actitud diferente y más sincera y de su espíritu cívico cayeron en oídos sordos, o se vieron frustradas por las necesidades del decoro tradicional expresadas por Maurepas. De modo que, si bien Luis se sintió satisfecho cuando Malesherbes visitó personalmente las prisiones de Bicêtre y la Bastilla (de las que salió estupefacto después de ver las condiciones que

prevalecían en los peores calabozos), rechazó las exhortaciones del ministro, que había pedido que el monarca le acompañase. Tampoco se mostró dispuesto a abolir, como recomendaba enérgicamente Malesherbes, las *lettres de cachet* (el instrumento que permitía a la corona ordenar el arresto y la detención de personas sin oírlos). A lo sumo se rindió un homenaje formal a las vivas exhortaciones del ministro en favor de la tolerancia pública frente al protestantismo.

Así, la totalidad de las grandes esperanzas depositadas en Luis XVI en la época de su coronación comenzó a desvanecerse rápidamente. Pero como procedían de dos de los hombres más poderosos de Francia, la reprobación y la *mémoire* de Turgot formaron el esquema de una monarquía diferente en Francia: local más que centralizada, electa más que burocrática, pública más que clandestina, y legal más que arbitraria.

Antes de que pasara mucho tiempo Malesherbes se malquistó con la reina, pues impidió que se otorgara una embajada a uno de los favoritos más notorios de la soberana. Pero cuando su amigo Turgot perdió el poder, Malesherbes pudo alejarse con la conciencia limpia: no había comprometido su independencia con la corrupción del cargo. Regresó a su castillo, se inclinó sobre los retoños y trabajó en su inmenso manuscrito hasta entrada la noche, vestido con una bata de franela gris y un gorro de dormir blanco. No era que desesperase completamente de la monarquía. El año 1775 también había presenciado el recibimiento triunfal que le dispensó la Academia Francesa, donde había pronunciado una alocución inaugural que expresaba un luminoso optimismo sobre el destino de Francia. Su propio destino y el de su rey en realidad se unirían más estrechamente de lo que él podía haber imaginado. De nuevo representaría el papel de abogado, y su desafortunado cliente sería Luis XVI.

[Ver Fuentes y Bibliografía](#)

II - Redefinición de la soberanía: el desafío de los parlamentos

Como el tiempo demostraría, Malesherbes no era un revolucionario. El ácido tono de su ataque al «despotismo» y la «tiranía ministerial» habría sido inconcebible si no hubiera estado sancionada por el uso prolongado en las polémicas de los parlamentos. Desde la década de 1750 el tono de la resistencia parlamentaria a la política real había sido el de la vehemencia airada. Cuanto más desesperadamente la corona buscaba remedios para su aprieto financiero en los impuestos aplicados tanto a los privilegiados como al pueblo común, más se irritaban los parlamentos. Y su beligerancia era mucho más que un acceso de malhumor colectivo. Representaba un esfuerzo concertado para remplazar el absolutismo sin límites de Luis XIV por una monarquía más «constitucional». En ese nuevo régimen ellos debían ser los árbitros del poder legítimo, los representantes virtuales de la «nación» atentos a todos y a cada uno de los excesos de la autoridad oficial.

En este proceso de mutación de una monarquía absoluta a otra «mixta», los parlamentos contaban con la ayuda de un cambio de eje en la autodefinición del gobierno. En armonía con la creación en el siglo XVIII de una teoría del gobierno (principal, pero exclusivamente en Alemania), los funcionarios de la corona se habían acostumbrado a expresar su fidelidad, no a la persona del rey, sino a la entidad impersonal del Estado. Los *intendants*, a quienes se denominaba los *commissaires départis* del gobierno central, se veían a sí mismos esencialmente como los órganos administrativos del consejo real más que como emanaciones del poder dinástico. Esta variación fue advertida por el abate Veri, amigo de Turgot. «Los lugares comunes de mi juventud», observó, «[por ejemplo] “servir al rey”, ya no están en labios de los franceses... ¿Nos atreveremos a afirmar que en lugar de “servir al rey” decimos “servir al Estado”, una expresión que desde los tiempos de Luis XIV ha sido blasfemia?».

Esta distinción sutil pero importante no puede ser atribuida a la indecisión de Luis XV. A medida que las disputas con los parlamentos acerca de las medidas religiosas e impositivas durante el final de su reinado cobraron mayor acritud, el rey adoptó una actitud más férreamente absolutista. La muerte prematura del delfín en 1765 creó la posibilidad evidente de otro período de incertidumbre política, mientras el nieto de Luis alcanzaba la edad adulta. En estas circunstancias, pudo parecer sobremano importante reiterar de modo inequívoco los principios irreductibles en que descansaba la monarquía. En una refutación a la afirmación del Parlamento de Ruán en el sentido de que en la ceremonia de su coronación había prestado juramento a la

nación, Luis interrumpió la lectura de la reprobación del Parlamento para afirmar, con cierta indignación, que había jurado sólo a Dios. En el documento escrito para él por Gilbert de Voisins a principios de 1766, y utilizado como instrumento de mortificación contra el Parlamento de París el 3 de marzo, el monarca desarrolló con absoluta claridad el concepto tradicional del absolutismo. «Sólo en mi persona reside el poder soberano», insistió,

y sólo por mí las cortes [los parlamentos] existen y gozan de autoridad. Esa... autoridad puede ejercerse sólo en mi nombre... y nunca puede volverse contra mí. Pues me pertenece exclusivamente el poder legislativo sin condiciones ni partición [*partage*]. La totalidad del orden público emana de mí, pues soy su guardián supremo. Mi pueblo y mi persona son una y la misma cosa, y los derechos y los intereses de la nación, que algunos pretenden convertir en un cuerpo separado del monarca, están inevitablemente unidos con los míos propios y pueden descansar únicamente en mis manos.

Las manifestaciones de Luis XV expresaban una fría cólera ante las pretensiones de la ideología parlamentaria. Pero el carácter defensivo de sus reclamaciones contrarias acerca de la indivisibilidad del poder legislativo era el reconocimiento implícito de que en efecto este axioma estaba amenazado. Por lo menos durante quince años los parlamentos habían tomado la iniciativa de desarrollar algo parecido a una, teoría constitucional del gobierno, que de hecho remplazaba al absolutismo con una versión mucho más restringida y dividida de la monarquía.

¿Cuáles eran las instituciones responsables de esta transformación? Contra lo que podría sugerir su nombre, los parlamentos no eran los análogos franceses de las Cámaras del Parlamento británicas. Eran trece cortes soberanas de carácter judicial, con sede en París y los centros provinciales, cada una formada por un cuerpo de jueces nobles que, en los distintos parlamentos, oscilaba entre los 50 y los 130 individuos. El área de su jurisdicción variaba de modo dramático, y algunos, en las regiones más remotas, como el Béarn al suroeste y Metz en la frontera este, desempeñaban funciones de tribunales regionales. En cambio, el Parlamento de París tenía jurisdicción sobre un área enorme de Francia central y septentrional que se extendía desde el norte de Borgoña, a través de la Isla de Francia y el Orléannais, hasta la Picardía, a orillas del Canal. El alcance de sus atribuciones era igualmente amplio, y entendía tanto en las apelaciones como en una amplia variedad de casos en primera instancia —los *cas royaux*— desde las acusaciones de *lèse-majesté*, la sedición y el robo en los caminos hasta el uso indebido del sello real, la degradación de las monedas, otros tipos de falsificación y el uso fraudulento de documentos (en una sociedad en que el escrito burocrático tenía importancia suprema) que era un delito capital. Además, tenían jurisdicción sobre la mayoría de los casos penales y civiles relacionados con las órdenes privilegiadas; eran censores teatrales y literarios, y guardianes de la rectitud social y moral. Pero lo que determinaba que circunscribieran su poder fuese particularmente difícil era que compartían con los burócratas reales —los *intendants* y los gobernadores— la responsabilidad administrativa de aprovisionar las ciudades, fijar los precios en épocas de escasez y vigilar los mercados y las ferias.

Por lo tanto, los parlamentos eran simultáneamente una institución y una ética. En los centros comerciales más dinámicos de Francia —por ejemplo Burdeos— representaban los medios que permitían conferir jerarquía legal y dignidad política a la riqueza en bruto. En las ciudades provinciales de vida más pausada, como Dijon, Grenoble y Besançon, la economía y la sociedad enteras de la región giraban alrededor de su presencia (regimientos de escribas, amanuenses, procuradores y abogados, libreros, por no hablar de los oficios auxiliares que sostenían el correspondiente estilo de vida aristocrático: fabricantes de carruajes, sastres, armadores de pelucas, *traiteurs*, ebanistas, maestros de baile y criados de librea). Y este sentimiento de solidaridad entre los *robins* —la nobleza judicial de la «túnica» («robe»)— y sus conciudadanos se expresaba cada mes de noviembre en los complicados espectáculos que saludaban el retorno a las sesiones después de las vacaciones en la campiña. En esta «misa roja» revestían togas escarlatas en lugar de las habituales, que eran negras; desfilaban por las calles de la ciudad acompañados por la milicia y la banda de música; recibían la bendición del clero para comenzar el nuevo año; y sólo después de otras pantomimas aun más serias, y de las idas y venidas de los estilizados homenajes mutuos (a menudo llamados la «danza de los presidentes»), ocupaban finalmente sus asientos.

En muchas de las residencias parlamentarias, el edificio que era la sede de la corte recibía el nombre de *palais de justice*. Pero en París el título añadido a la residencia, el de Capitole de la France, simbolizaba del modo más eficaz las pretensiones senatoriales de este cuerpo. Junto a Notre Dame y las Tullerías, la inmensa construcción albergaba lo que según la descripción de los contemporáneos era prácticamente una ciudad en miniatura. El patio era una feria en la que resonaban los ecos de los voceadores y los buhoneros, que se codeaban con los oficios más variados: vendedores de cintas y limonada, y libreros. Muchos puestos se especializaban en sátiras y grabados baratos, con frecuencia dirigidos contra el gobierno, pero protegidos de la policía en este santuario interior de la justicia. Era el lugar donde las corrientes intensas y lodosas de la murmuración, el rumor y el escándalo confluían para formar un espeso río de sugestión que salía del Palacio para llegar a las islas de los periodistas y los promotores de libelos, que esperaban a orillas del Sena las noticias del día.

En las cámaras del Palacio, los presidentes y los consejeros de la corte afirmaban su jerarquía en el reino apelando a todas las formas de la expresión simbólica. La apariencia misma de la gran «cámara dorada» estaba destinada a intimidar, pues se hallaba cargada de remates y repujados en el techo, adornada con escudos, y las paredes cubiertas de retratos reales y cuadros históricos que representaban la majestad del juicio. Los *robins* se sentaban en los bancos de estilo flor de lis, cuyo uso estaba explícitamente negado a los meros duques y a otros miembros de la aristocracia de la «espada» (la nobleza militar), y la «sangre» (la dinastía real y sus vástagos) que entraban en la sala del tribunal. Desde 1681, cuando el presidente

Potier de Novion tuvo la audacia y la sangre fría de mantener puesto el sombrero en presencia de duques de la sangre real, los magistrados habían preservado este derecho, un detalle que puede parecemos minúsculo, pero que en el siglo XVIII reclamaba en alta voz la deferencia que la nobleza de la espada debía a los miembros del tribunal, y no a la inversa. Incluso la naturaleza del tocado, el birrete negro adornado con borlas doradas, sugería una relación directa inmediata con la corona, pues de acuerdo con la opinión de los anticuarios de los parlamentos, era la marca de la *coiffe royale*, concedida especialmente por Felipe el Hermoso a sus cortes soberanas.

No es sorprendente, entonces, que los *robins* tuviesen una conciencia muy intensa de su dignidad colectiva, y que se mostrasen celosos frente a los intentos de cortar su autoridad local. Era inevitable que los parlamentos se convirtiesen en foro de afirmaciones políticas organizadas a través de sus reprobaciones, que se formulaban cuando los edictos reales necesitaban que los parlamentos los registrasen, antes de que pudiesen entrar en vigencia. Precisamente este requerimiento era, a juicio de sus ideólogos, el principio de consentimiento que determinaba que la monarquía fuese condicional más que absoluta. La base de ese argumento era histórica. Pues aunque en realidad los parlamentos se remontaban sólo al siglo XIII, ellos mismos proponían un linaje mucho más venerable. Ya en 1740 el abate Laboureur en su *Historia de los Pares* había afirmado que «el Parlamento representa el estado antiguo de la nación francesa», y una falange completa de entusiastas anticuarios había revisado minuciosamente antiguas cartas y capitulares para demostrar que este organismo descendía directamente de las asambleas francas de la alta Edad Media. Por lo tanto, sus antecesores no sólo eran contemporáneos de la fundación de la monarquía franca, sino quizás anteriores. Como en el caso de muchos otros pasados aprovechables inventados por los teóricos constitucionales de los siglos XVII y XVIII, los anticuarios franceses situaron el nacimiento de la libertad en los bosques teutónicos, donde se reunían las huestes francas, con lanza y caballo, en asambleas primitivas. Estas asambleas tribales habían delegado el poder en sus jefes, que se convirtieron en los «reyes de la Primera Raza»: los merovingios.

Lo que todo esto significaba era que en opinión de esos estudiosos los parlamentos nunca habían sido una creación dependiente de la monarquía (como afirmaba Luis XV). Como condición de su propia fundación y a lo largo de la Edad Media, la corona había reconocido que su poder estaba limitado por la responsabilidad legal. Los perros guardianes de esa responsabilidad eran los parlamentos, y sólo ellos eran los árbitros del momento y de la posibilidad de que la insinuación del despotismo amenazara imponerse a la autoridad real legítima. Esta no era una opinión esotérica, confinada a las conjeturas de los anticuarios. Apoyado en trabajos históricos previos, el *Espíritu de las leyes* de Montesquieu, publicado por primera vez en 1748, le confirió una enorme respetabilidad política y una amplia difusión. El propio Montesquieu era presidente del Parlamento de Burdeos, y en

momentos en que los parlamentos afirmaban proteger las «libertades de los franceses» de la política impositiva de la corona, el libro se convirtió de la noche a la mañana en una obra de gran difusión, que tuvo doce ediciones en seis meses. En abril de 1750 el Chevalier de Solar felicitó a Montesquieu, por lo que según dijo era la vigésima segunda edición de la obra. «Desde la creación del sol», escribió un *bel esprit* de Bâillon, «esta obra hará todo lo posible para iluminar el mundo».

En 1762 el libro recibió el espaldarazo definitivo, cuando Alexandre Deleyre confeccionó un manual de extractos comentados, bajo el título de *Génie de Montesquieu*, con vistas al aprovechamiento político. Mucho antes, el tipo de argumentos históricos empleados en la obra se había convertido no sólo en la teoría sino en la munición utilizada en el tiroteo político. Cuando sus reprobaciones fueron desechadas, y la monarquía intentó imponer un edicto por su propia orden, los magistrados respondieron con una huelga judicial. A su vez, fueron amenazados con el exilio si desoían los deseos de la corona. Presionados de este modo, los presidentes de los parlamentos de Aix y Dijon invocaron la afirmación de Montesquieu en el sentido de que la magistratura formaba un organismo intermedio entre el rey y su pueblo, y de que no era removible sin destruir la constitución de la propia Francia. En 1760 la reprobación del Parlamento de Tolosa formuló una advertencia todavía más dramática:

Cuidado, no sea que el poder afirmado sobre la ruina de las leyes... obligue al príncipe a reinar sobre su Estado como lo haría en un país conquistado.

Los partidarios de este punto de vista no se agotaban en los *robins*. Uno de sus aliados más firmes en el sector de la nobleza de la espada era el príncipe de Conti, primo del rey y portavoz enérgico y orgánico. Su archivista, Le Paige, fue el más hábil e inflexible de todos los propagandistas parlamentarios. En el otro extremo del espectro de las actitudes aristocráticas, en el fondo de la campaña de Poitou, un oficial retirado de la caballería, el barón de Lezardiére (después de algunas vacilaciones iniciales), alentó a su hija de diecisiete años, Pauline, que ansiaba convertirse en historiadora del Medioevo y teorizadora política. Sobre la base de muchas horas consagradas a cartas y anales polvorientos, a su debido tiempo ella desarrolló una inmensa reseña en varios volúmenes de la fundación de la monarquía franca y su relación con las primeras asambleas medievales. Esto no era mera crónica. En su versión completa aparecía como una teoría desarrollada de la legitimidad de las instituciones políticas francesas. Pero por la época en que Mlle. de Lezardiére dio los toques finales a su obra, la autoridad de esta se había visto desbordada por la Revolución, y su familia se había dispersado en procura de diferentes y trágicos lugares de descanso: el exilio británico, el ejército realista o los sangrientos cadáveres de las masacres en las cárceles de París.

Comparadas con lo que había de venir, las cuestiones que provocaron este intenso conflicto acerca de la naturaleza de la monarquía parecen arcanas o absurdamente

paradójicas. El gobierno fue estigmatizado por primera vez como despótico en la década de 1750, cuando trató de imponer la bula papal *Unigenitus* que negaba los sacramentos del bautismo, el matrimonio y los últimos ritos a quien no pudiera demostrar una ortodoxia impecable. Era una medida destinada a destruir la herejía católica del jansenismo, que afirmaba una visión mucho más austera de la salvación que la norma aceptable, y que tenía partidarios en elevados niveles de los parlamentos, sobre todo en París. Pero cuando se llegó al problema práctico de los sacerdotes que en efecto negaban los sacramentos a personas que habían vivido una vida al parecer ejemplar, los parlamentos pudieron pasar a la ofensiva en nombre tanto del pueblo como de la nación. Según decían, los jesuitas estaban decididos a apoderarse de la iglesia «gálica» nacional para subordinarla a los designios internacionales de Roma, y al proceder así estaban dispuestos a convertir a la monarquía en un despotismo extranjero. Y alcanzaron éxito suficiente para obligar al gobierno a promover una modificación total de su posición, lo que en 1762 culminó en la liquidación de la orden jesuita en Francia. Asimismo, por ejemplo cuando los impuestos amenazaron afectar a las clases privilegiadas, los parlamentos posaron como protectores de las libertades de la nación, una ironía que no pasó inadvertida para Voltaire, que juzgó hipócritas a los miembros de estos organismos.

Esta agria disputa se agravó durante los últimos años del reinado de Luis XV. En 1770 el canciller Maupeou decidió esquivar la resistencia parlamentaria prescindiendo de las funciones de convalidación que correspondían a la jurisdicción de los magistrados, al mismo tiempo que creaba nuevos tribunales responsables directamente ante la corona. Los parlamentos que se resistieron fueron exiliados. Esto no significó una forma de Siberia del *ancien régime*. En la mayoría de los casos los magistrados fueron despachados a un retiro rural muy cómodo donde (como sugieren las cuentas de sus banquetes) no escaseaban las cosas gratas de la vida, por ejemplo las comidas de doce platos. Sin embargo, en algunos casos sus jefes en efecto padecieron las auténticas incomodidades de la cárcel a través de las *lettres de cachet*. Incluso antes de la *crise Maupeou*, el más elocuente de todos los portavoces parlamentarios, el bretón La Chalotais, había padecido, sin proceso, un encarcelamiento que duraría nueve años.

La reacción inicial ante el golpe de Maupeou fue una tormenta de furiosa polémica que describió estas medidas como la introducción del «despotismo oriental» en Francia. En 1771 se publicaron por lo menos 207 folletos que atacaron violentamente al canciller y al ministerio, y el *philosophe* Denis Diderot escribió a un amigo que estaba en Rusia que la crisis «había determinado que la Constitución se encontrase al borde del abismo... Esta vez no acabará con reprobaciones... este fuego se extenderá paulatinamente hasta que consuma al reino».

Se equivocaba. Pese a la aparente unanimidad de la ofensa en realidad la nobleza judicial estaba profundamente dividida en su actitud. Tenía mucho que perder: los cargos, la jerarquía, los títulos y algunas ventajas no desdeñables que acompañaban a

aquellos. Por lo tanto, no es sorprendente que a medida que disminuyó el volumen de la polémica opositora, en 1772 y 1773, muchos magistrados discretamente se incorporaron a los nuevos y domesticables tribunales «Maupeou», y afrontaron el ostracismo que les infligían los ex colegas. Pero la súbita muerte del rey, en 1774, detuvo bruscamente este experimento de gobierno burocrático sin ataduras.

Sin embargo, la perspectiva de su propia castración había forzado a los parlamentos a una defensa incluso más radical de su posición constitucional. Sobre todo, generó una solidaridad mediante la cual, de acuerdo con la obra de su más formidable propagandista, es decir, Le Paige, afirmaron reflejar una unidad histórica. Este autor arguyó que los trece parlamentos eran los descendientes arbitrariamente divididos del único organismo que imponía limitaciones legales a la monarquía. Y su derecho de reprobación se convirtió paulatinamente en algo parecido al derecho de representación. En 1771 el Parlamento de Rennes en Bretaña fue el primero que reclamó explícitamente la convocatoria de los Estados Generales, como único freno posible a las sobreabundantes ambiciones del despotismo ministerial; y esta llamada se repitió con Malesherbes.

Incluso en esta acalorada atmósfera política, podía suceder que la retórica opositora desbordase sus propios límites de prudencia. En 1775, cuando Luis XVI restableció los parlamentos, el joven abogado Martin de Marivaux, deseoso de congraciarse con el tribunal parisiense, envió a los magistrados ejemplares de su folleto *L'Ami des Lois*. Con el recuerdo de la crisis tan brutalmente reciente, seguramente esperó verse alentado en sus frases trilladas acerca del despotismo ministerial. Pero los argumentos con los que criticaba el poder arbitrario eran peligrosamente novedosos: no eran los argumentos del precedente histórico o las «leyes fundamentales» de la Constitución, sino la idea de igualdad natural:

El hombre nace libre. Un hombre no tiene ninguna autoridad natural sobre su igual; la fuerza por sí sola no confiere ese derecho; el poder legislativo pertenece al pueblo y sólo a él puede pertenecerle...

El Parlamento identificó inmediatamente lo que era una versión apenas disfrazada del *Contrato social* de Rousseau, extrajo las conclusiones lógicas y, en lugar de felicitar al joven entusiasta, ordenó que el verdugo público quemase su libro.

La crítica a la corona implicaba otros riesgos. No el riesgo de incurrir en la represalia oficial, sino más bien el de desencadenar un peligroso estallido popular. En el momento más crítico de la crisis Maupeou, aparecieron carteles populares que amenazaban con algo semejante a una insurrección popular. El más notorio decía: «*Paris à louer: Chancelier à rouer: Parlement à rappeler ou Paris à brûler*» (París en alquiler; el canciller a morir en la rueda; el Parlamento a convocar o París a arder). Pero había otros carteles de carácter incluso más ominoso, que relacionaban directamente la cólera con el hambre, la política con la subsistencia:

Pan por 2 sous; [devolved] el Parlamento; muerte al canciller o rebelión.

Por lo tanto, la capacidad de los parlamentos para desempeñarse como vanguardia de una rebelión general contra la corona tenía límites serios. Si eran oradores opositores, eran también jueces que ahorcaban (y quemaban y torturaban): los defensores de la paz cívica y el azote de la sedición. Si alguien cree que vivían de acuerdo con su autodefinición como apóstoles de la libertad, deberá recordarse que un parlamento dictó sentencia de muerte en la hoguera para castigar a un joven noble convicto de sacrilegio, y que se cometieron otras atrocidades judiciales análogas que recibieron una publicidad menos estridente. Esta era precisamente la objeción de Voltaire. Voltaire escribió una ácida parodia de las reprobaciones de estos organismos, que defendían «las leyes fundamentales, las leyes fundamentales del cargo venal... la ley fundamental que les permite arruinar a la provincia y entregar a los abogados la propiedad de las viudas y los huérfanos».

Podía suponerse que a su regreso, en 1775, los parlamentos tenderían a objetar los modestos recortes que Turgot había impuesto a su capacidad para estorbar la legislación real. Pero en general evitaron las colisiones frontales con la corona que en 1771 los habían obligado a elegir entre la rebelión y la extinción. En cambio, las ceremonias que señalaron su retorno fueron demostraciones de los mitos de la armonía (entre la corona y los magistrados y entre los magistrados y el pueblo). A veces, estas celebraciones incluyeron a participantes inverosímiles. Por ejemplo, en Metz la comunidad judía (que había soportado muchos agravios de la nobleza local) organizó una *fête* especial, en la cual el elemento principal fue un pasaje hebreo del libro de Isaías: «Él restablecerá a vuestros Jueces, a vuestros Magistrados, como eran antes, y vuestra ciudad será llamada la Ciudad de la Justicia y de la Fidelidad». En Burdeos, los nobles de toga que regresaban recibieron a delegaciones agradecidas de los artesanos, incluidas las pescaderas de la ciudad, entre las cuales el presidente se paseó con condescendiente amabilidad.

En la ciudad pirenaica de Pau (donde los *robins* se dividían en bandos agriamente enfrentados) se presenció la demostración más extraordinaria. Pues además de los discursos convencionales, las odas de felicitación y los ramos de flores, la cuna del rey Enrique IV, que había nacido en la ciudad, fue llevada en procesión por las calles. El gobernador local, colaborando con el parlamento, hizo todo lo posible para lograr que la procesión fuese totalmente inocua, pero el episodio rápidamente se convirtió en la ocasión de manifestaciones de piedad popular espontánea. Cuando pasaba la procesión que llevaba la cuna, la gente se arrodillaba en actitud de silencio reverente, y aquella fue llevada a un estrado construido especialmente bajo un pórtico, a la entrada de la ciudad. Allí los comisionados de la corona escucharon mientras se rendía homenaje a la memoria de Enrique IV, y se realizaron valerosos esfuerzos para relacionar la memoria del más amado de los Borbones con su encarnación más reciente.

Los parlamentos entraron en los años críticos de mediados de la década de 1780 con una herencia contradictoria. Por una parte, su posición como indispensable

limitación constitucional del poder real arbitrario había llegado a ser incuestionable. Radicalizado por los años de la crisis Maupeou, sus propagandistas e historiadores de hecho habían conseguido persuadir al público lector político de la justicia esencial de su causa. Si se comportaban más cortésmente frente a Luis XVI y sus ministros de lo que habían hecho con el abuelo del monarca, era porque se esforzaban más para evitar su desagrado. Cuando se llegaba a una situación crítica, podían demostrar su propia peligrosidad, como ratificó ampliamente el papel que representaron en la caída de Turgot. Pero aunque habían infligido un perjuicio irreversible a la credibilidad del absolutismo, su propia ascendencia no era invulnerable ni estaba libre de riesgos. El entusiasmo excesivo de algunos de sus defensores por encargo, la violencia del lenguaje polémico que ahora usaban y las formas a veces viscerales en que se expresaba el entusiasmo popular por la causa de los parlamentos sugerían que el espacio de maniobra era más estrecho. Sus vivos deseos de aportar el perfil de un organismo casi representativo dejaban algunos interrogantes en un estado de peligrosa indefinición. Si debía existir alguna forma de representación nacional, ¿cómo se constituiría? ¿Y cuánto tiempo podrían defender el privilegio y la libertad como elementos intercambiables? Precisamente en relación con estas embarazosas cuestiones (y sobre todo con la composición y el procedimiento de los Estados Generales) se quebró en 1788 y 1789 la unidad de la oposición noble a la política de la corona, de modo que los colegas que habían luchado hombro con hombro en una campaña contra el despotismo de pronto se encontraron divididos por una decisión de gravedad sin precedentes: ser tradicionalista o ser revolucionario. Entre los oradores de toga negra del Parlamento de París esta decisión determinaría que algunos de sus presidentes, por ejemplo d'Aligre y Joly de Fleury, emigrasen pronto, y que sus expresiones más ardientes, por ejemplo Adrien Duport, iniciaran una carrera revolucionaria, mientras los constitucionalistas como d'Eprémesnil iban a la guillotina.

[Ver Fuentes y Bibliografía](#)

III - ¿Nobleza obliga?

Por la mañana, el presidente Hénault era magistrado. Hacia la tarde era aristócrata. Por la mañana revestía las sombrías túnicas negras y denunciaría los males de la tiranía ministerial. Enfrentado con el despotismo, ni él ni sus colegas esquivarían su deber de proteger las «leyes fundamentales» de la nación. Mucho antes del atardecer esperaba la llegada de uno de sus doce carruajes, para regresar al lujoso *hôtel* de la rue Saint-Honoré, donde recibía a sus visitantes. Comería abundantemente los manjares procedentes de la que, como todos sabían, era la mejor cocina de París, y al efecto usaría porcelana de Sèvres depositada sobre una mesa de mármol verde. Como su comedor tenía veintiocho sillas y *diez fauteuils*, generalmente estaba en condiciones de recibir visitas, y a menudo las recibía. Departiría bajo un gran candelabro de cristal de Bohemia, contemplado por una deslumbrante colección de arte, en que los cuadros históricos italianos compartían las paredes con Watteau y ter Borch.

Para la sensibilidad revolucionaria, la discrepancia entre la expresión política y el hábitat social sería una especie de delito moral. El lector moderno puede suponer por lo menos que era incongruente que *les Grands* y más en general la nobleza cumplieren sin ser cuestionados la función de jefes naturales de una oposición política hasta la víspera misma de la Revolución. Más concretamente, puede parecer que una monarquía cuya voluntad se veía frustrada de un modo tan consecuente por la oposición colectiva de la nobleza judicial no explotara con más decisión su vulnerabilidad social.

En realidad, esto era exactamente lo que sus ministros más lúcidos recomendaban. Ya en 1739, el más visionario y enérgico de todos los servidores públicos de Luis XV, René-Louis de Voyer, marqués d'Argenson, escribió un tratado que esbozaba lo que él mismo denominó una «democracia real». Conocido en los círculos cortesanos (a los que detestaba, como Malesherbes) como «la Bestia», d'Argenson no era un ministro oficial normal. Aficionado a las novelas inglesas, fue el admirado crítico de *Tom Jones*, pero también fue amigo de Voltaire, ávido lector de Algernon Sidney, el regicida británico del siglo xvii, y defensor de una fuerza aérea francesa de globos llenos de aire caliente. Sus propuestas de reforma, en las *Consideraciones acerca del gobierno de Francia*, fueron tan radicales que pudo publicárselas sólo en 1764, treinta años después de haber sido escritas, y en Amsterdam. Muchos supusieron que el verdadero autor era seguramente Jean-Jacques Rousseau.

Pero fue d'Argenson, hijo del guardián de los Sellos de Luis XIV y descendiente de una de las más antiguas familias parlamentarias de Francia, quien proclamó que la

nobleza hereditaria era la fuente de todos los males que el gobierno y la sociedad franceses padecían. La irresponsabilidad de estas familias había permitido que las provincias decayesen y se descompusieran; ellas dispensaban a los cargos públicos el trato que corresponde a una propiedad privada adquirida casualmente, y las que frustraban incluso las mejores intenciones de los *intendants* concienzudos. A juicio de d'Argenson, el único modo de vencer la obstrucción de esta clase era que la monarquía abrazara la democracia, «pues la democracia es tan amiga de la monarquía como la aristocracia es su enemiga». Si los parlamentos afirman representar al «pueblo», sostuvo, esa pretensión debe ser denunciada instituyendo asambleas provinciales electas. Incluso es posible elegir indirectamente cada dos años, una representación nacional responsable ante los electores. Sobre esta base el rey —a quien se rescataría de la corrupción de la corte determinando que gobernase desde las Tullerías, y no en Versalles— presidiría una auténtica república de ciudadanos, más que un cuerpo de súbditos sometidos. «Qué bella idea», exclamó d'Argenson, «... una república protegida por un rey».

En este ámbito, se mantendrían las órdenes separadas, pero se aboliría la herencia. Se concedería el título de nobleza rigurosamente de acuerdo con el servicio y el mérito, y tendría a lo sumo una jerarquía honorífica. En una comunidad de iguales, cada uno tendría los mismos derechos y obligaciones, gobernados por un cuerpo honesto de servidores públicos que ocuparían sus cargos por designación más que por compra, los ciudadanos pagarían sólo los impuestos necesarios para su protección, y lo harían de buena gana, pues en efecto estarían entregando una porción de su propiedad privada a un caudal de dominio público que podrían considerar igualmente propio. Incluso el servicio militar parecería más un honor que una carga, pues gracias a esta transformación se obtendría un renovado sentido de la *patrie*.

La nueva Francia de d'Argenson anticipaba sobrecogedoramente las prescripciones revolucionarias de 1789 y 1791, sobre todo la importancia que atribuía al abrazo entre los ciudadanos y el rey y a la eliminación de todas las jurisdicciones intermedias que podían separarlos. Ello no implica sugerir que la utopía de d'Argenson habría sido un mero añadido de individuos distintos unos de otros chocando entre ellos como las habas contenidas en un frasco. Su concepto era que la «democracia real» sería más que la suma de sus partes: una *patrie* purificada en que los intereses individuales de los ciudadanos armonizarían en una nueva forma de comunidad colectiva.

Que tal fantasía pudiese realizarse a fines del siglo XVIII era al menos una posibilidad remotísima. El emperador Habsburgo José II, hermano de María Antonieta, creía ser él mismo precisamente ese déspota esclarecido y *pater patriae*. Aunque prescindía de todo concepto referido a la representación local o nacional, en nombre de una relación ininterrumpida entre el soberano y los ciudadanos, desencadenó un ataque violento y consecuente sobre su propia aristocracia hereditaria. De su pluma incansable brotaron un edicto tras otro, y se obligó a los

plebeyos y los aristócratas a compartir las mismas escuelas, las mismas tumbas y los mismos impuestos. Los nobles que retrocedían ante el draconiano plan del servicio oficial, el único que podía justificar su jerarquía, se verían enviados a realizar tareas útiles, por ejemplo barrer las calles de Viena.

El premio concedido a la audacia no fue mucho más satisfactorio que el de la renuencia, pues el reinado de José terminó, como el de Luis XVI, en la insurrección generalizada de 1790. Una de las razones principales del desastre fue la ineficacia crónica de los recursos burocráticos que la monarquía podía movilizar para imponer su voluntad sobre y contra la nobleza local. Y si bien los Borbones no afrontaban la tarea de administrar un imperio que se extendía discontinuamente del Escalda al Danubio, su dependencia respecto de las elites locales para crear una administración provincial eficaz no era menos grave. El modelo de gobierno central (abundantemente reiterado en la famosa reseña de Tocqueville), y heredado de Colbert y Luis XIV, era el de los *commissaires départis* —los *intendants*— que ejecutaban fielmente las instrucciones del consejo real, si era necesario venciendo la obstrucción de los magistrados y las corporaciones locales. Y la historia del reinado de Luis XV se vio acosada por los choques directos entre los *intendants* y los gobernadores militares provinciales por una parte, y por otra los parlamentos recalcitrantes. Pero por lo menos con idéntica frecuencia hubo expresiones de colaboración local. Después de todo, fueran las que fuesen sus tendencias, el *intendant* tenía pocas alternativas. El personal de sus oficinas, responsable de todas las actividades, desde los movimientos de tropas a la lucha contra las epidemias, desde los caminos, los puentes y los canales a las instituciones de auxilio público y la represión del bandolerismo, era miserable. Por ejemplo, en 1787 Bertrand de Moleville, intendente de Bretaña, tenía sólo diez empleados en su oficina central. Es cierto que contaba con el apoyo de sesenta y tres ayudantes locales —los *subdélégués*—, pero estos recibían sueldos lamentables, o a menudo ninguna retribución, y no siempre merecían confianza. En el Delfinado, Bove de La Caze afirmó que de sus sesenta y cinco *subdélégués* a su juicio sólo veinte eran realmente capaces de atender sus obligaciones.

En estas circunstancias, el *intendant* no tenía más alternativa que apoyarse todo lo posible en la colaboración de los notables locales, tratárase de los magistrados y los regidores en las ciudades o de los tribunales locales en el campo. En muchos casos era la actitud natural, pues los funcionarios de la administración real y los que estaban en los parlamentos después de todo no eran tan extraños unos para otros como a menudo sugerían las respectivas ideologías. Todos provenían de la misma nobleza de servicio, y estaban vinculados por la educación y a menudo incluso por lazos de familia determinados por el matrimonio y el linaje. Por ejemplo, los famosos planes de Lamoignon y Joly de Fleury suministraban altos funcionarios tanto en el gobierno real como en los parlamentos. La familia Maupeou, recordada más a menudo porque de ella procedía el canciller, que fue el azote más decidido de los parlamentos,

durante mucho tiempo había enviado miembros a las cortes soberanas. Lo mismo puede decirse de los Séguier, y de muchas otras dinastías análogas. El gobierno de Luis XVI advirtió la necesidad de armonizar todo lo posible los intereses del gobierno y las elites locales apartándose de la política anterior, que consistía en no enviar nunca *intendants* a las provincias en que ellos tenían lazos personales o de familia.

Había otra razón por la cual era improbable que los Borbones se atuviesen a la recomendación de d'Argenson en el sentido de afirmar su poder sobre la tumba de la nobleza hereditaria. Tanto Luis XV como su nieto se enorgullecían de ser «el primer caballero de Francia». Y este título conocido incluía un conjunto completo de supuestos acerca de la legitimidad real y excluía totalmente el absurdo de una monarquía revolucionaria. La frase significaba sobre todo que la corona existía para proteger el complicado grupo de entidades corporativas, cada una poseedora de algo semejante a una «pequeña soberanía», las cuales en conjunto formaban el reino. En respuesta a los edictos de Turgot de marzo de 1776, Séguier, defensor general del Parlamento de París, comparó este sistema con una gran cadena que unía los diferentes eslabones: los tres estados u órdenes; las corporaciones; las universidades y las academias; las asociaciones comerciales y financieras; las cortes y los tribunales. En el centro estaba la corona misma, manteniendo unida la cadena; y sin la garantía de su buena fe en este asunto la totalidad de las delicadas formas de reciprocidad caía, y con ella se resquebrajaba toda la paz social.

Por supuesto, en diferentes ocasiones Luis XVI jugó con la posibilidad de modificar este concepto restrictivo de su soberanía como una instancia superior del privilegio. Su apoyo a las reformas de Turgot y más tarde a la abolición de los cargos venales por Necker se orientó en esta dirección. Pero en ambos casos al experimento siguió una retirada ignominiosa y la restauración de lo que se había anulado. De hecho, la posición de la propia corona con respecto al privilegio era profundamente ambigua. Por una parte, correspondía al interés de la corona, en todo caso aunque fuese por razones fiscales, extender su autoridad paternal sobre las áreas sociales recalitrantes. Como hemos visto, Necker ambicionaba llegar a remplazar a los intermediarios venales de la burocracia financiera por burócratas directamente responsables. Pero por otra parte la corona estaba igualmente atareada no sólo tolerando, sino extendiendo el privilegio, incluso en esas mismas áreas financieras. Esto respondía en parte a la profunda renuencia ante la idea de abandonar un sistema de venta de cargos que aportaba al apremiado Tesoro alrededor de cuatro millones de libras anuales. Pero también respondía al hecho de que con cada creación de cargos se abrigaba la esperanza de formar nuevas áreas de clientelismo y fidelidad que fortalecieran en lugar de debilitar la influencia política de la monarquía.

En un análisis superficial, podría suponerse que esta actitud era irremediabilmente miope. Si la corona realmente deseaba movilizar su autoridad, de acuerdo con los criterios modernos seguramente habría tenido que ocuparse de

reprimir más que de extender el mundo del privilegio y la asociación de carácter corporativo. Pero este concepto moderno está tan oscurecido por el vocabulario normativo de la propia Revolución que tiende a interpretar mal la verdadera naturaleza del privilegio en la Francia de fines del siglo XVIII. El privilegio podía funcionar tan eficazmente como lo hizo precisamente porque no tenía la fisonomía que le confirió la polémica revolucionaria posterior: un sistema endurecido y arcaico de exclusión que por definición negaba acceso al aspirante calificado, y que por vía de acumulación imposibilitó todo género de progreso moral y económico.

En primer lugar, el privilegio no era monopolio de la nobleza. Decenas de miles de plebeyos habían sido incorporados a ese ámbito, en virtud de los cargos que ocupaban en las corporaciones y las guildas municipales o por su matrimonio con miembros de las familias privilegiadas. Inversamente, como hemos visto, el privilegio y sobre todo la nobleza no siempre implicaban el derecho de exención impositiva. Pero lo que es más importante, durante la segunda mitad del siglo XVIII el acceso a las órdenes privilegiadas fue cada vez más fácil. Protestar contra la nobleza con el argumento de la exclusión era arrojarse sobre una puerta abierta. Y esta es la razón por la que el historiador busca en vano una clase revolucionaria putativa —llamémosla la burguesía— frustrada en sus intentos de movilidad social ascendente, y orientada hacia la destrucción de las órdenes privilegiadas. En 1789 existiría en efecto dicho grupo, pero los miembros más significativos y poderosos no provendrían de sectores ajenos a la nobleza y el clero, sino del seno mismo de estas clases. Y no eran el producto de una «reacción aristocrática», sino precisamente su contrario: una modernización aristocrática.

Los caminos de acceso a la nobleza nunca fueron tan anchos ni tan acogedores como durante el reinado de Luis XVI. En una historia brillante de la sociedad y la cultura de esta nobleza, Guy Chaussinand-Nogaret considera tan desembarazado este proceso de asimilación social que afirma que «un noble no era más que un burgués con éxito». Consideremos como ejemplo los parlamentos —esos bastiones de los valores aristocráticos—, y comprobaremos que dos tercios de todos los magistrados de los parlamentos de Metz y Perpiñán eran plebeyos ennoblecidos hacía poco tiempo. En Burdeos, Pau y Douai la cifra representaba la mitad, y en Ruán y Dijon un tercio. París era la gran excepción, pero principalmente porque allí los magistrados eran promovidos en el seno del orden legal, de acuerdo con las normas más rigurosas de la antigüedad profesional. Y en el seno de ese organismo la modificación de las jerarquías se realizaba con reconfortante seguridad. Un cuarto entero de toda la nobleza francesa —alrededor de seis mil familias— recibió sus títulos de nobleza durante el siglo XVIII, y dos tercios durante los siglos XVII y XVIII. Tal como destaca Chaussinand-Nogaret, se trataba de una clase social joven. Más aún, si Lawrence Stone está en lo cierto, y la aristocracia británica no fue una elite abierta, sino relativamente cerrada, será necesario modificar concretamente los estereotipos de Francia e Inglaterra. En Gran Bretaña una aristocracia terrateniente se opuso a los

recién llegados, y formó una especie de costra irrompible en la cumbre de la política y la sociedad; en cambio, en Francia, la elite era fluida y heterogénea, y constantemente buscaba fuentes de reabastecimiento humano y económico.

En Francia el ennoblecimiento podía adoptar una entre muchas formas distintas. Podía recibirse directamente de la corona mediante «cartas patentes», para recompensar un servicio particular. Los militares, los ingenieros, los *intendants* y en grado cada vez mayor los artistas, los arquitectos y los hombres de letras obtenían este tipo de reconocimiento. Si uno disponía de fondos suficientes, podía comprar un cargo que confería título, por ejemplo el de *secrétaire du roi*. Por lo menos mil quinientos nobles se incorporaron de este modo a través de la Cámara de París. Asimismo, los notables locales —alcaldes, regidores, *prévôts des marchands* (los funcionarios responsables de la vigilancia de los mercados y los oficios), los jueces, incluso los empleados municipales— todos tenían algún derecho al título de nobleza si servían continuamente durante un período dado, a menudo sólo dos años. Además, un conjunto completo de grandes personajes que habían organizado una recepción importante en honor del rey o un miembro de la familia real bien podía recibir una señal formal de *reconnaissance* (reconocimiento) que los elevaba al segundo orden.

Chaussinand-Nogaret también destaca un cambio importante en los criterios explícitos de ennoblecimiento durante la segunda mitad del siglo. En lugar de mencionarse la estirpe, las razones de la promoción se convierten, casi invariablemente, en menciones referidas al servicio, al talento y al mérito. De modo que, arguye este autor, si en el siglo precedente el burgués ennoblecido tenía que separarse por completo de su pasado y sumergirse totalmente en una nueva y extraña cultura del honor, más avanzado el siglo XVIII el proceso de integración social actuó en sentido contrario. La nobleza se vio colonizada por lo que los historiadores modernos consideran los valores «burgueses»: el dinero, el servicio público y el talento. Este cambio representó un corte fundamental en la continuidad de la historia francesa. Pues sitúa en el siglo XVIII la fecha de nacimiento de la clase de los «notables» que dominó a la sociedad y el gobierno franceses por lo menos hasta la Primera Guerra Mundial. Ahora podemos advertir que esa elite no fue una creación de la Revolución y el Imperio, sino de las últimas décadas de la monarquía borbónica, y que llegó al siglo XIX no como consecuencia de la Revolución Francesa, sino pese a ella. En las circunstancias dadas, la designación de antiguo régimen parece un nombre más erróneo que nunca.

Si la nobleza francesa estaba abierta a la sangre nueva, también lo estaba a las ideas y las profesiones nuevas. Uno de los clichés predominantes en la historia del antiguo régimen era que los privilegios se oponían a la iniciativa comercial. Pero incluso un examen superficial de la economía francesa del siglo XVIII (en sí misma mucho más dinámica y abundante que lo que acepta el estereotipo) revela que la nobleza estaba profundamente comprometida en las finanzas, los negocios y la industria (en todo caso, tanto como sus contrapartes británicas). La nobleza del dinero

obtenía sus ingresos de una amplia diversidad de fuentes, que incluían las rentas y las utilidades de la propiedad terrateniente, los bonos del gobierno y los certificados de la deuda y la propiedad inmobiliaria urbanas. Esa cartera de valores es conocida. Pero se conoce menos la medida en que sus miembros eran participantes importantes en la banca, el comercio marítimo y especialmente la dinámica economía del Atlántico, así como la iniciativa industrial del tipo más innovador. En el corazón mismo de la elite francesa había una nobleza capitalista que tenía inmensa importancia para el futuro de la economía nacional.

Todo esto no habría sorprendido al abate Coyer. En 1757 publicó su *Desarrollo y defensa del sistema de una nobleza comercial*, destinado a superar los arraigados prejuicios que la nobleza podía alentar acerca del carácter deshonesto de los negocios, así como a oponerse a lo que el autor consideraba era el neofeudalismo sentimental de su protagonista, el Chevalier d'Arcq. La misión del Chevalier era apartar a la aristocracia del mundo moralmente emponzoñado del dinero para retornar a las sencillas virtudes del servicio patriótico, preferiblemente militar. Ambas doctrinas debían influir sobre la generación revolucionaria, la del cruzado Chevalier quizá más que la del abate empresario. Pero poca duda cabe de que la resistencia de los acomodados a buscar las inversiones más lucrativas para su capital se había disipado. Y en 1765 un edicto real eliminó oficialmente los últimos obstáculos formales (salvo la magistratura) que se oponían a la participación directa de la nobleza en el comercio y la industria.

Y en efecto, participaban. Agrupando sus capitales, los nobles fundaron una amplia diversidad de empresas comerciales, desde la importación de caballos hasta una compañía organizada para convertir en vinagre el vino echado a perder. Otro sindicato manufacturó el aceite para lámparas y compró el monopolio de la iluminación de las calles de París y las ciudades de provincia. Los nobles ocupaban lugares especialmente propicios para aprovechar las oportunidades vinculadas con la política exterior, de modo que no es sorprendente descubrir la presencia de grandes familias en los negocios de la navegación y los armamentos, sobre todo en Bretaña. Pero el comercio colonial, con su elevado nivel de riesgo, pero tasas aún más altas, fue la actividad que los atrajo como moscas a la miel, y así en las Indias Occidentales se amasaron y perdieron importantes fortunas.

Muchos de los inversores que intervenían en estas empresas (como los bancos y las compañías financieras que administraban las deudas reales) eran socios comanditarios. Pero había un número impresionante de nobles dedicados activamente a la formación de empresas industriales en Francia. Por ejemplo, el conde de Artois, hermano menor del rey, tal vez fue el frívolo e inepto individuo dedicado a la caza y los naipes satirizado por los periodistas populares. Pero era también propietario de fábricas que producían porcelana y hierro. En el segundo de los casos mencionados, se ocupó personalmente de redactar contratos que especificaban detalles de los hornos y el equipo pesado. Entre los prominentes propietarios de minas de carbón

estaban los Rastignac de Périgord, los duques de Praslin de Normandía, el duque d'Aumont en el Boulonnais y los duques de Lévis en el Rosellón. El defensor general del Parlamento de Dijón en Borgoña, Guyton de Morveau, fue el primer empresario de Chalon-sur-Saône que realizó experimentos con el coque, que utilizó como combustible en sus propias fábricas de vidrio. El duque de Orléans tenía fábricas de vidrio en Cotteret, plantas textiles en Montargis y Orléans; el vizconde de Lauget tenía fábricas de papel; el duque de La Rochefoucauld-Liancourt una manufactura de telas de hilo; ejemplos que podrían multiplicarse indefinidamente. La industria más avanzada —la metalurgia— estaba completamente dominada por la nobleza. La gran dinastía de Wendel, que construyó las gigantescas fábricas de Le Creusot, por alguna razón inexplicable a menudo aparece como un grupo burgués, pero en realidad tenía títulos de nobleza desde 1720 —por lo menos tan antiguos como los de muchos parlamentarios prominentes— y en compañía de dos aristocráticos tesoreros generales, Saint-James y Sérilly, la empresa creció hasta convertirse en la concentración industrial más formidable de trabajadores y capital de Europa occidental. También fueron capitalistas aristócratas los que suministraron los activos empresariales —monetarios y humanos— para iniciar la fabricación de motores de vapor, comenzar la explotación mecánica de las minas de carbón e introducir máquinas de elaboración del algodón procedente de Gran Bretaña en las fábricas del norte y el este del país.

Por lo tanto, la nobleza francesa no hizo ascos a la manipulación del dinero. Era parte efectiva de un universo plutocrático. Los matrimonios entre jóvenes nobles cargados de hipotecas y herederas burguesas adineradas que proliferaron en el curso del siglo no fueron, como destaca Chaussinand-Nogaret, consideradas *mésalliances*, sino oportunidades doradas. Una de las razones de esta situación fue que la educación y el estilo de vida del burgués opulento y el noble y grandioso eran en todos los sentidos prácticamente los mismos. El grado mayor o menor de esplendor era consecuencia de la riqueza, no de la jerarquía legal.

No toda la nobleza ocupaba esta posición afortunada. Por cada noble empresario que inspeccionaba hornos de coque o telares con su peluca empolvada y los calzones de seda, había diez que vegetaban en sus propiedades rurales en un estado de elegante sordidez. Por lo menos el 60 por ciento de la nobleza —alrededor de dieciséis mil familias— vivía en condiciones que oscilaban entre la pobreza modesta y la indigencia lisa y llana. En la base misma estaban los que (quizás unas cinco mil familias) eran demasiado pobres para contar con los arreos mínimos de la nobleza —una espada, un perro y un caballo—. Si tenían suerte, vendían truchas de un arroyo o tordos de los bosques que les pertenecían nominalmente. Muchos vivían en condiciones que no se distinguían de las que prevalecían en los campesinos que los rodeaban, y no necesariamente de los campesinos más acomodados. Por ejemplo, en el campo que se extendía alrededor de Angulema, un tal Antoine de Romainville araba los campos pedregosos con su buey, exactamente como hacían sus vecinos. A

su muerte, dejó a su hijo solamente algunas sillas de paja y las deudas. Otros aún más endeudados acababan en la cárcel, o se veían obligados a pedir la limosna de la Iglesia.

En un nivel apenas levemente superior estaban los nobles rurales empobrecidos, que vivían de sus fincas y alguna renta. En esta clase —quizás el 40 por ciento del total— era imposible pensar en la posibilidad de la vida urbana. A menudo dependían esencialmente de la incorporación de sus hijos a la iglesia o a las fuerzas militares para mantener intacta la pequeña propiedad. Eran los *hobereaux*, a quienes Arthur Young vio en el Bordelais, caballeros cuyo guardarropa era tan escaso que tenían que permanecer en la cama mientras les remendaban los calzones.

La receta del abate de Coyer para estos nobles en dificultades —que en efecto abandonasen la tierra y se incorporasen al mercado como miembros productivos de una comunidad activa— debía caer en oídos sordos. En la medida en que sabían leer (lo cual no era frecuente) era mucho más probable que respondiesen a la llamada del Chevalier d'Arcq en favor de una renovación del deber patriótico. Y precisamente por eso los miembros más pobres de la nobleza se aferraban con más tenacidad a sus privilegios. En muchos casos, el privilegio era todo lo que tenían, y en muchos otros los gravámenes señoriales eran la diferencia entre la pobreza y la miseria. Precisamente en vista de la situación de este sector en 1781 se aprobó la notoria *loi Ségur*, que limitó las designaciones en el ejército a las familias nobles que pudiesen demostrar un linaje con una antigüedad de por lo menos cuatro generaciones. A menudo considerada erróneamente la prueba de la «reacción aristocrática», la *loi Ségur* en realidad demostró la idea de que existía la necesidad cada vez más urgente de proceder por lo menos a un sector del dominio público de la invasión del dinero, es decir, del ubicuo *ablandamiento* de las diferencias sociales.

Sobre el otro extremo de la escala, *les Grands* podían permitirse el lujo de prescindir por completo de muchos de sus privilegios. Cuando los defendían no era por su valor pecuniario, sino a partir de su creencia en la validez de las instituciones corporativas. A decir verdad, en 1788 y 1789 se dividió de acuerdo con los criterios de la generación o de la convicción más que de la jerarquía social o de la posición económica acerca de la conveniencia de conservar o desechar las diferencias legales de carácter tradicional. En la nobleza más pobre, parece que la opinión fue más unánime acerca de la necesidad de oponerse a la abolición de sus prerrogativas. Aunque parezca irónico, el proceso electoral fue el fenómeno que por primera vez eliminó la inmensa distancia que separaba a los poderosos de los pequeños en la nobleza, de modo que los pobres y la mayoría de hecho pudieron imponer a la minoría y a los más refinados una determinación acerca de lo que debía ser la posición colectiva del estado noble. Un proceso análogo de polarización en el Primer Estado —el clero— originó, como veremos, el resultado contrario, y así los curas pobres impusieron la democracia a un episcopado rico y recalcitrante. Pero en ambos casos, la desintegración del antiguo orden sobrevino, no cuando los extraños

exasperados por su exclusión del privilegio decidieron destruirlo mediante la fuerza. Sucedió en cambio cuando los que pertenecían al sistema, enamorados de la visión de d'Argenson acerca de los «aristócratas convertidos en ciudadanos», derribaron los muros de su propio templo y proclamaron el advenimiento de una monarquía democrática instalada sobre los restos.

Hacia 1788 Montesquieu, el paradigma del constitucionalismo noble, estaba siendo atacado por extremistas de origen noble. El joven abogado parlamentario Mounier le acusó de defender para su propia comodidad todo lo que hallaba en el régimen. Otro comentarista, Grouvelle, le reprochó incluso más directamente:

Oh, Montesquieu, habéis sido Magistrado, Caballero y hombre adinerado; habéis considerado conveniente... demostrar las ventajas de un gobierno en que ocupabais un lugar ventajoso.

El conde d'Antraigues llegó todavía más lejos en el primer y más famoso de todos los pronunciamientos aristocráticos de autodestrucción. Pasando significativamente del precedente histórico y los derechos inmemoriales al vocabulario mucho más radical de los derechos naturales, afirmó que la legitimidad correspondía sólo al Tercer Estado, porque

él es el Pueblo y el Pueblo es el cimiento del Estado; más aún, es el Estado mismo; los órdenes restantes son nada más que divisiones políticas, mientras que de acuerdo con las leyes inmutables de la naturaleza el pueblo es por ley todo... en el Pueblo reside todo el poder nacional, y cada Estado existe para él y sólo para él.

Pero el pueblo al que así se invocaba no se comportaría en absoluto ajustándose al modo establecido por el radicalismo aristocrático. Si el conde d'Antraigues comenzó como revolucionario, acabaría como contrarrevolucionario.

[Ver Fuentes y Bibliografía](#)

4

La formación cultural de un ciudadano

I - La formación de un público



El globo de
Montgolfier en
Versalles

[\(Ampliar\)](#)

El 19 de setiembre de 1783, alrededor de la una de la tarde, acompañado por el redoble de un tambor, un enorme esferoide de tafetán se elevó hacia el cielo en un movimiento irregular, sobre el palacio real de Versalles. Con una altura de veinte metros, estaba pintado de azul y adornado con flores de lis doradas. En un canasto de mimbre suspendido del cuello, había una oveja llamada Montauciel (sube al cielo), un pato y un gallo. Cuando un violento golpe de viento provocó un desgarrón cerca del extremo superior del globo, hubo ciertos temores por la seguridad de los aeronautas del establo y el gallinero. Pero todos sobrevivieron bastante bien al vuelo de ocho minutos. Tan pronto tocó tierra en los bosques de Vaucresson, a pocos kilómetros del castillo, se descubrió a la oveja mordisqueando imperturbable un poco de paja, mientras el gallo y el pato estaban asustados en un rincón. Pero la historia se parecía demasiado a una fábula de La Fontaine y no fue imposible impedir las conjeturas. Algunos informes insistían en que el gallo se había roto el cuello en el descenso; otros, que el ala derecha simplemente había sido lastimada por una patada de la oveja. La versión posterior fue benigna. «Se llegó a la conclusión de que no habían sufrido», observó un comentario publicado por la prensa, «pero por lo menos estaban muy asombrados». El asombro no se limitó a los pasajeros. De acuerdo con una versión, por lo menos 130.000 espectadores presenciaron el acontecimiento, y la mayoría de los informes fijó el número en 100.000. Estos cálculos carecen de significado numérico, pero es indudable que se congregó una multitud inmensa, y frente al patio del palacio se había levantado para la ocasión una plataforma octogonal especial. La mayor parte de la multitud había llegado de París, donde Etienne Montgolfier ya era una celebridad. El mes de agosto precedente había lanzado un pequeño globo, accionado por gas inflamable (en lugar del aire caliente con que había iniciado los experimentos). Seis mil personas habrían afrontado una lluvia constante y pagado el precio de los asientos especiales en el Campo de Marte, mientras una multitud mucho más densa observaba de pie. Las expectativas acerca de un vuelo más espectacular que merecería la bendición oficial del rey eran muy altas.

De modo que hacia las diez de la mañana todas las avenidas y los caminos que conducían a Versalles estaban atestados de carruajes. Ejércitos de caminantes y sillas sedán trataban de avanzar a pie hacia la *cour des ministres*. Como los peregrinos atraídos por un milagro transmitido de boca en boca, estaban decididos a no perderse lo que según se afirmaba generalmente era un episodio que haría época. «Uno podría decir como Ovidio», canturreaba un relato, invocando al profeta de la Edad de Oro,

«que ahora se harán muchas cosas que antes parecían absolutamente imposibles». «Al fin», escribió Rivarol, que era otro entusiasta, «hemos descubierto el secreto por el cual los siglos han suspirado: ahora el hombre volará, y por lo tanto se adueñará de todo el poder del reino animal; será el señor de la tierra, las aguas y el aire». Había otros comentarios, más sardónicos, acerca de esta globomanía. El autor de la *Correspondencia secreta* (probablemente Louis Petit de Bachaumont) comentaba secamente que «la invención de M. de Montgolfier ha conmovido tanto a los franceses que ha devuelto el vigor a los ancianos, la imaginación a los campesinos y la constancia a nuestras mujeres».

Los *globes airostatiques* hicieron época también en otros aspectos, pues ayudaron a reorganizar la naturaleza del espectáculo público en Francia. Al proceder así, formaron un público que difícilmente podía atenerse al sentido del decoro del antiguo régimen.

La ascensión en Versalles era en sí misma una ruptura importante del protocolo cortesano. El palacio había sido construido alrededor del control ceremonial del espectáculo, que a su vez preservaba y organizaba la mística del absolutismo. En el centro, tanto simbólica como arquitectónicamente, estaba el monarca encerrado. El acceso a su persona se atenía minuciosamente a la etiqueta de la corte, y la proximidad o la distancia, la audiencia o el rechazo definían el orden jerárquico de los nobles que podían ayudar al monarca. El exterior del palacio, de frente a la ciudad, reflejaba esta calculada graduación del espacio y el tiempo, pues el visitante que se aproximaba se encontraba frente a una sucesión de espacios cada vez más reducidos. Desde los establos y el Grand Commun que albergaba las cocinas, y donde escaseaba el espacio, hasta la «corte de mármol», en cuyo centro se encontraba el dormitorio del rey, el embajador visitante atravesaba una serie de barreras o verjas, cada una de las cuales le permitía acercarse más.

Toda esta etiqueta graduada había sido desechada sin ceremonias por las multitudes turbulentas durante el primer año del reinado de Luis XVI, en que habían marchado sobre el palacio para exigir la restauración de los precios fijos de la harina y el pan; En octubre de 1789 el palacio de nuevo quedaría sumergido bajo el hambre y la cólera de una marcha revolucionaria desde París. Pero seis años antes, el espectáculo en apariencia inocente del globo de Montgolfier frustró casi con la misma brusquedad la complicada protección de los procedimientos de la corte. Después de todo, se organizó el episodio no detrás del palacio, en el parque, lo que habría permitido una vigilancia más atenta del cuerpo de guardias suizos, sino en el espacio sin barreras del patio de los ministros. Aunque se organizaron cordones de soldados con el fin de proteger el globo mismo y a Montgolfier, no hubo intentos serios de limitar el número de espectadores o de ordenarlos en los espacios fijos y establecidos requeridos generalmente por las normas del antiguo régimen. Tampoco fue posible, salvo la asignación de lugares especiales a la familia real inmediata, preservar las jerarquías de la corte en la enorme y confusa multitud. En lugar de ser

objeto de una visión privilegiada —la especialidad de Versalles— el globo se convirtió inevitablemente en la propiedad visual de todos los presentes. En el suelo era todavía, y hasta cierto punto, un espectáculo aristocrático; en el aire cobró un carácter democrático.

La ciencia oficial y cerrada de la Academia Real dejó el sitio a la ciencia teatral del experimento público. Y aunque los globos generalmente ostentaban alguna variante del escudo real, esta deferencia formal no podía ocultar el hecho de que el rey ya no era el blanco de todas las miradas. Le había desplazado un mago más poderoso: el inventor. Los hermanos Montgolfier eran fabricantes de papel en el Vivarais, al sureste de Francia. Pero a semejanza de decenas de miles de franceses cultos, también eran científicos aficionados. Estruendosamente aplaudidos por la multitud, felicitados por el rey y la reina, elogiados por la Academia, comparados sin cesar con Cristóbal Colón, se parecían más a un nuevo tipo de héroe-ciudadano: eran los Franklin de la atmósfera. Una típica descripción contemporánea de Etienne Montgolfier le muestra como el epítome de las virtudes de la sobriedad, simultáneamente romano clásico y francés moderno: por el atuendo y los modales, la antítesis del cortesano petimetre y ornamental.

Estaba vestido de negro y en el curso del experimento impartió sus órdenes con la mayor *sang-froid*. La severidad de su expresión y su tranquilidad parecían anunciar la certidumbre que este físico capaz tenía respecto del éxito del experimento. No hay hombre más modesto que M. Montgolfier.

Y esta reputación de virtud y utilidad estaba acompañada por cierta veta de independencia, incluso de insubordinación. El principal colaborador científico de Montgolfier era M. Charles, un profesor de física que había sido el primero en proponer el gas producido por el vitriolo en lugar de la paja y la madera humedecidas y encendidas que habían sido utilizadas en vuelos anteriores. El propio Charles también deseaba elevarse con el artefacto, pero había tropezado con la firme prohibición del rey, que a través de los primeros informes había ido observando muy atentamente el desarrollo de los vuelos. Inquieto ante los peligros de un vuelo de prueba, el rey había propuesto que se elevaran en un canasto dos criminales, ante lo cual Charles y sus colegas se indignaron. «El rey puede ser el amo soberano de mi vida, pero no es el guardián de mi honor», fue una de las reacciones conocidas. Y tanto los críticos como los entusiastas advirtieron prontamente que un vuelo tripulado tendría graves consecuencias para la preservación del *statu quo*. El contrabando fue una preocupación inmediata, pues si se utilizaban globos en esa actividad los puestos aduaneros y los lugares que permitían el control de los artículos de consumo llegarían a ser redundantes. Quizás incluso podría librarse la guerra en los cielos. Rivarol se burló de los temores más histéricos cuando afirmó que la religión acababa de perder su influjo, pues a los ojos de las generaciones futuras la Asunción de la Virgen ya no parecería milagrosa. Además:

Parecía que todo se había puesto de cabeza —el mundo civil, político y moral—. Ya la gente veía a los ejércitos masacrándose en el aire y la sangre derramándose sobre la tierra. Los amantes y los ladrones podrían descender por la chimenea, y llevarse a lugares lejanos tanto nuestros tesoros como a nuestras hijas.



François Pilâtre de
Rozier

[\(Ampliar\)](#)

Fue característico que el más independiente de los aviadores fuese también el más joven: Pilâtre de Rozier, un médico de veintiséis años. Junto a un oficial militar, el marqués d'Arlandes, consiguió realizar el primer ascenso tripulado, el 21 de noviembre de 1783. La combinación del científico y el militar —el conocimiento técnico y la audacia física—, que habría de ser el esquema estándar de la aviación y la exploración espacial, ya se hallaba afirmado. Pero más que muchos otros científicos, Pilâtre de Rozier siempre prestó atención al público. Natural de Metz, en Alsacia, había sido uno de los más destacados entre los muchos que ofrecieron conferencias vespertinas sobre temas científicos en París, para un público ansioso de novedades. En 1781 había inaugurado un Musée de Sciences en la rue Sainte-Avoie, orientado específicamente hacia el público excluido por la Academia real. Albergaba una colección de instrumentos, libros y equipos experimentales, y los aficionados podían codearse con los eruditos y participar en discusiones privadas y públicas. Podía aceptarse la presencia de mujeres, aunque únicamente si tenían la recomendación de los miembros del Musée. Había más de setecientos suscriptores pertenecientes a todos los sectores y condiciones, y escuchaban la palabra del propio Pilâtre, que discursaba acerca del arte de la natación y demostraba una túnica impermeable emergiendo seca de un recipiente que contenía un metro ochenta de agua. Entre otras invenciones exhibidas en el Musée había un sombrero con una luz incorporada, para practicar rescates nocturnos, y Pilâtre ofreció fragmentos de su libro *La electricidad y el amor*, que presumiblemente aprovechó todo lo posible el nuevo culto del magnetismo animal.

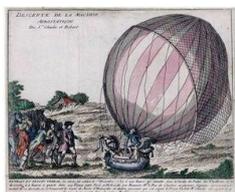
Pilâtre de Rozier completó sus credenciales de ciudadano-aeronauta convirtiéndose en «mártir de la ciencia» a la edad de veintiocho años. Cuando intentaba cruzar el Canal desde Boulogne, en junio de 1785, el globo explotó, «envuelto en llamas violetas». Observado por otra enorme multitud que estaba en la costa, Pilâtre y su acompañante cayeron desde quinientos metros sobre las rocas que estaban frente a Croy, en las afueras del puerto. Los horrorizados informes tuvieron un perfil de sombríos detalles. El cuerpo de Pilâtre quedó destrozado, un pie separado de la pierna; el joven héroe «nadaba en su propia sangre». El país le trató como a un guerrero muerto: «Dicen que quizá amó demasiado la gloria», escribió un panegirista. «¡Ah!, no era posible ser francés y privarse de amarla». Desde Inglaterra, Jean-Paul Marat afirmó dolido que «todos los corazones están atribulados por el pesar». En Boulogne se celebraron funerales conjuntos de gran pompa, y lo mismo se hizo en su ciudad natal de Metz; el rey ordenó acuñar una medalla, se encargaron bustos y se

asignó una pensión especial a su familia. Para completar un escenario que podría haber sido escrito por Rousseau o uno de los dramaturgos de la escena sentimental, la prometida de Pilâtre falleció apenas ocho días más tarde, quizá por propia mano.

El sentimiento de que los ascensos en globo era un aspecto de lo sublime y de que sus profesionales eran semidioses románticos tuvo un carácter infeccioso. Uno de los aeronautas más infatigables fue François Blanchard, que cuatro meses antes del accidente de Pilâtre había sido el primero en cruzar el Canal desde Dover, con un colega británico, el doctor Jeffries. En su tercer viaje desde Ruán descendió en un campo, donde los atónitos campesinos le recibieron como si hubiera sido un extraterrestre. Sólo cuando se desvistió y les permitió que hurgaran en varias zonas decisivas de su cuerpo se dieron por satisfechos. Pero a su modo la elite local sentía tanta curiosidad como el campesinado. Blanchard descendió sobre una turbulencia de excitación y competencia para determinar quien tendría el honor de agasajarle durante la noche, mientras se inflaba el globo. Las mujeres se sentían especialmente excitadas por la perspectiva, y a menudo eran más valerosas que los hombres en los intentos de satisfacer su curiosidad científica bien informada. Por ejemplo, en este mismo vuelo la marquesa de Brossard, la condesa de Bouban y madame Déjean insistieron todas en que se les permitiera realizar algún tipo de ascenso de prueba. Blanchard las elevó a veinticuatro metros —asegurando el globo con cuerdas delgadas mientras ellas medían cuidadosamente la velocidad y la altura. «No demostraron», escribió admirado Blanchard en la versión destinada a la prensa, «el más mínimo signo de ansiedad incluso cuando estaban a la altura máxima».

Se organizaron espectáculos análogos en distintos lugares del país, de Lyon a Picardía, de Besançon a los Jardines del Luxemburgo en París. Los clientes de cafés rivales en el Palais-Royal, el Caveau y el National adoptaron equipos competidores de globos, casi como si fuesen caballos favoritos destinados a correr en las pistas. En París se vendían retratos en miniatura y baladas que celebraban estas hazañas. Se publicaron libros que ofrecieron consejos detallados acerca del modo de construir globos o réplicas en miniatura. La más cara de estas podía costar seis libras, y la más barata cuarenta *sous* (el precio de cinco grandes hogazas de pan). Se aconsejaba usar una membrana de la vejiga de un buey, en el caso del modelo de setenta y cinco centímetros, y como pegamento la mejor gelatina de pescado. Se advertía a los aficionados acerca de los peligros de usar gas metano, y se sugería a los conocedores la construcción de pequeños globos que tenían la forma y el color de la fruta, de manera que en ciertos momentos alegres de los entretenimientos de una velada pudiesen elevarse en el aire, suspendidos sobre el botellón de clarete.

Pero los globos eran mucho más que un entretenimiento de moda. Su público era enorme, bullicioso y desenfrenado, y hablaba, no con los acentos de la sociedad culta, sino con el vocabulario emotivo de la sublimidad de Rousseau. En este estilo poético, el terror y la alegría invariablemente marchaban juntos, y



Descenso de los señores Charles y Robert el primero de diciembre de 1793

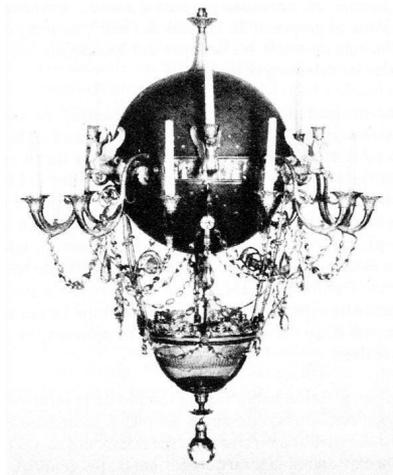
[\(Ampliar\)](#)

los sentimientos a menudo se expresaban con elocuencia en el lenguaje del cuerpo. Cuando el globo de los señores Charles y Robert se elevó sobre Saint-Cloud, en julio de 1784, «hombres y mujeres», escribió un espectador, «encumbrados y humildes, cayeron de rodillas y formaron el cuadro más extraordinario jamás

visto». Un espectáculo más dramático fue el de la multitud enorme y súbitamente horrorizada que se había reunido sobre la llanura de Broteaux, junto al Ródano, cerca de Lyon, y que presenció cómo Pilâtre de Rozier, que moriría poco después, Montgolfier y seis pasajeros, entre ellos el hijo del príncipe de Ligne, descendían verticalmente envueltos en humo y llamas. Su reacción *en masse* fue «elevar los brazos y las manos en un movimiento involuntario, como si quisieran sostener el globo en su caída». Cuando se vio que habían sobrevivido a la destrucción del enorme globo de cien metros, desuncieron los caballos de los carruajes y todos fueron llevados a hombros por la marea de celebrantes. «Cubiertos de sudor y humo su marcha se veía interrumpida constantemente por los que deseaban verlos de cerca y abrazarlos». En una representación de *Ifigenia en Aulide* de Gluck, en la Ópera, esa misma noche, fueron saludados con estruendosos hurras. El cantante que representaba el papel de Agamenón presentó una corona de laureles que, en un gesto característico, Montgolfier depositó sobre la cabeza de su esposa, mientras Pilâtre (compitiendo en modestia) puso la suya sobre la cabeza de Montgolfier.

En otras palabras, Montgolfier, Pilâtre de Rozier y Blanchard consiguieron establecer una relación directa e inmediata de camaradería con enormes multitudes de personas. Las turbas de espectadores que recorrían toda la gama de los sentimientos desatados mientras los observaban se comportaban exactamente como no debían actuar las multitudes en el antiguo régimen. Por ejemplo, en Lyon, lo mismo que en otras ciudades de provincia —y sobre todo en las que tenían parlamentos— los episodios multitudinarios estaban regulados a través de las procesiones religiosas o cívicas. La coherencia y la estructura de estas ocasiones estaban prescritas según el orden de los participantes, los atuendos que vestían o los atributos que portaban. Presididas por sacerdotes o dignatarios, estas ceremonias reflejaban el mundo corporativo y jerárquico en que se habían originado.

La física carismática modificó todo eso. Como espectáculo era imprevisible; sus multitudes eran incoherentes, espontáneas, y mostraban una excitación visceral. Sin embargo, no eran una turba (*un attroupeement*) ni un conglomerado casual. El sentimiento de que estaban presenciando un hecho liberador —el presagio de un futuro flotante y libre— les confería una especie de camaradería profesional al aire libre, bajo la llovizna estival de París o los copos de nieve de un mes de enero en el Lyonnais. Aunque ese episodio era menos rigurosamente calisténico que la gimnasia neoespartana recomendada por Rousseau (y después establecida por los jacobinos) ejemplificaba la visión que tenía el filósofo de un festival de la libertad: imágenes excelsas de lo sublime en que la experiencia y no el público era noble.



André Galle, candelabro que tiene la forma de un globo de Montgolfier.

Los globos no fueron el único espectáculo que atrajo al tipo de multitudes en que las distinciones formales del rango quedaron diluidas en los entusiasmos compartidos. Las últimas décadas del antiguo régimen se caracterizaron por el número de fenómenos culturales en que confluyeron los gustos populares y de la elite. La magnitud y la diversidad del público del teatro de los bulevares, de la canción popular e incluso de la exposición del Salón Bienal fueron tales que absorbieron las distinciones tradicionales de carácter social y legal preservadas en las formas oficiales del arte autorizado por la monarquía. La vívida descripción del público del Salón a fines de la década de 1770 ofrecida por el periodista popular Pidanzat de Mairobert destaca esta mezcla desinhibida de tipos sociales en un espacio cerrado. Los cuerpos, las voces y los olores se apretaban y entrechocaban tanto que en conjunto formaban, en los augustos ambientes del Salón Carré del Louvre, una enorme e hirviente sopa de humanidad. Obligado a ascender una escalera siempre atestada de gente, el visitante se zambullía en un «abismo de calor y un remolino de polvo y ruido». Allí, «en una atmósfera ponzoñosa, saturada por el aliento de personas de escasa salud... ensordecido por un estrépito semejante al golpeteo de las olas del mar», en todo caso uno presenciaba una «mezcla de todos los órdenes del Estado, de todos los rangos sociales, de todas las edades y sexos»...

el petimetre desdeñoso o la mujer [*vaporeuse*]; el jornalero saboyardo se codeaba con el «*cordon bleu*» [grande]; la mujer del mercado intercambia aromas con la mujer de alcurnia, y esta se aprieta la nariz para evitar el potente olor del brandy que la envuelve; del áspero artesano, guiado sólo por el instinto, hace un comentario apropiado que, a causa de su acento cómico, provoca el regocijo del bel esprit absurdo, mientras el artista oculto en la multitud asimila el sentido de todo y lo aprovecha. También allí los escolares instruyen a sus maestros... pues estos jóvenes alumnos, distribuidos en esa inmensa colectividad, son los que casi siempre aportan los juicios más expresivos.

Al principio, el Salón había sido el templo de la jerarquía académica e institucional. La Academia, con cuyos auspicios se organizaba la exposición, a su vez estaba dividida en tres clases rígidamente estructuradas. Y en las paredes de la exposición la jerarquía formal de los géneros —con los cuadros históricos en la cima

y las obras de género y las naturalezas muertas en la base— estaba preservada cuidadosamente. Pero estos formalismos llegaron a ser superfluos en el caótico flujo y reflujo del entusiasmo público. Durante las décadas de 1760 y 1770 los cuadros que atraían a la multitud y provocaban el comentario de la prensa no eran las historias pomposas de los artistas oficiales como Brenet y Lagrenée, sino las obras sentimentales de Greuze.

En el teatro se observaba un proceso análogo de destrucción de las fronteras. Esto es aún más sorprendente porque en apariencia el teatro parisiense estaba dividido en dos puntos claramente opuestos. El drama de gusto superior y respetabilidad oficial correspondía a las compañías autorizadas, como la Comédie Française o la Opéra. Con su frente de pórticos de columnatas, los grandes teatros ofrecían un repertorio regular de tragedias clásicas y comedias aceptablemente literarias de Molière. Los actores declamaban sus pareados alejandrinos de acuerdo con las venerables convenciones de la elocución y la cadencia. Nada podía estar más lejos del mundo estridente y terrenal de los teatros del boulevard, en que las farsas groseras sobrecargadas de germanía y humor del arroyo competían por la atención con los monstruos, los equilibristas y los cantores de baladas.

Los historiadores a menudo representaron el siglo XVIII como el período en que la cultura popular finalmente fue sofocada por los agrios guardianes del gusto moral del mundo oficial. Arguyen que después de ocupar un lugar fundamental en la vida del pueblo, adquirió un carácter marginal, cediendo ante las campañas de perfeccionamiento y edificación. Ciertamente, los revolucionarios jacobinos intentarían algo por el estilo. Pero gracias a la investigación de Michele Root-Bernstein y Robert Isherwood ahora sabemos que durante las últimas décadas del antiguo régimen se manifestó algo semejante al proceso contrario. El teatro oficial comenzó a perder su vitalidad, y hasta cierto punto su público. Y en cambio el teatro popular comenzó a convertirse en la atracción principal. Aún más sorprendente fue el fenómeno, ampliamente observado por los contemporáneos, de que los dos mundos no tanto se separaban como tendían a confluir. Estaba formándose un solo público, ávido de entretenimiento, que se extendía desde la familia real y la corte, recorriendo toda la gama, hasta los artesanos, los tenderos, los vendedores y los soldados. Todos acudían en tropel a ver *Las bodas de Fígaro*, en la Comédie-Française, donde podían ocupar un lugar en el turbulento *parterre*, frente al escenario. O bien, con sólo pagar doce o veinticuatro *sous*, podían asistir a las funciones de los Grands Danseurs de Nicolet, en el boulevard del Temple, con su seductora mezcla de acrobacia, burlesco, pantomima, mímica, canción y drama sentimental (Durante un tiempo la principal atracción fue un mono llamado Turcot que imitaba al gran actor «serio» Molé).

Hay innumerables ejemplos de esta fusión cultural. El *Journal du Paris* suministraba información cotidiana acerca del teatro «elevado» de la Opéra, la Comédie-Française y la Comédie Italienne. Pero también incluía las atracciones del momento en las Variétés y el Ambigu Comique. Abundaban los pasajes de un mundo

al otro. Audinot, fundador del Ambigu Comique, había sido cantante (e hijo de un cantante) en la Opéra Comique y había montado espectáculos en Versalles antes de fundar su próspero teatro en el boulevard. El gran éxito de la década de 1770, *Les Battus* (Los golpeados) de Dorvigny, presentaba a un indefenso criado, Janot, que después de que le vaciaban encima un orinal intentaba obtener una reparación legal, y en cambio terminaba en la cárcel. Hacia 1780 *Les Battus* había sido representada mil veces, había convertido a su principal actor, Volange, en una celebridad parisiense, y se había representado en privado ante el rey y la reina en Versalles.

Ciertamente, la familia real participaba tanto de esta cultura de la escena como otras personas cualesquiera. Por ejemplo, se sabe que Artois compuso versos para las canciones populares crueles, satíricas y a menudo obscenas que los promotores de baladas vendían en el Pont Neuf. Y aunque el rey veía con malos ojos que María Antonieta frecuentase el teatro parisiense, por entender que esa actitud era una falta de decoro, la soberana a menudo asistía y aportaba, gracias a la reacción del público ante su presencia, un barómetro de la popularidad pública. Esto sin duda era grato mientras duraron los aplausos, pero hacia mediados de la década de 1780 los helados silencios o cosas peores acentuaron el sentimiento de alienación de la soberana respecto del favor público. Pero la reina continuó interesándose por el *patois* terrenal de los mercados —el *poissard*— y así ordenó que miembros de la troupe Montansier fuesen al Trianon para enseñar a su grupo de actores de la corte (incluso Artois) esa áspera germanía. En esa troupe estaba la familia Grammont, que en sus propias personas ejemplificaba el carácter global del mundo teatral. Cómodos en los bulevares, donde habían empezado con la troupe de artistas de la cuerda y payasos de la troupe de Nicolet, pero acostumbrados a las actuaciones en Versalles, los Grammont llegarían a convertirse en oficiales de las *armées révolutionnaires*, las tropas de choque parisienses encargadas de aplicar las leyes revolucionarias y detener a los traidores destinados a la guillotina.

Pero el duque de Chartres fue el hombre que más hizo para institucionalizar este crisol cultural, convirtiendo el Palais-Royal en el ambiente más espectacular del placer y la política europeos. En 1776 su padre el duque de Orléans le cedió este lugar, que antaño ocupaban los jardines del cardenal Richelieu, y que limitaban con el Louvre y las Tullerías. Y la combinación de su pródigo estilo de vida y su iniciativa empresarial le llevó a concebir un plan extravagante con el propósito de convertir los jardines en una sucesión de arcadas que alojarían a los cafés, los teatros, las tiendas y los lugares de recreo más equivoco. El arquitecto Victor Louis, que había creado el notable teatro de Burdeos, recibió el encargo de organizar el espacio interior, pero no es necesario aclarar que la ambición llegó mucho más lejos que los fondos, y así fue necesario esperar hasta 1784 para lograr que algo parecido al plan completo comenzara a realizarse. Entretanto, se había erigido una galería de madera alrededor del Palacio; denominada *camp des tartares*, rápidamente llegó a ser notoria como paradero de prostitutas y carteristas. Dentro, por unos pocos *sous* uno podía

maravillarse ante la cintura de German Paul Butterbrodt, que pesaba cerca de doscientos kilogramos o (por unos pocos *sous* más) inspeccionar las credenciales de una «bella Zulima» desnuda (de cera), presuntamente fallecida doscientos años antes, y que aparecía en un maravilloso estado de conservación.

Hacia 1785, cuando falleció el anciano duque de Orléans, que dejó a su hijo los fondos necesarios para completar la obra, el Palais-Royal ya había conseguido llevar la cultura popular tosca y rabelaisiana al centro mismo del París aristocrático y real. Una década antes aún había sido posible ver el centro de París como el ámbito exclusivo del arte oficial, mientras las formas «inferiores» quedaban relegadas a los bulevares y las ferias de Saint-Germain y Saint-Laurent. El confinamiento de esas formas oficiosas a dichos amplios ámbitos del placer incluso originaba en la policía la sensación de que las fechorías por lo menos estaban limitadas a zonas previsibles, de modo que si los ciudadanos respetables decidían frecuentarlas, lo hacían bajo su propia responsabilidad. Los teatros de la elite podían mirar altivamente la creciente popularidad y la envidiable prosperidad de sus rivales, pero por lo menos tenían la satisfacción de verlos instalados en sucias trastiendas muy alejadas de los barrios elegantes.



La galería del Palais-Royal

[\(Ampliar\)](#)

La aparición del Palais-Royal como una feria cotidiana de los apetitos modificó drásticamente todo eso. En su condición de dominio privado de Orléans era virtualmente inmune a la intromisión de la policía, y en efecto explotaba hasta el límite mismo esta libertad. «Este lugar encantado», escribió Mercier, «es una ciudad pequeña y lujosa encerrada en otra más grande».

Entusiastamente saludado por Chartres/Orléans, el Théâtre Beaujolais (así llamado por el hermano de Chartres) comenzó con marionetas de un metro de altura, y continuó con actores infantiles, y en las Varietés Amusantes las farsas y los melodramas de los bulevares vinieron a completar el cuadro, y ambas formas se representaron en presencia de salas atestadas. Florecieron todas las clases de cafés, desde el más conservador Foy a la atrevida Grotte Flamande. Uno podía visitar a los fabricantes de pelucas y los preparadores de encajes, beber limonada en los puestos; jugar al ajedrez o a las damas en el Café Chartres (ahora el Grand Vefour); escuchar a un abate ambulante (presumiblemente degradado) que tocaba la guitarra y se especializaba en canciones obscenas; leer las publicaciones de sátira política (a menudo crueles) escritas y distribuidas por un equipo de sujetos que trabajaban para el duque; ver el espectáculo de la linterna mágica o el juego de sombras; jugar a los biliars o acercarse al cañón en miniatura que se disparaba exactamente al mediodía, cuando lo tocaban los rayos del sol.

Dentro, en los espacios cerrados del teatro del bulevar, era difícil cuando no imposible mantener nada que significara distinciones formales de jerarquía. El teatro de Nicolet recibía a unas cuatrocientas personas encerradas en un espacio que no excedía demasiado un área de doce por once metros. Las velas de cera apenas

suministraban luz suficiente para desplegar las cortesías sociales, y los precios sumamente reducidos de Nicolet significaban que personas de ambientes sociales drásticamente distintos estaban apretadas como sardinas. Pero incluso en las avenidas y las arcadas del Palais-Royal, en que pasear (sin hablar de importunar), mirar e inspeccionar eran el entretenimiento principal, las condiciones y las clases se mezclaban indiscriminadamente. En la confusión era fácil creer que una cortesana de estridente atuendo que exhibía brillantes de imitación era una condesa adornada con unos auténticos. Los soldados jóvenes se vestían para impresionar a las muchachas con sus uniformes (una innovación relativamente reciente en el Ejército), en que las insignias del rango faltaban o inducían a confusión. Con sus togas negras, los nobles magistrados del Parlamento estaban vestidos más o menos del mismo modo que los abogados y los empleados humildes. Y es evidente que a los contemporáneos les satisfacía esta mezcla social. Louis-Sébastien Mercier, que había denostado los bulevares porque fomentaban la disipación irreflexiva de los «ciudadanos honestos», adoraba el Palais-Royal, donde asistía a «la confusión de los estados, la mezcla, la turba». Y Mayeur de Saint-Paul, que escribió con acentos aún más líricos, insistía en que «todos los órdenes de ciudadanos se reúnen, desde la dama de alcurnia hasta la disoluta, desde el soldado distinguido hasta el más humilde funcionario de los recaudadores».

Por supuesto, en los dignos vestíbulos de la Comédie-Française o la Opéra el orden social estaba mucho mejor definido. Pero la condición principal que aportaba prestigio (como en el antiguo régimen) no era la cuna o el estado, sino el dinero. Más aún, incluso en el teatro «serio», hay pruebas de un aporte cada vez más caudaloso de la clase media e incluso del público de clase media baja: tenderos y maestros artesanos de los oficios «honestos», como la ebanistería y la relojería. En ocasiones especiales, por ejemplo el nacimiento del delfín, en 1781, se ofrecían representaciones gratuitas y el teatro se llenaba con este tipo más modesto de espectadores. Pero incluso durante la temporada regular, el precio relativamente modesto del *parterre* determinaba que fuese accesible a habitués, como los estudiantes y los empleados de los estudios jurídicos. Con mucha frecuencia el aficionado al teatro podía pagar su entrada incorporándose a una de las *clagues* organizadas, que debían aclamar o ridiculizar a los actores y las piezas, de acuerdo con el encargo recibido. Y a causa de la licencia concedida al *parterre*, aquí podía determinarse el tono, la primera noche, en relación con el éxito o el fracaso de la pieza. El dramaturgo Marmontel, que no era amigo del *parterre*, cuando fue muy aplaudido a causa del éxito de su *Belisarius* se vio obligado a reconocer que, «en la masa de hombres incultos ciertamente hay algunos que son muy esclarecidos».

Entonces, ¿*les enfants du paradis* estaban estrechamente relacionados con *les enfants de la patrie*? Es difícil saber si la mezcla social evidente en el público teatral y entre los visitantes de los ámbitos de placer puede interpretarse como un indicador exacto del derrumbe de la jerarquía en la Francia del antiguo régimen. Después de

todo, aquí se trata del París metropolitano en sus formas más laxas. Pero sobre el bullicioso trasfondo de una gran mezcla de ciudadanos, este ambiente a su vez singularizó los incidentes hostiles entre los grandes y los pequeños, los ciudadanos y los privilegiados, que conformaron un tipo ejemplar de drama social y político: el del anacronismo. Por lo tanto, en este sentido en efecto el público parisiense protagonizó ensayos del gran teatro de los Estados Generales.

Un ejemplo oportuno es el de la famosa guerra de la butaca teatral que llegó a los tribunales del Parlamento de París. La disputa vino a simbolizar el traslado a la audiencia de uno de los dramas corrientes representados en escena: la ciudadanía virtuosa atropellada por la arrogancia aristocrática. El 19 de abril de 1782 estalló una discusión en uno de los palcos de la Comédie Française. Los antagonistas eran un tal Pernot-Duplessis, procurador del Parlamento, y el conde de Moreton-Chabillant, capitán de la guardia del conde de Provenza (hermano menor del rey). En el caso judicial que siguió, se destacó que el demandante era «un hombre honesto en todos los aspectos, conocido por la benignidad de sus modales y su buena disposición»; que esa noche estaba vestido con prendas negras discretas, y no llevaba peluca. En cambio, el oficial llegó ataviado con una chaqueta color rosa, llevaba espada y se cubría con un sombrero de plumas; en otras palabras, la esencia del militar cortesano. De acuerdo con el acta del tribunal, sucedió lo siguiente:

CHABRILLANT: ¿Qué hace usted aquí?

DUPLESSIS: Ocupo mi butaca.

CHABRILLANT: Le digo que se retire.

DUPLESSIS: Tengo derecho a estar aquí porque he pagado... he pagado mi butaca, y no me retiro.

CHABRILLANT: Un mierdoso *robin* se atreve a empujarme [aquí empujó al demandante]. Soy el señor conde de Chabillant, capitán de la guardia de su señoría el hermano del rey. Aquí tengo derecho de precedencia. Por orden del rey. A la cárcel, a la cárcel...

DUPLESSIS: No importa quién sea usted, un hombre de su clase no puede decidir que un hombre de mi clase pase la noche en la cárcel sin causa.

La batalla del palco fue ganada por el abusivo aristócrata, pero la guerra fue ganada por el virtuoso demandante. Chabillant en efecto convocó al guardia, que obligó a Duplessis a salir del lugar tomándole de los cabellos, y le encerró durante cuatro horas y media, hasta bastante después de terminada la representación. Pero para decir lo menos, fue imprudente humillar a un miembro del tribunal soberano incluso si, como afirmó la defensa, el conde no creyó que nadie tan «grosero» pudiera ser un magistrado. Blondel, abogado de Duplessis, hizo picadillo con el contraste entre el altanero cortesano oficial, despectivo frente a los derechos legales fundamentales y pronto para usar la fuerza arbitraria, y el hombre de la ley, discretamente decidido, vestido modestamente. Ante el tribunal se afirmó que «por el interés general del público corresponde defender al individuo cuya *simple jerarquía como ciudadano* debería haber prevenido cualquier tipo de insulto en un lugar *donde sólo el dinero pone a los plebeyos y los nobles en un plano de igualdad*» (el

subrayado es nuestro). No es necesario decir que el tribunal falló en favor de Duplessis y ordenó al conde pagar seis mil libras por daños (es decir, una suma considerable) así como a declarar ante el tribunal que el hombre a quien había insultado era «un individuo honorable y probo».

Hubo otros casos análogos en que el teatro se convirtió en un campo de batalla de los derechos cuestionados. Por ejemplo, en Burdeos, el año 1784, se impidió la entrada en el teatro del alcalde y sus regidores municipales por orden del gobernador militar, e incluso se los encarceló cuando insistieron en sus intentos de entrar. Después, el gobernador intentó llevar al alcalde (que era noble) ante el tribunal militar. Al proceder así, contrapuso su fuerza militar a las reclamaciones cívicas del alcalde, que reclamaba el ejercicio de la autoridad en el teatro en nombre de sus conciudadanos.

Por lo tanto, la política podía afectar al teatro, pero a su vez el teatro podía crear el drama político. El caso más espectacular fue seguramente el de Beaumarchais y *Las bodas de Fígaro*. Las difíciles circunstancias en que se representó esta pieza han sido descritas invariablemente como uno de los hitos del camino que llevó al derrumbe del antiguo régimen. Se presenta obligadamente a Beaumarchais como un guerrero de la libertad de expresión, y al rey como un petulante rigorista. Pero este sencillo panorama se ve muy complicado por el hecho de que, cuando se escribió y representó *Fígaro*, el propio Beaumarchais no era un Fígaro oprimido, sino un magistrado ennoblecido de riqueza considerable y muchísima influencia. El significado de la diatriba contra el orden establecido que él puso en boca de Fígaro en el Acto 5 no consiste en que proviniese de uno de los oprimidos literarios, sino de uno de los hijos favorecidos por el régimen.

Con estas salvedades, sería igualmente erróneo despojar tan absolutamente de ingredientes románticos a Beaumarchais que le confundiéramos con un aristócrata más que jugaba a representar el papel del extremista elegante. Su notable vida tuvo que soportar las ambigüedades sociales de la Francia de fines del siglo XVIII. Había sido magistrado y prisionero, cortesano y rebelde, diplomático y espía, empresario y quebrado, editor y publicista, miembro del sistema y hombre excluido del mismo. Tampoco puede afirmarse que la trayectoria de su carrera fuese un ascenso ininterrumpido que le permitió pasar de la condición de modesto artesano a la de envanecido noble. En muchos momentos esa trayectoria se caracterizó por el aumento espectacular de su fama y su fortuna, o se vio interrumpida por rechazos y decepciones igualmente espectaculares. Si cultivaba asiduamente la paradoja, en todo caso ella le salía al paso naturalmente. En una de sus muchas presentaciones ante el tribunal en una acusación por libelo, revistió el atuendo del «hombre honesto» — chaqueta y calzones negros (se las ingenió para que su cara adquiriese una palidez especial)— pero no pudo resistir la tentación de exhibir simultáneamente el enorme anillo de diamantes que le había regalado la emperatriz austriaca María Teresa. En 1787 empleó los servicios del arquitecto de moda Lemoyne, que le construyó una

mansión espectacular, que se vanagloriaba de tener doscientas ventanas y costó casi un millón de libras. Pero Beaumarchais se aposentaba en un distrito muy poco elegante, el de Saint-Antoine: el corazón de París artesano, y el centro del extremismo *sans-culotte* en la Revolución.

Para comprender la atracción sin precedentes de *Las bodas de Fígaro* y por qué llegó a usarse como un garrote descargado sobre la cabeza de los elementos más obstinados del antiguo régimen, es necesario ver de qué modo el autor se atribuyó él mismo el papel del *honnête homme* y ciudadano ofendido. Como Rousseau, Beaumarchais era hijo de un relojero protestante, pero a diferencia del filósofo, amplió su conocimiento de ese oficio para convertirse en un inventor brillante y prodigioso por derecho propio. Despojado por su maestro del mérito de la invención del escape de doble acción, Beaumarchais desenmascaró al usurpador y en muy poco tiempo llegó a ser un hombre famoso y acomodado. Presentado a Luis XV a la edad de veintidós años, fue designado relojero de la corte. La vinculación con el rico *financier* Paris-Duverney le abrió el camino hacia la nobleza, y a su debido tiempo, en 1761, adquirió los correspondientes derechos. A la edad de veintinueve años cesó de ser Pierre-Augustin Caron y recibió el derecho de usar el nombre de su propiedad, Beaumarchais. Y como la nobleza de nuevo estilo presuponía el servicio, también se convirtió en presidente del tribunal que trataba los delitos contra las leyes de la caza, un tribunal especialmente ingrato, donde no demostró un afecto especial por la multitud de patéticos cazadores furtivos, profesionales y aficionados, llevados frente a su estado.

Naturalmente, alcanzó renombre como dramaturgo gracias a *El barbero de Sevilla*, si bien después escribió una serie de piezas bastante flojas que incluían todas las expresiones apropiadas de una sensibilidad elevada: la amistad, el amor frustrado, la posteridad honrada, y otras por el estilo. Y cuando se convirtió en una figura celebrada, también llegó a ser el blanco de los maridos celosos y los escritorzuelos oportunistas. Su propia inclinación a los placeres de toda clase le ganó renovados ataques. Pero pese a toda su notoriedad (parte de ella bien merecida), el Chevalier Beaumarchais coexistió con el ciudadano Beaumarchais. Este hombre disipado y envanecido fue también un propagandista en favor de los norteamericanos, y en ese papel mostró una agresividad y una iniciativa sorprendentes, equipó una armada privada completa, envió armamentos a los rebeldes y de su propio bolsillo pagó la diferencia entre el costo cada vez más elevado de la ayuda francesa y los desembolsos reales secretos. Otro proyecto de significado casi igual le provocó pérdidas aun más graves. Pues decidió iniciar la publicación de las obras y los manuscritos completos de Voltaire, en momentos en que el gran editor y librero Panckoucke, de París, había desesperado de la posibilidad de coronar la empresa. Beaumarchais editó la obra colosal, lidió con individuos ofendidos de los más diversos sectores (entre ellos Federico el Grande de Prusia) que no deseaban que su correspondencia viese la luz, organizó su propia imprenta en Lorena, compró tipos de

Inglaterra e intentó equilibrar el balance comprometido de antemano a treinta mil suscriptores. Como podía preverse que sucedería, a lo sumo consiguió unos mezquinos dos mil. Como no se les pagaba, los impresores saquearon la maquinaria, y un cajero se fugó con ciertas sumas. Con un total de setenta y dos volúmenes *in quarto*, la empresa misma fue un fiasco comercial de proporciones gigantescas. Pero fue una gloria cultural, quizá lo mejor que Beaumarchais hizo jamás.

La indudable capacidad de Beaumarchais para representar al hombre común confirió su voz universal a *Las bodas de Fígaro*. Rompió las divisiones entre las jerarquías y mezcló los géneros. Y aportó la acre sátira del teatro popular a la augusta sala de la Comédie-Française. Y dio renombre instantáneo a buenos actores como Louise Contat (Suzanne) y d'Azincourt (Fígaro), que pudieron representar sus papeles con espontaneidad y frescura. Aunque se habían conocido muchas comedias de bulevar que atacaban las pretensiones del poder señorial, ninguna había alcanzado ese nivel de mordiente regocijo. Estaba más cerca del tipo de «drama popular» que Mercier había reclamado en 1773 que todo lo que se había visto durante el siglo. Los que conocen sólo la versión operística de Mozart y da Ponte conocen a lo sumo un *Fígaro* del que se ha extirpado gran parte de la áspera travesura. Como comentó el autor de la *Correspondencia secreta*, los predecesores de Beaumarchais

siempre habían tenido la intención de lograr que los grandes se riesen a expensas de los pequeños; aquí los inferiores podían reírse a costa de los grandes, y el número de personas comunes era tan considerable que uno no podía asombrarse ante la enorme multitud de espectadores de todos los sectores de la vida convocados por Fígaro.

No cabe duda de que a Beaumarchais le habría agradado representar la obra sin que mediasen intervenciones oficiales. Pero cuando estas se manifestaron torpemente, el autor aprovechó la oportunidad de difundir el caso como una batalla entre el despotismo abrumador y las libertades de los ciudadanos. Es típico que pudiera presentarse de este modo, porque entre los ciudadanos ansiosos de ver la obra estaban María Antonieta y la mayoría de los miembros de la corte. Beaumarchais había entregado el manuscrito a Chamfort (amigo de Talleyrand), y a su vez este lo había depositado en manos de Vaudreuil, favorito de la reina. Se organizó una lectura privada, y cuanto más duras eran las denuncias contra el orden establecido, más agradaba el texto a la reina. El rey se mostró menos divertido. En mitad del notorio monólogo de Fígaro en el Acto 5 se levantó de su silla y en un desusado acceso de elocuencia y presciencia, declaró que era «detestable. Nunca se representará la obra; sería necesario destruir la Bastilla para evitar que la representación de la pieza no tenga consecuencias peligrosas».

Aunque se proscribió oficialmente el proyecto, Beaumarchais utilizó todos los medios posibles para mantenerlo vigente. Había incorporado astutamente a la pieza una canción popular, «*Marlborough S'en Va-t-en Guerre*». «*Va-t-en guerre*» era una broma irónica, y aludía a la guerra mediante elocuentes fanfarrias (más que con

hechos), y la canción había sido compuesta durante las campañas de Luis XIV, cuando se difundió el falso rumor de que la Némesis del soberano, el duque de Marlborough, había muerto en combate. Revivida durante la década de 1780 se cantaba para burlarse de la humillación británica en América y el Océano Indico, donde el almirante Suffren estaba avergonzando a la Armada Real. Beaumarchais adoptó la canción como si su propia batalla fuese el equivalente dramático de la campaña militar, y la cómica burla de la canción como si estuviese dispuesto a derrotar muy pronto a su enemigo. En una cultura de las calles y los salones, donde el *double-entendre* era prácticamente el lenguaje oficial, la entrelínea no pasó inadvertida.

Pero como de costumbre un sector de la nobleza elegante ansiaba humillar a la corte que debilitaba la autoridad de aquella. Se copiaron manuscritos de la pieza y se difundieron de forma privada en todas las grandes casas de la nobleza liberal (y no tan liberal). Algunos de estos nobles tenían sus propios teatros privados, donde la voluntad de la policía carecía de fuerza. La posibilidad de que estas representaciones privadas continuasen y, lo que era aún más embarazoso, la posibilidad de un estreno patrocinado por el gran duque de Rusia en San Petersburgo, originó un acuerdo informal, que determinaba que podría representarse la pieza en París en la propiedad de la reina, la Salle des Menus Plaisirs, utilizada en los ensayos de la Opéra. El 13 de junio de 1783 millares de personas ocuparon las calles próximas al teatro, cantando «Marlbrouck» en tono desafiante. Media hora antes de que se alzase el telón el rey envió a su chambelán armado con *lettres de cachet* para ordenar que se suspendiera la representación «so pena de la indignación de Su Majestad», lo cual significaba claramente un período en la cárcel. La respuesta de Beaumarchais tuvo perfiles de Fígaro en su amenaza. «*Eh bien Messieurs*, muy bien, es posible que aquí no la representemos, pero les juro que se representará, quizás en el propio coro de Notre Dame».

Este enfrentamiento entre el ciudadano y el soberano por el momento no fue decisivo. Beaumarchais aceptó incorporar algunas modificaciones —todas las cuales, como se vio después, no cambiaron nada— y el rey suavizó su actitud, y no hizo secreto de su esperanza de que la pieza fuese un estruendoso fracaso. Se vio amargamente decepcionado. El 21 de abril de 1784 se presentó la obra en el nuevo Théâtre-Français, (ahora Odéon) de estilo neoclásico. Una sagaz y joven aristócrata, la baronesa d'Oberkirch, presenció las peleas a puñetazos que estallaron entre la gigantesca multitud reunida frente al teatro con el propósito de posesionarse de los pocos asientos restantes. No era una extremista, y sin embargo se vio conmovida por la representación, y más específicamente censuró a los críticos que creían que la obra tenía éxito sólo porque halagaba groseramente a los espectadores de la galería. En 1789 escribió en sus memorias que, por el contrario,

Las bodas de Fígaro es quizá la obra más inteligente que ha sido escrita nunca, con excepción quizá de los trabajos de M. Voltaire. Es deslumbrante, un verdadero conjunto de fuegos artificiales. Se

trastruecan del principio al fin las reglas del arte, y por eso en cuatro horas de representación no hay un solo momento de hastío.

Pero también tuvo la inteligencia de percibir una disposición peculiarmente obtusa en los aristócratas presentes en la audiencia, que reían a carcajadas cuando Fíguro volcaba su cólera sobre el conde Almaviva:

Como sois un gran señor, os creéis un gran genio... ¡nobleza, riqueza, jerarquía, cargos! ¡Todo esto os hace un individuo tan encumbrado y poderoso! ¿Qué habéis hecho para tener tanto? Apenas os tomasteis el trabajo de nacer, y eso es todo: por lo demás, sois una persona común, mientras yo, maldita sea, perdido en la multitud anónima, he tenido que utilizar toda mi ciencia y mi destreza sólo para sobrevivir.

La baronesa d'Oberkirch observó que los *grands seigneurs* del público, al mismo tiempo que se unían a las salvas de aplausos que invariablemente saludaban el discurso, «se abofeteaban sus propias mejillas [*ils se sont donnés un soufflet sur leur propre joue*]; reían a su propia costa y, lo que es incluso peor, conseguían que también otros se riesen... ¡qué extraña ceguera!».

Sin embargo, hay signos de que los «bravos» y los «bis» se apagaron en los labios de la nobleza cuando comenzaron a percibir el significado de una polémica que estaba dirigida no a los ministros, sino a ella misma. Cuando Fíguro terminó su presentación en el Théâtre-Français, en enero de 1785, la aristocracia comenzó a orquestar una campaña de contraataques. En primer lugar, el arzobispo de París denunció la atrocidad desde el púlpito; después, el escritor Suard, que se presentó como sacerdote, le imitó con una crítica acre y sarcástica. En su respuesta, publicada en el *Journal de Paris*, Beaumarchais mostró una actitud de ácido desprecio. Después de rechazar el ataque de «los leones y los tigres», dijo que no deseaba rebajarse replicando constantemente a los pequeños parásitos, porque eso debía ponerle en la posición de las «criadas holandesas, que tienen que golpear el colchón todas las mañanas para lograr que se desprendan las sucias y pequeñas chinches de la cama».

El 6 de marzo el artículo fue llevado a la atención del rey, y cabe presumir que todavía dolido porque sus deseos se habían visto frustrados, interpretó la referencia a las criaturas salvajes (más que alimañas) como un ataque personal. Fue suficiente para encarcelar a Beaumarchais. Y Luis, dominado por una tonta irritación, decidió que el reproche más aplastante que podía dirigir a un irónico era la humillación cómica. Esa noche, mientras jugaba a las cartas, garabateó al dorso del siete de espadas que debía confinarse a Beaumarchais, no en la Bastilla (el lugar usual de detención para los escritores insubordinados) sino en Saint-Lazare, el centro de corrección para los jovencitos delincuentes. En lo inmediato, esta burlona humillación desconcertó a Beaumarchais. Rehusó salir de la prisión, sabiendo que era el blanco de las bromas, y nunca recuperó del todo esa animosa confianza que le había sostenido en muchos infortunios. Durante los últimos años del antiguo régimen, se convirtió en el niño de los azotes tanto en los extremistas como de los

reaccionarios.

Es posible que su encierro en Saint-Lazare determinase que Beaumarchais pasara definitivamente de la ofensiva a la defensiva, pero no produjo el mismo efecto en *Fígaro*. La pieza continuó gozando de abrumadora popularidad, y tuvo un éxito duradero en el teatro parisiense «legítimo». Beaumarchais tenía muchos enemigos, que se regocijaban ante el inmerecido castigo y que creían que su autodesignación como campeón de la libertad era una postura hipócrita. Pero también tenía muchos amigos en la «multitud anónima» que escuchaban atentamente la autodescripción de Fígaro como un «hombre honesto», obligado a encogerse y humillarse a los pies de una aristocracia desdeñosa, y que con su talento y su ingenio renegaba ante las barreras arbitrarias de la jerarquía. Porque si es un mito que en las multitudes y los clubes revolucionarios había legiones de Fígaros impacientes por vengarse de sus Almavivas, es real que los ex dramaturgos, panfletistas, actores y gerentes de los teatros estuvieron entre los más entusiastas partidarios de la guillotina.

[Ver Fuentes y Bibliografía](#)

II - Distribución de papeles: los hijos de la naturaleza

Un año antes de su reclusión correctiva en Saint-Lazare, Beaumarchais tuvo una idea de promoción inspirada. Propuso donar los beneficios de *Las bodas de Fígaro* a una causa meritoria: el fomento del amamantamiento materno. Debía crearse en París un Instituto de Bienestar Maternal, que suministraría subsidios a las madres que de no mediar esa circunstancia tendrían que enviar a sus hijos a las nodrizas de las aldeas, para asistir al trabajo.



Grabado, Fígaro como benefactor de las madres que amamantan.

[\(Ver a mayor tamaño\)](#)

En París el teniente de policía Lenoir creía que quizá sólo una trigésima parte de las madres de los veinte mil niños nacidos anualmente criaban a sus propios hijos. Y éstas pertenecían casi exclusivamente a las familias acomodadas, que respondían a la apasionada defensa que había hecho Rousseau del amamantamiento doméstico. Otros que podían pagar llevaban nodrizas a sus propios hogares o enviaban a los hijos a los *faubourgs*. Pero la gran mayoría de los hogares modestos y pobres utilizaban una oficina oficial y sus viajantes, —los *meneurs*— para hallar nodrizas aldeanas en el campo, alrededor de la capital. Los más pobres abandonaban a sus hijos en la escalera de la iglesia del Hospital de Expósitos, y también estos eran enviados a las nodrizas rurales. Para uno de cada dos niños distribuidos de este modo, la crianza con la nodriza de aldea era un certificado de defunción: la pobreza urbana complementada por la miseria rural. Desesperadamente ansiosas por conseguir la pitanza que recibían por amamantar, las mujeres a veces engañaban al *meneur* acerca de su capacidad para la lactancia, y suministraban al infante leche animal o papilla hervida, producida con agua y pan hervido (y a menudo mohoso). A veces tenían la boca cubierta de heridas descompuestas. Los niños permanecían sentados en la suciedad animal y humana, eran colgados de un gancho envueltos en pañales que no se cambiaban, o se les

suspendía de las vigas en una hamaca improvisada. Las fiebres disintéricas abreviaban sus sufrimientos por decenas de miles, y a menudo el *meneur* responsable de informar a los padres (o al Hospital de Expósitos) acerca de los progresos del niño, ocultaba su muerte y se embolsaba el dinero.

Impresionado por los informes acerca de esta industria rural de la muerte, Beaumarchais movilizó a Fígaro en auxilio de la madre que amamantaba. Un grabado destinado a celebrar este plan muestra a Fígaro distribuyendo su caridad a madres que amamantan satisfechas porque están bien provistas, mientras otras que están detrás de Fígaro saludan al hombre que las liberó de la «cárcel de nodrizas». Un filósofo de pie señala esta feliz escena al «Bienestar», y sobre ellos la «Humanidad» sostiene una tabla que dice «Auxilio para las madres que amamantan».

El éxito de Beaumarchais en el teatro ya era bastante irritante para sus enemigos de París. Ciertamente, no estaban dispuestos a permitir que su aureola brillase aún más intensamente gracias a la filantropía. Pero el arzobispo de Lyon conoció la idea y recibió de buen grado la donación de 85.000 libras destinadas a crear un instituto en esa ciudad. De acuerdo con todos los datos, fue un éxito, y originó una acentuada disminución de la mortalidad infantil. Fue un gesto sagaz de Beaumarchais, que siempre estaba defendiéndose de las acusaciones de libertinaje, asociarse con una filantropía tan excelsa. Frente a los críticos que desechaban su pieza por entender que era una trivialidad cómica, colmada de ingenio pero vacía de sustancia, el plan destacaba los temas morales subyacentes: la defensa de la inocencia nupcial contra la lascivia y la fuerza aristocráticas. El propio Fígaro es un expósito, y en su caso el descubrimiento de su madre es uno de los medios que frustran la estrategia de Almaviva. Como en otro cualquiera de los «dramas burgueses» de la sensibilidad en la década de 1750, el triunfo de la virtud sobre el vicio (así como de la inteligencia sobre el rango) es el eficaz desenlace de *Las bodas de Fígaro*.

Más aún, el amamantamiento no era un tema relacionado únicamente con la salud pública. Es cierto que sus defensores a menudo destacaban que el descenso de la mortalidad infantil permitiría que Francia evitase la amenaza del despoblamiento (siempre presente en la mente oficial). Pero esta contraposición retórica entre la vitalidad y la mortalidad, la práctica natural y la social, obtenía su capacidad de persuasión de la política moral referida al seno. La resistencia al amamantamiento, se argumentaba, se originaba en el dominio del placer sensual sobre el deber doméstico. Se suponía que la lactancia y la actividad sexual se excluían mutuamente, ante el temor de deteriorar la leche o provocar la repugnancia de los hombres. Así, los escritores de sexo masculino, entre ellos Rousseau y su amigo el médico Tronchin, a menudo atribuían la disminución del amamantamiento materno a la frivolidad femenina o al temor de ofender a los maridos. Pero Marie Angélique Le Rebour, que en 1767, publicó su *Consejo a las madres que desean amamantar a sus hijos*, con un criterio más razonable achacaba la culpa al resentimiento masculino ante la interrupción de sus hábitos sexuales, y criticaba a los hombres que concebían celos

violentos o se irritaban ante la presencia de los niños que lloraban. Estaban en juego opiniones contrapuestas del seno como un elemento de seducción sexual, exhibido a medias en los escotes de moda, o como un don natural ofrecido con ingenua abundancia por la madre al niño. En una obra teatral escrita para exaltar las virtudes del amamantamiento, *La verdadera madre* (de siete meses) ácidamente reprende al marido que la trata como un objeto de gratificación sexual. «¿Son vuestros sentidos tan groseros que veis en estos pechos —respetables tesoros naturales— nada más que un adorno, destinado a realzar el cuerpo de las mujeres?».

A veces el erotismo y la maternidad podían vincularse de modos irregulares, por lo menos en la experiencia de Rousseau, que ejerció más influencia que nadie en la campaña favorable al amamantamiento por la madre. En las *Confesiones* reconoció (entre otras cosas) que le excitaba la visión de un seno abundante presionando contra el escote de muselina. Asimismo, el descubrimiento de un pezón invertido en el pecho de una prostituta veneciana transformaba en su opinión a la joven, de modo que en lugar de criatura de belleza trascendente era un monstruo repulsivo y lúbrico. La relación que conformó toda su vida fue la que mantuvo con su protectora, madame de Warens (apenas doce años mayor que él, a quien, mucho después de haberse convertido en amantes, él continuó llamando «Mamá»). Asimismo, Jean-Baptiste Greuze, el pintor que más que ningún otro artista atrajo la atención pública sobre los idilios y los dramas de la vida doméstica, y que fue felicitado en repetidas ocasiones por Denis Diderot a causa de la moralidad de sus temas, era muy capaz de practicar la manipulación astuta de la voluptuosidad y la inocencia, como sugiere con sobrada claridad su *Sombrero Blanco*, de alrededor de 1780.

Para la mayor parte del público que leía a Rousseau, veía los «dramas burgueses» de Diderot en la Comédie-Française y veía los cuadros de bienaventuranza y pesar doméstico de Greuze presentados en el Salón, las cosas eran mucho más sencillas. Lo que se proclamaba era la antítesis de la cultura cortesana rococó, con su pródiga indulgencia en el adorno, la insistencia en el ingenio y los modales, la elegancia y el estilo. En lugar de estos efectos formales amorales, se trasladaba el aprecio hacia el dominio de la virtud. En este nuevo mundo se prefería el corazón a la cabeza; el sentimiento a la razón; la naturaleza a la cultura; la espontaneidad al cálculo; la sencillez al adorno; la inocencia a la experiencia; el alma al intelecto; lo doméstico a la moda; Shakespeare y Richardson a Molière y Corneille; la jardinería paisajista inglesa a los parques formales franceses e italianos. Se originó un nuevo vocabulario literario, impregnado de asociaciones emotivas que excluían no sólo la leve distracción del ingenio rococó, sino incluso las severas sonoridades del clasicismo. El uso generoso de palabras como *tendresse* (ternura) y *âme* (alma) confería una filiación inmediata a la comunidad de la sensibilidad; y las palabras que habían sido utilizadas más casualmente, por ejemplo *amitié* (amistad), adquirirían connotaciones de intensa intimidad. Los verbos como *s'enivrer* (emborracharse) cuando iban unidos a *plaisir* o *passion* se convertían en atributos de un carácter noble más que depravado.

La palabra esencial era *sensibilité*: la capacidad intuitiva de un sentimiento intenso. Poseer un *coeur sensible* (un corazón sensible) era la precondition de la moral.



grabado de
Moreau le Jeune
para *La Nouvelle
Héloïse*

[\(Ampliar\)](#)

Las expresiones externas de los sentimientos íntimos comenzaron a ser aceptables en este período. Los pendientes con camafeo que mostraban la figura del amado o los relicarios que contenían mechones de cabellos de los cónyuges o los hijos se convirtieron en distintivos usuales del corazón sensible. Cuando los mechones pertenecían a seres amados que habían abandonado este mundo el significado era aun más acerbo, y hacia la década de 1780 las expresiones francas de dolor ya habían remplazado al fatalismo estoico como la respuesta prevista a la muerte de un hijo. Las cartas de amor tomaban prestadas hipérbolas extáticas de la *Nouvelle Héloïse* de Rousseau, y sobre ellas amontonaban declaraciones apasionadas. En un ejemplo por cierto no atípico de sus 180 cartas de amor, Julie de Lespinasse, heroína de la *Nouvelle*

Héloïse, exclama: «*Mon ami*, te amo como uno debe amar, con exceso, locura, éxtasis y desesperación».

En este mundo reformado de la formulación y la expresión, se apreciaban especialmente las lágrimas como prueba, no de debilidad, sino de sublimidad. Se apreciaban sobre todo porque (se suponía) eran irrefrenables: el alma irrigaba directamente el rostro. Las lágrimas eran el enemigo de los cosméticos y el saboteador del disfraz cortés. Lo que es más importante, un buen acceso de llanto indicaba que el niño se había preservado milagrosamente en el hombre o la mujer. De modo que los héroes y las heroínas de Rousseau, comenzando por él mismo, gemían, lloraban, sollozaban y balbuceaban a la más mínima provocación; pero otro tanto hacían los críticos de la ópera al escuchar a Gluck y los críticos del Salón al contemplar a Greuze. Al ver la segunda versión de *Niña llorando sobre su canario muerto*, del mismo pintor, en el Salón de 1765, Charles Mathon de La Cour situó la edad de la niña (alrededor de once años) exactamente en el punto en que «la naturaleza comienza a suavizar el corazón de modo que reciba sus más tiernas impresiones», con la consecuencia de que las lágrimas de la niña eran al mismo tiempo infantiles y preadultas. Después pasaba a examinar muy detalladamente el tratamiento pictórico de este húmedo pesar:



«¡Amadas y
preciosas
lágrimas!». La
Nouvelle Héloïse.

[\(Ampliar\)](#)

Uno comprende que ella ha estado llorando mucho tiempo, y que finalmente se ha sumido en la postración de un dolor profundo. Tiene las pestañas húmedas, los párpados enrojecidos, la boca todavía en la contracción que atrae las lágrimas; al mirar su pecho uno puede sentir también el estremecimiento de los sollozos.

«Los entendidos, las mujeres, los petimetres, los pedantes, los intelectuales, los ignorantes y los tontos», afirmaba Mathon, «tenían todos la misma opinión sobre este cuadro, pues en él uno percibe la naturaleza, comparte el dolor de la niña y desea sobre todo consolarla. Varias veces dediqué horas enteras a la contemplación atenta, y así me embriagué con una dulce y tierna tristeza».

La capacidad de comprometer directamente al observador en el mundo de los sentimientos exhibidos (al mismo tiempo que, como ha sostenido Michael Fried, presenta al espectador la ficción de su desmemoria), es lo que explica el poder persuasivo de las obras domésticas de Greuze. «Conmóvedme, asombradme, desconcertadme, lograd que tiemble, gima, me estremezca y rabie», exigía Diderot, y en todo caso no cabe duda de que en sus cuadros más ambiciosos —por ejemplo, *La novia aldeana*, de 1761— Greuze produjo precisamente ese efecto en muchísimos espectadores. Muchos contemporáneos destacan la oleada de sentimientos que afectaban a la multitud que hormigueaba alrededor de las obras, en número tal que, como afirma Diderot, era difícil abrirse paso para verlas. De los dibujos para el par de obras *El hijo perverso* y *El hijo perverso castigado*, que representaban a un joven abandonando a su familia para unirse al ejército, y su tardío retorno y el descubrimiento de que su padre ha muerto, Mathon de La Cour comentó que no sabía si cabía aconsejar a Greuze que completase las obras para convertirlas en cuadros, pues «se sufre demasiado al verlas [en esa condición de dibujos]. Envenenan el alma con un sentimiento tan terrible y tan profundo que hay que desviar la mirada».

La drástica modificación cultural representada por esta primera y cálida erupción de la sensibilidad romántica tiene importancia más que literaria. Significó la creación de un estilo hablado y escrito que se convertiría en la voz usual de la Revolución, común tanto a sus víctimas como a sus más implacables fiscales. Los discursos de Mirabeau y Robespierre tanto como las cartas de Desmoulins y madame Roland y los festivales organizados de la República emiten apelaciones al alma, a la más tierna humanidad, a la verdad, la virtud, la naturaleza y el idilio de la vida de familia. Las virtudes proclamadas en los cuadros de Greuze fueron la base moral de lo que la Revolución habría de entender como virtud. «La virtud es lo que adivina con la velocidad del instinto lo que llevará al provecho general», escribió Mercier en 1787. «La razón, con su lenguaje insidioso, puede pintar con colores seductores la iniciativa más equívoca, pero el corazón virtuoso jamás olvidará los intereses del ciudadano más humilde. Situemos al estadista virtuoso por encima del político astuto». Ésta era exactamente la posición de Robespierre, para quien, como él mismo decía a menudo, la política era nada más que la moral pública. La maternidad; la satisfecha unión conyugal en la cual la sensualidad casual retrocedía ante la adaptación consciente; el respeto a los ancianos; la bondad con los pequeños; se creía que todos estos valores eran una escuela de espíritu cívico. En este esquema de valores no podía haber diferencias entre el dominio privado y el público. Ciertamente, una domesticidad saludable era considerada oficialmente un atributo necesario del patriotismo. Su

apoteosis pictórica podría ser *La madre bienamada*, encargada por el recaudador general y prolífico escritor Laborde para mostrar a su propia persona y su familia en una condición de ejemplar bienaventuranza doméstica. Exhibido en el Salón, fue elogiado por Diderot como «excelente en dos aspectos: como obra de arte y como ejemplo de la vida buena. Predica el crecimiento de la población y describe con mucho sentimiento la felicidad y el valor inestimables del contentamiento doméstico».

La generación revolucionaria creció adaptada a ese estilo expresivo sobrecargado. Greuze sufrió un grave tropiezo en 1769, cuando intentó trasladar su enfrentamiento padre-hijo al género histórico, pintando un *Severo y Caracalla* en que el emperador romano acusa de conspiración a su hijo. En lugar de ascender a Greuze a la jerarquía más alta de la Academia, la obra determinó la aplastante humillación pública de una aceptación «en su capacidad de pintor del género». Pero aunque su reputación se deterioró un tanto durante la década de 1770, en presencia del más reciente y más austero estilo del cuadro histórico romano, los dramas domésticos de las décadas de 1750 y 1760 conservaron su influencia sobre la imaginación del público, e incluso ampliaron su alcance gracias a las versiones grabadas de Jean-Georges Wille y otros.



El contrato conyugal.

[\(Ampliar\)](#)

Aunque los cuadros de Greuze, como las piezas de Diderot y la novela de Rousseau, reciben a veces la clasificación de «burgueses», es fundamental apreciar que sus partidarios aparecieron inicialmente en la cumbre misma de la sociedad francesa. Si el antiguo régimen se vio subvertido por el culto de la sensibilidad, cabe deducir que gran parte del daño (como en tantos otros aspectos) fue autoinfligido. *El contrato matrimonial*, que en realidad representaba una ceremonia protestante con un notario en

lugar de un sacerdote, y que era la antítesis exacta de los grandiosos matrimonios dinásticos de Versalles, fue comprado por el marqués de Marigny, ministro de Artes de Luis XV. Su hermana era madame Pompadour, amante del rey, y ella fue quien organizó la primera representación de *El adivino de la aldea*, la ópera de Rousseau, en Fontainebleau, el año 1752. Su compositor se preparó cuidadosamente para la ocasión, «con una barba apenas peinada y una peluca desaliñada». En la sencillez de su ambiente rústico, su anécdota y su música, la ópera ejemplificaba la victoria de la naturaleza semejante a un niño frente a los productos de la cultura urbana y cortesana. *El Mercure de France* la elogió precisamente por la «verdad y la poco usual ingenuidad expresiva de la música».

Con el ascenso de Luis XVI, este enamoramiento no desapareció. Más aún, afirmase que el delfín, padre del rey, se sintió tan conmovido por el elogio de Rousseau a las sencillas cualidades artesanales que él mismo facilitó la educación de su hijo en el oficio de cerrajero. Guiada por su modista Rose Bertin, María Antonieta no ocultó que prefería los vestidos relativamente sencillos, con el adorno de abundantes flores frescas y afectaciones bucólicas, todo eso

exigido por el culto. Su amiga Elisabeth Vigée-Lebrun llegó todavía más lejos, y pintó el retrato de la soberana en este estilo de sorprendente informalidad, con el correspondiente añadido de canastos y sombreros de paja. La creación en el Petit Trianon de la «aldea rústica» (*Hameau Rustique*) para la reina, por el arquitecto paisajista Mique, con sus vacas encintadas, ovejas alpinas y molino de agua, fue un intento sincero aunque desastrosamente errado de cultivar la inocencia de la vida rural en medio de la pomposidad del protocolo cortesano. En 1789 pareció una parodia obscena que María Antonieta jugara a la pastora y pasara por agua huevos destinados al desayuno mientras los campesinos miserables mendigaban en los caminos de la Isla de Francia.



La virtud botánica

[\(Ampliar\)](#)

Lo que es todavía más asombroso, fue precisamente María Antonieta quien en 1782 visitó la tumba de Rousseau en Ermenonville, a menos de cuarenta kilómetros de París. Pues si la sensibilidad era la religión oficiosa de los nuevos ciudadanos, Ermenonville era su más venerado santuario. Allí el marqués de Girardin, un acaudalado oficial de caballería y recaudador general, había facilitado una última «ermita», donde Rousseau pudo trabajar y pasear en la casi total soledad que recomendaba para sí mismo y para otros. Aninado hasta el último momento, Rousseau había insistido en adoptar a Girardin y su esposa como sus más recientes y últimos «mamá y papá». Falleció a principios de julio de 1778, y su cadáver apenas se había enfriado cuando comenzaron a circular en la capital versiones acerca de las últimas palabras que había dicho a su esposa Thérèse: expresiones de remordimiento por haber abandonado a sus cinco hijos pequeños, dejados a cargo del Hospital de Expósitos, y acerca del paradero de las «memorias» o «confesiones», que según se afirmaba carecían de precedentes por su sinceridad, y a las que ciertas personas famosas —Diderot y madame d’Epinay— deseaban vivamente eliminar. Antes de que pasara mucho tiempo, los visitantes curiosos comenzaron a llegar a la propiedad de los Girardin, y entre los primeros estuvieron los directores del *Journal de Paris*, que habían conocido bastante bien a Rousseau y estaban impacientes por echar mano de los fragmentos literarios que hubiesen podido conservarse. Hacia mediados de 1779 Rousseau, que había sido rechazado por tantos individuos durante su vida, ya estaba adquiriendo la aureola de la inmortalidad. En Ginebra habían entronizado una estatua, y en París, Houdon modeló un busto; una *Necrología* oficial de franceses distinguidos había incluido su retrato y su panegírico junto a los de Voltaire, Turenne y el rey Enrique IV; y se representaba una reposición de *El adivino de la aldea* ante nutrido público en París. En 1781, se publicó una colección de melodías de Rousseau titulada *Consuelos por las penas de mi vida*, y en nombre de la viuda se donaron al Hospital de Expósitos los ingresos obtenidos. Entre los suscriptores estaban la reina y Benjamin Franklin.

Ya en 1780, según la afirmación del autor de las *Mémoires Secrets*, «la mitad de

Francia se ha trasladado a Ermenonville para visitar la isleta que le ha sido consagrada, donde los amigos de su moral y su doctrina renovaban anualmente su breve periplo filosófico». Luc-Vincent Thiéry incluía a Ermenonville en la guía de visitas rurales alrededor de París. Pero el propietario del lugar, es decir, el marqués de Girardin, fue quien aportó reflexivamente al peregrino el itinerario peripatético más completo. Su *Promenade* era una gira a través del paisaje mental tanto como topográfico de la sensibilidad de Rousseau. Girardin dejó aclarado que su parque no debía ser visto como una propiedad señorial, sino como una especie de donación gratuita para beneficio de todos los devotos. Subrayó: «No hay necesidad de autorización del dueño para entrar en este parque», aunque al mismo tiempo señaló que con muchísimo placer suministraría un guía personal a los «extranjeros o artistas celebrados».

«Me dirijo a vosotros, amigos de Rousseau», escribió Girardin con la adecuada expresión de sinceridad, y su guía estaba escrita como si una mano amistosa condujese al discípulo a través del escenario de la virtud. El texto suponía no sólo el conocimiento íntimo de las obras y la vida de Rousseau («aquí podéis ver su cabaña; aquí es donde Saint-Preux caviló acerca de su pasión frustrada»), sino también un gusto compartido por la naturaleza. La caminata de tres o cuatro horas comenzaba con una aldehuela, que de acuerdo con Thiéry «parece habitada por fieles amantes», y pasaba a una foresta donde la soledad y el silencio inmenso se apoderaban de uno, de modo que se adelanta aterrorizado hacia las profundidades del bosque. Sorprendido por la súbita aparición de un templete consagrado a la naturaleza, se salía a una planicie, donde se alzaba otro monumento a la Filosofía, y de ahí se pasaba a «un lugar agreste», plantado sólo con pinos, cedros y enebros, con enmarañados matorrales y cascadas. Desde este lugar, uno podía caminar hasta un lago, en cuyas orillas había una piedra grabada con versos de Petrarca y Julia, de la *Nouvelle Héloïse*. Después, podía llegarse a una sugerencia de la presencia del hombre, pero sólo en su faz artesanalmente más virtuosa: el molino de agua y el lagar. Una torre gótica artificialmente ruinoso, los arroyos colmados de peces gordos, y un prado «holandés» ocupado con ganado gordo dejaban el sitio a un espacio donde ciertos días, por orden de Girardin, se poblaba de rústicos, instruidos para ofrecer un espectáculo alegre, entretenidos en inocentes pasatiempos y juegos musicales.

El Santo Grial de la peregrinación era por supuesto la tumba de Rousseau, en la Isla de los Álamos, en el centro del lago. Allí, sentadas en un banco destinado expresamente a las madres que alimentaban a sus infantes, mientras otros niños jugaban satisfechos, los visitantes podían contemplar el modesto monumento erigido por Girardin. Su epitafio decía:



La Isla de los

*Entre estos álamos, bajo su sombra serena
Descansa Jean-Jacques Rousseau
Madres, ancianos, niños, corazones sinceros y almas sensibles*

[\(Ampliar\)](#)

Al llegar aquí el llanto era obligatorio. «Que vuestras lágrimas fluyan libremente», escribía Girardin, su brazo de autor rodeando el hombro del peregrino. «Nunca habréis derramado lágrimas tan deliciosas o tan merecidas».

Algunos de los discípulos más ardientes llegaron todavía más lejos en la búsqueda del fantasma del genio solitario. Louis-Sebastien Mercier recorrió Suiza con su amigo, el ginebrino Etienne Clavière, visitando lugares y personas importantes en la vida de Rousseau. Manon Philipon, que cuando era jovencita se había identificado apasionadamente con Julia, realizó con su esposo, el futuro ministro girondino Roland, una gira análoga, y consiguió encontrar al alcalde que había sido testigo del matrimonio de Rousseau con Thérèse. No satisfecha con su propia obsesión personal, asignó a su marido el papel de Wolmar, la figura de más edad, más bien austera, pero abnegada, con quien Julia se casa obedientemente, en lugar de hacerlo con el fascinado autor joven Saint-Preux. En una carta a Roland, ella aclara bien esta identificación:

«Acabo de devorar *Julia* como si no fuera por cuarta o quinta vez... me parece que habríamos vivido muy bien con todos estos personajes, y que ellos nos habrían considerado tan de su gusto como ellos mismos lo son del nuestro».

La publicación de las *Confesiones* en 1782, con su promesa introductoria de «dibujar un retrato desde todo punto de vista fiel al natural», en todo caso reforzó el vínculo intensamente personal que los innumerables discípulos de Rousseau sentían con él. Como ha demostrado Robert Darnton, mientras Rousseau vivía ellos escribían al editor, Marc-Michel Rey, de Amsterdam, para preguntar acerca de su bienestar y su salud personal, como si se tratara de un amigo íntimo. En las *Confesiones* nada —ni siquiera el desnudo reconocimiento de que había abandonado a sus hijos, o sus inclinaciones a la masturbación y al masoquismo, el papel que representó en un *ménage à trois* con madame de Warens y el botánico de ésta— pudieron conmovir la fe que depositaban en la esencial pureza moral de Rousseau. La sobrecogedora sinceridad de sus reconocimientos de la práctica tanto del vicio como de la virtud confirmaron la opinión que tenían de que Rousseau era el *honnête homme* más grande de su siglo. La convicción paranoica de Rousseau en el sentido de que estaba sometido a la persecución de los *philosophes* celosos, por ejemplo su antiguo amigo Diderot, así como de Voltaire y Melchior Grimm, acentuaron la alienación sentida por muchos escritores que se creían menospreciados por el mundo literario de París. También ellos atribuían esta falta de reconocimiento a una conspiración de los mediocres. También ellos compartían gran parte de la ambivalencia de Rousseau en cuanto a la dependencia necesaria respecto a los protectores aristocráticos, y su desprecio por la moda corrupta y el dominio atrofiado de la razón.



Qwerty

[\(Ampliar\)](#)

Por lo tanto, Rousseau se convirtió en la Divinidad (invocada como tal) de los desposeídos literarios. Despreciado, maltratado y nómada, era al mismo tiempo el consuelo y el profeta de esta gente. Y ellos recibían como su propio evangelio el compromiso de Rousseau con la naturaleza, la virtud y la verdad.

Los historiadores durante mucho tiempo han juzgado la influencia de Rousseau sobre la generación revolucionaria midiendo el conocimiento profundo o superficial que tuvo esa generación de las obras formales de teoría política, y sobre todo del *Contrato Social*. Aunque hay pruebas cada vez más numerosas en el sentido de que en efecto esta obra fue leída y comprendida antes de la Revolución, sin duda es cierto que nunca conquistó al público enorme y devoto de su «biografía» educativa, *Emilio y la Nouvelle Héloïse*. Pero suponer que esas obras tuvieron escasa influencia sobre la adhesión política es adoptar una definición excesivamente estrecha de la palabra *política*. Tanto como sus escritos referidos a la soberanía y los derechos del hombre, las obras de Rousseau relacionadas con la virtud personal y la moral de las relaciones sociales acentuaron el disgusto provocado por el *statu quo* y definieron un nuevo tipo de compromiso. De hecho, Rousseau creó una comunidad de jóvenes creyentes. Estos confiaban en la posibilidad de un renacimiento moral y político colectivo en que la inocencia de la niñez pudiese preservarse en la edad adulta, y a través del cual la virtud y la libertad se apoyasen mutuamente.

Cómo se llegaría exactamente a esto fue un tema notoriamente oscuro en todos los escritos de Rousseau. En el curso de su vida se había mostrado circunspecto o incluso francamente hostil frente a todo lo que implicase una sugerencia de revuelta. Lo que él inventó no fue un mapa del camino que llevaba a la Revolución, sino el lenguaje en que podían expresarse los descontentos y delinearse las metas. Y sobre todo, aportó el modo en que las torturas del ego —un pasatiempo cada vez más popular a fines del siglo XVIII— podían calmarse mediante la incorporación a una sociedad de amigos. En lugar de una oposición irreconciliable entre el individuo, con su libertad intacta, y un gobierno deseoso de recortarla, Rousseau estableció una soberanía en que no se alienaba la libertad, sino por así decirlo se depositaba en fideicomiso. El sometimiento de los derechos individuales a la voluntad general a su vez dependía de que esa entidad los preservase, de modo que el ciudadano pudiese afirmar realmente (así decía la teoría), que por primera vez se autogobernaba.

La naturaleza imposible y paradójica de este trueque se revelaría con tremenda brutalidad durante la propia Revolución. Pero los acólitos de Rousseau durante la década de 1780 contemplaron visiones de sociedades posibles, que quizá lograsen integrar el imperioso «Yo» con el fraternal «Nosotros». En todo caso, esa era la visión reconfortante ofrecida por un espectáculo en dos actos, *La asamblea en los Campos Elíseos*, que representaba la recepción de Rousseau en el mundo de los inmortales. Por supuesto, asistía Julia, con su agobiado amante Saint-Preux, que llevaba un ramo de rosas; Emilio, atacado en la profundidad de los bosques por un monstruo del Fanatismo, y salvado por la Verdad; y había una escena en que una

madre que amamantaba, un niño de pecho y una nodriza exaltaban las virtudes del seno materno. Pero un rasgo del espectáculo continuaba siendo incongruente. En el curso de la acción el propio Rousseau mantenía un silencio poco característico, como si él estuviera separado de sus propias creaciones. Pero fue sólo cuando sus sentimientos irradian a través del poder de la elocuencia pública, cuando se convirtieron en el lenguaje de la Revolución.

[Ver Fuentes y Bibliografía](#)

III - proyectando la voz: el eco de la antigüedad

Una tarde de agosto de 1785 un corresponsal del *Journal de Paris* vio a un joven que estaba en mitad de la veintena dirigir la palabra a una multitud, sobre una plataforma, frente al Châtelet. Héroult de Séchelles, hacía poco tiempo designado defensor general del Parlamento, por primera vez ejercía su derecho a hablar de este modo, y comenzaba a entusiasmarse con su tema. Era un asunto que debía conmover los sentimientos de *les coeurs sensibles*. Un hombre que se había enriquecido gracias a su propio esfuerzo y provenía de una familia pobre había deseado expresar su gratitud ante su buena fortuna, realizando una donación a los pobres de la parroquia de Saint-Sulpice. Sin quererlo, se había apartado de las formas oficiales prescritas en que podían hacerse estas donaciones, y como consecuencia el tribunal de Châtelet la había anulado. Héroult había asumido la tarea de insistir en las reclamaciones del donante, y arengaba a la multitud explicando el absurdo de la anulación. Pero el tema del discurso era menos importante que la forma hablada. Pues era evidente, para el periodista y para la multitud, que se trataba de una exhibición de oratoria pública en que el joven orador ponía a prueba su capacidad para influir sobre un público reunido espontáneamente.

De acuerdo con la misma versión, publicada en el diario, el estreno de Héroult como orador público fue un triunfo, tanto más impresionante porque supo evitar los estridentes excesos de la escena (aunque en realidad este futuro jacobino ya estaba recibiendo lecciones de la actriz Mademoiselle Clairon):

El discurso del joven magistrado no tenía pretensiones de elocuencia; su estilo era sereno y tranquilo como el de la propia ley: tenía algo del control de las pasiones tan necesario para la inteligencia si se quiere descubrir la verdad. La convicción y la lucidez se desprendían gentil y gradualmente de sus palabras, sin que hubiese esos silogismos que no guardan ninguna relación con la razón... todos los que oían hablar a este joven magistrado podían apreciar la sabiduría con que el tono del discurso promovía la naturaleza de su causa.

Aunque el estilo elegido por Héroult fuese el de un ponderado hombre de la ley, no por eso la representación entera tenía menos elementos de cálculo teatral. Cuando concluyó, la multitud rompió en sonoros aplausos, a lo cual él respondió con una actitud de modestia, remitiendo la aclamación a los magistrados superiores que le habían precedido. Esto era actuación escénica del más elevado orden, y por ella misma Héroult llegaría a ser justamente famoso en la Convención e incluso, hacia el final, sobre el patíbulo, antes de la decapitación de su camarada Danton. En 1785 su persona parecía rezumar sinceridad, incluso a juicio del endurecido cronista del *Journal*. «Nunca el talento ha demostrado tanta elegancia como cuando él [Héroult]

se inclinó para revertir su propio renombre sobre los talentos ajenos». Uno recuerda a Pilâtre en el teatro de Lyon, retirando los laureles de su frente para depositarlos sobre la cabeza de Montgolfier: era el nuevo heroísmo romano.

Después de la austeridad y la modestia llegaba la sensibilidad. Al descender del estrado, Héroult fue abrazado por sus veteranos colegas de toga, entre ellos el famoso orador Gerbier, a quien él públicamente consideraba su «padre» profesional. «Nunca», dijo el escritor, su alma se había sentido «tan conmovida como al presenciar esta escena».

Aunque astutamente adoptaba el aire de un novicio en el arte de la oratoria legal, a los veintiséis años Héroult ya tenía algo de maestro. Compartía una ascendencia aristocrática con muchos otros extremistas elocuentes y ambiciosos de este período. Como Lafayette, era un huérfano de la batalla de Minden, donde su padre, coronel de Caballería, había cargado sobre las líneas británicas en el gesto fútil que truncó la flor de la aristocracia militar francesa, y después había muerto de sus heridas en Cassel, el año del nacimiento de Héroult. Su abuelo había sido condiscípulo de Voltaire y teniente de policía en París, donde se esforzó por suprimir las lidias públicas de toros y perros y organizar la eliminación de los residuos depositados en las sucias calles de la ciudad. A partir de esta tradición de patriotismo y servicio público el joven Héroult de Séchelles, que demostraba un talento precoz, decidió conscientemente «abrazar la toga más que la espada». Educado por los oratorianos y promovido por sus parientes, fue designado *avocat du roi* en el Parlamento a la edad asombrosa de diecinueve años. Quizás aprendiendo de una de las nuevas obras corrientes sobre la retórica legal —por ejemplo, *La elocuencia del foro* (1768), de Pierre-Louis Gin— conquistó la reputación de especialista en la defensa de los que plausiblemente podían aparecer como «víctimas de la opresión». Sus casos incluyeron la defensa de una esposa, separada del marido, y condenada al claustro por el Parlamento de Rennes, respondiendo a la petición del esposo, y la de una hija ilegítima cuyo padre deseaba apoderarse de la propiedad legada por la madre.

En 1779 Héroult amplió su gama retórica componiendo para un concurso de la Academia un panegírico del abate Suger, el gran creador de Saint-Denis del siglo XII. Todavía a principios de la veintena, llevado por el entusiasmo intelectual, se sintió conmovido por Rousseau (lo cual era previsible) y, de un modo menos previsible, por el historiador de la naturaleza Buffon. En 1783 inició un viaje de homenaje a Zurich con su amigo el aristócrata Michel Lepeletier (miembro de otro de los grandes clanes parlamentarios) para ver al gran hombre. Las fuentes cercanas a Buffon insisten en que, atacado por agudos dolores a causa de los cálculos biliares, el científico no pudo recibir a Héroult y Lepeletier. Pero esto no impidió que el primero escribiese e incluso publicara un relato detallado del encuentro. En esta versión, Buffon aparece como un sabio venerable, en quien se ha conservado la sencillez de la naturaleza, y como un hombre que otorga su bendición al ardiente y joven acólito. Vestido con una bata amarilla con rayas blancas y flores azules:

Vino a recibirme majestuosamente, abriendo los brazos... y dijo: «Os considero un antiguo amigo, puesto que deseáis verme». Contemplé una faz refinada, noble y serena. A pesar de sus setenta y ocho años uno habría dicho que tenía sólo sesenta, y era aún más singular que, habiendo soportado poco antes dieciséis noches sin pegar los ojos y soportando un sufrimiento inenarrable que aún persistía, se mostrara fresco como un niño y sereno como si gozara de perfecta salud.

Diestro en la autopromoción, Héroult era un joven orador enérgico (y extrañamente apuesto), y en este sentido su reputación llegó a oídos de la reina. Después de todo, era oficialmente uno de los «hombres del rey» (designado por el gobierno) en el Parlamento. La reina le recibía en la corte, y evidentemente estaba tan impresionada por la atrevida confianza en sí mismo que Héroult demostraba que le regaló un pañuelo bordado especialmente. Héroult se complacía en exhibir esta prenda de favor, y afirmase que usó el pañuelo a lo largo de sus años como jacobino militante, hasta el día en que la guillotina cortó su propia cabeza. En 1786, un año después de su oración en el Châtelet, se le concedió el honor de inaugurar las llamadas «harangues», que seguían a la iniciación del nuevo período de sesiones del Parlamento de París. Era una gran ocasión pública, y en la *Gazette des Tribunaux* un colega abogado informó que «su discurso era esperado con mucha impaciencia por el numeroso público. Abundaba en las formas y la belleza que distinguían a los oradores de las antiguas repúblicas... se vio interrumpido por frecuentes salvas de aplausos, y fue visible que sobre todo los abogados estaban poseídos por el entusiasmo que puede excitar a los hombres, y a través del cual ellos descubren sus propias cualidades y el secreto de su poder».

Por lo tanto, es posible que la espectacular carrera inicial de Héroult se viera facilitada por la cuna, la educación y las relaciones. Pero dependió sobre todo del aprovechamiento sistemático de la elocuencia, como reconocen sus *Reflexiones acerca de la declamación*. Supo usar sus cualidades oratorias para ascender en la escala profesional del antiguo régimen, y al mismo tiempo perfilar una figura pública que tenía reputación de integridad e independencia. Sin embargo, la idea de utilizar el foro como una especie de tribuna pública general tenía límites, y cuando se ponían severamente a prueba el sistema podía expulsar en lugar de absorber al extremista. Mucho dependía de la línea adoptada por el orador. Héroult y su colega Target, que llegaría a ser revolucionario y uno de los autores de la Constitución de 1791, sin duda tomaban partido por los parlamentos en la mayoría de las disputas con la corona. Sólo a partir de fines de 1788 se separaron de ellos en relación con la forma y la composición de los Estados Generales. Pero el hombre que durante la década de 1760 había hecho más que nadie para inventar el concepto y la práctica de un foro destinado a apelar directamente al público —Simon Linguet— procedió así como parte de una campaña contra los parlamentos.

Linguet en efecto era un fenómeno en la vida pública del antiguo régimen. Una espina clavada en el costado de prácticamente todas las instituciones gobernantes; creó un estilo de discurso y composición que previó exactamente el estilo

revolucionario de la incriminación filosa, y la cólera apasionada. Hasta hace relativamente poco, Linguet ha sido desechado en el mejor de los casos como una curiosidad excéntrica, un individuo demasiado caprichoso para haber ejercido una influencia seria sobre la dirección de la política del antiguo régimen. Una espléndida biografía de Darline Gay Levy ha hecho todo lo posible para salvarle de esta oscuridad, y ahora es cada vez más evidente que en el mundo político de Francia durante este período casi no hubo rincones que no se viesan influidos por su talento y su reputación. Como abogado precoz de los tribunales durante la década de 1760 conquistó fama y notoriedad, porque abrazó una serie de *causes célèbres* espectaculares, entre ellas el caso del Chevalier de La Barre, acusado de mutilar un crucifijo y condenado a que le cortasen la lengua, le decapitasen y quemasen por separado en la pira el cuerpo y la cabeza. Desaforado porque sistemáticamente usó el foro para hacer la guerra a los tribunales y los magistrados, Linguet se volvió hacia el periodismo, donde sus dotes para desencadenar ataques ácidos y enérgicos fueron casi tan impresionantes como a través del discurso. Pero dos aspectos de sus escritos anticiparon el discurso revolucionario más directamente que todo el resto: su preocupación para enfrentar la retórica de la «Libertad» con temas referidos al hambre, la propiedad y la subsistencia; y las coléricas *Memorias de la Bastilla* escritas en 1783, después de una sentencia de dos años, consecuencia de una *lettre de cachet*. Las *Memorias* de Linguet, que gozaron de enorme demanda, contribuyeron más que ninguna otra a crear un símbolo mítico del despotismo del antiguo régimen, y este símbolo concentró en sí mismo toda la cólera, la hostilidad y la desesperación que estaba acumulándose a fines de la década de 1780.

Linguet fue en realidad el inventor del abogado como defensor público, y así él fue quien posibilitó que una generación posterior pasara de las arengas en la sala del tribunal a los debates políticos. *Su Historia del... siglo de Alejandro*, publicada en 1762, ya había vuelto los ojos hacia la antigua Grecia buscando el ideal del orador-abogado capaz de accionar para el público «los resortes del corazón humano». En cambio, los estados modernos han privado al tribuno público de todo lo que sea un papel importante en los procedimientos judiciales, pues los envuelven en secreto o los rodean de convenciones legales formalistas. Correspondió al talentoso orador mostrar estas mistificaciones exponiéndolas directamente a la censura popular.

Y en sus casos llevados a juicio Linguet procedió a hacer exactamente eso, utilizando a las multitudes de espectadores que acudían a oírle hablar en la Grand'Chambre del Parlamento exactamente como si hubiesen formado una audiencia teatral, excitándolas para que aplaudiesen, aclamaran y silbaran, gritaran y golpeasen con los pies. Trató de recibir casos (ganó pocos) que se relacionaran directamente con los temas de la sensibilidad. En el caso de La Barre apeló a todos los resortes emotivos, creando un cuadro de atmósfera digno de Greuze. Al criticar el testimonio confesional de un joven compañero de La Barre como el fruto de la intimidación brutal, pintó un retrato verbal de «este infortunado niño, postrado a los

pies del juez...». Además del caso La Barre, defendió a la esposa protestante del vizconde de Bombelles, que había sido abandonada por el marido en favor de una mujer católica, y cuyos hijos habían pasado a la custodia de católicos. Linguet perdió el caso, pero mereció la aclamación pública. Sus tácticas de actuar para la galería eran perfectamente chocantes para los magistrados. Un juez real recomendó a los jóvenes abogados que no «le considerasen [a Linguet] un modelo... trátense de su peligroso arte de cubrirlo todo de sarcasmos... o... de la desenfrenada audacia de formular apóstrofes independientes al público y el intento de utilizarlo como ariete para forzar el voto de los jueces».

Incluso ese estilo público agresivo podría haber sido aceptable si Linguet se hubiese mostrado más flexible en el área política. Pero en lugar de expresar solidaridad con los tribunales en sus conflictos con la corona, su *Teoría de las leyes civiles* de hecho apoyaba el «despotismo oriental» como el mejor de todos los sistemas, pues sólo él podía garantizar que se protegiese al pueblo de la privación material. Adoptando una postura tan agriamente reaccionaria que de hecho llegó a ser extremista, defendió la esclavitud como un sistema social que tenía más probabilidades de garantizar las reciprocidades de la obligación y la subsistencia que lo que conseguían las «libertades» de un mercado de la fuerza de trabajo.

Más aún, Linguet atacó las credenciales personales y la competencia de los jueces (en muchos de ellos la educación legal dejaba bastante que desear, pues habían comprado sus cargos) para fallar en casos importantes. Por lo tanto, en nombre de la justicia real y la protección de los pobres, Linguet organizó un ataque directo a todo el sistema de la nobleza legal. Como al mismo tiempo había desencadenado un ataque igualmente violento contra los *philosophes*, en quienes veía otra elite autoperpetuada, consiguió crear una formidable colección de enemigos. En 1755 fue su propio cliente en un procedimiento de desafuero que perdió, pero sólo después de que quinientos de sus partidarios de la galería se abalanzaran sobre la Grand Chambre esgrimiendo palos y cuchillos. «Puedo sucumbir como Sócrates», anunció el tribuno, derrotado pero no sometido, con lo que según todas las reseñas era una voz aguda y aflautada, «pero no quiero que mis Anitus queden impunes. Vosotros afirmáis que estáis juzgándome. Acepto todo esto, pero colocaré entre vosotros y yo a este Supremo Juez al que se subordinan los tribunales más absolutos: la *opinión pública*».

Al adoptar conscientemente el papel de Rousseau de los tribunales —perseguido, aislado y condenado al ostracismo, incapaz de reprimir las verdades que el corazón dictaba a los labios— Linguet se convirtió en el héroe inverosímil de una generación entera de jóvenes escritores y abogados ansiosos de presentarse en el papel del tribuno grecorromano. Fue la primera persona buscada por Jacques-Pierre Brissot cuando éste llegó a París desde las provincias. Brissot también intentaría utilizar una carrera legal para que fuera audible la argumentación hasta ese momento meramente escrita. Y como su modelo de rol, también él se impacientó con los procesos bizantinos que se le ofrecían gracias al acceso al mundo del foro. Cansado de su

aprendizaje, hizo campaña por una renovada versión de lo que según imaginaba era el foro republicano romano. En ese nuevo orden de la profesión jurídica, los abogados podrían alegar directamente en una tribuna pública ante el pueblo reunido, liberarse de todas las restricciones jerárquicas corporativas, sin sujetarse a ningún tipo de censura de las opiniones, y los jueces serían designados por el Estado puramente sobre la base de la integridad inatacable y la elocuencia. La visión mítica que tenía Brissot del ejercicio virtuoso de la profesión de abogado procedía directamente de la nostalgia de Linguet por una antigüedad en que habían existido «inimaginables asambleas de toda la nación, de modo que un solo hombre podía arengar a veinte mil personas...».

Linguet y sus admiradores privilegiaban la palabra hablada sobre la impresa, porque creían que en cierto modo aquella tenía menos posibilidades de alienación. En este sentido, se entendía que la voz era «indivisible» del hombre, y que en cambio el folleto o el tratado toleraban la censura, la supresión o la rectificación más fáciles de las autoridades. Presuntamente más espontánea en su expresión misma, la voz de la oratoria anunciaba más fielmente las cualidades particulares del individuo, y por lo tanto estaba menos expuesta a los sofismas, los ocultamientos y los artificios que podían volcarse en la página impresa. Durante la década de 1770, cuando fue a Inglaterra, Linguet comprobó desalentado cuán ponderosos, formulistas y poco inspirados eran los discursos del Parlamento, y los diferenció con absoluta claridad del tipo de declamación neorromana que sería la voz predicadora de la virtud pública.

Y precisamente esta virtud superior fue lo que mereció tan elevado aprecio de los revolucionarios. Ciertamente, la expresión pública en diferentes foros —el club revolucionario, la convención, incluso el campamento militar— habrían de adquirir una importancia estratégica. En varios momentos críticos, la capacidad de conmover al público, amplio o limitado, era la diferencia entre la vida y la muerte, entre el triunfo y el desastre. Las grandes cascadas de retórica que brotaban de las bocas de los oradores revolucionarios atrajeron tanto a los historiadores románticos del siglo XIX que admiraron su esplendor teatral, que intentaron reproducir esos discursos en forma de fragmentos escritos incorporados a la narración. Y a su vez eso ha conducido a las versiones modernas, hasta hace muy poco, a subestimar un tanto el efecto de la retórica hablada. Pero las famosas réplicas de Mirabeau ante la intervención real en los Estados Generales; el inflamado discurso de Desmoulins encaramado sobre una mesa en el Palais-Royal, el 12 de julio de 1789; la hirviente retórica de Saint-Just frente al Ejército del Sambre-et-Meuse, representaron todos un papel fundamental, porque remplazaron una informe oleada de miedo y cólera con un sentido de fraternal solidaridad. En este sentido, no parece exagerado decir que la oratoria creó al «pueblo», y no viceversa. Inversamente, la imposibilidad de ser oído podía representar una sentencia de muerte. Robespierre se ocupó de que la tonante voz de barítono de Danton no saboteara el proceso, y para lograrlo lo aisló de una gran audiencia pública. Pero el derrumbe de la elocuencia del propio Robespierre

frente a la Convención sofocó su discurso, y aseguró su propio derrocamiento, el nueve de Termidor.

Por lo tanto, la dicción pública era el poder público. Y había fuentes de entrenamiento en el discurso, además del foro, que permitían enriquecer la elocución. Por ejemplo, Hérault asistía al teatro para pulir sus tiempos y sus inflexiones. Conducido por Mademoiselle Clairon, trató de imitar un estilo específico en el teatro clásico: el de los actores Mole y De Larive, famosos por sus graves representaciones de héroes patriarcales. Un número sorprendente de revolucionarios mantuvo vínculos directos y profesionales con el teatro (Collot d'Herbois, Camille Desmoulins, los hermanos Chénier, el militante *sans-culotte* Ronsin y muchos otros). Philippe Fabre, de la pequeña ciudad pirenaica de Limoux, se convirtió en un personaje de nombre más grandioso, «Fabre d'Eglantine», cuando se le otorgó la eglantina roja, como premio a la elocuencia, en la Academia de Toulouse. Y precisamente este episodio le inició en su carrera nómada de dramaturgo, poeta, compositor de canciones, guitarrista y actor trashumante, que culminó en París en víspera de la Revolución, con una serie de fracasos espectaculares.

El sermón del púlpito era otra forma importante de ensayo. En la segunda parte del siglo XVIII la iglesia intentó contener los avances de la secularización promoviendo misiones predicadoras evangélicas tanto en París como en las provincias. Tuvieron bastante éxito, y muchos de los oradores más vigorosos de la Revolución procedieron de este trasfondo eclesiástico. Claude Fauchet, el obispo de Caen que predicó el evangelio de la igualdad social en las reuniones de su «Círculo Social» de Notre Dame, fue una de estas figuras; el abate Grégoire, que promovió los principios de la tolerancia y la igualdad de derechos para los judíos, fue otro.

En el mundo lego hubo muchas oportunidades de declamación pública fuera del ámbito de la política. Las academias exigían panegíricos de las luminarias recientemente fallecidas y de figuras desaparecidas mucho tiempo antes, a las que deseaban exaltar. Los discursos de recepción de los miembros recientemente acogidos en las filas cumplían la misma función. Y algunos notables de la elite de París llegaron a ser famosos por su retórica. Por ejemplo, Chamfort, amigo de Talleyrand, en 1769 había recibido de la Academia un premio de elocuencia, y fue elegido miembro en 1781 sobre todo gracias a su capacidad retórica. El teatro clásico suministraba el modelo de la grave elocución preferida en estas actuaciones, pero una fuente más probable fue el aula de latín, frecuentada prácticamente por todos los aspirantes a la elocuencia pública.

Como sugiere el informe acerca del discurso de Hérault en 1786, el mejor elogio discernido a los oradores era compararlos con las figuras de la antigüedad a las que intentaban emular. La Revolución Francesa estaba obsesionada sobre todo con el modelo de la república romana, y buscaba inspiración en los discursos de Cicerón tanto como en la oratoria incluida en las historias de Salustio, Tito Livio y Plutarco. Por ejemplo, Camille Desmoulins citó fragmentos de Cicerón por lo menos cuarenta

y tres veces durante sus períodos relativamente breves de asistencia a las asambleas revolucionarias, y Brissot le citó, por intermedio de Plutarco, un total de diez veces. El abate Boisgelin, que habría de ser diputado del clero en 1789 y que diez años antes publicó una obra sobre la elocuencia antigua, resumió la reputación de este paradigma afirmando que «cuando Cicerón hablaba en el Senado, era el padre de su país [*père de la patrie*]». Boisgelin continuaba quejándose de la ausencia de una retórica seria análoga en su propio tiempo, porque «ya no hay grandes temas que tratar». Antes de que pasara mucho tiempo se corregiría esta falencia. Pero ya los que inconscientemente intentaban revivir la tradición antigua de la oratoria política la asociaban (en Atenas tanto como en la Roma republicana) con la práctica de la libertad. Por consiguiente, el «foro» se convirtió en el «foro popular», o la «tribuna», como llegó a denominarse en las asambleas revolucionarias, en que las voces de los que intentaban persuadir a los representantes del pueblo podían ser juzgadas con ecuanimidad.

A través del poder de la oratoria la generación revolucionaria trataba de revivir la ciudadanía activa que según se creía había existido en ciertos períodos de la antigüedad. Es muy sintomático que la hubiesen descubierto ante todo en la escuela, donde era el contenido usual de los currículos de muchos colegios. Por ejemplo, el caso del College Louis-le-Grand, donde Robespierre fue uno de los muchos becados —algunos de ellos procedían de medios aún más modestos de los oficios, el comercio y las artesanías especializadas—. Camille Desmoulins recordaría que en la misma escuela los maestros como el abate Royau recomendaban a sus alumnos que admirasen la sencillez, la frugalidad, la austeridad, el coraje y el patriotismo de los héroes de la república romana. Y precisamente en el colegio se exigía a los alumnos que modelasen sus discursos de acuerdo con la precisa construcción de Cicerón, utilizando sucesivamente el exordio, la narración, la confirmación, la refutación y la perorata. Allí también habían sido introducidos en los adornos de la retórica: la metáfora, el tropo, la exclamación y la interrogación, todos aspectos que se manifestarían abundantemente en la expresión revolucionaria.

No cabía duda de que en los héroes de la antigüedad republicana, la generación revolucionaria hallaba conmovedores modelos de rol, y al mismo tiempo, que la admiración confirmaba su opinión de que los estereotipos contemporáneos en que ellos vivían correspondían a los peores excesos de la corrupción dorada descrita en las historias romanas. Por ejemplo, en la *Conjuración de Catilina*, de Salustio, en que después de la derrota de Cartago «la virtud comenzó a perder su lustre... como resultado de las riquezas, el lujo y la codicia». En cambio, en la edad de oro de la república

se cultivaba la moral elevada en el hogar y el campo... la justicia y la probidad prevalecían en ellos gracias no tanto a las leyes como a la naturaleza. Las riñas, la discordia y la lucha estaban reservadas para sus enemigos; los ciudadanos competían unos con otros sólo en el mérito. Eran generosos en las ofrendas a los dioses, frugales en el hogar y fieles a sus amigos...

Que esta visión de una relación ejemplar entre la moral privada y las virtudes públicas sonase como Rousseau en nada contribuía a desvalorizarla como modelo. Asimismo, la designación ciceroniana de *homines novi* —nuevos hombres— como los que se elevaban en virtud de su sano civismo y su elocuencia suministró a la generación de la década de 1780 su propia y colectiva marca distintiva del mérito.

El resultado fue establecer un sólido vínculo de identificación entre los republicanos antiguos y los modernos. A los nueve años, Manon Philipon llevaba consigo a la iglesia un ejemplar de Plutarco, y recordaba que «de ese momento datan las impresiones y las ideas que me convertirían en republicana». La lectura de la historia «inspiró en mí un auténtico entusiasmo por las virtudes públicas y la libertad». Algunos en efecto se sintieron tan transportados que consideraron difícil, cuando no imposible, reconciliarse con el presente. Mercier, que había enseñado en el colegio cuando estaba en la veintena, era otro idólatra de los antiguos, y después de regodearse en la majestad de la república le pareció «doloroso salir de Roma y descubrir que uno aún continuaba siendo un plebeyo de la rue Noyer».

El patriotismo «romano» (pues era mucho menos usual que fuese ateniense) participaba de algunas de las virtudes del culto de la sensibilidad, pero en otros aspectos exhibía acentos distintos. Por una parte, tendía menos a detenerse en lo lacrimoso, y en cambio exaltaba el autodomínio estoico por sobre la expresión emotiva. Era de un modo muy consciente una cultura «viril» o masculina: austera, muscular e inflexible, más que tierna, sensible y compasiva. Como estilo arquitectónico y de la decoración de interiores el neoclasicismo manipuló formas desnudas y severas: capiteles que eran dórico simple más que el complicado corintio o el delicado jónico. Y la publicación de la pintura mural romana (por el futuro ultrajacobino Sylvain Maréchal, entre otros) de Pompeya y Herculano popularizó en formalismo semejante al de los relieves.

Algunos entusiastas de la antigüedad consiguieron viajar a los lugares más famosos para comulgar directamente con sus fantasmas. Algunos incluso llegaron al Peloponeso, y unos pocos más a Sicilia, Nápoles y la Campania. Pero los visitantes franceses tendían a formar un grupo menos numeroso que sus contrapartes ingleses que realizaban la Gran Gira. En general, la creación del Prix de Rome por la Real Academia de Pintura y su escuela en la misma ciudad posibilitaron que los pintores franceses en ciernes bebiesen en la fuente de la cultura clásica. El nuevo director de artes de Luis XVI (oficialmente el superintendente de Construcciones), d'Angiviller, estaba especialmente interesado en el aprovechamiento de las becas disponibles aplicando un estilo más austeramente meritocrático que durante el régimen de su predecesor Marigny. Y a fines de la década de 1770 también inició un programa destinado a alentar una nueva generación de cuadros históricos explícitamente concebidos para inculcar las virtudes públicas asociadas con la Roma republicana: el patriotismo, la fortaleza, la integridad y la frugalidad.

Así, los héroes que expresaban estos valores desfilaron en amplios formatos por

los salones: Junio Bruto, que había ejecutado a sus propios hijos cuando fueron condenados por su participación en una conspiración realista; Mucio Scévola, que sostuvo su mano sobre el fuego para demostrar su inflexibilidad patriótica; Horacio Cocles, que solo defendió el puente contra los etruscos; Gayo Fabricio y Escipión, cuya incorruptibilidad había sido exaltada en las historias. Se sumaban a estas obras ejemplares escenas junto al lecho de muerte, y en ellas los filósofos de inflexible integridad —Sócrates, Séneca y Catón— perecían por propia mano antes que rendirse frente a los dictadores.

Muchos de estos individuos meritorios ya eran un rasgo conocido de la autoexaltación oficial de otras culturas republicanas. Por ejemplo, Bruto, Gayo y Escipión aparecían todos con perfiles prominentes en las decoraciones esculpidas y pintadas del Municipio de Amsterdam, a mediados del siglo xvii. Pero según se presentaban en los Salones de fines de las décadas de 1770 y 1780 —y sobre todo en los cuadros de Jacques-Louis David— formulaban un mensaje nuevo con turbadora elocuencia: el equivalente pictórico de la retórica de Linguet.



El juramento de los Horacios

[\(Ampliar\)](#)

El más espectacular de estos manifiestos pictóricos fue *El juramento de los Horacios*, de David, que apareció —tarde, y en un cuadro de grandes proporciones— en el Salón de 1785. Se ha escrito mucho sobre esta obra extraordinaria, y las polémicas acerca de sus consecuencias políticas o la ausencia de las mismas de ningún modo está agotada. Es indudable que era una pieza agresivamente heterodoxa y que intencionadamente rompía con las convenciones académicas (incluso las veneradas por neoclásicos como Poussin). También es evidente que utilizó un lenguaje cromático intencionadamente purificado y sombrío, y que desechó la obligatoria composición «piramidal» para apelar a una disposición del tipo de relieve en el marco de una caja de escasa profundidad, con grupos de figuras separadas bruscamente en tres disposiciones desconectadas unas de otras. Lo que continúa siendo materia de discusión es si estas modificaciones dramáticas de las formas fueron en sí mismas una suerte de vocabulario radical, y fueron identificadas como tales por los contemporáneos. Después de todo, David pintó su tema en cumplimiento de un encargo real patrocinado por d'Angiviller, y toda su carrera había sido típica del trepador talentoso que lo elevó fácilmente hacia el renombre y la fortuna durante la década de 1780. Los órganos oficiales como el *Mercure de France* y las críticas oficiosas como la *Correspondance Secret* de Metra, coincidían en el genio de la obra. Pero como hemos visto en el caso de Beaumarchais e incluso de Rousseau, era muy posible que la corte tanto como los más encumbrados entre *les Grands* respaldasen lo que en una visión retrospectiva parecen ser los mensajes más subversivos.

Pero es indudable que *El juramento de los Horacios* provocó un clamor sin precedentes en el propio Salón y en los círculos críticos de París. El *Mercure* afirmó exultante que «la composición es la obra de un nuevo genio, anuncia una imaginación

brillante y valerosa...». Por lo menos parte de su fama respondió al intenso interés narrativo de la anécdota. Atacados por los Curiacios, los tres hijos de Horacio han retado a tres de sus jóvenes contrapartes del campo enemigo a combate mortal, para evitar a las respectivas poblaciones la devastación de la guerra general. Pero la historia se complica por el hecho de que mientras uno de los Horacios estaba casado con una hermana de los Curiacios, su propia hermana Camila estaba comprometida con uno de sus enemigos. El combate es tan letal que sólo uno de los hermanos romanos sobrevive, y cuando regresa y descubre a su hermana que guarda luto por su prometido, la mata en un acceso de cólera patriótica.

Por lo tanto, la historia de los Horacios unía los temas morales de las virtudes domésticas exhibidas en los cuadros de la sensibilidad de las décadas de 1760 y 1770 con la épica marcial y patriótica de la generación siguiente. Y David había imaginado una escena que no estaba prevista en ninguna de las fuentes imaginables, entre ellas la más conocida: la tragedia *Les Horaces*, de Corneille. Pues el momento en que el padre compromete a sus hijos a realizar el sacrificio patriótico es el mismo en que la espada emocional muestra un terrible doble filo. La serena determinación masculina del patriotismo a la izquierda y el centro del cuadro se contraponen al tierno grupo de la derecha, con las mujeres afligidas y los niños inocentes, sobre quienes se proyecta ya la sombra de la tragedia inminente. Esta asombrosa combinación de lo heroico y lo trágico fue el factor que conmovió a tantos de los admiradores de la obra, que no vacilaron en situarla no sólo en el contexto de la retórica neoclásica, sino también en el marco de la sinceridad emocional de Rousseau. El informe del *Journal de Paris* fue típico:

Es absolutamente necesario ver [este cuadro] para comprender por qué merece tanta admiración. Observe... un diseño correcto... un estilo que es noble sin ser forzado [*clinquant*], un color fiel y armonioso... un efecto que es nítido y claro y una composición saturada de energía, que apoya una expresión enérgica y terrible [es decir, en las caras del grupo central] lo cual contrasta con la postración que prevalece en el grupo de mujeres. En definitiva, si he de juzgar por el sentimiento de otros así como por el mío propio, uno percibe al ver este cuadro un sentimiento que exalta el alma y que, para usar una expresión de J. J. Rousseau, tiene algo acerbo que atrae; todos los atributos están tan bien observados que uno se cree transportado a los primeros días de la República Romana.

Sería prematuro ver en el cuadro (aunque esa sea la actitud de algunos críticos) una profecía inequívoca del posterior jacobinismo de David. Incluso si los decanos de la Academia (sobre todo Pierre, el pintor oficial del rey) se sintieron inquietos ante la heterodoxia del cuadro, no hay pruebas de que la obra llevase a David a perder el favor de d'Angiviller, o incluso de la corte, que le envió más encargos. Si el brazo extendido de los Horacios habría de convertirse en el modo usual de recibir un juramento revolucionario —aparecen en un cuadro posterior inconcluso de David, *El juramento del Juego de Pelota*, de 1789— sería porque la Revolución se había apropiado el gesto. Pero sería igualmente miope no advertir que todos los ingredientes necesarios en la retórica revolucionaria estaban anunciados

espectacularmente en esta obra: el patriotismo, la fraternidad y el martirio. Y si en el caso de una generación anterior de visitantes del Salón, la virtud pública había nacido y se había nutrido en el seno de una familia de tiernos sentimientos, ahora absorbía una actitud de brutal desafío.

[Ver Fuentes y Bibliografía](#)

IV - La difusión del verbo

Imaginemos que un cortesano tenía apetencia de publicaciones prohibidas: la sabrosa hoja de murmuraciones *English Spy*, publicada por Pidanzat de Mairobert en Londres; las *Confesiones* de Rousseau; las *Mémoires de la Bastille*, de Linguet; el incendiario ataque del abate Raynal contra la colonización europea, la Historia... de las dos Indias. ¿Dónde podía hallarlas? No lejos, pues precisamente al pie de la rampa que partía de la terraza del palacio de Versalles había un puesto de libros perteneciente a M. Lefèvre, donde, en el momento oportuno y por la suma apropiada, podía adquirirse un selecto surtido de todos estos artículos. Con una línea directa que le unía a uno de los más prolíficos impresores de libros prohibidos, Robert Machuel de Ruán, y una esposa que procedía de la dinastía de librerías de los Mérigot, Lefèvre parecía ocupar un lugar seguro como vendedor tolerado en las puertas mismas del poder real. Pero en 1777 sobrepasó el límite porque comenzó a vender folletos pornográficos que calumniaban a la reina —quizá la famosa *Anandria*, en que se la describía formando triángulos amorosos lesbianos—. Fue arrestado debidamente, y cuando salió de la Bastilla, concluyó su carrera en la profesión más segura de propietario de una juguetería.

Por sorprendente que pueda parecer, la corte y la alta nobleza eran importantes consumidores de las obras que más contribuían a deteriorar su propia autoridad. La localidad de Versalles contaba con una serie de tiendas donde los vendedores más profesionales (*colporteurs*) descargaban su caudal. Por ejemplo, Delorme, que utilizaba Dunquerque como puerto de entrada de sus libros, tenía su propio puesto de venta en Versalles, y ciertamente no era el único. El apetito de la corte por la literatura osada —tanto política como erótica— puede medirse por el hecho de que puestos de venta análogos se hallaban instalados en las ciudades donde la corte se trasladaba por temporadas, sobre todo Compiègne, Fontainebleau y Saint-Cloud. De un modo apenas menos directo, la inmunidad de que gozaban las grandes familias aristocráticas frente al allanamiento y el secuestro significaba que los *colporteurs* tendían a utilizarla desvergonzadamente para contrabandear su mercancía. El cochero del duque de Praslin era prácticamente un *colporteur* por derecho propio, y en 1767 se descubrieron seis bultos de libros clandestinos en un carro que ostentaba las armas del mariscal de Noailles. Incluso Artois, hermano menor del rey (que como Carlos X adoptaría una línea tan severa frente a la literatura sediciosa), según se afirmaba protegía a los vendedores de libelos.

Estas historias parecen vindicar la opinión de Tocqueville en el sentido de que el antiguo régimen provocó su propia ruina al coquetear irresponsablemente con ideas mal digeridas, pero que le parecían entretenidas: el equivalente literario del síndrome

de Fígaro. A los ojos de los escritores contrarrevolucionarios, que observaron retrospectivamente el desastre de 1789, la proliferación de material sedicioso y calumnioso pareció aún más siniestra, la prueba de una conspiración concebida entre los impíos seguidores de Voltaire y Rousseau, los francmasones y el duque de Orleans. Después de todo, ¿acaso el Palais-Royal no era una de las más notorias guaridas de iniquidad, donde incluso se prohibía la acción de la policía sobre los mercaderes de esta basura literaria?

Como es natural, los historiadores modernos se han apartado de todo lo que pueda interpretarse como adhesión a la teoría de la conspiración literaria aplicada a la Revolución Francesa. Como no pudieron descubrir en las bibliotecas contemporáneas la obra canonizada por la Revolución —el *Contrato Social* de Rousseau— en general desecharon el concepto de la conmoción como el producto de la existencia de peligrosos hábitos de lectura. El descubrimiento que hizo Robert Darnton de una rica veta de lodo literario —un amontonamiento indiscriminado de libelos pornográficos, vitriólicas sátiras y teoría política radical— ha reafirmado la importancia corrosiva de las publicaciones atrevidas. Pero si bien es cierto que los productores de gran parte de este material descargaban su fuego más cerrado sobre los personajes del sistema literario y político, sería engañoso creer que en conjunto eran «extraños» al sistema. Por el contrario, descargaban sus andanadas desde el interior del campo bien fortificado del radicalismo aristocrático —el Palais-Royal o el patio del Palais de Justice—. Y no era la desconexión, sino la conexión entre el mundo del patronazgo adinerado y la áspera polémica lo que determinaba que los daños sufridos por las dignidades del antiguo régimen fuesen tan graves.

En su euforia inicial, la Revolución abandonó todas las formas de censura y control sobre la publicación. La explosión de información impresa que fue el resultado de esa actitud resultó tan fenomenal que, en contraste, se tiende a considerar carenciado al antiguo régimen. De hecho, la última década de la monarquía presenció una proliferación de literatura efímera de todo tipo: periódicos, diarios literarios, folletos y panfletos, baladas y poemas impresos. Esta transformación de la prensa seguramente contribuyó mucho a crear el público hambriento de noticias y políticamente receptivo, y por su parte los periodistas revolucionarios se esforzaron por conquistar y retener la fidelidad de esta audiencia.

Antes de mediados de la década de 1770, las noticias políticas podían proceder únicamente del exterior. En Francia dos periódicos tenían autorización oficial: la *Gazette de France* y el *Mercure de France*, descendiente del periódico literario fundado durante la década de 1630. La *Gazette* ofrecía una visión en general mítica de la monarquía, y reseñaba ceremonias imperturbables y el desempeño de un gobierno sin roces; el *Mercure* traía ensayos inofensivos del amable mundo de las academias y las bellas letras. Las gacetas holandesas eran la fuente principal de noticias extranjeras fidedignas; de ellas, con mucho la más importante era un bisemanario, la *Gazette de Leyde* (la Gaceta de Leyden). Había periódicos análogos

en otras ciudades holandesas, por ejemplo Amsterdam y Utrecht; en el enclave papal de Aviñón, y pasando las fronteras, en Ginebra o Polonia. Con abundantes informes de los episodios militares y políticos de prácticamente todos los países principales de Europa y América del Norte, se presentaban como órganos al mismo tiempo temáticos y fidedignos, evitando la anécdota o los rumores recogidos al pasar. Lo que es más importante, como ha destacado Jeremy Popkin, publicaban completos los grandes manifiestos de la «política opositora» de Francia: las reprobaciones de los parlamentos y la Cour des Aides. Al destacar este material, la familia Luzac (como muchos otros editores, descendientes de la dispersión de los hugonotes), que editaba la *Gazette de Leyde*, no hacía secreto de su apoyo a una visión antiabsolutista de la constitución francesa. Pese a esto, no sólo las gacetas eran toleradas tácitamente en Francia, sino que se les permitía anunciar claramente los lugares de venta en todo el territorio francés, solicitar suscripciones y usar el correo real para distribuir los diarios. El mejor cálculo de la circulación de la *Gazette de Leyde* menciona la cifra de 4.000 ejemplares, de acuerdo con los parámetros del siglo XVIII, un número considerable.

El hombre que hizo más para convertir la actividad periodística, que era una rama menor de las letras elegantes, en una moderna empresa comercial, fue el formidable editor Charles-Joseph Panckoucke. Criado en Lille por su padre, que era autor y librero por derecho propio, Panckoucke se dedicó a escribir y traducir antes de trasladarse a París, en 1760. En esa ciudad compró dos importantes editoriales y librerías, y se aseguró aún más firme en el mundo literario desposando a la hermana de Suard, una de las permanentes mediocridades de ese ambiente. En muy poco tiempo Panckoucke se convirtió en el gran personaje del comercio librero parisiense. Dispensó atenciones antes desconocidas a sus autores, viajó a Ferney para ver a Voltaire, y a Montbard para tratar a Buffon, mimó el ego de estos hombres, y en una época notoria por el fraude y la piratería trató de garantizarles un ingreso decente, y en algunos casos incluso concedió adelantos. Como administrador de periódicos Panckoucke se mostró igualmente audaz. Publicó dos poderosos e importantes órganos, el *Journal de Genève* y el *Journal de Bruxelles*, y en 1774 empleó a Linguet para dirigir el segundo. Como podía preverse que sucedería, respondiendo a la costumbre de Linguet de arrojar ácido al rostro de todas las luminarias intelectuales y políticas contemporáneas, la circulación aumentó bruscamente, y alcanzó la cifra aproximada de seis mil ejemplares. Pero Panckoucke, siempre situado entre la sagacidad comercial y el ansia de respetabilidad, llegó a la conclusión de que los disparos mortales que Linguet dirigía a algunos de los autores apoyados por el propio Panckoucke eran insoportables, y después de dos años se desembarazó de él, remplazándolo por La Harpe, uno de los blancos favoritos de Linguet. En Londres, Linguet fundó su propio periódico, los *Annales Politiques et Littéraires*, que definió nuevas normas de vituperación sardónica, pero que también estaba lleno de artículos vivaces sobre las artes y la ciencia. Aprovechando, cosa un tanto sorprendente, la

permission tacite que le protegía de las acusaciones, si bien no le confería francamente una porción de respetabilidad, entre 1777 y el encarcelamiento de Linguet en la Bastilla en 1780 se publicaron setenta y un números de los *Annales*. Todos fueron distribuidos en París por Lequesne, un acaudalado comerciante textil. El biógrafo de Linguet cree que la circulación pudo llegar a la cifra de veinte mil ejemplares.

No satisfecho con estos resultados, Packoucke creó el primer diario, el *Journal de Paris*, que en esencia era una enumeración de los acontecimientos cotidianos, unido a breves críticas y despachos; en esta empresa, su cuñado Suard fue el director y copropietario. Siguió el *Mercure de France*, en 1778, y en este órgano se manifestó mejor el aspecto drásticamente modificado de la prensa. El *Mercure*, que era un diario aburrido y estirado, pasó a publicar cuarenta y ocho páginas, y se ufanó de presentar una amplia miscelánea de artículos: noticias estándar de las capitales europeas y americanas, y resúmenes de las gazetas, pero también canciones populares (se imprimían la música y la letra), adivinanzas y rompecabezas, críticas de música, teatro y literatura. En el número del 8 de mayo de 1784 se asignaron dieciséis páginas de crítica a *Las bodas de Fígaro*. Era una fórmula eficaz, y la circulación del *Mercure* alcanzó a unos veinte mil ejemplares en vísperas de la Revolución. Si los cálculos de un contemporáneo sobre la relación entre la circulación y el número de lectores es válida, parece posible que el periódico de Panckoucke tuviese un público lector de más de ciento veinte mil personas, en la época en que informaba con sombrero detalle el desastre final del gobierno de Luis XVI. «Esta reseña», observó un comentarista, «se ha difundido por doquier, entre los plebeyos tanto como entre los nobles, en los salones de la aristocracia tanto como en el modesto hogar del burgués, complaciendo igualmente a la corte y la ciudad». No se trataba sólo de un fenómeno parisiense, pues más de la mitad de los ejemplares del *Mercure* se vendían en provincias.

Había otras formas de publicidad que tendían a satisfacer los entusiastas apetitos literarios de los franceses. Las informaciones escandalosas del tipo de la *Correspondance Secret* (atribuida a Métra) y las *Mémoires Secrets* circulaban en forma de manuscrito y se recreaban minuciosamente en la política sexual de la corte, en los escándalos con ribetes monetarios, y cuando era posible, en el clero. Y si bien no tenemos medios para calibrar su circulación, podemos señalar que un órgano impreso, el *English Spy* o *The Correspondence of Milord All-Ear with Milord All-Eye* (La correspondencia de Milord Todo Oídos con Milord Todo Ojos), exportada de Londres, repetía muchas de las mismas versiones y alcanzó amplia difusión en la atmósfera sensacionalista de la década de 1780.

Es difícil evitar la impresión de que el mundo de la literatura «inferior» en el reinado de Luis XVI se parecía a un imperio de hormigas: columnas de correos enérgicos y decididos transportando objetos preciosos a los diferentes lugares de destino. Ciertamente, en Francia abundaban estos proveedores de rumores e ideologías, que despachaban, sobornaban y avanzaban presurosos viajando por

caminos y redes de comunicación bien definidas. Los canales y los ríos eran fundamentales para ese transporte. Algunos empezaron utilizando depósitos de almacenamiento en los puertos más alejados, por ejemplo Agde sobre el Mediterráneo y Saint-Malo sobre la costa bretona, y después avanzaron cautelosamente río arriba, en etapas prudentes. Sacar contrabando de Aviñón, un lugar rodeado por territorio francés, era más difícil, pero los pesqueros del Ródano eran utilizados para llevar cajas de libros y papeles río abajo, hasta Tarascon y Arles. Otra ruta se conectaba con el canal real en Toulouse, y desde allí los transportes podían seguir hacia el oeste, en dirección a Burdeos. Otros recorrían las fronteras orientales, de Estrasburgo a Dunquerque, y trataban de evitar los grandes pasos aduaneros de Sainte-Menehould, en la entrada de la Champagne, y Peronne, en la entrada de Picardía.

En todo caso, podemos suponer que los *colporteurs* trabajaban eficazmente, pues Lyon, Ruán, Marsella, Burdeos y la mayoría de las principales ciudades estaban bien abastecidas de obras ostensiblemente «prohibidas». En París podían obtenerse estas publicaciones no sólo en el Palais-Royal, sino en puestos instalados en el Pont Neuf y los muelles (eran los antepasados de los modernos *bouquinistes*). Aunque estaba explícitamente prohibido, los vendedores ofrecían libros en los vestíbulos de los teatros y en la Opéra, y recorrían los cafés y las ferias con paquetes bajo el brazo. Otros utilizaban las formas más sencillas posibles de exhibición: distribuían sus mercancías sobre un lienzo, a plena vista del público que pasaba por la calle. Algunos vendedores llegaron a ser bien conocidos, e incluso poderosos, como fue el caso de Kolman, Prudent de Roncours y Pardeloup; y algunos de los más formidables eran mujeres, sobre todo *la Grande Javotte*, que vendía en un puesto del quai des Augustins, y su socia, la viuda Allaneau, aún vigorosa cuando ya había pasado largamente la setentena.

En todo este tráfico había un grado extraordinario de complicidad de las autoridades. Por ejemplo, Girardin, el vendedor que se especializaba en libelos violentos contra la reina, operaba impunemente desde el *cul-de-sac* de l'Orangerie, en el corazón de las Tullerías. El patio del Hôtel de Soubise (ahora los Archivos Nacionales), era otro lugar semipúblico atestado de literatura subversiva, y antes de que los jacobinos y los cordeleros fuesen clubes revolucionarios eran casas religiosas con una diferencia: que también albergaban a los ubicuos *colporteurs*. Los *Annales* de Linguet, con sus ataques irrestrictos a los cortesanos, los académicos, Panckoucke y los recaudadores generales, estaban sometidos a un solo censor: Lenoir, teniente general de la policía de París. Y este hombre demostró que era un crítico sobremanera complaciente.

¿Por qué? Es muy posible que Lenoir se sintiese complacido ante el espectáculo de que los presuntos reformadores y críticos de la monarquía soportasen a su vez una buena tunda a manos de Linguet (que aún se presentaba como un realista devoto, aunque caprichoso). Pero también hay razones para creer que le parecía útil saber lo

que estaba sucediendo en la periferia más desordenada de la opinión, en lugar de imponerle el paso a la clandestinidad. En otras palabras, en común con muchos otros planos de la autoridad oficial, había llegado a aceptar el hecho de la opinión pública, y en lugar de ser su blanco impotente prefería, hasta donde tal cosa era posible, convertirse en su manipulador. Otros, por ejemplo el duque de Orleans y su hijo el duque de Chartres, tal vez fueron aún más audaces en su actitud, que consistió en concebir a la opinión, las murmuraciones y los libelos como un arma útil para provocar situaciones molestas a sus antagonistas inmediatos. Así, las ventajas tácticas inmediatas oscurecieron por completo los peligros de carácter general representados por el cultivo de este tornadizo mundo de la opinión. Mientras maniobraban para ocupar posiciones en el aprecio público, los patrocinadores de la insinuación y el escándalo continuaban creyendo que su propia posición descansaba sobre cimientos inmovibles, cuando en realidad estaba derivando hacia las arenas movedizas. Era imposible sostener el principio general de la deferencia indiscutible cuando se sabotaba cotidianamente, en la forma concreta de los ataques personales a la corte, los ministerios, la Iglesia, las academias y la ley.

Además, los que jugaban con la caja de Pandora no advertían cuán amplio había llegado a ser el público de la polémica y la propaganda. En el salón de un *grand seigneur* que estaba desarrollando los paquetes de libros prohibidos atados con cintas rosadas, el movimiento de la opinión seguramente parecía una actividad circunscrita y sin riesgos: una cuestión relacionada con las modas de París, hoy aquí y mañana allá. Pero los muros de contención de la opinión culta estaban debilitándose prestamente. «París lee diez veces más que hace un siglo», señaló Mercier, y el cambio era una función del número de lectores así como del volumen y la diversidad de temas. Al estudiar las firmas de los testamentos, Daniel Roche ha descubierto cifras asombrosas de alfabetización de los adultos en la capital hacia el fin del antiguo régimen. Por ejemplo, en Montmartre, donde el 40 por ciento de los testadores pertenecían a las clases artesanas o asalariadas, el 74 por ciento de los hombres y el 64 por ciento de las mujeres podían firmar con sus nombres. En la rue Saint-Honoré —una calle elegante, pero donde un tercio de los residentes pertenecían al pueblo llano— los índices de alfabetización alcanzaban el 93 por ciento. En la artesanal rue Saint-Denis, el 86 por ciento de los hombres y el 73 por ciento de las mujeres redactaban y firmaban sus propios contratos matrimoniales.

En otras palabras, los índices de alfabetización en la Francia de fines del siglo XVIII eran mucho más elevados que en los Estados Unidos de fines del siglo XX. Sólo en los agrupamientos de trabajadores asalariados sin especialización —los portadores del mercado, los trabajadores de la construcción, los estibadores, los limpiadores de chimeneas y los cocheros, muchos de ellos inmigrantes que procedían de las provincias— predominaba el analfabetismo. En cambio, los servidores domésticos, que también venían del campo, eran prácticamente todos alfabetos, y sabían leer sus contratos de empleo. Las «escuelitas» promovidas por las misiones

católicas de los siglos XVII y XVIII habían trabajado bien. De acuerdo con Roche, alrededor de 1780 el 35 por ciento de todos los testamentos dejados por las clases populares incluían algunos libros, lo mismo que el 40 por ciento de los que provenían de los tenderos y los pequeños oficios.

Por supuesto, lo que esta población leía no la relacionaba necesariamente con las corrientes más dinámicas de la opinión pública. No cabe duda de que la literatura religiosa y devocional estaba sumamente difundida, y que la seguían las fantasías de los cuentos de hadas que formaban la «Biblioteca Azul», y podían obtenerse por poco precio en los puestos del Pont Neuf y las ferias de Saint-Laurent y Saint-Germain. Pero si este sector no bebía directamente en la fuente de Rousseau, había muchos ejemplos de literatura popular que impartían los mismos mensajes: la inocencia corrompida, la perversidad del dinero urbano y la brutalidad del poder. Por ejemplo, no cabe duda de que Restif de Bretonne, que mezclaba con detalladas aventuras sexuales sus propios relatos de niñas y varones campesinos que descendían sobre el lodazal urbano, alcanzaba un éxito enorme en los lectores sencillos tanto como en los cultos.

Y la literatura sin encuadernar —los almanaques y la fijación de avisos y carteles— sin duda relacionó cada vez más al pueblo llano de las ciudades francesas con el mundo de los acontecimientos públicos. En París, todas las mañanas, cuarenta fijadores de carteles empapelaban la ciudad con noticias de las batallas ganadas o perdidas; los edictos del rey y el gobierno; las festividades públicas que destacaban un acontecimiento auspicioso; indicaciones oportunas acerca del transporte de la basura o la remoción de las tumbas. En momentos de crisis estos anuncios se veían dañados o suplantados (ilegalmente) por otras noticias que parodiaban las órdenes del gobierno o ponían en la picota a los ministros. Y la exuberancia del sistema visual de comunicación marchaba de la mano con el esplendor del mundo oral del parisiense, ajustado a un universo entero de canciones. La importancia que después tuvieron la «Marsellesa» o la «Carmagnole» como himnos revolucionarios puede comprenderse únicamente si se aprecia la pasión universal por las canciones en la Francia de Luis XVI. Los vendedores ambulantes vendían canciones en los bulevares, los puentes y los muelles, y la gente las cantaba en los cafés, y los temas abarcaban un universo entero, desde los aires previsibles de las canciones de amor, seducción y rechazo, a otros que exaltaban a los hijos de la libertad en América, hablaban del despilfarro de la corte, de la impotencia del rey y la maldad de la reina.

El imperio de las palabras, —habladas, leídas, declamadas o cantadas— hacia el fin del antiguo régimen se extendía hasta límites muy alejados. Si bien alcanzaba el más alto nivel de intensidad en París, de ningún modo era un fenómeno exclusivamente metropolitano. Es posible que no existiera nada semejante al Palais-Royal en las provincias, pero los vendedores ambulantes, los librereros audaces y los clientes entusiastas aseguraban todos que tanto la prensa como el mercado de obras clandestinas fuesen tan activos en Burdeos, Lyon, Ruán y Marsella como en la

capital. También allí podían hallarse las otras comunidades de discusión: las logias masónicas, las academias literarias y científicas, las *sociétés de pensée* y los *musées*, de los cuales se enorgullecían las elites locales. Y si bien algunas se preocupaban de conservar las distinciones de rango que correspondían a las divisiones sociales de carácter formal, casi invariablemente se abrían a los miembros correspondientes, en quienes el sentimiento de que simultáneamente se los incluía y rechazaba en estas fraternidades intelectuales era un factor que acentuaba su conciencia pública.

Y en los dominios que estaban más allá de las palabras —los espectáculos al aire libre, la pequeña ópera de Rousseau, que aún se representaba en la década de 1780; las telas lacrimosas de Greuze— las falanges de ciudadanos se alineaban. Ciertamente, hacia mediados de la década de 1780 sus personalidades individuales y colectivas ya estaban formadas. Eran devotos de la naturaleza, seres de corazón tierno, despreciaban la moda, se mostraban desdeñosos frente a la ostentación de los poderosos, apasionados en su patriotismo y coléricos frente a los abusos del despotismo. Sobre todo, eran apóstoles de la virtud pública que veían a Francia a un paso de renacer como república de amigos. Y así, los brazos enlazados, las plumas escribiendo activamente cartas y los pulmones ensayando discursos y canciones, este ejército de jóvenes ciudadanos observaba mientras su gobierno se desintegraba.

[Ver Fuentes y Bibliografía](#)

Los costos de la modernidad

I - ¿Cuán nuevo era el antiguo régimen?

En sus encantadoras memorias, Madame de Genlis recuerda que ella y su cuñada se vestían de jóvenes campesinas. Así disfrazadas, recogían toda la leche que podían obtener en las fincas de su propiedad y la llevaban a su residencia cargada en burros. Allí, la volcaban en la bañera —un artefacto famoso en el lugar, que podía recibir cómodamente a cuatro personas— y las jóvenes chapoteaban durante dos horas en el líquido salpicado con pétalos de rosa.

Éste es probablemente el tipo de cosa que Talleyrand tenía presente cuando lamentaba la desaparecida *douceur de vivre* del antiguo régimen. Y estas frivolidades sociales, pintadas al pastel por Fragonard, vestidas por Diana Vreeland, iluminadas por un fulgor crepuscular y perfumadas con flores estivales, todavía perduran como un agradable mito histórico. Es inevitable que trasunten algo insustancial y engañoso, lo mismo que el rey jugando al cerrajero y la reina atendiendo a sus ovejas. Y los historiadores se apresuran a recordarnos que detrás de esta Francia soñadora y encantada estaba la realidad: multitud de campesinos demacrados que morían en los caminos; las calles de París atestadas de basuras y restos arrojados por los carniceros; los implacables *feudistes* arrancando el último *sou* de los campesinos que apenas podían subsistir con el potaje de castañas; los prisioneros pudriéndose en las mazmorras por haber robado un pedazo de azúcar o contrabandeado una caja de sal; los caballos y los sabuesos arruinando las cosechas en nombre del *droit de chasse* del señor; los sucios manojos de harapos depositados todas las mañanas sobre los peldaños de las iglesias de París, con su contenido de recién nacidos y patéticas notas que solicitaban se los bautizara; cuatro por cama en el Hôtel-Dieu, expirando en fraternal disentería.

A juicio de muchos de los que se convirtieron en revolucionarios, estos contrarios no sólo coexistían; cada uno possibilitaba el otro. La opulencia y la locura desatada se alimentaban de la miseria y la desesperación profunda. En su fantasía futurista titulada *El año 2440*, Louis-Sébastien Mercier imaginó una Francia milagrosamente liberada del despotismo y la pobreza, y gobernada por un rey-ciudadano cordial. En una galería atestada de cuadros alegóricos, el que representaba al siglo XVIII tenía la forma de una prostituta chillonamente vestida, con las mejillas y la boca pintadas, sosteniendo dos cintas rosadas que ocultaban las cadenas de hierro. Al nivel del suelo

su vestido estaba desgarrado y cubierto de roña. Los pies desnudos se hundían en una especie de turba, y las extremidades inferiores eran tan repulsivas como la cabeza era brillante... Detrás [había] un grupo de niños de aspecto enflaquecido y lívido, que lloraban clamando por su madre mientras devoraban un pedazo de pan negro.

La impresión que dejaban estas imágenes era la de una desesperanza perdurable, un mundo al que había que destruir si se quería que cambiase fundamentalmente. Apenas se acuñó la expresión, el «antiguo régimen», se vio cargado semánticamente con asociaciones de tradicionalismo y vejez. Evocaba una sociedad incrustada de tantos anacronismos que sólo un golpe muy violento podía liberar el organismo vivo que encerraba. Con sus instituciones letárgicas, su inmovilidad económica, su atrofia cultural y su estratificación social, este «antiguo régimen» era incapaz de modernizarse. La Revolución necesitaba despedazarlo antes de actuar como un gran acelerador en el camino que llevaba al siglo XIX. Antes, todo era inercia; después, todo era energía; antes, el corporativismo y la *Gemeinschaft*; después, el individualismo y la *Gesellschaft*. En resumen, la Revolución era la condición que permitía el acceso a la modernidad.

Sin embargo, podría argumentarse que la Revolución Francesa fue tanto la interrupción como el catalítico de la modernidad. No en todos los aspectos, pues en su fase más militante la Revolución en efecto creó un nuevo tipo de política, una transferencia de la soberanía rousseauiana de la voluntad general que abolió el espacio y el tiempo privados, y creó una forma de militarismo patriótico más abarcador que todo lo que antes se había visto en Europa. A lo largo de un año inventó y practicó la democracia representativa; durante dos años impuso un igualitarismo coercitivo (aunque incluso esto es una simplificación). Pero durante dos décadas el producto duradero fue un nuevo tipo de Estado militarizado.

Pero no es esto lo que la mayoría de los historiadores quiere decir cuando alude a la Revolución e introduce una modernidad hostil al «antiguo régimen». Lo que generalmente tienen presente es un mundo en que el capital reemplaza a la costumbre como árbitro de los valores sociales, en que los profesionales más que los aficionados dirigen las instituciones judiciales y gubernamentales, y en que el comercio y la industria más que la tierra encabezan el crecimiento económico. Sin embargo, prácticamente en todos estos aspectos el gran período de cambio no fue la Revolución, sino el final del siglo XVIII. De hecho, incluso puede decirse que la Revolución obtuvo gran parte de su poder del intento (en definitiva sin esperanza) de detener más que de apresurar el proceso de modernización. Y en muchos aspectos alcanzó demasiado éxito. En 1795 el valor total del comercio de Francia era menos de la mitad de lo que había sido en 1789; hacia 1815 todavía estaba en el nivel de aproximadamente el 60 por ciento. El impulso del cambio económico y social en Francia sólo recobró fuerza cuando la Revolución y el Estado militar que ella creó como consecuencia desaparecieron.

Por supuesto, la abolición del privilegio implicó una eliminación global de distinciones legales a las que con razón se consideran premodernas. Pero como la disponibilidad general de títulos estaba convirtiéndose en cuestión de dinero y méritos, no de cuna, se diría que los privilegios del siglo XVIII tenían más en común con las distinciones y las formas honoríficas comunes a todas las sociedades

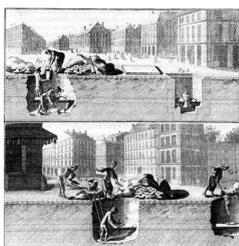
modernas del siglo XIX, y en muchos casos del siglo XX. Ciertamente, no eran incompatibles con la creación de una economía moderna o un Estado moderno. Asimismo, si la Revolución abolió todas las formas de gravamen sociales en las propiedades señoriales, muchos de ellos ya se habían convertido en cargas monetarias, y sencillamente adoptaron la forma de la renta en el «nuevo régimen».

Por consiguiente, el «antiguo régimen» no fue una sociedad que avanzaba chocheando hacia la tumba. Lejos de parecer moribunda, pueden hallarse signos de dinamismo y energía dondequiera que el historiador mira. Del rey para abajo, la elite estaba menos obsesionada con la tradición que con la novedad, y menos preocupada por el feudalismo que por la ciencia. En la gran construcción del Louvre se alojaban no sólo la Académie Française y las academias de pintura y de inscripciones y medallas, sino también las de ciencias y la más reciente fundación real, la Academia de Medicina. Más aún, en 1785 una iniciativa real aumentó el número de secciones de la Academia de Ciencias, con el fin de incluir la mineralogía, la historia natural y la agricultura. Si prodigios talentosos de las artes, como Jacques-Louis David, pudieron alojarse en un apartamento del Louvre, lo mismo cabe afirmar de paradigmas de la nueva matemática, como Lagrange, inducido a regresar de Berlín a Francia. Los genios comprobados fueron ascendidos en edad temprana, y se los premió con jerarquías y honores. Fourcroy, el químico contemporáneo que demostró mayor capacidad inventiva, fue profesor a los veintinueve años en el Jardin du Roi, y una de las luminarias de la Academia; Gaspard Monge, hijo de un vendedor ambulante y fundador de la moderna geometría descriptiva, ocupó una cátedra a los veinticinco años. Otros recibieron cargos honoríficos y de aprecio público, como el astrónomo Lalande, el mineralogista Haüy y especialmente el matemático Laplace, que tuvo un cargo especial en la École Militaire.

Tampoco pudo afirmarse que este entusiasmo oficial por la ciencia fuese una actitud referida sólo a la teoría especulativa. Dondequiera que tal cosa era posible, la corona y el gobierno se esforzaban por aplicar los nuevos datos a las finalidades prácticas. La tecnología militar produjo el cañón Gribeauval y el mosquete, que, unidos a los cambios en la táctica realizados por el gran reformador Guibert, determinaron el predominio de las armas francesas durante el siguiente cuarto de siglo. En las afueras de París, en Vanves, Charenton y Javel, hay una serie de talleres dedicados todos al desarrollo de procesos químicos útiles en la industria: vitriolos para producir blanqueadores, blancos de plomo para las pinturas, gases inflamables. La asociación del gobierno y las academias era una forma de adhesión al concepto del Iluminismo tardío —especialmente apreciada por su figura ejemplar, el marqués de Condorcet— en el sentido de que la recolección empírica de datos era el primer paso hacia una sociedad que pudiese liberarse paulatinamente de la pobreza, la ignorancia y el dolor. Una lluvia de papel, destinada a recoger la información que pudiera servir de base a la acción, descendió desde París sobre las provincias. Por ejemplo, apenas quedó instalada, la Academia de Medicina distribuyó entre 150

médicos una circular acerca de la ecología de la enfermedad local: su incidencia estacional; la contribución del agua contaminada, la suciedad de las calles, la desnutrición y otros aspectos semejantes. El Louvre impartió instrucciones a los fabricantes de sidra de Normandía acerca del modo de evitar la contaminación de los barriles, y a los campesinos de Sologne recomendándoles que cesaran de ingerir el centeno infectado que les provocaba ergotismo (con los consiguientes efectos laterales de la gangrena y la descomposición de los pies). Se organizaron giras de conferencias a cargo de la formidable Dame de Coudray, con su útero mecánico que podía contraerse con diferentes ritmos, para impartir cursos de obstetricia básica a las comadronas de provincias. La propaganda de M. Parmentier respecto de la patata como el cultivo milagroso que podía salvar del hambre a Francia mereció el apoyo oficial, al extremo de que la reina reemplazó su corpiño acostumbrado por flores de patata, en un gesto poco apropiado de espíritu cívico.

Dondequiera que el gobierno podía ocuparse del bien público, lo hacía. Después de quince memorándums referidos al ingrato problema de los desechos de los mataderos, intentó trasladar a algunos carniceros fuera del quartier Saint-Jacques. Trató de limitar la creación de montones desordenados de basura instalando grandes fosos en Montfaucon, y en nombre de la higiene pública incluso turbó el reposo de los muertos (a cuyos vapores venenosos se atribuía el emponzoñamiento de la atmósfera) exhumando restos de las iglesias de París y trasladándolos al cementerio recién creado de Père Lachaise. En el país de los que apenas vivían, la tortura fue abolida en 1787, el proyecto de Turgot destinado a emancipar a los protestantes finalmente fue realizado el mismo año, y la desconcertante colección de gravámenes de las aduanas internas fue sustituida por un solo derecho.



Sanidad urbana

[\(Ampliar\)](#)

Ésta de ningún modo es una lista completa. La extraordinaria irrupción del activismo oficial que ella refleja puede interpretarse —en el estilo de Tocqueville— como una prueba más del efecto letal de la intervención burocrática. Pero gran parte de lo que se hizo representó una diferencia mensurable y con frecuencia positiva en las vidas afectadas por un gobierno consciente. Incluso los tan vilipendiados *intendants* pudieron modificar de un modo perdurable las condiciones de su región. Raymond de Saint-Sauveur descubrió que la mayor parte del Rosellón, y sobre todo su

capital, Perpignan, se hallaban en un estado de miserable penuria cuando él llegó. La ciudad tenía reservas de alimentos para un mes, y el camino a Cataluña, que permitía importar otros suministros, estaba destruido. Las lluvias torrenciales habían arrastrado la mayoría de los pocos puentes utilizables de la provincia. En pocas semanas Saint-Sauveur reabrió los pasos de la montaña, utilizando cuadrillas de trabajadores, algunos de ellos contratados en Barcelona. Antes de que hubiese concluido el año, había reparado los puentes y construido hileras de diques de grava, que fueron una defensa tosca pero eficaz contra las nuevas inundaciones en las áreas

bajas. Durante los tres años siguientes habilitó nuevos pozos para suministrar al Rosellón una provisión de agua pura, que podía recogerse en siete fuentes públicas o que (por un precio) llegaba por cañerías a las casas de los acomodados. Se formó un cuerpo de bomberos de doce hombres permanentes a sueldo, y un sistema de limpieza de las calles durante los meses estivales. Los baños públicos, la iluminación de las calles, los serenos nocturnos, un *atelier de charité* para educar a los niños pobres en las «artes útiles» (cardar la lana, hilar y tejer). Saint Sauveur, padre de nueve hijos, se impresionó ante la ignorancia de los elementos fundamentales de la obstetricia que descubrió durante sus dos prolongadas giras a lomos de mula para inspeccionar el interior montañoso; y así, organizó un curso de obstetricia en Perpignan, donde cada aldea de la provincia podía enviar sin cargo a una mujer. Se estableció en las montañas un lugar de descanso con agua mineral, que podía ser aprovechada con fines terapéuticos tanto por los pobres como por los acomodados.

El *intendant* concibió sueños más grandiosos, que incluían la transformación del Rosellón en el centro de una próspera economía regional que se extendería del Languedoc a Cataluña, sin prestar atención a los límites nacionales o idiomáticos. Con la ayuda de subsidios reales se organizaron sociedades agrícolas, y se introdujeron nuevas razas de ovejas en las granjas modelo. Al mismo tiempo, Saint-Sauveur suavizó la ferocidad de la guerra contra los contrabandistas de sal, atribuyó públicamente la culpa a los elevados gravámenes y afirmó que esa política de brutal vigilancia en todo caso tendría que afrontar la brutalidad contraria de las bandas de contrabandistas. Muchos de los planes más ambiciosos de Saint-Sauveur no se realizaron, pero en todo caso él consiguió financiar su programa de obras públicas con la ayuda de subsidios oficiales directos, y sin imponer más impuestos a la población local. Nada de todo esto determinó que se le apreciara. Igual que muchos otros *intendants* eficaces y honestos, tuvo que huir de su puesto en 1790, perseguido por una multitud revolucionaria. De todos modos sus realizaciones fueron importantes, y en miniatura reflejan con elocuencia la energía y el sentido práctico que fueron los rasgos distintivos del gobierno hacia el final del antiguo régimen.

En el centro simbólico de todas estas iniciativas públicas estaba Luis XVI. Pese a toda su afición a la caza, su reticencia poco expresiva en el consejo, su tolerancia cada vez más amplia hacia los excesos de su esposa y sus hermanos, hay numerosas pruebas de su preocupación comprometida y vivaz en gran parte de esta actividad pública. Por ejemplo, el día que siguió a la Navidad de 1786 asistió a un acontecimiento que le deparó aún más satisfacción que la visita a Cherburgo. En una escuela especial para niños ciegos —la primera de su tipo en el mundo— dirigida por Valentin Haüy, hermano menor del gran mineralogista, el rey presenció los milagros del Iluminismo, la benevolencia y la habilidad. Veinte alumnos, todos ciegos desde el nacimiento o la infancia, leyeron en voz alta textos de libros impresos especialmente en relieve, identificaron lugares y detalles de varios mapas, cantaron y tocaron instrumentos musicales en honor del monarca. Los niños mayores también sabían

componer textos, hilar y tejer medias. Llamó especialmente la atención un niño de once años, Le Sueur, que había sido el primero de los alumnos de Haüy, y a quien se había descubierto cuando patéticamente mendigaba para él y para sus siete hermanos y hermanas, y que ahora era el prodigio de la clase, casi un maestro por derecho propio. Pocos meses antes, la Academia de Música ofreció el primero de una serie de conciertos benéficos para esta «Escuela Filantrópica», y el rey se sintió tan conmovido e impresionado que la dotó de fondos y becas especiales. Una institución análoga dirigida por el abate l'Épée atendía a los sordomudos y había inventado el primer sistema de lectura labial, que permitía que sus pupilos llevaran una vida normal y evidentemente feliz.

El Terror destruiría estas instituciones por entender que eran perversas reliquias de la caridad absolutista y la superstición clerical, y devolvería a los niños a la buena voluntad de la ciudadanía en general (en otras palabras, a la mendicidad y la persecución). Pero durante la década de 1780, el conocimiento público de que los ciegos y los sordos, tratados tradicionalmente como parias malditos, podían convertirse en hombres y mujeres felices y laboriosos, era el signo de que se aproximaban tiempos mejores.

Hasta las calamitosas cosechas y la crisis industrial de fines de la década del ochenta, hubo cierta base para el optimismo acerca de las perspectivas de la economía francesa. También aquí, pese a la producción agrícola obstinadamente atrasada, el esquema fue de crecimiento y modernización, desastrosamente interrumpidos por la Revolución. Los mejores cálculos acerca de ese crecimiento lo sitúan alrededor del 1,9 por ciento anual. Sólo durante el Imperio, en que el poder militar por una parte aisló a Francia de la competencia británica y por otra aumentó los suministros de materiales y los mercados cautivos de la «Gran Francia», la industria pudo progresar con un ritmo semejante al del antiguo régimen.

Hacia 1780, las mercaderías, el comercio y los pasajeros atravesaban Francia con un ritmo, un volumen y una frecuencia que habían cambiado dramáticamente comparados con lo que sucedía apenas veinte años antes. Con la *diligence*, veloz y fiable (aunque un tanto brusca) se necesitaban ocho días para llegar de Toulouse a París, en lugar de los quince que tardaba el viaje en la década de 1770; cinco a Burdeos en lugar de catorce; tres a Nancy en lugar de una semana; y sólo un día a Amiens, en lugar de dos. Diariamente a mediodía la diligencia de Ruán salía de París para llegar a destino a las nueve de la mañana siguiente. Aunque se había otorgado la concesión a una compañía privada, el Estado conservaba el control de los precios del transporte tanto de pasajeros como de bienes. Por ejemplo, un asiento interior en la diligencia de Lyon costaba 114 francos, incluidos la comida y el alojamiento. En el extremo contrario, un lugar sobre la *impériale* costaba sólo 50 francos, sin comida. Cada viajero podía llevar una maleta gratis, siempre que no superase los cinco kilogramos.

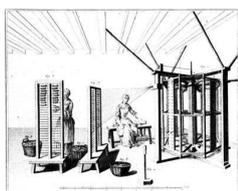
Las mejores comunicaciones —gracias a una red de canales y caminos—

implicaban la expansión de los mercados. Si Francia todavía estaba muy lejos del tipo de mercado nacional unificado que de hecho ya existía en Gran Bretaña, en todo caso estaba emergiendo de su provincianismo extremo. Hacia fines del reinado de Luis XVI, el 30 por ciento de todos los bienes agrícolas (entre todas las mercancías, la que más tarda en alcanzar la economía de mercado) se vendía y consumía en lugares distintos del área de la producción. Incluso si eso significaba a lo sumo que los carros cargados de huevos, leche y verduras pasaban de una finca o una aldea a una pequeña localidad, en todo caso representaba un cambio de enorme importancia en la economía rural y la transformación del campesino dedicado a la agricultura de subsistencia en un agricultor de cosechas destinadas a la comercialización. La eliminación paulatina —y después muy súbita— de las barreras aduaneras internas seguramente también determinó que variase esencialmente el comercio de más larga distancia, sobre todo si uno considera que una carga de madera que pasaba de Lorena al Mediterráneo había tenido que afrontar treinta y cuatro derechos distintos en veintiuna escalas.

En vísperas de la Revolución, el comercio internacional francés también alcanzó un nivel permanentemente elevado, estimado en un valor de mil millones de libras, gran parte de cuyo total se concentraba en los prósperos puertos de la economía del Atlántico. Impulsado por el comercio colonial con el Caribe francés, Burdeos había protagonizado una expansión espectacular, de 60.000 habitantes en 1760 a 110.000 hacia 1788. De la cantidad y el valor enormes de los artículos desembarcados allí, el 87 por ciento del azúcar, el 95 por ciento del café y el 76 por ciento del índigo eran reexportados inmediatamente con beneficios importantes. Otros puertos, por ejemplo Nantes en Bretaña, participaban del auge de este tráfico —de esclavos tanto como de artículos de consumo— y una serie completa de puertos se beneficiaba con los importantes oficios y servicios auxiliares: la fabricación de mástiles y velas, la reparación de embarcaciones, los almacenes de artillería naval y otros aspectos parecidos. En el Mediterráneo, Marsella ocupaba una posición casi igualmente envidiable, y comerciaba principalmente con Levante, pero también exportaba artículos de lana manufacturados por las prósperas industrias del Languedoc.

Incluso la industria francesa, siempre a la sombra de la expansión espectacular que se manifestaba en Gran Bretaña, estaba creciendo hacia el fin del antiguo régimen. Francia era sin duda la potencia industrial más importante del Continente, y aunque su producción en cifras absolutas palidecía al lado de las británicas, su ritmo de crecimiento en ciertos sectores de hecho era superior. Por ejemplo, tanto la manufactura del algodón como la minería del carbón estaban creciendo en un 3,8 anual. Solamente en las grandes minas de Anzin, la producción aumentó el 700 por ciento durante la segunda mitad del siglo, y en Mulhouse, el número de manufacturas del algodón creció el 1.800 por ciento. También en las industrias metalúrgicas el crecimiento francés entre 1720 y 1790 estuvo en el orden del 500 por ciento, comparado con el 100 por ciento británico. Otros datos sitúan en perspectiva la

comparación. Mientras el 25 por ciento de lo que los historiadores calculan fue el producto nacional bruto británico procedió de la industria en 1790, la cifra equivalente de Francia fue el 20 por ciento (es cierto que la mitad de este porcentaje correspondía a los textiles). Sería inútil afirmar que Francia estaba protagonizando el mismo tipo de industrialización explosiva que se observaba en Gran Bretaña, pero es igualmente indiscutible que en vísperas de la Revolución la trayectoria apuntaba claramente a un proceso ascendente.



Manufactura de la seda

[\(Ampliar\)](#)

Esta cuestión no tiene que ver sólo con los datos de la producción, por impresionantes que fuesen. La ética empresarial y el conocimiento técnico que según se supone a menudo faltaban en Francia, en realidad, estaban allí. Por ejemplo, a principios de la década de 1760 la Académie des Sciences encargó una



Manufactura del algodón

[\(Ampliar\)](#)

espectacular serie de volúmenes que formaron un Diccionario de

Artes y Oficios. Estos volúmenes, que utilizaron abundantes grabados de precisión técnica y belleza considerables, fueron un manual de iniciación, no sólo referido a las técnicas industriales de carácter tradicional, sino a la maquinaria más reciente. Y si bien comenzaron con volúmenes acerca de los oficios de artículos de lujo —la porcelana, el vidrio y los muebles— rápidamente se expandieron para incluir procesos mucho más industriales en áreas como el hierro, el carbón, el teñido textil, la producción mecánica de seda y la refinación del azúcar. Por ejemplo, los volúmenes de la producción mecánica de algodón fueron escritos por Roland de La Platière, inspector general de manufacturas de la provincia de Picardía, en el nordeste.

En la década de 1780, parecía que casi cada mes se creaban nuevas empresas, que vinculaban el capital con la tecnología. En ciertos casos estas iniciativas aportaban nuevas inversiones a empresas más antiguas que languidecían por falta de capital. En 1786, con el firme apoyo de la Real Escuela de Minas, fundada en 1783, se organizó una nueva compañía, con abundante capital, destinada a reabrir las minas de cobre de Bigorre, en los Pirineos franceses. Los socios que firmaron el contrato de la sociedad fueron una típica mezcla de aristócratas del mundo de las altas finanzas (Saint-James y Pache de Montguyon), parlamentarios de espíritu empresario (François-Jean Rumel) y banqueros como Thélusson et Cie. Otro éxito espectacular fue el sindicato formado alrededor de los hermanos Pereier, para explotar un gran artefacto mecánico de bombeo en Chaillot, con el propósito de suministrar a París por primera vez un caudal decente de agua.

Incluso los historiadores contemporáneos más optimistas señalan a menudo que en realidad había dos Francia. Una era la Francia modernizadora y dinámica de la periferia y la cuenca de París, con el dinámico comercio sobre el Atlántico y el Mediterráneo; los textiles en el nordeste, pero sobre todo en la Champagne y las

regiones orientales; el carbón en el Pas-de-Calais; los hornos y fundiciones metalúrgicas de Lorena. Era una Francia de concentración del capital y el trabajo, una tecnología innovadora (incluso si al principio una parte fue robada a los británicos), inversiones audaces, buenas comunicaciones, es decir, una Francia orientada hacia el mercado. Pero coexistía con otra Francia del centro: somnolienta y letárgica, encerrada en las antiguas tradiciones locales de la oferta y la demanda, impermeable a los poderosos impulsos demográficos, donde las ciudades, dominadas por los magistrados, el clero y el gobierno presidían sobre un interior rural poblado en su mayor parte por campesinos dedicados a la producción de subsistencia. De modo que por cada Mulhouse, Hayange o Burdeos, había muchos más lugares como Tours, donde en 1783 el *intendant* se quejaba de que los habitantes «preferían la indolencia en que se habían criado a las inquietudes y el trabajo esforzado que son necesarios en las grandes iniciativas y las inversiones atrevidas».

Hay mucho de verdad en este contraste, pero disfraza otros procesos importantes que, en todo caso, tendían a despertar a la Francia más somnolienta, y determinaban una distribución mucho más ecuánime de la iniciativa industrial y comercial. El más significativo era la enorme proliferación de las industrias domésticas rurales en las afueras de los centros más antiguos. Liberados de las restricciones corporativas, los empresarios tendían cada vez más a entregar materias primas a los hilanderos y tejedores aldeanos (a veces incluso les suministraban el equipo básico) y recogían los artículos terminados y los pagaban según precios establecidos previamente. De modo que más allá de la economía de mediana magnitud y las pequeñas localidades en apariencia letárgicas, había una comercialización mayorista propia de las regiones rurales. Durante un tiempo se creyó que este era un factor retardatorio en el proceso de la industrialización, pero dondequiera que se asistió a este fenómeno (por ejemplo, en gran parte de Renania, así como en Francia) se advierte claramente que fue complementario más que enemigo de la modernización de las manufacturas. Algunos procesos, —por ejemplo la tejeduría— continuaron siendo industrias domésticas, y en cambio la hilandería llegó a concentrarse prontamente en fábricas mecanizadas. Éste fue, por ejemplo, el caso del Flandes francés, donde las pérdidas de Lille se vieron compensadas por los progresos de Roubaix-Tourcoing.

En ciertas áreas, esta asociación industrial semimanufacturera y semidoméstica conmovió la economía local. En el caso de la ciudad parlamentaria de Grenoble, más de seis mil hombres y mujeres que vivían al abrigo de los muros de la ciudad y en las afueras trabajaban para unos sesenta maestros guanteros, cortando, curtiendo y perfumando cueros, y después cosiendo y bordando los productos terminados. Algunos de los talleres más grandes contaban hasta con veinte trabajadores, pero era mucho más usual un grupo de cuatro o cinco artesanos que compartían el espacio doméstico. Otras localidades de mediana magnitud, como Ruán, en Normandía, que durante la primera parte del siglo contemplaron el decaimiento de su actividad tradicional —los textiles— tuvieron una evolución complicada. Unos pocos

capitalistas revitalizaron la producción mediante la importación de equipos fabriles británicos, y crearon modernas fábricas de hilados; pero otros continuaron usando la fuerza de trabajo rural. La ciudad misma diversificó sus oficios, exportó mucho más a la región de París y a otros lugares de Normandía, fabricó artículos para los artesanos rurales de la región que en tiempos de bonanza podían permitirse la compra de los mismos, y suministró un mercado a la producción procesada comercialmente. Es posible que Ruán tuviese la poco grata reputación de ser la ciudad más maloliente e insalubre del norte de Francia, pero desde el punto de vista económico ciertamente era una de las más sólidas. Hacia el fin del antiguo régimen estaba entregando (además de los algodones manufacturados) medias de lana, sombreros, porcelana, papel, azúcar refinada, vidrio y jabón, blanqueadores de la ropa con el nuevo proceso clorado de Berthollet, procesos del cobre y ácido sulfúrico.

El espectáculo de estas pequeñas colmenas urbanas consagradas a la actividad comercial alegraba el corazón de optimistas como el marqués de Condorcet. Aunque estaba impaciente porque llegase el momento en que el imperio de la ciencia y la razón eliminase los últimos impedimentos institucionales que se oponían al predominio de aquellas, creía que no había motivo que impidiese que eso sucediera en una monarquía reformadora tan esclarecida como la de Luis XVI.

II - Visiones del futuro

La versión de un capitalismo benévolo en el antiguo régimen nunca expresó su optimismo evolutivo de un modo tan excéntrico como en el extraordinario *Testamento de M. Fortuné Ricard*. Publicado como suplemento de la edición francesa universalmente popular del *Poor Richard's Almanack*, el Testamento fue escrito por Charles Mathon de La Cour, un hombre de letras y crítico de arte lyonés. En el texto, el imaginario M. Ricard recuerda a su propio abuelo, que le había enseñado lectura, aritmética y los principios del interés compuesto, cuando Ricard aún era un muchachito. «Hijo mío», había dicho mientras sacaba del bolsillo 24 libras, «recuerda que con economía y un cálculo cuidadoso, nada es imposible para un hombre. Si lo inviertes y nada gastas, a tu muerte tendrás lo necesario para hacer buenas obras por el reposo de tu alma y la mía».

A la edad de setenta y un años, Ricard había acumulado 500 libras, reunidas a partir de esta suma original. Aunque no era una gran fortuna, él había concebido grandes planes en relación con este dinero. Lo dividió en cinco sumas de 100 libras cada una, y propuso dejar la primera cien años, la segunda doscientos y así sucesivamente. De este modo, cada una originaria sumas que permitirían financiar un programa cada vez más ambicioso. Después de un siglo, la primera suma aportaría sólo 13.100 libras, que permitirían otorgar un premio al mejor ensayo teológico destinado a demostrar la compatibilidad del comercio y la religión. Cien años más tarde, la segunda suma (1.700.000) libras ampliaría este programa de premios y concedería ochenta recompensas anuales a la mejor obra en ciencias, matemáticas, literatura, agricultura («mediante la prueba de las mejores cosechas»), y habría una categoría especial para los «actos virtuosos». La tercera suma (en un lapso de trescientos años) representaría más de 226 millones, lo suficiente para crear en Francia entera quinientos «fondos patrióticos» destinados al alivio de la pobreza y la inversión en la industria y la agricultura, bajo la administración de «los ciudadanos más honestos y celosos». La suma restante permitiría dotar a doce *musées* de París y las principales ciudades de Francia, y cada uno alojaría a cuarenta intelectuales destacados en todos los campos. Alojados con comodidad pero sin opulencia, dispondrían de una sala de conciertos, un teatro, laboratorios de física y química, talleres de historia natural, bibliotecas y parques y zoológicos experimentales. Las bibliotecas y las colecciones de arte estarían abiertas todos los días, gratuitamente, al público, y los miembros de los *musées* pronunciarían conferencias públicas referidas a sus respectivos campos. Se aceptaría a los miembros «sólo después de haber presentado pruebas, no de nobleza, sino de moral», y ellos jurarían «preferir la virtud, la verdad y la justicia a todo lo demás».

Todo esto constituye una propuesta atrevida, pero no es nada comparado con lo que seguiría durante los siglos cuarto y quinto del testamento de Ricard. La cuarta suma (30.000 millones de libras) a juicio del testador bastaría para construir «en los lugares más agradables que uno pudiera hallar en Francia» un centenar de nuevos pueblos, cada uno habitado por cuarenta mil personas, y planeado de acuerdo con criterios ideales de belleza, salubridad y comunidad. Con la última suma (3,9 billones de libras) sería posible resolver prácticamente todo lo que restase de los problemas del mundo. Seis mil millones bastarían para saldar la deuda nacional francesa (incluso según el ritmo de gasto de los Borbones); 12.000 millones, como gesto de magnanimidad y el comienzo de la *entente cordiale* cumplirían la misma función en beneficio de los británicos. El resto iría a un fondo general distribuido entre todas las potencias del mundo, con la condición de que nunca librasen la guerra unos contra otros. En tal eventualidad, el agresor perdería el derecho a su beneficio, que podría transferirse a la víctima del ataque. Y gracias a una suma especial reservada para Francia, se resolverían toda clase de desconcertantes problemas: los cargos venales serían rescatados de una sola vez; el Estado crearía un sistema de comadronas y curas a sueldo; se despejaría medio millón de parcelas sin cultivar, para entregarlas a los campesinos que necesitaban tierra. Las escuelas cubrirían el país, y otro tanto sucedería con los Hospicios de los Angeles, destinados a las niñas de siete años. Allí se las educaría en una vida de provechosa domesticidad y se les daría una dote a los dieciocho años, cuando se diplomasen. Finalmente, las ciudades tendrían parques, plazas y puentes, y se eliminarían los focos de contagio —se procedería a drenar los pantanos, secar los pozos de aguas servidas, retirar los cementerios para llevarlos a valles remotos y agradables—.

Esta utopía integral —híbrido de las visiones de la república perfecta de Rousseau y Condorcet— sería consecuencia no de la revolución o la violencia, sino de la sencilla y gradual aplicación del interés compuesto. Era la fantasía definitiva de una Francia modernizada sin sufrimiento, transformada por la visión colectiva y el capital bien administrado en la benefactora no sólo de sí misma, sino del mundo entero. La visión de futuro en Mathon de Lacour abarcaba la modernidad sin mucha aprensión. Ciertamente, sus castillos en el aire se levantaban sobre lo que a su juicio era la realización cada vez más amplia y potencialmente ilimitada del gobierno esclarecido. Su significativa condición en el sentido de que los miembros de su elite intelectual debían demostrar «no su nobleza sino su moral», no era una declaración opuesta a los tiempos, sino armónica con ellos.

Pero a juicio de otros, la modernidad era cada vez más visiblemente no una bendición sino una maldición. Las mismas concentraciones de capital y tecnología, de potencial humano de las ciudades y comercio rural que exaltaban los «modernistas» como Condorcet, colmaba de pensamientos sombríos y aprensiones a nuestros comentaristas. Sobre todo la modernidad suscitaba en muchos de ellos el tipo de indignación virtuosa que los convertía en revolucionarios.

Muchos de estos pesimistas eran optimistas decepcionados. Simon Linguet —a quien hallamos por doquier como la voz de la alienación prerrevolucionaria— había publicado en 1764 su primer memorándum acerca de los problemas económicos. Después, propuso el dragado del Soma y la apertura de un nuevo canal a través de Picardía para comunicar la ciudad de Amiens con el mar. Sabía que este proyecto tropezaría con la oposición de los maestros textiles privilegiados de Abbeville, una ciudad que se levantaba a pocos kilómetros de la desembocadura del río. Pero su visión tendía al tipo de inversión que podía reconciliar los dos intereses urbanos, y en lugar de su mutua sospecha, crear una energía económica común.

Su modelo era Holanda, donde, suponía erradamente, la comunidad apoyaba tales proyectos y evitaba inútiles vanidades como los edificios monumentales y las residencias patricias. Aunque defendido con elocuencia, el proyecto estaba teñido de pesimismo realista acerca de las perspectivas de acuerdo. (A decir verdad, durante la década de 1780 se revivió en escala mucho más amplia, y probablemente se habría ejecutado de no haber sido por la Revolución).

Aunque decepcionado, el Linguet de la década de 1760 por lo menos abrazó la cultura de la modernidad comercial. Diez años más tarde había cambiado de actitud, y durante el ministerio de Turgot lanzó un ataque tan devastador contra la política del libre comercio del grano que se ordenó la incautación del material. En su argumentación, en que criticaba la obsesión de los fisiócratas por los beneficios a largo plazo y su menosprecio de las necesidades presentes, Linguet pintó un cuadro sombrío de los horrores de la sociedad industrial. Volviendo la mirada sobre Abbeville, con sus maestros que tiranizaban la fuerza de trabajo de sus hombres y la empleaban o despedían según lo impusieran los ciclos comerciales, trastrocó la igualación fisiocrática y de Condorcet del capital y la tecnología con la prosperidad y la felicidad. En dos ciudades cualesquiera «uno puede tener la certeza de que aquella en que más seres humanos están al borde de la muerte por hambre es la que tiene más mano de obra empleada en el trabajo de lanzadera. No hay ciudad de Francia que tenga más telares que Lyon, y por lo tanto Lyon es la ciudad de Francia en que el más elevado número de pobres carece de pan». En un lugar tan cruel podía existir un hospital completamente nuevo, pero nunca tendría amplitud suficiente para recoger «a todos los que habiendo trabajado penosamente cincuenta años en la seda... llegan allí gimiendo para morir sobre jergones de paja». Creía que el capitalismo industrial prometía el cielo y abría las puertas del infierno. Convertía al empresario en un nuevo señor, y transformaba en trogloditas subhumanos a sus peones urbanos. Estaban condenados a vivir en «moradas»,

madrigueras iguales como los castores; agujeros oscuros donde se ocultan rebaños de animales laboriosos, respirando un aire fétido, envenenándose unos a otros con las contaminaciones que son inevitables en esa turba, inhalando a cada momento las simientes de la muerte mientras trabajan sin respiro con el fin de ganar lo que les permita prolongar sus vidas infortunadas.

La retórica de Linguet era apocalíptica, sus soluciones (según las formuló) eran peculiares, pero no insensatas. Por ejemplo, su solución para la permanente crisis del pan era alejar a los franceses de su obsesión con el grano y orientarlos hacia una dieta de patatas, pescado, maíz, verduras y arroz. Incluso estaba dispuesto a tratar de persuadirlos de que sus castañas (consideradas peores que el hambre), bien preparadas, podían ser al mismo tiempo agradables y nutritivas.

También había otros cuyo ardor revolucionario se desencadenaba a partir de su rechazo al mercantilismo y la ciudad moderna. Su odio al antiguo régimen por paradójico que parezca estaba orientado no hacia lo que él preservaba, sino a lo que había destruido. Idealizaban una serie completa de tipos imaginarios y ejemplares: el artesano independiente (*vide* el relojero, de quien a menudo eran hijos), que se había visto arruinado por las máquinas, y convertido en afilador nómada de cuchillos o en limpiachimeneas, que debía degradarse voceando su oficio en la maraña urbana; el cultivador arruinado por la codicia de los *seigneurs*, que le saqueaban para pagar sus grandiosas residencias urbanas, o que en nombre de los derechos de propiedad absolutos se anexionaban los campos comunes en que pastaban sus vacas y cabras, o le negaban acceso a los bosques donde recogían su combustible. La polémica era Rousseau aplicado, pero en 1789 ejercería una peculiar atracción sobre elevado número de personas que en efecto sentían que la habían perjudicado exactamente como se describía el caso. A juicio de esta gente, el avance de una monarquía modernizadora había agravado y no aliviado su condición. Y lo que deseaban no era el esclarecimiento social o la ejecución de obras públicas, sino una justicia primitiva.

No hubo obra que expresara mejor este sentimiento de cólera contra un mundo dividido entre el lujo y la miseria que *Tableau de Paris*, doce volúmenes de Mercier. A semejanza de Linguet, también él era un optimista reformado, aunque su optimismo siempre había sido una fuerza más débil que su escepticismo. En *El año 2440* Francia se había transformado en un paraíso de virtud rousseauiana, que se elevaba sobre las ruinas de Versalles y los escombros de la Bastilla, y estaba gobernada por un rey modesto y consciente. Los ciudadanos meritorios se tocaban con sombreros sobre los cuales estaban escritos sus nombres, pero la nobleza hereditaria había desaparecido. Se habría dicho que todo esto había sucedido por obra de la magia política. «Se necesitaba únicamente una voz potente que sacudiese de su sueño a la multitud... La libertad y la felicidad pertenecen a los que se atreven a aferrarlas», decía al visitante del futuro. Sin embargo, lo que Mercier muy pronto consideró inevitable no parece que fuera esa apocalíptica convulsión de la violencia.

Fascinado tanto por la geología que sugería la regularidad de las grandes conmociones en la historia primordial, como por la arqueología, que venía a ser su contraparte en civilizaciones anteriores, Mercier se convirtió en algo parecido a un conecedor de la catástrofe. Desde la perspectiva de su exilio en Suiza veía a Francia, y especialmente a París, abalanzándose por los caminos preparados por la ciencia y el comercio para llegar a su propia condenación. Aceptaba de buen grado todo esto

como una catarsis, terrible pero necesaria para limpiar la metrópoli de los excesos de la riqueza y la pobreza. «¿Es posible que la guerra, una plaga, el hambre, un terremoto o una inundación, un incendio o una revolución política aniquilen esta soberbia ciudad? Quizá sea más bien una combinación de estas causas lo que determine una destrucción colosal».

A los ojos de Mercier, París era simultáneamente un lugar putrefacto, que rezumaba roña, sangre, cosméticos y muerte, y una especie de organismo irreprimible y omnívoro. Exudaba carnosos placer animal y se sepultaba bajo una maligna mortaja de miseria y destrucción. Mercier amaba la feria del Palais-Royal, y se horrorizaba ante el enorme foso abierto de los cuerpos en Clamart. Se trataba de los desfiles y las farsas de los bulevares y el espectáculo, en Bicêtre, de los prisioneros condenados y aplastados con barras de hierro contra la rueda; de las prostitutas que pasaban en carruajes dorados; de los glotones tan saciados de bocados refinados que sus paladares ya nada sentían; del hedor que brotaba de las alcantarillas abiertas y las cloacas; de los suicidas que se arrojaban desde los puentes del Sena.

Louis-Sébastien Mercier, el apóstol del texto rousseauiano del infierno urbano desde su punto de vista del Mont Blanc, declaró la guerra a este vasto imperio metropolitano del dinero y la muerte. Su imaginación romántica, que elaboró una visión de lo sublime y lo terrible, imaginó una vasta convulsión cósmica. En un segundo terremoto de Lisboa, el suelo temblaría y se abriría, y «en dos minutos quedaría destruida la obra de siglos. Los palacios y las casas arrasados, las iglesias derrumbadas, las bóvedas desintegradas...». Sería la mano de la justicia recayendo sobre el materialismo, de tal modo que sólo después de ese día del juicio podría nacer una auténtica república de ciudadanos.

[Ver Fuentes y Bibliografía](#)



SIMON SCHAMA, Londres, 13 de febrero de 1945, es profesor de Historia del arte e Historia en la Universidad de Columbia de Nueva York. Desde 1995 es crítico de arte y cultura de *The New Yorker* y columnista de *The Guardian*. Entre sus libros destacan *Ciudadanos: crónica de la Revolución Francesa* (Javier Vergara editor, 1990), *The Embarrassment of Riches: An Interpretation of Dutch Culture in the Golden Age* (1997), *Los ojos de Rembrandt* (2002), *Confesiones y encargos: ensayos de arte* (2002), *Auge y caída del imperio británico* (Crítica, 2004) y *Rough Crossings* (2005).

FUENTES Y BIBLIOGRAFÍA

Prólogo

Capacidad de evocación - Cuarenta años después

Puede verse la historia del elefante de la Bastilla en Marie Biver *Le Paris de Napoléon* (París, 1963). Acerca de Talleyrand en 1830, Georges Lacour-Gayet, *Talleyrand* (vol. 3, París, 1931). También la biografía moderna, apropiadamente sardónica, de Jean Orioux, *Talleyrand ou le Sphinx Incompris* (París, 1970,737-44). Las propias *Mémoires* de Talleyrand (vols. 3 y 4, comp. duque de Broglie, París, 1892) son, incluso juzgadas por las normas del autor, excesivamente lacónicas en cuanto al papel que él representó en la Revolución de 1830. La obra de M. Colmache, *Revelations of the Life of Prince Talleyrand* (Londres, 1850), es mucho más expresiva y tiene el acento de la autenticidad. La autoconciencia que se manifiesta en el recuerdo de Lafayette sobre 1830 es muy evidente a partir de una lectura de sus propias *Mémoires, Correspondances et Manuscrits* (París, 1837-38, vol. 6, 386-415) así como en la reseña de su secretario durante este período, B. Sarrans, *Memoirs of General Lafayette and of the French Revolution of 1830* (2 vols., Londres, 1830). La mejor versión de los acontecimientos de julio de 1830 en París, pertenece a David Pinkney *The French Revolution of 1830* (Princeton, 1972) es una espléndida historia de la incursión triunfal de Lafayette en Estados Unidos en 1825. El informe sorprendentemente público acerca del *tumeur monstrueuse* de Charles Delacroix y su extirpación quirúrgica aparece en el *Moniteur* del 24 Germinal, año VI (13 de abril de 1798).



I - Padres e hijos

Acerca de la visita de Talleyrand a Voltaire, véase Colmache (82-86). Los últimos meses de Voltaire en París aparecen vívidamente reflejados en el número 276 de la publicación maravillosamente chismosa de Pidanzat de Mairobert, *L’Espion Anglais ou Correspondance Secrète entre Milord All Eye et Milord All Ear*, publicada en Londres y muy accesible en París. La expedición de Lafayette a América ha sido tratada detalladamente en los dos primeros volúmenes de la monumental biografía de Louis Gottschalk, *Lafayette Comes to America* (Chicago, 1935) y *Lafayette Joins the American Army* (Chicago, 1937). Las citas de las cartas a su esposa pertenecen al segundo volumen. Stanley J. Idzerda, en un artículo muy persuasivo e importante, «When and Why Lafayette Became a Revolutionary» en Morris Slavin y Agnes M. Smith (comps.), *Bourgeois, Sans-culottes and Other Frenchmen: Essays on the French Revolution in Honor of John Hall Stewart* (Waterloo, Ontario, 1981, 7-24), ha atacado la importancia que Gottschalk asigna al aventurerismo juvenil y la conveniencia práctica, y ha reafirmado las raíces ideológicas y psicológicas del compromiso de Lafayette. La carta a Vergennes, en la pág. 25, aparece citada en Gilbert Bodinier, *Les Officiers de l’Armée Royale Combattants de la Guerre d’Indépendance des Etats-Unis de Yorktown à l’An II* (Vincennes, 1983; 285). La devoción de Lafayette a Washington probablemente tiene su mejor descripción en la correspondencia entre ambos, compilada por Louis Gottschalk, *The Letters of Lafayette to George Washington 1777-1779* (Nueva York, 1944). Se obtendrá una percepción más cabal del compañerismo de la joven nobleza liberal en *Lettres Inédites du Général Lafayette au Vicomte de Noailles 1780-1781* (París, 1924).



II - Héroes contemporáneos

La historia del patriotismo francés antes de la Revolución continúa siendo un tema muy mal investigado. Se hallarán bocetos en Jean Lestocquoy, *Histoire du Patriotisme en France* (París, 1968); y en Marie-Madeleine Martin, *Histoire de l'Unité Française: L'idée de la Patrie en France des Origines a Nos Jours* (París, 1949). Un estudio más específico, que documenta el ascenso de un patriotismo más agresivo después de la Guerra de los Siete Años, es el de Francés Acomb, *Anglophobia in France 1763-1789* (Durham, Carolina del Norte, 1950). Una obra contemporánea fundamental es la de J. Rossel, *Histoire du Patriotisme Français* (París, 1769). Se hallará otro desarrollo intensamente romántico de la pasión por la *patrie* en «Discours sur les Evénements de l'Année 1776», en *Le Courrier d'Avignon* (1777: 6). Gilbert Chinard ha aportado una última introducción a su edición de la obra de Billardon de Sauvigny, *Vashington* (Princeton, 1941), que también describe la historia teatral de su *Hirza ou les Illinois*. La historia de la representación del *Siège de Calais*, de Belloy, podrá ser vista en la edición de 1787 de la misma obra; véase también Acomb, *Anglophobia* (58-59), y John Lough, *París Théâtre Audiences in the 17th and 18th Centuries* (Oxford, 1957). La mejor versión de la batalla de Couédic y su culto está en Georges Lacour-Gayet, *La Marine Militaire de la France sous le Règne de Louis XVI* (París, 1901; 297-98), y sobre la decisión de exhibir cuadros de la batalla en las academias navales, *ibid.* (575). Respecto del culto análogo de la «Belle-Poule», véase *L'Espion Anglais* (1778, vol. 9, 146-47). Véase también *Brest et l'Indépendance Américaine* (Brest, 1976); Lee Kennett, *The French Forces in America 1780-1783* (Westport, Connecticut, y Londres, 1977); y Jonathan R. Dull, *The French Navy and American Independence* (Princeton, 1975). Hay representaciones de temas americanos en la literatura de viajes, el arte decorativo y los grabados franceses, y al respecto véase el catálogo de exposición de Betty Bright P. Low, *France Views America* (Eleutherian Mills Historical Library, Wilmington, Delaware) y *Les Français dans la Guerre d'Indépendance Américaine* (Musée de Rennes, 1976). El trabajo de Durand Echeverría, *Mirage in the West: A History of the French Image of American Society to 1815* (Princeton, 1956) fue el estudio precursor en este campo. Sobre la recepción ofrecida a Lafayette en Francia y el culto a Franklin en la corte, véase Madame de Campan, *Mémoires sur la vie de Marie Antoinette* (París, 1899; 177-79). Hay una nutrida literatura acerca de la

franklinmanía en Francia. Véase, sobre todo, el fascinante artículo de James Leith, «Le Cuite de Franklin avant et pendant la Révolution Française», en *Anuales Historiques de la Révolution Française* (1976,543-72); el catálogo de exposición de Louise Todd Ambler, *Benjamin Franklin: A Perspective* (Fogg Museum of Art, Cambridge, Massachusetts, 1975); Gilbert Chinard, «The Apotheosis of Benjamin Franklin», en *Proceedings of the American Academy of Arts and Sciences* (1955); Jonathan R. Dull, «Franklin in France: A Reappraisal», en *Proceedings of the Annual Meeting of the Western Society for French History* (Nº 4,1976); y Kenneth M. McKee, «The Popularity of the “American” on the French Stage in the French Révolution», en *Proceedings of the American Philosophical Society* (vol. 83, Nº 3,1940). Gran parte de este material ha sido agrupado por Philip Katz, *The Image of Benjamin Franklin in the Politics of the French Révolution 1776-1794* (Harvard University Program for Social Studies Dissertation, 1986). El relato de las «13» celebraciones en Marsella aparece en *L’Espion Anglais* (1778, vol. 9, 75-76). Los comentarios del abate Robin sobre los americanos aparecen citados en Gilbert Bodinier, *Les Officiers de l’Année Royale Combattants de la Guerre d’Indépendance des Etats-Unis de Yorktown à l’An II* (Vincennes, 1983; 345). Con respecto a la política de Vergennes en América véase Orville T. Murphy, *Charles Gravier, Comte de Vergennes: French Diplomacy in the Age of Revolution 1719-1787* (Albany, 1982); su comparación de la política en Ginebra y en América está en la página 400.



(Fuentes y Bibliografía)

I - «Les beaux jours»

Acerca de la coronación de Luis XVI, véase H. Weber, «Le Sacre de Louis XVI», en Actes du Colloque International de Sorèze, *Le Règne de Louis XVI* (1976,11-22); idem, «Das Sacre Ludwigs XVI vom 11 Juin 1775 und die Krise des Ancien Régime», en Ernst Hinrichs, E. Schmitt y R. Vierhaus (comps.), *Vom Ancien Régime zur Französischen Revolution: Forschungen und Perspektiven* (Gotinga, 1978); también el soberbio ensayo (prácticamente un libro pequeño) de Jacques Le Goff, «Reims, Ville du Sacre», en Pierre Nora (comp.), *Les Lieux de Mémoire*, vol. 2, *La Nation* (París, 1986, parte I, 161-65). Las quejas de Turgot acerca de los gastos de la coronación, así como algunos detalles de las decoraciones fueron informados por Pidanzat de Mairobert en *L'Espion Anglais* (1775, 320-27).

La crianza de Luis XVI ha sido descrita en P. Girault de Coursac, *L'Education d'un Roi: Louis XVI* (París, 1972); gran parte de su diario fue publicada por L. Nicolardot, *Journal de Louis XVI* (1873). Sobre la visita real a Cherburgo en junio de 1786, véase *Histoire Sommaire de Cherbourg avec le Journal de Tout Ce Qui s'est Passé au Mois de Juin 1786* (Cherburgo, 1786); *Voyage de Louis XVI dans la Province de Normandie* («Filadelfia» [París], 1786); *Gazette de France* (4 de julio de 1786); J. M. Gaudillot, *Le Voyage de Louis XVI en Normandie* (Caen, 1967); y Georges Lacour-Gayet, «Voyage de Louis XVI à Cherbourg», en *Revue des Études Historiques* (1906). Respecto de la familiaridad con la cultura náutica, véase Louis-Petit de Bachaumont, *Mémoires Secrets pour Servir à l'Histoire de la République des Lettres* (36 vols., Londres, 1781-89, 2, 3 y 9 de julio de 1786).

Acerca de la pasión de Luis por la caza (y para conocer la mejor reseña general de su reinado), véase François Bluche, *La Vie Quotidienne au Temps de Louis XVI* (París, 1980).



II - Océanos de deuda

El pasaje de Chateaubriand procede de *Mémoires d'Outre-Tombe* (París, 1849; vol. 1,91). Las cifras del costo de la marina francesa han sido tomadas de Dull, *French Navy and American Indépendence*; la construcción naval también ha sido útilmente tabulada en T. Le Goff y J. Meyer, «Les constructions Navales en France», en *Annales: Economies, Sociétés, Civilisations* (1971,173 y sigts.).

Los dos artículos que en conjunto contribuyen abrumadoramente a revisar los supuestos tradicionales sobre la incidencia y la gravitación de los gravámenes franceses son Peter Mathias y Patrick O'Brien, «Taxation in Britain and France 1715-1810», en *Journal of European Economic History* (1976, 601-50); y Michel Morineau, «Budgets de l'Etat et Gestion des Finances Royales au 18e. Siècle», en *Revue Historique* (1980,289-336). Otros estudios importantes de las finanzas son J. F. Bosher, *French Government Finance 1770-1795* (Cambridge, Inglaterra, 1970), y C. B. A. Behrens, *Society, Government and Enlightenment: The Experience of Eighteenth-Century France and Prussia* (Nueva York, 1985, especialmente el capítulo 3). Pero el eje que estas obras sitúan en los bloqueos estructurales e institucionales opuestos a la solvencia ha sido seriamente cuestionado por una obra excepcionalmente vigorosa, aunque un tanto técnica, perteneciente a James Riley, *The Seven Years' War and the Old Regime in France: The Economic and Financial Toll* (Princeton, 1986). La obra de François Hincker, *Les Français Devant l'impôt sous l'Ancien Régime* (París, 1971), es una reseña clara y útil del problema. La historia institucional estándar, ahora un tanto envejecida, pertenece a Marcel Marión, *Histoire Financière de la France Depuis 1715* (París, 1921). Sobre la venalidad como fuente de ingresos antes de la Revolución, véase la importante contribución de David D. Bien, «Offices, Corps, and a System of State Credit: The Uses of Privilege under the Ancien Régime», en Keith Michael Baker (comp.), *The Political Culture of the Old Regime* (Oxford, 1987; 89-114).



III - La recaudación monetaria y las guerras de la sal

Acerca de los recaudadores generales, véase George Matthews, *The Royal General Farms in 18th-Century France* (Nueva York, 1958), y Yves Durand, *Les Fermiers Généraux au XVIII^e Siècle* (París, 1971); también Jean Pasquier, *L'Impôt des Gabelles en France aux XVII et XVIII^e Siècles* (París, 1905). Sobre los contrabandistas de la sal, véase la versión soberbiamente evocadora de Olwen Hufton, *The Poor of Eighteenth-Century France* (Oxford, 1974). Con respecto a los estereotipos de los «financiers», véase H. Thirion, *La Vie Privée des Financiers au XVIII^e Siècle* (París, 1895), y Jean-Baptiste Darigrand, *L'Anti-Financier* (Amsterdam, 1763).



IV - Las últimas esperanzas: el promotor

Hay dos excelentes reseñas de la carrera de Turgot: Douglas Dakin, *Turgot and the Ancien Régime in France* (Londres, 1939), y Edgar Fauré, *La Disgrâce de Turgot* (París, 1961). Un enfoque mucho más hostil (muy persuasivo en ciertos pasajes), es el de Lucien Langier, *Turgot ou la Mythe des Réformes* (París, 1979). Parte de la acusación de Langier se basa en R. P. Shepherd, *Turgot and the Six Edicts* (Nueva York, 1903). Con respecto a los efectos de la reforma fisiocrática sobre el comercio de granos, véase S. L. Kaplan, *Bread, Politics and Political Economy in the Reign of Louis XV* (2 vols., La Haya, 1976). Sobre la teoría fisiocrática, véase G. Weulersse, *Le Mouvement Physiocratique en France 1756-1770* (2 vols., París, 1910) y la importante historia intelectual de Elizabeth Fox-Genovese, *The Origins of Physiocracy* (Ithaca, Nueva York, 1976), Ronald L. Meek (comp.), *Turgot on Progress, Sociology and Economics* (Cambridge, Inglaterra, 1973).



V - Las últimas esperanzas: el banquero

Dos obras han contribuido a una revaluación importante de la administración de Necker: Jean Egret, *Necker: Ministre de Louis XVI* (París, 1975), y R. D. Harris, *Necker, Reform Statesman of the Old Regime* (Berkeley, 1979), esta última basada en nuevas investigaciones documentales realizadas en Coppet, que comprueban muchas de las afirmaciones formuladas en la *Compte Rendu*. Véase también H. Grange, *Les Idées de Necker* (París, 1974), y Edouard Chappuisat, *Necker 1732-1804* (París, 1938).



I - Las aventuras de M. Guillaume

La biografía estándar de Malesherbes continúa siendo la excelente obra de Pierre Grosclaude, *Malesherbes, Témoin et Interprète de son Temps* (Paris, 1961). Acerca del desarrollo de su ideología política, véase la excelente antología e introducción crítica de Elizabeth Badinter, *Les Rémonstrances de Malesherbes 1771-1775* (París, 1985). Vale la pena consultar por lo menos otras dos obras: J. M. Allison, *Malesherbes* (New Haven, 1938), y el trabajo de su primer biógrafo, Boissy d'Anglas, *Essai sur la Vie, les Ecrits et les Opinions de M. de Malesherbes* (Paris, 1819).



II - Redefinición de la soberanía: El desafío de los parlamentos

Una serie de ensayos en la importante obra compilada por Keith Michael Baker, *The Political Culture of the Old Regime* (Oxford, 1987), aborda este tema, sobre todo los trabajos de Dale van Kley y William Doyle. Baker también ha publicado un importante ensayo acerca de la mutación de la ideología de la oposición, «French Political Thought at the Accession of Louis XVI», en *Journal of Modern History* (junio de 1978, 279-303). Los axiomas del absolutismo real reformulados por Luis XV han sido examinados en el ensayo de Michel Antoine, «La Monarchie Absolue», del mismo volumen. El análisis fundamental del desarrollo del vocabulario y de la ideología opositores en el discurso parlamentario continúa siendo una obra notable, que se adelantó mucho a su tiempo: E. Carcassonne, *Montesquieu et le Débat sur la Constitution Française* (Paris, 1927). Sobre la difusión y la popularización de las ideas de Montesquieu, véase Franco Venturi, *Utopia and Reform in the Enlightenment* (Cambridge, Inglaterra, 1971). La única omisión importante de Carcassonne es el aporte de la retórica jansenista en la época del ataque a los jesuitas, un tema tratado por la obra notable de Dale van Kley, *The Jansenists and the Expulsion of the Jesuits from France 1757-1765* (New Haven y Londres, 1975). Véase también, del mismo autor, *The Damiens Affair and the Unravelling of the Ancien Régime 1750-1770* (Princeton, 1984). J. Flammermont publicó los textos completos de la *Rémontrances du Parlement de Paris au XVIII^e Siècle* (3 vols., Paris, 1888-89). El trabajo del mismo autor acerca de la crisis Maupeou se ha visto superado ahora por Durand Echeverría, *The Maupeou Revolution: A Study in the History of Libertarianism: France 1770-1774* (Baton Rouge, Luisiana, 1985). Véase también Jean Egret, *Louis XV et l'Opposition Parlementaire* (París, 1970), y William Doyle, «The Parlements of France and the Breakdown of the Old Regime 1771-1788», en *French Historical Studies* (1970,429). Sobre la argumentación real en la crisis, véase David Hudson, «In Defence of Reform», en *French Historical Studies* (1973, 51-76). Versiones de las ceremonias del retorno de los Parlamentos de Metz y Pau aparecen en Pidanzat de Mairobert, *L'Espion Anglais* (1775; vol. 2, 200); véase también H. Carré, «Les Fêtes d'une Réaction Parlementaire», en *La Révolution Française* (1892).

Ahora abundan los estudios excelentes que tratan los parlamentos como institución social y política. Los precursores en esta área fueron Franklin Ford, *Robe and Sword: The Regrouping of the French Aristocracy after Louis XIV* (Cambridge, Massachusetts, 1953), y François Bluche, *Les Magistrats du Parlement de Paris 1715-1771* (Paris, 1960), que continua siendo una de las obras maestras en este género, pero lamentablemente abarca sólo el período hasta la crisis Maupeou. La excelente obra de Bailey Stone, *The Parlement of Paris 1774-1789* (Chapel Hill, Carolina del Norte, 1981) continúa la historia a través de la Revolución y muestra exactamente cómo se dividió la nobleza judicial acerca del límite, tanto como por el tono como por la sustancia, hasta donde podía llevarse su redefinición de la soberanía. La soberbia obra de William Doyle, *The Parlement of Bordeaux and the End of the Old Regime 1771-1790* (Nueva York, 1974) estudia una de las cortes soberanas más elocuentes, pero también muestra la vacilación de su personal durante la crisis Maupeou. El folleto más importante y trascendente producido por un magistrado de Burdeos fue el *Catéchisme du Citoyen* (Burdeos, 1775, reimpresso en 1788), de Joseph Saige. Otros estudios locales importantes son los de M. Cubells, *La Provence des Lumières: Les Parlementaires d'Aix au XVIII^e Siècle* (París, 1984), y A. Colombet, *Les Parlementaires Bourguignons à la Fin du XVIII^e Siècle* (Dijon, 1937), ahora complementados por el trabajo de Brian Dooley, *Noble Causes: Philanthropy Among the Parlementaires in 18th-Century Dijon* (Disertación en la Universidad de Harvard, 1987).



3 - ¿Nobleza obliga?

No hay un estudio moderno de d'Argenson, pero en todo caso el mejor modo de conocer a esta figura extraordinaria es estudiarle en sus propios escritos, sobre todo en las *Considérations sur la Gouvernement de la France* un trabajo publicado treinta años después de escrito (Amsterdam, 1764).

Ahora hay una amplia literatura sobre los temas de la movilidad social y el privilegio. Dos puntos de partida tienen que ser Colin Lucas, «Nobles, Bourgeois and the Origins of the French Révolution», en *Past and Présent* (60, agosto de 1973, 84-126), y la importante obra revisionista de Guy Chaussinand-Nogaret, *The French Nobility in the Eighteenth Century: From Feudalism to Enlightenment* (traducción inglesa de William Doyle, Cambridge, Inglaterra, 1985), cuya posición respecto de la *noblesse commerçante* ha seguido muy de cerca. La Biblioteca Kress de la Harvard Business School posee contratos de comercio y de organización de sindicatos industriales de fines del siglo XVIII que destacan de un modo dramático la participación activa de la nobleza. Véase, en este contexto, la obra del abate Coyer, *Développement et Défense du Systeme de la Noblesse Commerçante* (Amsterdam, 1757). La importante obra de Patrice Higonnet, *Class, Ideology and the Rights of Nobles During the French Révolution* (Oxford, 1981), comienza con una discusión del grado de separación y fusión de la burguesía y la nobleza, y cuestiona algunos de los supuestos revisionistas. Otros estudios importantes son: David Bien, «La Réaction Aristocratique avant 1789», en *Annales: Economies, Sociétés, Civilisations* (1974); Alfred Cobban, *The Social Interpretation of the French Révolution* (Cambridge, Inglaterra, 1964); R. Forster, *The Nobility of Toulouse in the 18th Century* (Baltimore, 1960); idem, *The House of Saulx-Tavannes, Versailles and Burgundy 1700-1830* (Baltimore y Londres, 1971); idem, «The Provincial Nobles: A Reappraisal», en *American Historical Review* (1963); J. Meyer, *La Noblesse Bretonne au XVIII^e Siècle* (Paris, 1972); y G. V. Taylor, «Non-Capitalist Wealth and the Origins of the French Révolution», en *American Historical Review* (1967). Gail Bossenga ha ampliado los métodos de David Bien para obtener un enfoque renovado y excepcionalmente esclarecedor de la historia social y política de las instituciones de este período. Véase, sobre todo, «From Corps to Citizenship: The *Bureaux des Finances* Before the French Révolution», en *Journal of Modern History* (setiembre de 1986, 610-42),

donde la autora muestra cómo los poseedores privilegiados de cargos, paradójicamente elaboran teorías de solidaridad y ciudadanía para defender los avances reformistas de la corona sobre su corporación.

El ataque de Gouville a Montesquieu aparece citado en Carcassonne, *Montesquieu et le Débat*, 620.



I - La formación de un público

Robert Darnton atrajo por primera vez la atención sobre el globo como una de las novedades científicas que originaron una especie de hipérbole social generalizada, en *Mesmerism and the End of the Enlightenment* (Cambridge, Massachusetts, 1968). Acerca del ascenso en globo realizado en Versalles, véase *L'Art de Voyager dans l'Air* (París, 1784, 68 y sigts.), y [Rivarol], *Lettre à M. le Président de xx sur le Globe Airostatique* (Londres, 1783); hay comentarios más irónicos en François Métra, *Correspondance Secrète Politique et Littéraire...* (Londres, 15 de febrero de 1784); la descripción heroica de Montgolfier aparece en B. Pingeron, *L'Art de Faire Soi-Même les Ballons* (París, 1784; 15). Una de las muchas odas extáticas en elogio de Montgolfier, *Le Globe-Montgolfier* (1784), de Le Roy, lo compara con el águila:

*Quel volume! Quel poids! Quel vol majestueux
Quel pompeux appareil dans les airs se déploie
Paris, j'entends ses cris de surpris et de joie...*

(¡Qué volumen! ¡Qué peso! ¡Qué vuelo majestuoso!
Qué pomposo aparato en los aires se despliega
París, escucho sus gritos de sorpresa y alegría...)

Los comentarios irónicos sobre el caos social provocado por los ascensos en globo están en Rivarol, *Lettre* (12-13). Sobre Pilâtre de Rozier, véase *Vie et Mémoires de Pilâtre de Rozier* (París, 1786); también Léon Babinet, «Notice sur Pilâtre de Rozier», en *Mémoires de l'Académie de Metz* (1865). El cotidiano *Journal de Paris* (1782) trae noticias de las conferencias de Pilâtre de Rozier acerca del tema *Electricité et Aimant* en el *musée*, así como de otras conferencias de física y química; el número del 11 de febrero de 1782 ofrece demostraciones de su túnica impermeable. La reacción del público ante el ascenso en Saint-Cloud ha sido descrita por Linguet en sus *Annales Politiques* (Londres, vol. II, 296-303). El ascenso en Lyon aparece vívidamente descrito en el *supplément* de la segunda edición de *L'Art de Voyager dans l'Air*; el vuelo de Blanchard en Nonnandia está en *Journal de Paris* (18 de julio de 1784, 893-96); véase también el minucioso grabado en el mismo diario (28 de julio de 1784, 968). La muerte de Pilâtre está descrita en [J. P. Marat], *Lettres de l'Observateur Bons-Sens* [sic] (Londres, 1785). Las instrucciones acerca de los globos de fabricación doméstica están en Pingeron.

La descripción del Salón por Pidanzat de Mairobert aparece en *L'Espion Anglais* (vol. 7, 72). Thomas Crow, *Pointers and Public Life in Eighteenth-Century Paris* (New Haven, 1986) es el análisis más importante del público y los críticos del Salón. El público de los teatros del bulevar ha sido descrito con brillo en Robert M. Isherwood, *Farce and Fantasy: Popular Entertainment in Eighteenth-Century Paris* (Nueva York y Oxford, 1986), así como en otro estudio excelente, Michele Root-Bernstein, *Boulevard Theater and Révolution in 18th-Century Paris* (Ann Arbor, 1984), que trata parte del mismo material que utiliza Isherwood, pero se muestra más ambicioso al conferirle implicaciones políticas. El autor también suministra (80) un sentido espléndido del medio físico de los pequeños teatros en el boulevard du Temple. Los *Annales Politiques* de Linguet para 1779 (236) contienen un elogio del teatro L'Ambigu Comique, de Audinot, y sobre todo del empleo de actores y mimos infantiles «que arrancan lágrimas a los ojos, excitan el terror y la admiración, y provocan todos los efectos que tan a menudo faltan en los grandes teatros y las mejores piezas...». Linguet también reclamó una *révolution* en el ballet, de modo que los bailarines se convirtiesen en auténticos actores y sus danzas en narrativas más que en «una sucesión de piruetas ridículas sin objeto ni propósito».

Acerca de los antecedentes teatrales de Ronsin y Grammont, véase Richard Cobb, *The People's Anties (Les Armées Révolutionnaires)* (traducción inglesa de Marianne Elliott, New Haven y Londres, 1987; 68-69). Sobre el público del Palais-Royal, véase François-Marie Mayeur de Saint-Paul, *Tableau du Nouveau Palais-Royal* (2 vols., París, 1788). Véase también Isherwood, *Force and Fantasy* (248-50), y Louis-Sébastien Mercier, *Le Tableau de Paris* (12 vols., París, 1782-88; vol. 10, 242). El comentario de Marmontel acerca del público está citado en la útil obra de John Lough, *Paris Theater Audiences in the 17th and 18th Centuries* (Oxford, 1957; 211). La versión de la disputa en la Comédie-Française ha sido tomada de Bailey Stone, *The Parlement of Paris* (102 y sigts.); las *Mémoires* (201-04) de Madame de Campan ofrecen una reseña de la lectura de *Fíiario* ante el rey, las *Mémoires de la Baronne d'Oberkirch* (nueva edición, París, 1970; 303-04), aportan una vivida reseña de la atmósfera que rodeaba a la representación de *Figaro*, y la reacción de la autora frente a ella.



II - Distribución de papeles: los hijos de la naturaleza

Sobre el plan de Beaumarchais relacionado con la alimentación del niño por la madre, véase Nancy Sénior, *Eighteenth-Century Studies* (1983,367-88). El trabajo estándar acerca de esta cuestión fue el de Marie-Angélique Rebours, *Avis aux Mères qui Veulent Nourrir...* (Paris, 1767). La influencia de Rousseau en las costumbres maternas de amamantamiento y la filosofía moral de la naturaleza ha sido analizada en la destacada obra de Carol Blum, *Jean-Jacques Rousseau and the Republic of Virtue* (Ithaca, N. Y., 1986); también Joël Schwartz, *The Sexual Politics of Jean-Jacques Rousseau* (Chicago, 1984). Véase también Susan Okin, *Women in Western Political Thought* (Princeton, 1979, 99-196), que aborda la actitud de Rousseau frente a las mujeres. Se cita la pieza de Moissy *La Vrai Mère* en Anita Brookner, *Greuze, the Rise and Fall of an Eighteenth-Century Phenomenon* (Greenwich, Conn., 1972), que también contiene una excelente reseña del culto de la «sensibilité». El catálogo de exposición de Edgar Munhall, *Jean-Baptiste Greuze 1782-1805* (Wadsworth Atheneum, Hartford, Conn., 1977) tiene excelentes entradas acerca de, entre otras obras, *La niña llorando* y *El contrato matrimonial*; véase del mismo autor, «Greuze and the Protestant Spirit», en *Art Quarterly* (Primavera de 1964, 1-21). Los comentarios de Charles Mathon de La Cour acerca de la niña llorosa de Greuze están en sus *Lettres a Monsieur XXX sur les Peintures et les Sculptures et les Gravures Exposées dans le sallon [sic] du Louvre en 1765* (Paris, 1765, 51-2). Michael Fried, *Theatricality and Absorption: Painting and Beholder in the Age of Diderot* (Chicago, 1980) es un análisis importante de las técnicas formales de los aspectos morales y dramáticos en la obra de Greuze. El comentario de Mercier acerca del corazón virtuoso está en *Notions Claires sur les Gouvernements* (Paris, 1787) y ha sido citado por Norman Hampson, *Will and Circumstance: Montesquieu, Rousseau and the French Révolution* (Londres, 1983, 77). El famoso comentario de Diderot acerca de la *Mère Bien-Aimée* está en J. Seznec, *The Salons of Denis Diderot* (Oxford, 1975, vol. 2,155). Se ofrecieron guías del «paisaje moral» no sólo en la *Promenade* de Girardin en 1788, sino en una versión del importante *Almanach des Voyageurs* (1785) y la *Guide de Amateurs* (1788), de Luc-Vincent Thiéry. Los tributos póstumos a Rousseau, sus piezas y memorias han sido descritas en P.-P. Plan, *Jean-Jacques Rousseau Raconté par les Gazettes de Son Temps* (París, 1912). Robert Darnton, «Readers Respond to Rousseau», en *The Great Cat Massacre* ofrece un

vigoroso sentido de la identificación personal experimentada por los lectores con el autor, D. G. Charlton, *New Images of the Natural in France* (Cambridge, Inglaterra, 1984) es un excelente análisis de muchas de las consecuencias del culto romántico de la naturaleza, incluso las que se relacionan con el género y la crianza de los niños. Otras obras útiles sobre temas afines son D. Mornet, *Le Sentiment de la Nature en France de J. J. Rousseau à Bernardin de Saint-Pierre* (París, 1907); y Paul van Tighem, *Le Sentiment de la Nature dans le pré-Romantisme Européen* (Bruselas, 1912).



III - proyectando la voz: el eco de la antigüedad

El informe sobre el discurso de Hérault de Séchelles aparece en el *Journal de Paris* del 7 de agosto de 1785 (897); hay detalles de su carrera y obras tempranas, e incluso la crónica del viaje que realizó para conocer Buffon, en Hubert Juin (comp.), *Oeuvres Littéraires et Politiques de Jean-Marie Hérault de Séchelles* (Edmonton, Alberta, 1976); véase también Hérault de Séchelles, *Oeuvres Littéraires* (comp. Emile Dard, Paris, 1907). Jean Starobinski ha publicado recientemente dos artículos importantes, «Eloquence Antique, Eloquence Future: Aspectos d'un Lieu Commun d'Ancien Régime», en Baker (comp.), *Political Culture* (311-27), y un trabajo más extenso, «La Chaire, la Tribune, le Barreau», en Pierre Nora (comp.), *Les Lieux de Mémoire*, vol. 2, *La Nation* (Paris, 1986), parte 3, 425-85). Sobre la permanente tradición humanista de elocuencia, véase la obra espléndida de Marc Fumaroi, *L'Age de l'Elocuence: Rhétorique et Res Literaria de la Renaissance au Seuil de l'Epoque Classique* (Paris, 1980). (Agradezco mucho a Natasha Staller haber atraído mi atención sobre esta importante obra). La obra estándar acerca de la elocuencia legal prerrevolucionaria pertenece a P.-L. Gin, *De l'Elocuence du Barreau* (París, 1768). Sobre la elocuencia y la retórica revolucionarias, véase Hans Ulrich Gumbrecht, *Funktionen der Parliamentarischen Rhetorik in der Französischen Révolution* (Munich, 1978), Simon Schama, «The Self-Consciousness of Revolutionary Elites», en *Consortium on Revolutionary Europe* (Charleston, S. C., 1978); Lynn Hunt, «The Rhetoric of Révolution», en su *Politics, Culture and Class in the French Révolution* (Berkeley y Los Angeles, 1984). La antología estándar de la elocuencia revolucionaria continúa siendo François-Alphonse Aulard, *Les Orateurs de la Révolution Française* (2 vols., Paris 1905, 1906-07). François Furet y Ran Halevi ahora están preparando recopilaciones de la oratoria revolucionaria. Sobre la turbulenta carrera forense de Linguet, véase la excelente biografía de Darline Gay Levy, *The Ideas and Career of Simon-Nicholas Henri Linguet* (Urbana, 111., 1980); sus ideas sobre la relación entre la virtud antigua y la oratoria aparecen en las páginas 17-21. Acerca de los discursos y éloges de la Academia, véase el *Recueil des Harangues Prononcées par les Messieurs de l'Académie Française* (1760-89).

Sobre la educación en la oratoria latina y la lectura de Salustio, y la imitación de Cicerón, véase Harold T. Parker, *The Cuit of Antiquity and the French Révolution* (Chicago, 1937), un libro que se adelanta mucho a su tiempo. Respecto del programa

neoclásico de virtudes ejemplares en las artes, véase Robert Rosenblum, *Transformations in Late Eighteenth-Century Art* (Princeton, 1967), y Hugh Honour, *Neo-Classicism* (Londres y Nueva York, 1977). Con respecto sobre todo al juramento de los Horacios, véase Crow, *Pointers*, y también Norman Bryson, *Word and Image: French Painting of the Ancien Régime* (Cambridge, Inglaterra, 1981). La crónica del *Journal de Paris* acerca de los *Horaces* fue publicada el 17 de setiembre de 1785 (1092). Sobre el programa reformista del conde d'Angiviller, véase la disertación inédita de Barthélémy Jobert, Ecole des Hautes Etudes en Sciences Sociales (París). Hay otro análisis de la fundamental reinterpretación de las virtudes romanas por David en Robert Herbert, *David, Voltaire, Brutus and the French Révolution* (Nueva York 1973) y en la obra de próxima aparición acerca de David y la Revolución por Warren Roberts (Chapel Hill, N. C., 1989).



IV - La difusión del verbo

El trabajo de Robert Darnton ha transformado los modos en que los historiadores interpretan la censura, el comercio de libros prohibidos y el área fundamental de la lectura «vulgar». Véase, sobre todo, *The Literary Underground of the Old Regime* (Cambridge, Massachusetts, 1982); respecto de su extraordinaria reseña de la producción y la difusión de la edición in quarto de la *Encyclopédie*, véase *The Business of the Enlightenment: A Publishing History of the Encyclopédie, 1775-1800* (Cambridge, Massachusetts, 1979). Acerca de los libros prohibidos aún pueden obtenerse detalles importantes de J.-P. Belin, *Le Commerce des Livres Prohibés à Paris de 1750-1789* (Paris, 1912). Sobre las gacetas holandesas, véase Jeremy Popkin, «The Gazette de Ley de in the Reign of Louis XVI», en Jack Censer y Jeremy Popkin (comps.), *The Press and Politics in Pre-Revolutionary France* (Berkeley, 1987); véase también, sobre todo acerca de Linguet, idem, «The Prerevolutionary Origins of Popular Journalism», en Baker (comp.), *Political Culture*. Con respecto al importantísimo aporte de Panckoucke, véase Suzanne Tucoo-Chala, *Charles-Joseph Panckoucke* (Pau, 1977). En cuanto a los índices de alfabetización, véase Daniel Roche, *Le Peuple de Paris* (París, 1981, 208-09, y dó un modo más general el capítulo 7); respecto de las academias provinciales, véase del mismo autor la obra clásica *Le Siècle des Lumières en Province* (2 vols., París, 1978). La difusión provincial de la cultura también puede ser conocida gracias al estudio clásico de Daniel Mornet, basado en materiales de las bibliotecas, *Les Origines Intellectuales de la Révolution Française* (París, 1910).



CAPÍTULO 5 - Los costos de la modernidad

La obra de Fernand Braudel, *L'Identité de la France*, vol. 2, *Les Hommes et les Choses* (Paris, 1986, especialmente las págs. 267-306), destaca la importancia del crecimiento industrial prerrevolucionario en Francia, así como (238-39) el rápido crecimiento de las posibilidades del mercado a través de la transformación de las comunicaciones entre las décadas de 1760 y 1780. Se encontrarán más detalles del cambio comercial e industrial en el antiguo régimen en Ernest Labrousse *et al.*, *Histoire Economique et Sociale de la France* (vol. 2, 1660-1789), sobre todo las contribuciones de Pierre Léon, «L'Elan Industriel et Commercial» (499-528). Con respecto al comercio francés en el Atlántico, véase Paul Butel, «Le Commerce Atlantique Français sous le Règne de Louis XVI», en *Le Règne de Louis XVI* (Actes de Colloque International de Sorèze, 1976, 63-84). Sobre la aplicación de la ciencia a la industria, véase el ensayo de D. J. Sturdy en el mismo volumen. Acerca de otros aspectos, véase C. Ballot, *L'Introduction du Machinisme et l'industrie Française 1780-1815* (Paris, 1923); G. Chaussinand-Nogaret, «Capitalisme et Structure Sociale», en *Annales: ESC* (1970); y R. Sedillot, *Les de Wendel et l'industrie Lorraine* (1958). Se encontrarán elementos de la ética empresarial en la Francia prerrevolucionaria y una llamada específica a la formación de una nobleza comercial, por ejemplo en [L. H. Dudevant], *L'Apologie du Commerce* (1777); también la detallada y fascinante reseña de las minas de carbón y mineral de hierro en *Exposition des Mines* (1772); muchas de las cuales, incluso las de carbón en Anzin, eran propiedad de nobles. El documento más espectacular del interés de la elite en la tecnología industrial (así como la mecanización de los oficios artesanales y de lujo más antiguos) aparece en la obra en varios volúmenes *Description des Arts et Métiers* (Académie Royale des Sciences, Paris, 1761-88), por ejemplo, *L'Art du Fabricant de Velours de Coton*, encargado por la Academia de Ciencias en 1779, teniendo específicamente en vista la competencia británica y para explotar los suministros de algodón crudo de las Indias Occidentales Francesas, procedentes de Guadalupe, Santo Domingo y Cayena.

Con respecto a los intendentes, véase Vivian Gruder, *The Royal Provincial Intendants* (Ithaca, Nueva York, 1968); y acerca de los detalles prácticos de su administración, véase la soberbia colección de documentos y correspondencia publicada por R. Ardascheff con el título *de Pièces Justificatives*, volumen 3 de su

obra monumental, *Les Intendants de Province sous LouisXVI* (París, 1900-07), de donde tomé material sobre Saint-Sauveur, en el Rosellón.

Acerca de la escuela para ciegos, véase Valentín Haüy, *Essai sur l'Éducation des Aveugles* (París, 1786), que incluye una descripción de la visita real el 26 de diciembre.

La descripción emblemática de la Francia del siglo XVIII en L. S. Mercier, *L'An 2440* (3 vols., edición 1786), está en el volumen 2, pág. 68 y sigts. Véase también Henry Majewski, *The Pre-Romantic Imagination of Louis-Sébastien Mercier* (Nueva York, 1971). Hay también un interesante análisis referido a Mercier, en Norman Hampson, *Will and Circumstance*. El trabajo más optimista de Linguet sobre el cambio económico está en sus *Mémoires sur un Objet Intéressant pour la Province de Picardie* (La Haya, 1764), y sus comentarios apocalípticos acerca de la industrialización están citados en Levy, *Ideas and Career* (86-87). Sus *Annales Politiques* correspondientes a 1777 (83-84) tienen una reseña maravillosamente evocadora de los extremos de riqueza y pobreza en la aceleración económica de Francia.



LES POIRES,

Faites à la cour d'assises de Paris par le directeur de la CARICATURE.

Vendues pour payer les 6,000 fr. d'amende du journal le *Charivari*.

Si, pour reconnaître le monarque dans une caricature, vous n'attendez pas qu'il soit désigné autrement que par la ressemblance, vous tomberez dans l'absurde. Voyez ces croquis informes, auxquels j'aurais peut-être dû borner ma défense :



Ce croquis ressemble à Louis-Philippe, vous condamnerez donc ?



Alors il faudra condamner celui-ci, qui ressemble au premier.



Vous condamner cet autre, qui ressemble au second.



Et enfin, si vous êtes conséquents, vous ne sauriez absoudre cette poire, qui ressemble aux croquis précédents.

Ainsi, pour une poire, pour une brioche, et pour toutes les têtes grotesques dans lesquelles le hasard ou la malice aura placé cette triste ressemblance, vous pourrez infliger à l'auteur cinq ans de prison et cinq mille francs d'amende!!
Avez-vous, Messieurs, que c'est là une singulière liberté de la presse!!

LAS PERAS

Dibujadas en la Sala de lo Criminal de París por el director de la CARICATURA.

Vendidas para pagar los 6.000 francos de multa al periódico *Charivari*

Si para reconocer al monarca en una caricatura ustedes no esperan a que se den otras pistas que el parecido, caerán en el absurdo. Vean estos bocetos informes, que yo debí tal vez alegar por toda defensa:

Este boceto se parece a Luis-Felipe. ¿Condenaríais, según eso?

Entonces habrá que condenar éste, que se parece al primero.

Y por tanto, también este otro, que se parece al segundo.

Por último, y siendo consecuentes, tampoco podríais absolver a esta pera, que se parece a los bocetos anteriores.

Así, por una pera, por un bollo, y por cualquier cabeza grotesca donde el azar o la mala idea haga recaer tan infeliz parecido, podréis infligir al autor cinco años de cárcel y cinco mil francos de multa. Reconoceréis, señores, que esta es una libertad de prensa algo rara.

(Traducción de JMB)





Al final de la revolución de 1830 causada por la publicación de órdenes injustas, el rey Carlos X abdicó. Louis Philippe, duque de Orleáns, acepta el mantenimiento general del reino. Salió a caballo desde el Palace Royal, para ir al Ayuntamiento de París, el 31 de julio de 1830. Apoyado por los liberales, incluido La Fayette, fue proclamado Teniente General del reino el 31 de julio, antes de convertirse en Louis-Philippe I, rey de los franceses. Esta pintura es una copia de Leon-Jean-Basile Perrault y su taller de la inmensa composición (5m50 x 12m05) de Charles-Philippe Larivière, encargada en 1834 para el *Salón de 1830* en Versalles, lamentablemente muy dañado en un incendio.

*Figure du monstre sanguinaire officiant dans tout le royaume et proche banlieue.
Il s'attaque aux enfants dont voici, en pièce jointe, les restes d'ossements et quelques
guenilles en lambeaux. Il est promis une récompense pour qui tuera cet animal immonde.
Nul ne sait encore de quoi il s'agira. On avait pensé à une cote de mailles en laiton.*

Cordialement, le roi.



Figura del monstruo sanguinario que oficia en todo el reino y sus cercanías. Ataca a la infancia, como se muestra en documento anejo, por los restos dilacerados y osamentas, más algunos jirones harapientos. Se ha prometido recompensa para quien mate a este animal inmundo. Nadie sabe todavía en qué consistirá. Se había pensado en una cota de malla de latón.

Cordialmente, el rey.

(Traducción de JMB)





El antiguo comandante del emperador Justiniano, caído en desgracia y condenado a la ceguera y la mendicidad, tuvo muchas representaciones pictóricas. La más famosa de ellas, *Date obulum Belisario*, realizada por Jacques-Louis David, combina temas de caridad (el alma del que da), injusticia (Belisario) y la reversión radical del poder (el soldado que reconoce a su antiguo comandante). Otros lo retratan ayudado por los pobres tras ser rechazado por los poderosos.





CHEVERT INSPIRÉ L'INTRÉPIDITÉ.

CHEVERT INSPIRA INTREPIDEZ.

«François de Chevert», de *Portraits des Grands Hommes Illustres*





Le Negligé Galant Ornés de la Coëffure à la Belle Poule

El peinado «Belle-Poule».

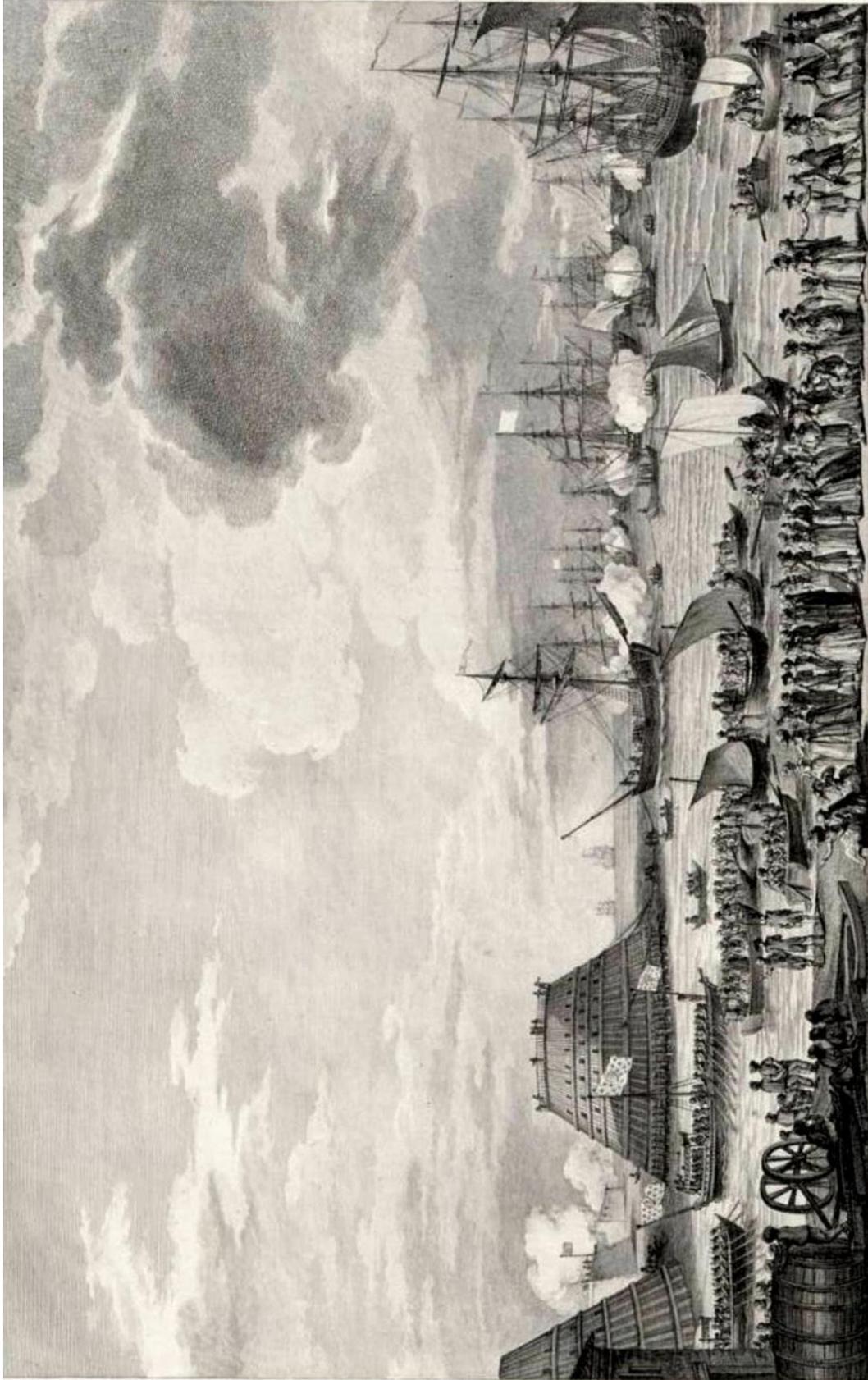




DÉCORATION DU SACRE DE LOUIS XVI ROI DE FRANCE ET DE NAV. A RHEIMS LE XI JUIN 1775. SOUS LES ORDRES DE M. LE MARÉCHAL. DUC DE DURAS,
Chancelier de France. Premier Grand Maître de la Chambre de sa Majesté; Ordonné par S. M. le Roi de la part de la Chambre de la Cour.

Moreau le Jeune (aguafuerte y buril), juramento de la coronación de Luis XVI, en la catedral de Reims, el 11 de junio de 1775.



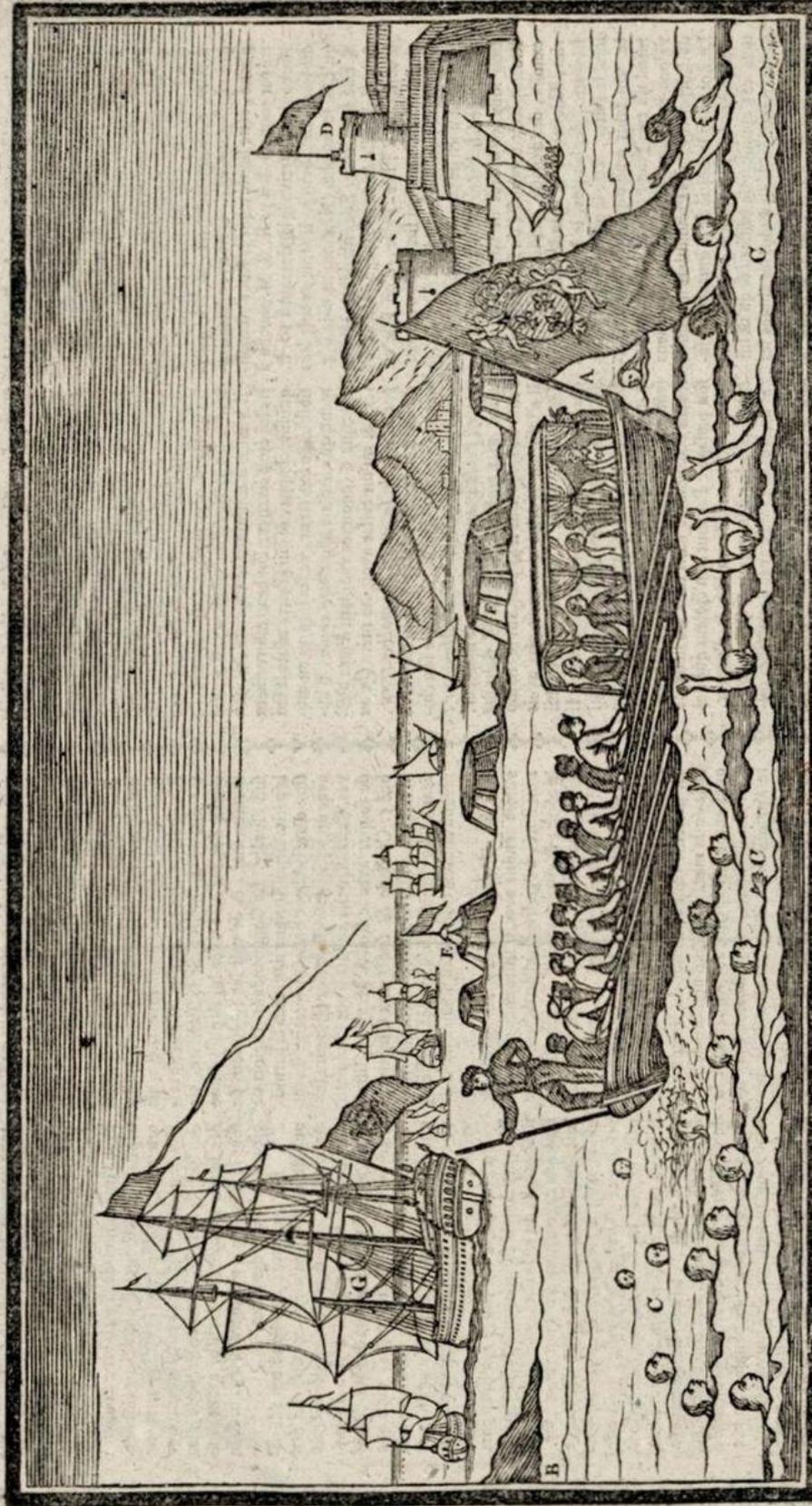


Gravé par H. de la Roche, d'après un tableau de T. de la Roche.
DÉPART D'UNE CAISSE CONIQUE EN PRÉSENCE DE SA MAJESTÉ LOUIS XVI, A CHERBOURG,

Grabado realizado por Chatry de la Fosse con motivo de la visita de Luis XVI a Cherburgo en 1786 para ver el sitio de construcción del dique y el arsenal.



Sa Majesté Très - Chrétienne visitant les ouvrages de Cherbourg. 25 Juin 1766



A. Le Roi allant en chaloupe à l'Isle Pelée. B. L'Isle Pelée. C. Nombre de jeunes gens à la nage entourent le Canot de Sa Majesté en criant Vive - le - Roi.
D. Le Fort de Cherbourg. E. Un Cono décoré d'un Pavillon sur lequel le Roi a déposé. F. Les Cones qui forment le Port. G. Le vaisseau Amiral, le Patriote monté par S.M.

Su muy cristiana Majestad visitando las obras de Cherburgo el 23 de junio de 1786

De la Colección de Michel Henin, *Estampas relativas a la historia de Francia*, Tomo 116. Leyenda del grabado: A. El rey yendo en chalupa a la Isla Pelée. B. Isla Pelée. C. Numerosos jóvenes nadando al costado de la embarcación de Su Majestad, gritando: ¡Viva el Rey! D. El fuerte de Cherburgo. E. Un Cono decorado por un pabellón en donde el Rey cenó. F. Los Conos que forman el puerto. G. El Buque Insignia, el *Patriote*, montado por S.M.





Anne Robert Jacques Turgot, óleo sobre tela, escuela francesa del siglo VIII, museo del Castillo de Versailles.





Joseph-Siffrein Duplessis, retrato de Necker.





CHRÉTIEN-GUILLAUME LAMOIGNON MALESHERBES.

Né le 6. Décembre 1721.

Mort... le 3. Floréal an 2^{ème} (22 Avril 1794. v. st.)

Peint par R.....

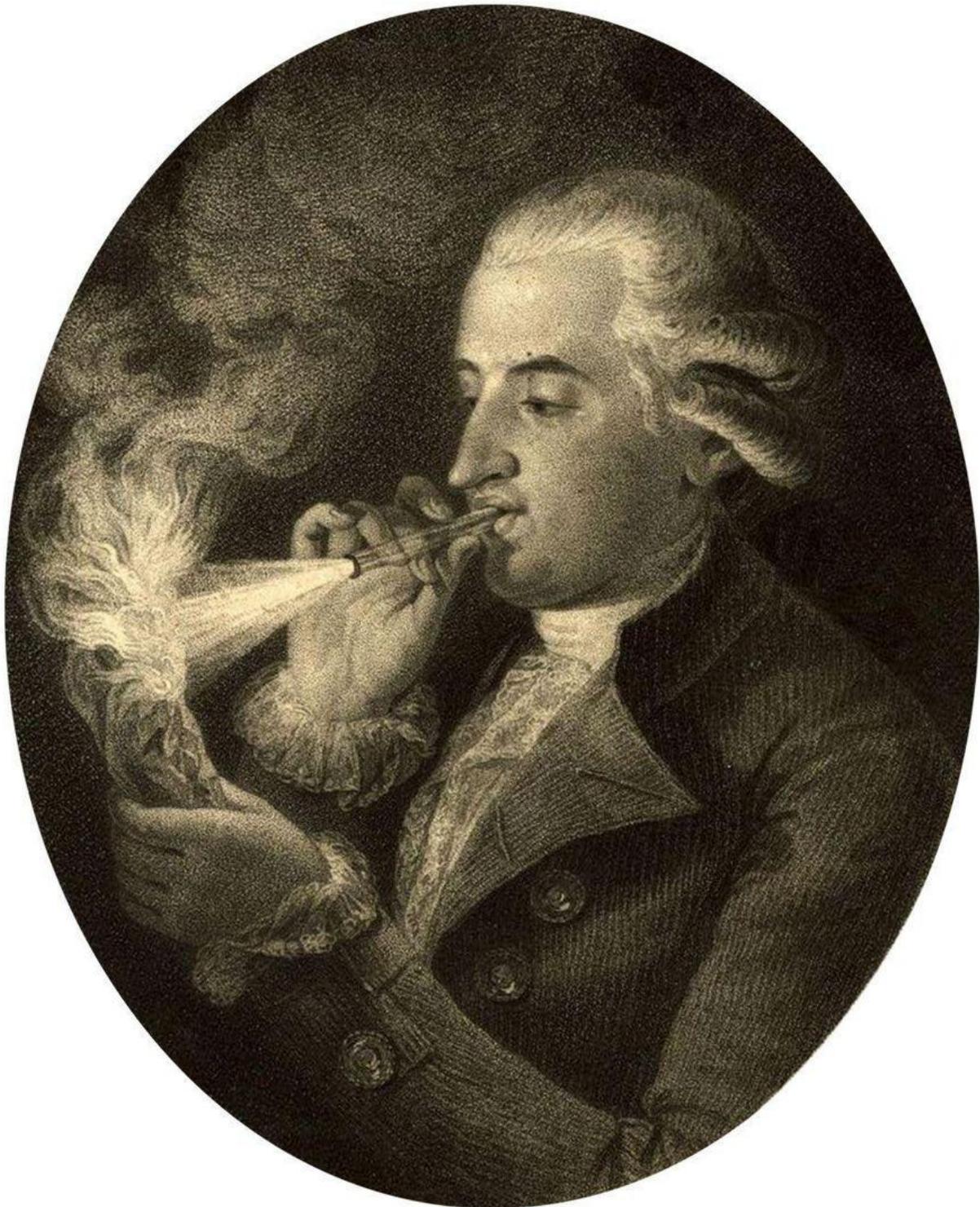
Gravé par C. H. Gaucher.





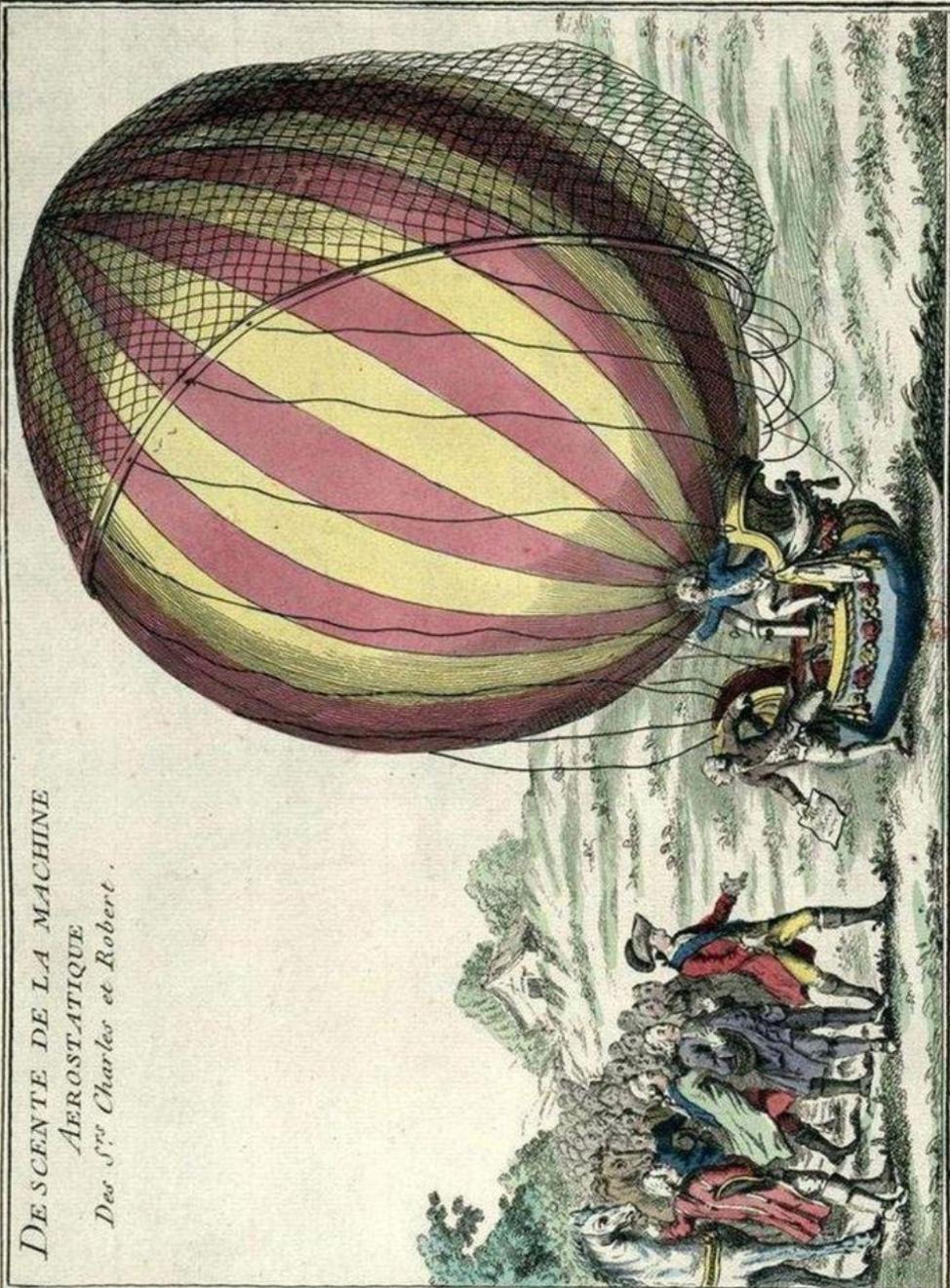
Uno de los primeros vuelos en un globo aerostático fue el realizado por los hermanos Joseph-Michel y Jacques-Étienne Montgolfier, el 19 de septiembre de 1783, en Versailles, presenciado por el rey Luis XVI y María Antonieta. En esa ocasión el globo llevaba como únicos “tripulantes” un pato, un gallo y una oveja. Hasta entonces, ningún ser vivo en la historia se había elevado por los aires y se tenía que estar seguro de que la altura no tendría fatales consecuencias. Terminada la demostración, y tras comprobar el buen estado de los animales (la oveja masticaba un poco de paja, con toda tranquilidad), el rey permitió a los hermanos que realizaran vuelos tripulados por personas.





Jean-François Pilâtre de Rozier, en compañía del marqués d'Arlandes, fueron los primeros tripulantes del globo de aire caliente de los hermanos Montgolfier, el 21 de noviembre de 1783. Volaron durante 25 minutos a una altura de 100 metros haciendo un recorrido de 9 kilómetros sobre París. En la imagen, un dibujo de Joseph Collyer (1748-1827) con la técnica de *media tinta*, vemos a Pilâtre de Rozier realizando el experimento de soplar gas de hidrógeno sobre una llama.



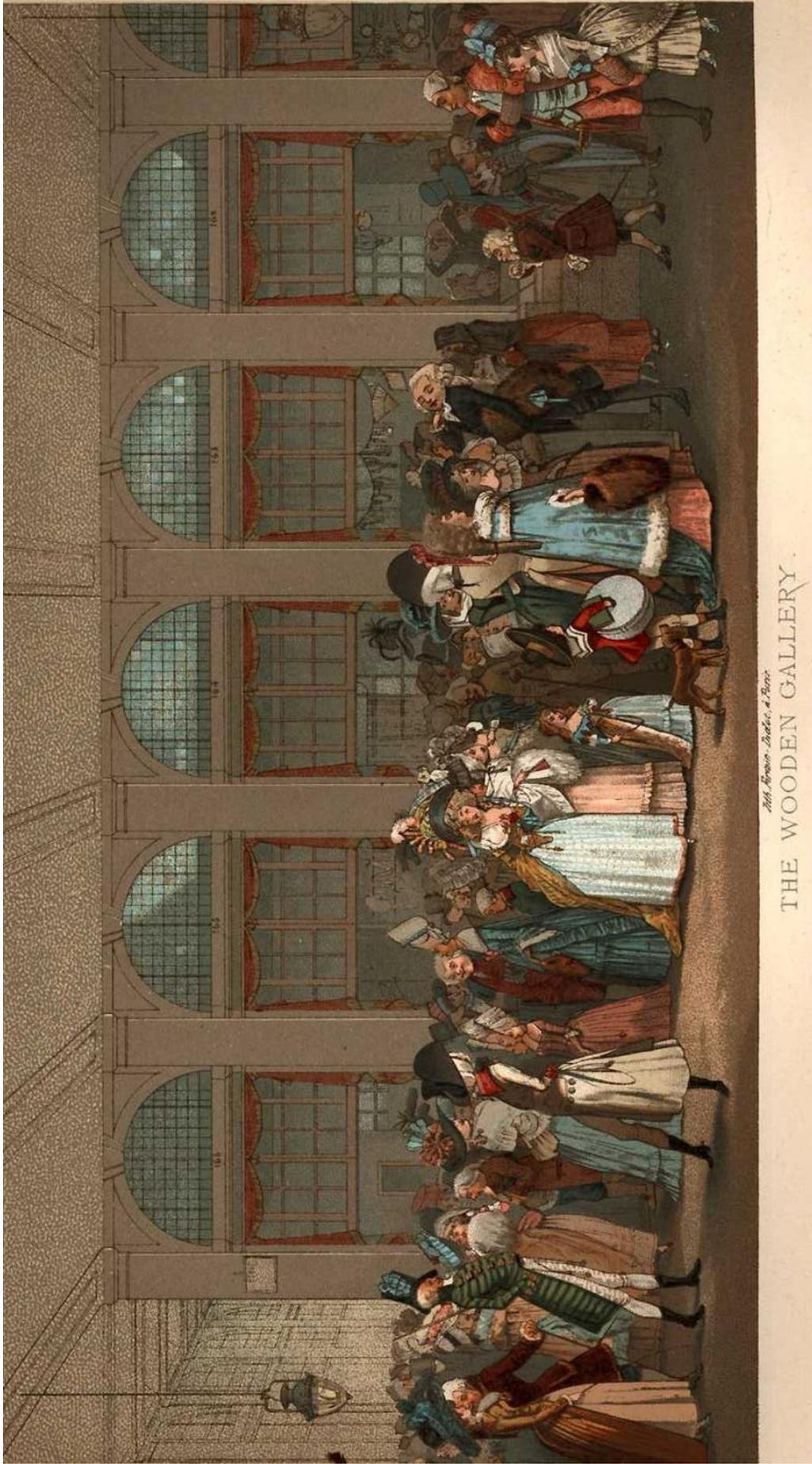


DESCENTE DE LA MACHINE
AEROSTATIQUE
Des s^{rs} Charles et Robert.

EXTRAIT DU PROCES VERBAL. Ce globe fut enlevé le 1^{er} Décembre 1783 à une heure, 40 minutes dans le Jardin du Palais des Thuilleries, et fut descendu à 3 heures 3 quarts, dans une Prairie, entre Noisy et St-Denis, par le Duc de Chartres et plusieurs seigneurs arrivés à l'instant de sa descente, on se trouvaient les Curés de Noisy et de St-Denis, et plusieurs autres personnes qui ont signé le Procès Verbal. M^r Charles fut reparti à 4 heures et un quart dans la même Machine en présence des mêmes témoins.
A Paris chez Bachelier rue St. Jean de Beauvais près celle des Noyers

Descenso de los señores Charles y Robert el primero de diciembre de 1793. El duque de Chartres, que poco después sería el duque de Orleans, está saludando a los aviadores después de su vuelo de noventa minutos desde los jardines de las Tullerías.





THE WOODEN GALLERY.

Philibert-Louis Debucourt, "Paseos por la galería del Palais-Royal" (1787). Centro de la moda de París, la zona se convertiría en un espectáculo en el que se asistía tanto a comprar, como a mirar y dejarse mirar. Un mercado de lujo que combinaba el paseo, la sociabilidad y el consumo...





Grabado de Etienne Claude Voysard, de un original de Antoine Borel, Fígaro como benefactor de las madres que amamantan, 1784





J. M. Moreau le jeune delin.

N. De Launay Sculp. 1776.

La virtud huyendo del descote, grabado de Moreau le Jeune para *La Nouvelle Héloïse* de Rousseau.





Le Barbier. Paris. Im.

1783.

Jagouf Junior. Sculp.

Chères et précieuses larmes! elles furent entendues et coulerent toutes dans mon cœur.

«¡Amadas y preciosas lágrimas!». El llanto como expresión de sinceridad, grabado de Barbier el viejo, en la edición de 1783 de *La Nouvelle Héloïse*.





Jean-Baptiste Greuze, *El contrato conyugal*.





J. M. Moreau le Jeune inv. 1777.

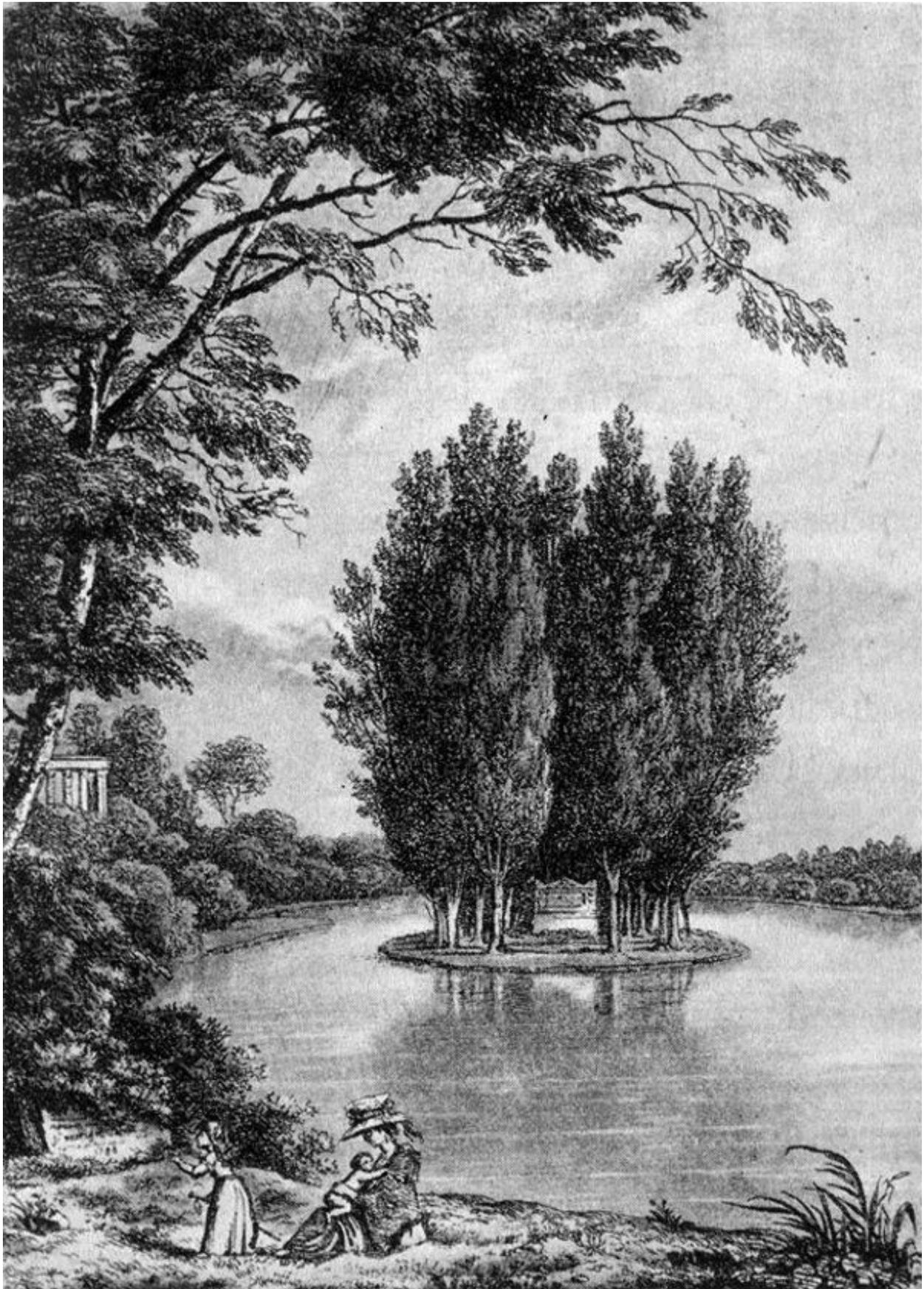
P. Choffard Sculp. 1779.

Chacun respecte le travail des autres, afin que le sien soit en sûreté.

Emile P. 08.

«Cada uno respeta el trabajo de los demás, a fin de que el suyo sea seguro». La virtud botánica como lección ejemplar, grabado de Moreau le Jeune para *Emile* de Rousseau.





La Isla de los Álamos, grabado anónimo en Girardin, *Promenade*.





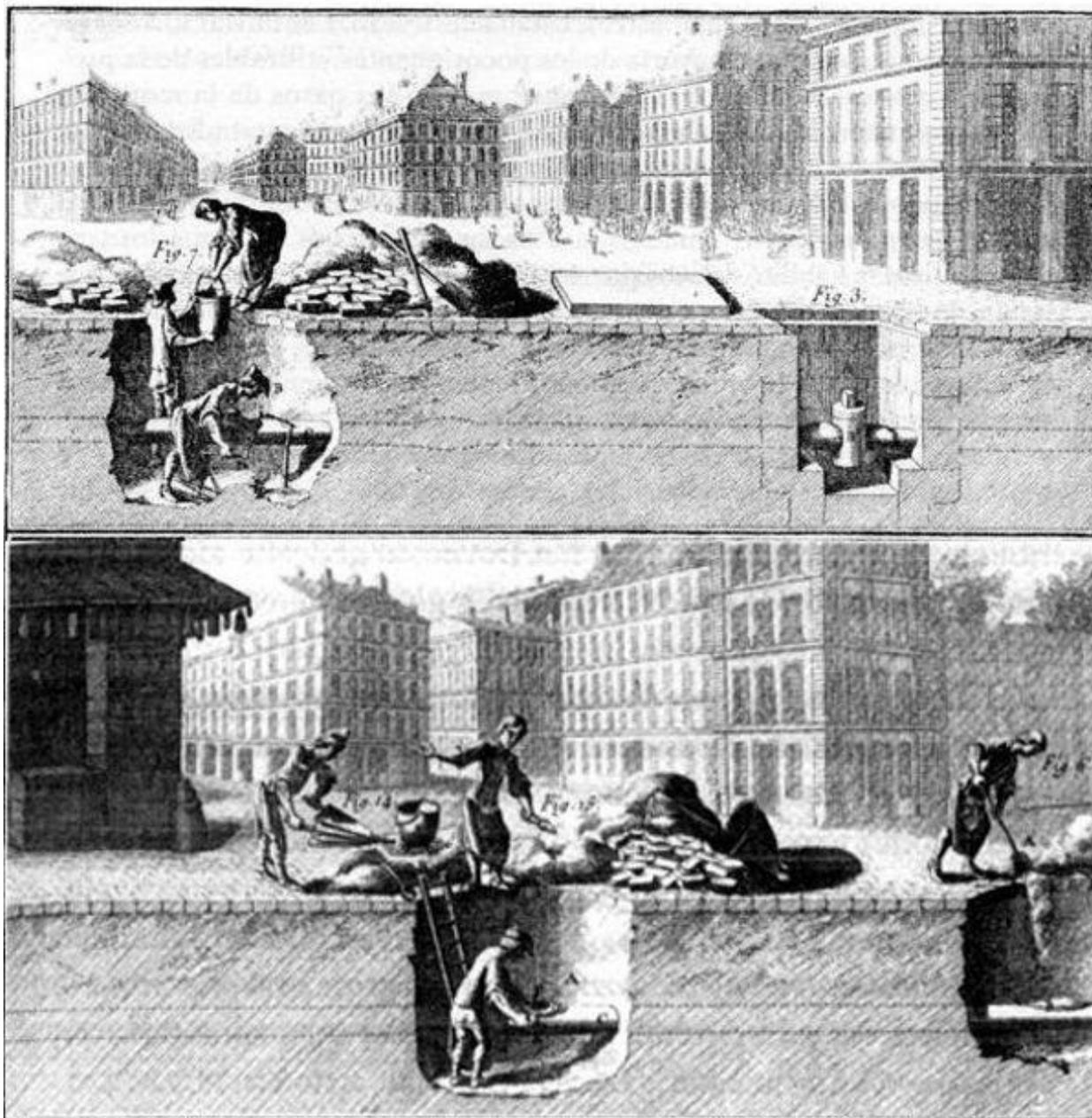
La tumba de Rousseau en Ermenonville, grabado anónimo en Girardin, *Promenade*.





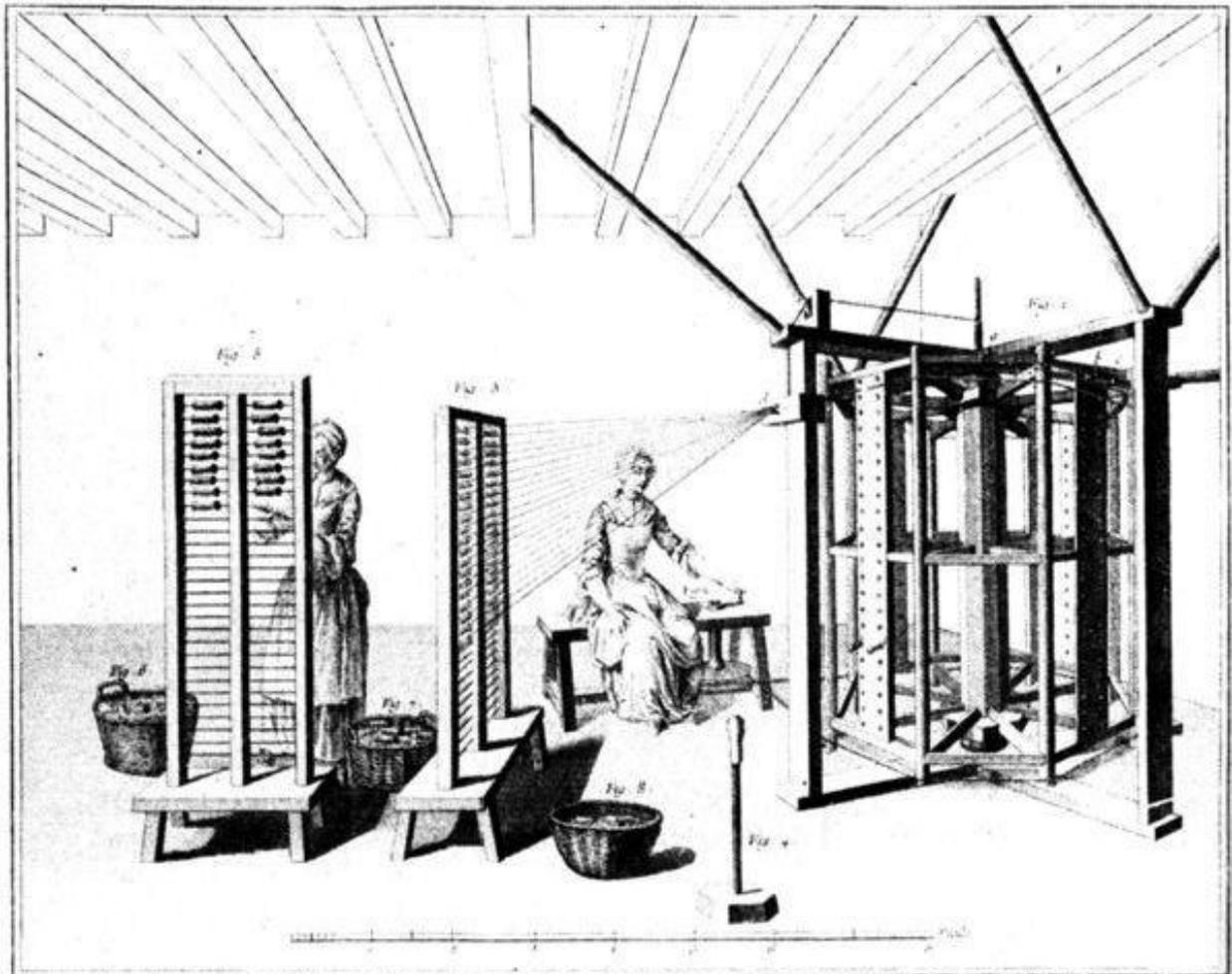
Jacques-Louis David, *El juramento de los Horacios*, 1785





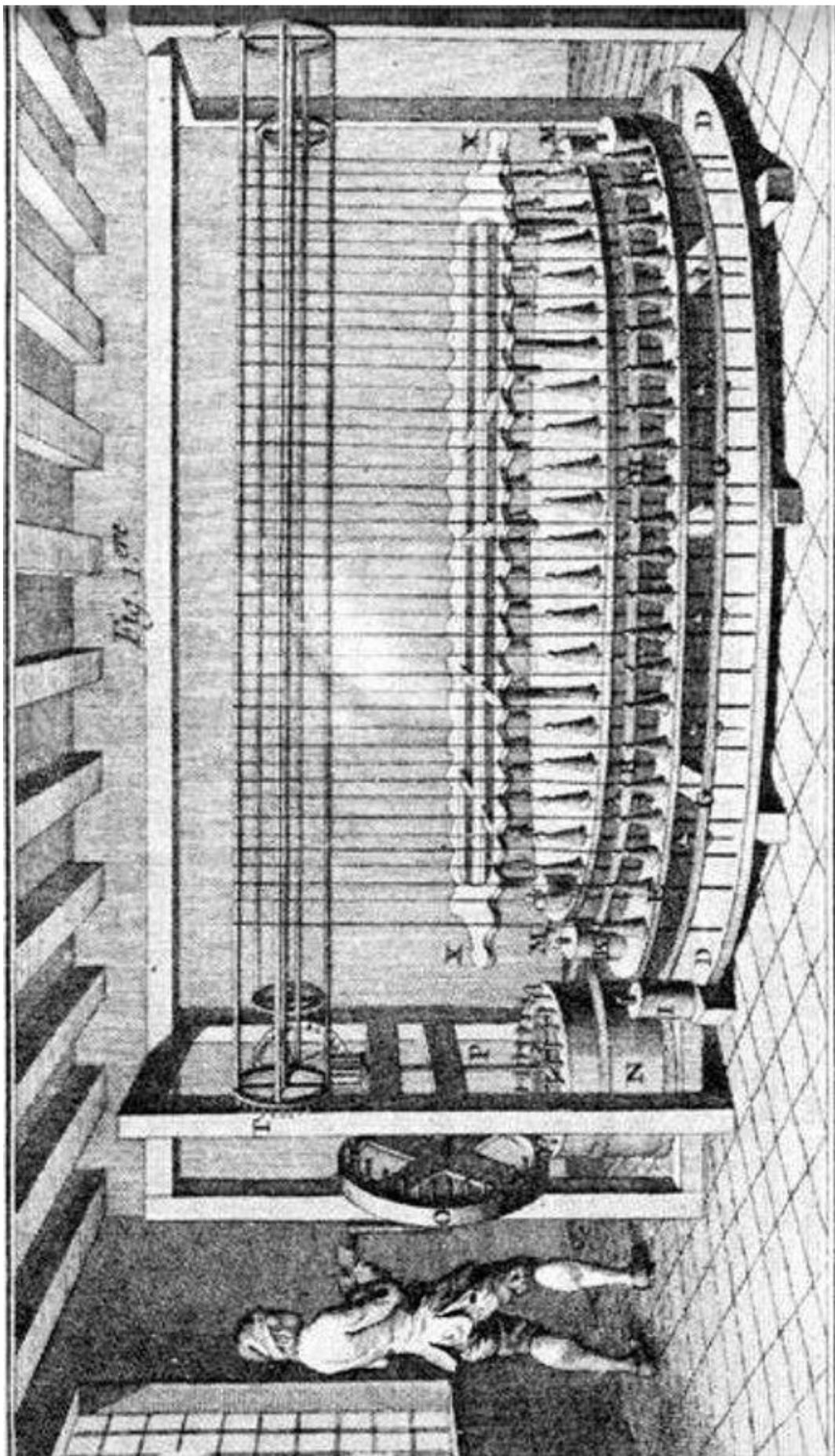
La sanidad urbana revolucionada por las cañerías de plomo, grabado de *Description des Arts et Métiers*.





El romance de la tecnología aquí aparece injertado en una antigua tradición pictórica, en que las mujeres que hilaban y tejían inspiraban virtud. Grabado, manufactura de la seda de *Description des Arts et Métiers*.





Grabado, manufactura del algodón de *Descriptions des Arts et Métiers*.

